ALFAGUARA

Juan Forch

Las dos orillas del Elba

ALFAGUARA

Juan Forch

Las dos orillas del Elba

ALFAGUARA

Juan Forch

Las dos orillas del Elba

Índice

Portada
Portadilla
Cita
Inicio
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29
Capítulo 30
Sobre el autor
Créditos
Grupo Santillana

La historia ama las paradojas.

BERTOLT BRECHT

En esta vida es fácil morir.
Construir la vida es mucho más difícil.

VLADIMIR MAIAKOVSKI

Me entregaron a dos señores de trajes finos y lentes con marco de metal. Desde mi duermevela existencial ni siquiera me inmuté. Ya sabrían ellos qué hacer conmigo. Y nada que yo intentara podría evitarlo. El auto, espacioso, importado, negro, avanzaba veloz sin hacer ruido. Solo un zumbido sordo atravesado por la voz de un locutor que parece leía noticias monótonas e incomprensibles. Pasó un rato en el que el vehículo dobló a un lado y otro y después siguió un camino recto. Se detuvo suavemente. Me ayudaron a bajar y entramos a un edificio de salones amplios y techos bajos. Esperamos sentados en unos sofás mullidos. No dije ni una palabra. Ellos tampoco. O quizás ellos sí. Pero no recuerdo haber escuchado. Uno me tomó de un brazo para ayudar a ponerme de pie. Salimos a la parte de atrás y me di cuenta de que estaba en la losa del aeropuerto de Pudahuel. Subí la escalerilla de un avión comercial. Uno de ellos me acompañó hasta el fondo del pasillo. Conversó con la azafata algo que no logré comprender, en un idioma desconocido. Se despidió de mí en muy mal castellano y desde muy lejos escuché que seguía, que me trataba de tranquilizar, que todo saldría bien. Repetía. Esa frase la había escuchado infinidad de veces y cada vez había sido peor. Pero no me importaba. La inercia se preocupaba de guiar mi existencia. Yo no. Hacía mucho que mi voluntad había presentado su renuncia indeclinable. Comenzaron a entrar otros pasajeros. El resto de los asientos del avión empezaron a ocuparse con gente bulliciosa que parecía un grupo de adolescentes en viaje de estudios. Pero eran mayores. Vestían muy coloridos y con sombreros ridículos. Las mujeres daban gritos y los hombres bebían de sus petacas. ¡Turistas! ¿Habrían visitado La Moneda bombardeada, Villa Grimaldi, Tres Álamos, la isla Dawson? Esas interrogantes se asomaban a mi conciencia y desaparecían con la misma velocidad. Las azafatas me observaban como si fuera un hombre lobo recién capturado y mal rapado. Trataban de ser amables para ocultar su curiosidad y acercarse, me ofrecían comida y bebida. No fui capaz de nada. Diez minutos mirando el entorno fueron más que suficiente. Las letras KLM en el uniforme de las azafatas me permitieron bajar la guardia. Me enrollé sobre mí mismo y cerré los ojos. Y otra vez esa sensación recurrente y extraña de no saber si estaba vivo o muerto. De no querer creer nada de lo que veía o me decían. Tal vez terminaría en Buenos Aires, donde me harían desaparecer. En Lima, La Paz, Montevideo, São Paulo. El sur del continente era un festival de uniformes, jinetas, cascos, sables y fusiles. Todo era peligroso. Y todo sería mejor, porque

no existía nada peor que lo recién vivido. Aquel sueño negro me invadió. Ese letargo sin imágenes ni sonidos. Me despertaron en Ámsterdam. Un sobrecargo me entregó a dos señoras cara de solteronas y un hombre de edad madura. Los tres, muy circunspectos, en un dificultoso español, explicaron que pertenecían a las Naciones Unidas y me informaron que yo iba en viaje hacia Berlín. Recién entonces comencé a sentirme más seguro. Aunque no confiado. Caminé con dificultad por el aeropuerto y como un poseso. Arrastrando los pies y un pequeño morral en el que había guardado mis pertenencias: una camiseta, un par de pantalones, un par de alpargatas y un par de cajetillas de cigarrillos. Al pasar frente a una tienda de chucherías, sobreponiéndome a mi vergüenza, le pedí a una de las mujeres, la más joven, si podía obsequiarme un encendedor. Debo haberle dado lástima. El hombre sacó un billete de un sobre y pagó. Elegí un Zippo clásico. Idéntico al que me salvó la pierna cuando un balazo me dio de lleno en el bolsillo del pantalón. Eso fue hace una eternidad, en el principio de los tiempos, en la esquina de Irarrázaval con Macul.

Salimos de la terminal y me guiaron hasta la puerta de partida de un jet de la Interflug. Nuevamente me dejaron muy encargado al personal de la tripulación. Se despidieron con cara de que yo les daba una infinita lástima. El hombre metió el sobre en mi morral y me palmoteó fuerte el hombro. Nunca supo el dolor que me provocó.

Me senté en el penúltimo asiento. Cuando el avión estaba en el aire saqué un cigarrillo y lo encendí con mi nueva adquisición. Era segunda vez que salía de Chile, que volaba. La primera fue un viaje a la URSS, a una reunión de las Juventudes. Fue con escala en Panamá. Estuve más de cuatro días por esos paisajes tropicales en pleno febrero, días de carnaval. Y entre las turbulentas imágenes de los últimos tiempos peregrinando por centros de detención se introdujo clandestinamente el cuerpo danzante y húmedo de la mulata que me embrujó, y de la otra, la rabiblanca que quiso saber cómo amaban los comunistas (casi te enamoraste, pendejo... ¡Te gustan los duraznos de corazón colorado!). Apareció también la imagen de Omar Torrijos con su sombrero alón y un puro entre los dedos. La lluvia torrencial. El camión cisterna lanzando agua para refrescar a los danzantes.

Mi llanto oculto incontrolable estalló mientras me escondía entre la ventanilla y el respaldo del asiento. Buscaba oscuridad y un caleidoscopio de imágenes me confundió el entendimiento. Sentí que estaba huyendo de mi Chile, de mi destino. Traicionando también. Y que, quizá, me había salvado. Que había vuelto a la vida después de estar tanto tiempo con la cara de la muerte ante mis ojos. Pasaste agachado. [me habría dicho el compañero venezolano que en ese febrero también esperaba el vuelo que nos llevaría a Leningrado] No

se te olvide, ¡juegavivo! [era el consejo permanente de Sánchez, mi amigo panameño]

Al poco rato me dormí profundamente. Una azafata ya entrada en años me remeció hasta despertarme para colocar una bandeja sobre la mesilla. Comí con avidez. Pollo. Hacía años que no probaba el pollo. El avión, si bien no alcanzó a quebrar la barrera del sonido, tuvo la fortaleza de cruzar nada menos que la cortina de hierro. En Schönefeld, el aeropuerto de la capital de la República Democrática de Alemania, al pie de la escalerilla, me esperaba una ambulancia. Los enfermeros me tendieron en una camilla, me introdujeron en el vehículo y me llevaron raudos a un hospital del siglo XXI. Me bajaron en el preciso instante en que varias personas se abalanzaban sobre mí para tomarme la presión, la temperatura, investigarme los ojos, conectarme al brazo una manguera que me unió a una bolsa transparente con quién sabe qué líquido. Todo esto mientras corrían pasillos adentro.

Tomé conciencia nuevamente. No sé cuántas horas o cuántos días más tarde. No me interesaba saber. El tiempo no tenía sentido en esos momentos. Lo había perdido. Vi el rostro de Tito, mi amigo de la infancia, mi compañero de célula con quien nos habíamos encontrado en varios centros de detención y del que hacía más de un año no tenía noticias. Nadie sabía nada de él. Si lo habían soltado, fusilado, si se había quedado en alguna tortura o si había hablado. Fue una sorpresa verlo. Sonriente, afectuoso. Ya estás a salvo, Coque. [dijo] Y parece que sigo vivo. [respondí] Es un rumor que circula por los pasillos de esta clínica. La mayoría piensa que, efectivamente, sigues vivo. [me contestó con su sonrisa de niño malo] Me tomó una mano para darme un apretón de cariño. ¿Tú eres el responsable de esta acción de rescate? [pregunté] El partido, compañero, el partido lleva meses tratando de sacarte de Chile porque tenía noticias de que se habían ensañado contigo. Temíamos que en cualquier momento desaparecieras, como tantos otros. [aclaró] Ya no era Tito, era Héctor el que hablaba. El dirigente. El comunista ortodoxo y disciplinado. Sacó del bolsillo de su abrigo una tarjeta, la depositó sobre la mesita que estaba junto a la cama. Para cualquier cosa que necesites, aquí te dejo mi teléfono. [explicó] Se inclinó y me dio un beso en la frente. Me alegro enormemente de que estés con vida. [agregó a modo de despedida] ¡Marx mediante! [respondí]

1

Miro el lago. Tiro piedras al agua. Recorro la orilla. Camino solo, sorteando los pequeños obstáculos. Existe un silencio expectante; a veces, las nubes dejan pasar sutiles rayos de sol y los pájaros vuelan en bandadas de un lado a otro. Cruzo un estero. Nada me parece real, nada se parece a mi vida. No sé qué pensar ni en qué ocupar mi tiempo. Tengo clausurada mi memoria. Y desconozco mi porvenir.

Hace diez días me dieron de alta en la clínica. Llegó una alemana de soberbia belleza, extrema elegancia y espléndido castellano. Dijo llamarse Ulrike Schacht. Subimos al auto con chofer que esperaba en la puerta y me llevó a una tienda Centrum. Apenas entramos comenzó una fiebre de compra que no tenía fin. Sí, había un listado de todo lo que debía adquirir: zapatos, calcetines, pantalones, ropa interior, abrigo, chalecos, bufanda, guantes, traje de baño, camisas, pañuelos, artículos de limpieza personal, etcétera. Todo lo supuestamente necesario para vivir. Hasta un sombrero quiso encasquetarme. Me rehusé categóricamente. Creo que se ofendió. Me compró un ajuar completo. Me sentí como un novio viudo. El itinerario continuó con un recorrido por las principales avenidas y edificios de Berlín, el correspondiente relato histórico-político-turístico de la intérprete y mis malos pensamientos tratando de robarle unas pulgadas más de muslo o un brillo de sus dientes perfectos. Porque después de tanto tiempo solo entre hombres, la mayor atracción para mí la constituía la escultural belleza de Fräulein Schacht. Berlin Hauptstadt der DDR podía esperar. En el transcurso de la tarde nos fuimos haciendo amigos. Todo concluyó a la caída de sol, cuando me trajo a Grünheide y me depositó con mi nueva maleta repleta en una casona señorial a orillas de un lago. Debe haber pertenecido a alguna familia burguesa de la Alemania de preguerra o a algún jerarca nazi durante el Tercer Reich. Hoy día es una residencia de verano asignada a un sindicato. Pero aquí en Europa no es verano. Está habitada por una media docena de chilenos rescatados, al igual que yo. Y en estado de hibernación, al igual que yo.

Esta mansión, que debe haber creído que iba a revivir con los latinos que acogería, se ha llenado de fantasmas que deambulan en silencio, hablan en murmullos, miran sin ver y existen sin vivir. Solo hemos intercambiado nuestros nombres de pila, nuestros sobrenombres o nuestras chapas. Ninguno quiere dar mucha información, porque ninguno quiere saber. Como si siguiéramos en Chile. Cuando estamos sentados a la mesa, alguien hace un recuerdo

superfluo. O cuenta desganado alguna anécdota políticamente insípida. Los demás escuchamos sin importarnos, sin poner atención.

En silencio yo abrigo algunas esperanzas. Irme a trabajar con Héctor. Hacer análisis político de la prensa chilena e internacional, crear un centro de información de todos los compañeros y compañeras que están detenidos o desaparecidos en Chile, recoger los datos que cada uno tiene para agilizar su localización. ¿Dónde han sido vistos? ¿En qué fechas? ¿Hacia dónde fueron trasladados? ¿Cuál era su actitud, su estado de ánimo? ¿Quiénes han hablado? ¿Qué ha sido de ellos? ¿Quiénes han desaparecido? ¿Qué sucede con sus familias? ¿Cómo ayudarlos? ¿Servirá de algo? ¿Serviré para algo? Me siento físicamente recuperado. Los médicos dicen que mi cuerpo es más viejo de lo que debería ser a mis veintitrés años. Eso es todo. ¿Cuánto más viejo?, pregunté. No supieron decirme. Después de discutir entre ellos llegaron a alguna cifra entre siete y diez. Está bien. Ahora tengo treinta. Con eso puedo vivir. Pero Chile está muy lejos y tengo que acercarme de alguna manera. Trabajar por los que están adentro será una buena opción. Me sentiré útil y me abandonará esta sensación de que por el hecho de haber sido rescatado he traicionado a mis camaradas. Ya sé que no lo hice. Por eso digo «sensación».

Esta mañana he decidido romper el hielo. Durante el desayuno me armo de valor, miro a todos y me pesa su silencio. Como ya saben, me llamo Coque y quiero informarles que soy militante comunista. Me detuvieron el 15 de septiembre del 73 y pasé más de dos años preso en diferentes centros de detención y campos de concentración. Hace unas semanas fui rescatado por gente de las Naciones Unidas y me trajeron directo a Berlín. [informo a todos] Estupefacción general. Las miradas se cruzan y, al final, se centran en mí. No sé cómo continuar. Sobre la mesa y los comensales cae cae nuevamente la nube de silencio y desconfianza.

Hasta que otro compañero reacciona.

Soy César, comunista y minero del carbón, de Curanilahue, me detuvieron en octubre del 73, me llevaron a Concepción y de ahí pasé a la isla Quiriquina. De los ocho compañeros que caímos juntos, solo tres sobrevivimos. [revela]

Me llamo Édison y era estudiante de Ingeniería en la Universidad Técnica. Soy militante de la Jota. El mismo 11 comenzaron los enfrentamientos con los milicos. Pero nuestras armas eran cortas y teníamos pocas municiones. El miércoles por la tarde estábamos rodeados y a un grupo de unos veinte nos llevaron al Estadio Chile. Ahí murieron varios, además del compañero Víctor Jara. Después nos llevaron al Estadio Nacional y comenzó nuestro deambular por varios locales.

Mi nombre es Víctor. Yo era dirigente comunista de la JAP de la

población Herminda de la Victoria. Me fueron a buscar a mi casa en octubre del 73. No alcancé a arrancar porque tenían tomada toda la manzana. No sé adónde me llevaron porque me encapucharon durante más de veinte días. Supongo. Y terminé en Chacabuco hasta hace tres semanas. [dice mientras un par de lágrimas resbalan por sus mejillas]

Soy el Meza, secretario de organización de Llolleo. Comunista de toda la vida. Me llevaron junto a mis tres hijos a Tejas Verdes. Ellos murieron ahí. Desde entonces no veo a mi mujer ni a mi hija, y espero que puedan traerlas también. [confiesa, y se produce un silencio profundo mientras mordisquea un trozo de pan bien sopeado en el café con leche]

Cada uno va entregando datos parciales, midiendo sus palabras. Hasta que el último habla y nos damos cuenta de que todos pertenecemos al partido, eso nos da confianza, que llegamos hace pocas semanas y tenemos el mismo nivel de desinformación sobre lo que nos espera.

Pasamos a la sala, nos arrellanamos en los sillones y sofás y comienza una catarsis interminable. Los mudos fantasmas de ayer y anteayer se atropellan para relatar sus historias, sus anécdotas, sus dolores y esperanzas. Cuentos van y cuentos vienen. Se soltaron las amarras y ya no hay quien nos calle.

Pareciera que los alemanes estaban esperando este día. Al almuerzo, por primera vez, han colocado un par de jarros de vino tinto sobre la mesa. Eso ayuda. Nos anima aún más. El día termina y todos ya somos amigos. Compañeros, debería decir.

Ahora es de noche y me encuentro solo en mi cuarto. El vino me intriga. ¿Por qué apareció hoy? ¿Estaremos internados? ¿Será esta una terapia sin terapeuta? ¿Nos están observando? ¿Hay un psiquiatra oculto que a través del espejo grande del comedor estudia cada uno de nuestros gestos, cada palabra? ¿Hay alguien realizando un informe de personalidad de cada uno? ¿Nos vigilan? A partir de este momento comienzo un repliegue táctico progresivo. Presiento que no le estoy hablando solo a mis interlocutores visibles. ¿Persecuta? Persecuta. ¿Y qué? Tengo motivos y tengo derecho a sentirme perseguido.

He vuelto a mis caminatas por los alrededores del lago. Bandadas de patos vuelan a centímetros del agua o a quinientos metros de altura buscando un sol ausente y testarudo. Desde lejos he divisado otras casas ribereñas en las que hay familias chilenas completas. Los niños juegan en los jardines mientras los padres los observan a distancia. Las parejas se tocan tímidas. Pasean y saludan a otras con gestos. Los grupos no se arman. La atmósfera del lago se me hace cada vez más pesada, más densa. Me siento extraño. Un extraño.

Me avisan que alguien está al teléfono y pregunta por mí. ¡Héctor! ¡Por fin! Hace dos o tres días que intento comunicarme con él y no

obtengo respuesta. Subo corriendo desde el jardín. ¡Aló!, Tito... [digo con ansiedad] Soy Ulrike, Ulrike Schacht. [contesta una voz cristalina] Debes preparar tu maleta porque a las once y quince de la mañana te paso a recoger en un autobús que nos llevará. Nos dirigimos a Dresden. [me informa con una precisión suiza] ¿A Dresden? ¿Y qué vamos a hacer en Dresden? [consulto] Se ha decidido que te vayas a vivir a esa ciudad. [responde] ¿Quién ha decidido? [pregunto] La dirigencia en Berlín. Varias familias viajarán con nosotros. [puntualiza] Pero... ¿Héctor está al tanto? [sigo interrogando] Lo siento, Coque. No conozco a Héctor. Son las instrucciones que tengo. A las once y quince paso a por ti. Será un placer verte. [dice taxativa y corta]

Saco la tarjeta que Héctor me dejó en la clínica y marco el número. Después de largos minutos de ring ring escucho una voz chilena de mujer. Buenos días, quisiera hablar con Héctor, por favor. [solicito] Lo siento, Héctor se encuentra de viaje fuera del país. Vuelve en diez días. ¿De parte de quién? [responde y pregunta] No importa, lo llamaré cuando vuelva. Gracias. Cuelgo el teléfono.

¡Jueputa!

Alguien... Alguien... ¿Quién es alguien? Son las instrucciones que tengo... Pero... ¿quién da las instrucciones? ¿En manos de quién estoy? ¿Quién me manda? ¿Dónde mierda está Tito? Alguna dirigencia toma la decisión de que me vaya a vivir a Dresden y este, que se dice mi amigo, ni siquiera es capaz de informarme personalmente.

Una dirigencia... ¿Qué dirigencia? ¿El Chile Anti Fascista? ¿El nunca bien ponderado CHAF? ¿El partido? ¿Los alemanes?

Hace años que no logro tomar una decisión propia. Dejé de ser sujeto y me he convertido en un objeto, una cosa que golpean, queman, ahogan, torturan, una cosa que trasladan de un lado a otro, suben a un avión, lo bajan, suben a un bus, lo trasladan, una cosa a quien nadie consulta, una cosa con la que los otros deben convivir, una cosa que no tiene capacidad de resolver por sí mismo.

¡Váyanse todos a la mierda! Me voy a hacer católico. Ellos, por lo menos, tienen eso que llaman el libre albedrío...

2

Dresden era una de las ciudades más bellas de Europa. Antes de la guerra, dicen. ¡La Florencia germana!

Hoy recorro sus calles asombrado por sus edificios centenarios, grises de tiempo y pólvora, grises de la ausencia de publicidad, grises por los largos abrigos de los que se cruzan o me adelantan. ¿Cien años? ¿Doscientos años? ¡Cuatrocientos años! ¡Setecientos años! Y yo, un sudamericano de la más perdida de las colonias españolas, camino sobre estos adoquines quizás milenarios. Vengo de una tierra donde lo más antiguo es del año pasado, o del anterior. Cada lustro la tierra se sacude para destruirlo todo. Como un perro con garrapatas adheridas al lomo. Mi país. Lo más antiguo es posiblemente mi abuelo. [sospecho]

En mi deambular por estas calles de nombres impronunciables, bajo un cielo ajeno y amenazador, me tropiezo con edificios derrumbados, con manzanas enteras protegidas por mallas de alambre que permiten ver dónde estalló cada bomba y dónde cayó cada una de las piedras que conformaban un palacio, una iglesia, una escuela. Se miran pero no se tocan. ¿Se conservan como homenaje a la ignominia de la guerra o como respeto a los difuntos que descansan todavía innombrados bajo los escombros? Tengo la sensación de pisar sobre el esqueleto del ser viviente que fue Dresden. Las almas de los muertos constituyen una gran sombrilla para mantener la niebla, el olor de la destrucción aún permanece adherido a las piedras y tejas despedazadas, la muerte sigue mi huella mirándome de reojo. Han pasado más de treinta años desde el bombardeo. Desde el fin de la guerra.

¿Han pasado? [me pregunto]

Solo el pausado fluir del caudaloso río Elba parece contemplar imperturbable las congojas y alegrías, los amores y desamores de quienes retozan en sus laderas, los gritos de júbilo o ira de niños que corren y los humores de los ancianos que mueren todos los días.

La gente se cruza conmigo o me adelanta. Todos van más rápido que yo. Todos van a alguna parte o vienen de otra. Yo no. Hoy no. ¿Mañana?

Y esa es la gran diferencia conmigo. Ellos son de aquí y yo soy un nowhere man. Se mueven con absoluto control de sus actos, de sus extremidades, de sus ojos. Conocen su pasado y futuro inmediato. Alguien dijo que el presente no existe. Que antes de ser es futuro. Y después de ser ya es pretérito. Pero nunca está siendo. Que eso no existe. El presente ha de ser más rápido que la velocidad de la luz. No

alcanzamos a verlo ni vivirlo. Bueno, quien lo haya dicho se equivocó. Yo soy presente, yo soy el letargo del presente, lo estático, lo intemporal, porque en mí el tiempo se detuvo. (Sobre un edificio moderno y largo que ocupa una cuadra entera hay un letrero que reza: Der Sozialismus siegt! Tengo claro que Der Sozialismus quiere decir El Socialismo, ¡pero vaya Ulbricht a saber qué quiere decir siegt!). Me voy al departamento que me han asignado en la Hoffnungstrasse: la calle de la esperanza. Otra jugarreta del destino.

Estamos con nuestra Dolmetcherin, Fräulein Schacht, en un pasillo frío, de cielos muy altos, repleto de máquinas viejas y abandonadas, estanterías con cajas de madera y metal, gente anónima que circula de un lado a otro empujando carros con piezas de aluminio. Todo es gris. De un gris inmisericorde. En medio de este escenario del no-color sobresale como un planeta ajeno el traje de dos piezas color carmín y la bufanda de seda listada y de mil colores que la envuelve. (Ponme la mano aquí, Macorina, pon, pon, querría cantarle yo a esta hechicera con estampa de aristócrata pintada por El Greco, traída directamente de la Selva Negra y disfrazada de germánica sensual, sexual, brutal, andrógina y excitante animal en celo. Y yo, macho cabrío en busca de la preservación de la especie. Tras una víctima para mordisquear, roer, dominar y devorar. Tengo alma de araña, de viuda negra).

Un olor a aceite, viruta y amoníaco apesta el aire. Ella prosigue, sigue estando, en actitud servicial-profesional, correcta, impecable y ajustada a protocolo. (Si es que un término tan elegante puede usarse para un evento tan pedestre como el que vivimos). En todo caso: ¡gringa hipócrita!, quiero gritarle. Nada que ver con la ardiente y fogosa Ulrike que anoche se sacudía y convulsionaba en mi cama como una serpiente mordida, pidiendo más y más y más, pero mucho más. Y tu perfume Chanel Nº 5 de hoy no tiene relación con los aromas humanos y carnales que nos olisqueamos, hurgueteamos, extrajimos y hasta nos rumiamos. Esa sí que fue nuestra verdadera despedida. Como Engels manda. Ambos conservaremos un buen recuerdo, ambiciono. ¡Qué patético! ¡Qué pena me doy! Apenas me vuelva la espalda dará por acabado lo ocurrido y por olvidado lo vivido. Aquí el único que guardará recuerdos seré yo. Porque no quiero que te vayas, no soporto perderte porque no sé si sobreviviré el tiempo que necesitaré para olvidar paulatinamente la suavidad de tu piel, la miel de tus ojos, tus dedos entre mi pelo, mis manos en tu espalda, tu respiración en medio del sueño, mi sueño a tu lado. Porque fuiste la primera en acariciarme después de muchos años, muchos meses, muchos días y horas que pasé recibiendo golpizas y agresiones. Fuiste la mano que no me dolió, la primera yema de los dedos que me rozó. Fuiste los primeros labios que me besaron. El primer aliento que no olió a tabaco, a podredumbre, a vómito. Fuiste mucho más de lo

que crees que fuiste.

Aunque se llama Ulrike yo le digo UlRica, por molestarla, coquetearle, verla sonreír y morderse el labio inferior. Porque creo que le gusta. Los alemanes tienen estos nombres que me suenan tan duros... No se comparan con nuestros María, Amanda, Yolanda o Eugenia. Lo de Ulrike no le hace honor a sus pechos mínimos ni al hoyuelo de su mejilla izquierda. Porque cada vez que la miro me ardo en deseos de desnudarla a tirones, de zambullirme en ella, de morirme de orgasmos y ternura.

Se irá. Me dijo que no la volveré a ver. Que hoy parte a Berlín y ya mañana comienza otro trabajo con unos argentinos que vienen llegando. Probablemente del lote de los que estaban en Chile «observando el proceso, ¿viste?». Algún porteño y tanguero beberá de la fuente que me nutrió por dos semanas completas. Tiempo durante el cual me quedó claro que su ímpetu no conoce confines. Ni su termómetro tiene tope. Y que mis dolores físicos se transformaron ahora en dolores del alma. [cavilo]

Durante más de diez días nos ha hecho clases de alemán. Pero no logré aprender ni jota. No hice más que mirarla y recordar lo que habíamos experimentado la noche anterior, o preparar lo que serían mis propuestas para más tarde, cuando el sol se estuviera poniendo y su cuerpo delgado se dibujara sobre mi cama y a contraluz de los últimos rayos que atraviesan el ventanal e invaden mi dormitorio. Su hombro, el perfil de su torso, su cadera y sus piernas contra la ventana, su contorno dibujado a fuego. Una pintura. Electrizante. Enervante. Enamorante.

Todas las clases me las pasé con el paquete hinchado. El Dativ, el Akkusativ y el Nominativ me importan un bledo. El único que me entusiasma y excita es el Genitiv, por aquello que su nombre insinúa, y por la manera en que lo pronuncia UlRica, claro. Pero todo eso ya pasó. Es pretérito. ¡Pluscuamperfecto! Pero pretérito.

Me las cantó claras: Nuestra relación no tiene futuro ni proyección. [dijo] Termina con The end y no con un Continuará... [agregó enfática] La miré con cara de John Wayne para que no me creyera un plato de jalea temblorosa. A otra cosa, mariposa. [le respondí] La sorprendí. No conocía la expresión. Se quedó mirándome con cara de pregunta. Pero John Wayne no da explicaciones. Está bien que aprenda algo nuevo.

John Wayne se traga las angustias como me las trago yo. John aprieta los puños hasta que le sangran las palmas de las manos. Pero no pestañea. John Wayne aprieta el culo hasta que le salen almorranas, pero no se caga.

¡Maldita sea!

Con Pedro estamos en el umbral de nuestro futuro. De nuestro

Abteilung, la sección de la Pentacon donde tendremos que ganarnos el pan nuestro de cada día. ¡Umbrío espectáculo! Una puerta con ocho vidrios cuadrados, recién pintada color burro. La manilla de bronce gastado y con sus cantos romos develan sus años. Muros y cielo recién pintados color burro. Estanterías y muebles recién pintados color burro. La UlRica (la fuente de luz de la escena, a pesar de su decisión de que este chilenito no le dejará huella en la piel ni el corazón) se despide dándonos la mano a cada uno. Muy formal. Y se aleja meneando sus caderas delgadas que veo por última vez, pero que permanecerán esculpidas sobre mármol en la retina de mis ojos y en las palmas de mis manos. Me las huelo con disimulo y compruebo que aún mantienen la acidez de la noche reciente y que no termina de diluirse. Ojalá se impregnara para siempre. (Compañeros, propongo que en la nueva sociedad comunista los olores sexuales se acumulen en vez de irse reemplazando. Que se conviertan en la plusvalía de la experiencia, en el capital del paso del tiempo. Al final, uno se morirá mullido, arrullado por todos los efluvios conseguidos en la lucha por o con las desposeídas o poseídas del campo y la ciudad).

Permanecemos con mi compatriota, camarada y amigo Pedro Cáceres, de pie, solos y desolados, junto a dos alemanes que no hablan una palabra de castellano. Pero no importa, podemos entendernos con toda facilidad, somos internacionalistas, todos hablamos el lenguaje de los oprimidos. (Un fantasma recorre Europa...). Nos miran con la sonrisa adherida como una pegatina a la cara. El alemán de mayor edad es el secretario político de la fábrica. El comisario. Cara cuadrada, nariz torcida hacia la izquierda (como corresponde), pómulos sobresalientes, pelo ralo, rubio y engominado hacia atrás. Traje gris de funcionario de partido, corbata sebosa, delgada, de color impreciso, e insignia dorada en la solapa. ¡Todo un burócrata! El otro es Sigmund, que de ario no tiene nada. Más se parece a mí que a los teutones nativos. Una cabellera sustanciosa, cuidada y negra le arma un casco de gomina en la cabeza, sin un solo pelo que sobresalga, que sea más largo o esté fuera de lugar. (Mi pelo está creciendo todos los días y ya luzco unas quiscas que insinúan los rulos ebánicos de un futuro no lejano). Ojos también negros y la piel un tanto cobriza. Es impecable. Admirable. La afeitada más al ras que se haya visto. El cuello de su camisa blanco azul radiante, el cuidado de sus uñas digno de una manicurista francesa, la postura de la espalda de guardia suizo y el overol azul muestra aún los dobleces del planchado. Su actitud delata su condición a medio camino entre obrero y funcionario. Su carrera en ascenso. Yo diría que tiene nuestra edad, unos veinticuatro o veinticinco, a lo más. Es el jefe de la sección en la que debemos empezar a trabajar hoy día, y lo están aleccionando. Él pone cara de interés supremo, ha de ser un Genosse sin tacha. Lo veo ansioso.

Mientras el comisario le habla de los chilenische Patrioten, del Putsch, de la Yunta (esa es la Junta Militar y que por estos lares pronuncian yunta, lo que parece muy acertado. Una yunta de cuatro bueyes bien capados de bolas y cerebro), de Pinochet (que está convertido en el icono mundial del gorilismo latinoamericano) y de Corvalán (que está preso). Mucho con los Genossen y el Partei y la Solidarität. Sigmund menea los ojos yendo de Pedro a mí y de vuelta, expresándonos en su mirada su admiración, su voluntad de ayudarnos, su compasión por lo que hemos sufrido, su comprensión por el dolor que sigue provocando la tiranía en nuestro pueblo. [supongo-adivino]

Yo pienso, por eso, que este alemán se pasa de solidario y que toda la propaganda del gobierno de la RDA en favor de nuestra lucha se ha incrustado en cada célula de cada militante y en muchas de los DDR-Bürger. Porque este nos mira como a náufragos del *Titanic*. Y algo de cierto hay en todo esto, porque de que nos salvamos de un naufragio, nos salvamos. Tenemos que reconocerlo. Y de una sarta de tiburones, habría que agregar. Y pirañas. Mucha piraña hambrienta y hocicona. Ahora, el alemán más viejo se despide con apretones de manos, palmoteos en los hombros, sonrisas y más sonrisas. Hier seid ihr willkommen, Genosse. Hier seid ihr willkommen, Genosse. Lo vemos alejarse muy orondo, contento de que estemos aquí, en su fábrica. Ya tiene algo que contarle a su familia. [intuyo]

Sigmund espera a que desaparezca y, mirándonos a intervalos a Pedro y a mí, no se aguanta más y nos espeta a la cara: chilenische Patrioten? Así, con signo de pregunta al final. Y vuelve a repetir: chilenische Patrioten? Como si no le hubiesen dicho veinticuatro veces, UlRica y el comisario, que somos chilenos exiliados. Y nosotros, el par de pasmados, asentimos repetidamente, como japoneses. Hasta que al fin suelta lo que tiene atascado en el guargüero y nos lanza con euforia: Ramón Vinay! Ramón Vinay!

¡Este se cagó en el piano! ¿Qué tiene que ver el momio del Ramón Vinay en todo el cuento? ¡Vaya a saber el renegado Kautsky! Quedamos descolocados. Desconcertados. ¿Dónde quedó la Solidarität mit Chile? ¿De qué ha servido toda la propaganda del PSUA y del gobierno? Nos miramos con Pedro buscando una explicación que no aparece por ningún lado. Él sabe más de eso porque nació en Chillán, y en el colegio le enseñaron que Vinay es un tenor chillanejo de fama mundial. Información que ahora estamos comprobando en el terreno mismo, porque hasta un obrero de la Pentacon lo conoce. Pero a mí me importa un bledo. Lo único que sé es que se trata de un momio redomado. Punto. Yo habría esperado que dijera Salvador Allende o Corvalán o, por último, ¡Venceremos! Pero no, al gringo huevón no se le ocurre nada mejor que decir ¡Ramón Vinay! ¡Ramón Vinay!

Ahora nos introduce a un galpón, no muy grande, con tornos y

taladros de diferentes clases y tamaños, y nos va presentando a cada uno de los obreros que están con mameluco o guardapolvos azules, metiendo un ruido infernal y concentrados en sus máquinas. Thorwald, Jörg, Ludwig, Jaroslav, Selmar, Günther, Helmut, Eginhard, Theodor, suma y sigue. Por turnos abandonan cinco segundos su tarea, nos estrechan la mano y vuelven a concentrarse. Después, nos lleva a una sala aledaña, una suerte de pecera, donde hay una media docena de ancianas que hacen un trabajo más limpio, como lijar pequeñas imperfecciones de las piezas metálicas, control de calidad, las cuentan y las empacan. Entre las seis juntan cinco siglos y un cuarto. El cuarto es de una muchacha pelirroja y pecosa, de bonitas facciones, ojos sagaces y sonrisa ingenua.

Sigmund nos pone frente a unos taladros que se usan para hacerle hoyos a unas piezas de aluminio. Parecen ser el chasis de las máquinas fotográficas. Se sienta en un taburete frente al mesón y nos hace una demostración. Con la mano derecha toma una pieza desde una caja a su diestra, la encaja en una matriz en la base del taladro, toma una brocha, la introduce en un tarro de aceite, unta la broca en una medida exacta: dos milímetros, deja la brocha sobre el tarro, baja la palanca del taladro con delicadeza, levanta la palanca (no se puede soltar porque se va de golpe), saca la pieza de la matriz y con la zurda la coloca ordenadamente en otra caja a su izquierda. ¡Cinco veces! Sigmund es un obseso. Cinco veces repite lo mismo como si fuéramos cretinos, limítrofes, tarados. Y las cinco veces relata cada movimiento en alemán, como quien narra por radio un partido de fútbol (siendo esto un poco menos entretenido). Le da la pasada a Pedro para que se siente y comience a trabajar. El gringo se instala frente al taladro vecino y me hace la misma talla. De nuevo, ¡cinco veces! Caja, pieza, matriz, brocha, aceite, broca, palanca, pieza, caja. Caja, pieza, matriz, brocha, aceite, broca, palanca, pieza, caja, etcétera. Todo cantado en alemán.

Nos explica que la norma son sesenta piezas por hora, pero que por ser principiantes nos la rebajará a cuarenta, hasta que aprendamos. Todo con señas y palabras desconocidas. (¿Cómo va a saber uno cómo se dice broca o taladro en alemán? ¡Ni magos que fuéramos!). Nos llena de papelitos donde escribe los números y que Pedro entiende mejor que yo, porque puso atención en las clases. No ven que es casado. (Bella la Chabela, la señora de Pedro. La recuerdo. La dibujo en el aire. Una Virgen de Murillo. Tomo conciencia. Es la mujer de mi amigo. La rechazo. La alejo. La borro de mis pensamientos).

Mientras yo hago treinta y cuatro de promedio en el resto de la jornada, Pedro se manda sesenta de un viaje. Nunca me miró ni me habló. Este tipo está loco de remate. Se terminó nuestro turno. ¡Por fin! Dejamos nuestros guardapolvos colgados en los casilleros que nos

asignaron. De los otros obreros recibimos varios golpes afectuosos en la espalda, a manera de bienvenida, solidaridad y despedida. Bajamos las largas escaleras de madera. Y escalón a escalón me comienza a entrar una conciencia inquietante y una angustia que agarrota: Estoy frente a mi futuro. [pienso-me percato] Esto va en serio. Y todos los días serán en serio, compañero Coque, uno detrás del otro y formando una fila interminable. Todos recién pintados color burro. Mi vida va guarda abajo, como esta escalera. No hay vuelta atrás. (Al menos por el momento, porque no se ve otra realidad que esta ni se vislumbra un futuro menos plomo. Llegamos aquí para prepararnos para el regreso y nos están instruyendo para quedarnos una eternidad. Y para la oscuridad).

Esperamos el tranvía. Pedro está entusiasmado y parece feliz. Lo llena de orgullo haber sido capaz de cumplir la norma de los profesionales en su primer día. No digo nada. Me vale madre la norma, las maquinitas de fotos, el taladro, la brocha y todo el puto taller. Me vale madre lo que le pase a Ramón Vinay. Quiero que desafine. De aquí en adelante. Para siempre. Que en vez de un do de pecho le salga un re tamboreado. ¡Que se vaya a la cresta!

En mi departamento me tomo el resto de la botella de vodka que estrenamos anoche con la Dolmetcherin... y un par de cervezas. Prendo la televisión y me instalo a ver un programa de patinaje en hielo. No entiendo ni jota de lo que dicen, pero al menos puedo percatarme del puntaje que obtiene cada uno de los que bailan. Ya sea en parejas o individuales. Diestros los compadres. Suecos, soviéticos, alemanes, franceses, gringos. De todas partes. Con unos trajes de lentejuelas, de terciopelo, de tules, con falsos escotes porque cuando la cámara se acerca se nota una malla color carne debajo de los atuendos siúticos.

Me vuelve a la memoria la Pentacon, la ancha y larga escalera de madera que bajamos con Pedro. Aquí comienza tu exilio en serio, Coque. [me repito] Lo demás fue aventura, azar, mala cueva. Y buena cueva al final, ¿no? Pero aquí te quiero ver, recién comienza lo bueno, Coque. Cuando empiecen a pasar los días, las semanas, los meses... ¿los años? Ahora sí que te cagó Pinochet. Recién te cagó Pinochet, Coque. ¿Te das cuenta? Recién, hoy, te expropió Chile.

Mañana entro en el turno temprano. A las cinco de la mañana y hasta las dos de la tarde. Miro por la ventana y está todo nevado. Ni un alma en la calle. Estoy en Alaska. En cualquier momento aparece un esquimal y empieza a construir su iglú. Pero no. Del tranvía se baja una mujer con un niño, y eso sería todo. El resto es blanco. Para ellos es como si la nieve no existiera, o como si siempre hubiese estado ahí. Caminan confiados. El niño corre unos pasos, se adelanta. Se detiene, mira a su madre (supongo que será su madre) y la espera. Cuando ella

lo alcanza, el cabro vuelve a salir disparado. Voy a subir a preguntarle a Pedro a qué hora pasa el tranvía; como es mateo, fijo que se fijó en el horario del paradero.

Pongo los tres despertadores. Uno a las cuatro, el segundo a las cuatro cinco y el otro a las cuatro y diez. (¡No puedo creer que me vaya a despertar a esa hora! Nunca en mi vida he realizado voluntariamente contra mi persona un sabotaje de tamaña magnitud). Los reviso varias veces para asegurarme de que van a sonar, porque no quiero salir corriendo sin ducharme. (El proletariado se ensucia, compañero, en el cumplimiento de su trabajo. No es que sea sucio). Y debo tomar desayuno para que en caso de un ataque artero del imperialismo, este no me sorprenda con el estómago vacío. Además, supongo que tengo que preparar mi riñonera para servirme a media mañana unas Scheiben de pan negro con manteca. (Plejanov decía que guatita llena, corazón contento).

3

Me despierto, me asomo a la ventana y... nieve. Nieve y más nieve que está cayendo en cámara lenta. Me da frío de puro verla y me voy al living con mi plumón, me echo en el sofá, me prendo un puchito y la tele. Al poco rato me quedo dormido de nuevo. Así es que no fui de compras al Kaufhalle.

Almuerzo con Morales y Pancho, los tres solteros del colectillo de chilenos aquí. Son las dos de la tarde cuando nos sentamos a comer un mejunje de carnes y callampas sopeadas con vino tinto, que comenzaron a cocinar estos dos anoche, y que, con gran pompa, llaman burguiñón. Según el Pancho, lo aprendió a hacer en París. Yo le pregunto si vivía debajo de algún puente del Sena, porque la carne está dura como un ancla y la mazamorra no podemos decir que tiene buena presentación. Más parece aceite usado de algún bateau mouche, de esos que llevan turistas de un lado a otro por el río. Además del vino del guiso (que obviamente no cuenta porque las temperaturas, los revoltijos y la mala calidad del mismo atentan contra su graduidad etílica), nos tomamos como seis botellas de un mosto húngaro que está de mascarlo. Morales en realidad no es soltero. Por el contrario, tenía mujer y cuatro cabros chicos en Rancagua. Pero vivía estereofónico con la señora y con una compañerita llamada Ramona, en Renca (lo de Ramona no hace falta explicarlo: familia comunacha por donde se le mire). Y cuando vino el golpe se asilaron juntos. Él y su compañera (amante, le diría mi tía Herminia, diga «a m a n t e» nomás, m'hijito, con todas sus letras. Porque eso es lo que son esas mujerzuelas). A ella le dieron la salida de Chile al mes y medio, pero Morales estuvo más de ocho meses haciendo cola para lavarse, para dormir, para cagar, para tomar agua, para estirar las piernas, sentarse o comer algo en la Embajada de Italia. Y esperando todos los días el permiso para salir. Cuando por fin le llegó, viajó a Roma y de ahí a París, donde no le fue muy bien y lo mandaron a Berlín. Agarró cargo, prestigio y prebendas de dirigente. Le preguntaron si era casado y dijo la firme. Los alemanes, prestos y eficientes, sin más preguntas, le trajeron a la mujer y a los hijos. Y le instalaron el problema en el mismo edificio donde él y la compañerita Ramona tenían sendos departamentos. Quedó la cagada y media. Cuando llegó la rancagüina, esposa legal y con todos los derechos, y se enteró del cahuín, mandó a la mierda al Morales, a la comadre, al partido, a los alemanes, a las madres de todos los anteriores y a sus futuras generaciones. Dijo que se aprestaba a criar y educar a sus hijos en este territorio germano liberado, que

iba a gozar del socialismo real por el que el padre de las criaturas, y ella misma, habían luchado tanto. Que no la movía nadie, ni con tecle, hasta que la Junta cayera a pedazos o se disolviera en el tiempo. Que recién en ese momento estaría dispuesta a entrar en conversaciones. La Ramona, que le hace honor a su nombre, y por lo mismo es dirigente de la Jota, consideró que este escándalo perjudicaba a las Juventudes Comunistas, al partido, a la resistencia, a los compañeros del interior, mancillaba la honra de los caídos en Chile y en todos los países que habían sufrido y estaban soportando dictaduras similares, desanimaba a los guerreros vietnamitas y camboyanos, debilitaba al régimen del Mao Tse-tung y al de Kim il Sung, amén de que podía afectar negativamente sus expectativas y ambiciones políticas, por lo que cortó por lo sano y escindió sus vínculos amorosos y de toda especie con Morales. Consiguió traslado nada menos que a Moscú. (Alguien debe estar poniéndole sal a ese huevito, o se la estaba poniendo de antes, cuando el Morales todavía hacía cola hasta para pegarse una corta en la embajada, porque el desplazamiento se hizo en tiempo récord). A Morales (que no le andaba haciendo honor al apellido) lo llamaron urgentemente al cuartito azul y le leyeron la cartilla: no existe ningún problema político o desconfianza hacia usted, compañero, pero para ser dirigente del partido se requiere y exige un requisito mínimo: no ser huevón. (Condición elemental, me parece a mí. Aunque no le he hecho comentarios, por respeto. Porque, al fin y al cabo, en esta vida cada uno se apea como puede... o como quiere). Y eso le significó, como a la Ramona, también un traslado: pero a él lo mandaron a Dresden y a la Pentacon. A una la patearon p'arriba y al otro p'abajo.

Así se jodió Morales. A pesar de todo, ¡gran tipo! ¡Harto picao el araña! (No tienes idea, Coque, lo que era la Ramoncita... Más todavía que yo la pillé impoluta y la amansé «a modo mío», come dice la canzione. Una revolucionaria de tomo y lomo que quería hacer la rebelión de las masas incluso en la cama. Hasta el colchón quedaba tirado en el suelo. Y yo, que tenía la intención de tomarme La Bastilla y su palacio de invierno cuantas veces pudiera... ¡Para qué decir!).

Son las cinco de la tarde y llega Pedro a buscarme porque tenemos que ir a la casa de Sigmund. Como cuarenta minutos de tranvía hasta Laubegast. Aprovecho de dormir mi siesta. Llegamos con la Chabela y los dos cabros chicos (y Pedro, obviamente), nos encontramos conque el alemán se ha pasado el día preparando un Abendbrot como para un regimiento. Panes, jamón crudo y del otro, paté, salame, mortadela, quesos, pastas de salmón, de pickles, kúchenes varios, jugos, té, café de grano y cientos de cosas más que de puro verlas me dan arcadas por todo el burguiñón que me zampé.

Se trata de un homenaje, parece, a estos chilenische Patrioten, y la

presentación oficial de su esposa. Morochita igual que él (y que yo), con buen lejos de un culito redondito y buenas piernas, bien torneadas. Coque... ¡Compórtate! [me reprocha la Chabela cuando me sorprende mirando la retaguardia de la alemana] No se ofenda, Chabelita, está en la naturaleza humana, decía Ho Chi Minh. [respondo]

Todo marcha sobre hojuelas. Yo estoy echado en un sillón que acogió a mi humanidad, al burguiñón y los vinos mientras bebo una cerveza Radeberger bien fría para limpiar las cañerías. El problema comienza cuando nos presenta su colección de long plays de óperas y coloca a *Otelo* en el tocadiscos. ¡Cantada por... Ramón Vinay! ¡Evidentemente, compañero! ¡No faltaba más! Nos tenemos que mamar el disco entero. Y por ambos lados. Más indigestión. Y no han pasado cinco minutos de silencio y disfrutamiento de un Apfellkuchen de miedo, cuando a Pedro se le ocurre preguntarle por qué se llama como Freud. ¡Error garrafal! No se llama como Freud, que se llamaba Sigmund; él se llama Siegmund, que es parecido pero distinto porque se pronuncia con una «i» más prolongada: Siiigmund. ¿Y por qué va a ser, camarada? Ecco le qua! Por un personaje de una ópera de Wagner intitulada *La Walkiria,* que forma parte de *El anillo de los nibelungos.* (Aquí me estoy cultivando a pasos agigantados. Volviendo a Chile me compro un pantalón marengo, una chaqueta azul cruzada con botones dorados, una corbata roja, y me hago socio del Teatro Municipal). Se para, lo busca, ¡lo encuentra!, y durante las próximas dos horas escuchamos la famosa *Walkiria.* Y tenemos que poner atención cada vez que aparece Siegmund en escena. (Soy un experto en ópera. Hagan fila y pregunten a este pechito que lo único que sabía hasta hoy era de boleros y valsecitos peruanos, que lo más cercano a la ópera que había escuchado en su vida eran las rancheras. Pregunten lo que sea... sin tirar a matar, eso sí, porque yo sé que entre ustedes se esconden varios desclasados, cómplices de la dictadura y miembros prominentes de la oligarquía criolla que destapó ingentes cantidades de botellas de champaña Valdivieso la noche del golpe).

Siiigmund. Y ella se llama Edeltraude, pero él la llama cariñosamente Traude. Siiigmund... Traude... Por suerte no estamos en Polonia ni en Hungría. ¡Las veríamos verdes con los nombrecitos que se gastan esos gallos que no conocen las vocales!

Pedro habla alemán como sioux, la Chabela le pega un poco más porque estudió las preparatorias con las monjas ursulinas, y yo lo hablo como los karatecas. Me tienen que explicar todo, y si se saltan algún párrafo, Siegmund se encarga de advertirles que falta la traducción para mí. En medio de los alaridos de sopranos y los gimoteos de los tenores transcurre la velada y mi estómago se hincha de más comida y más alcohol.

De vuelta yo ando mal. Pedro llevó un kilo de limones y medio de azúcar y se preparó un kornsour, muy similar al pájaro verde de la cárcel de Angol. Pero hubo que tomárselo y decir que era igualito al piscosour. Si le agregamos las abundantísimas cervezas Radeberger y los cortitos de coñac que puso la casa, Siegmund y Traude que chupan como cosacos, la intoxicación de ópera, el vinito del almuerzo y la semana trabajando de proletario, no les digo lo que subyace en este regreso al neue Wohnung de la Hoffnungstrasse. En resumen, me pego otra siesta bien roncada en el tranvía y una bajada (parece) muy indecorosa. Los pantalones terminaron rajados en plena raja. No daré más detalles. Por pudor. (Y desconocimiento. O carencia de conocimiento. O pérdida momentánea del conocimiento. Da igual).

Los cabros chicos, que se llaman Salvador y Manuel, por la canción de Víctor Jara, el último, como corresponde (la referencia del otro huelga anotarla), me traen estibado. Cada uno me tiene agarrada una mano y me vienen guiando. Ya se creen lazarillos profesionales el par de pendejos que no dejaron de joder en toda la tarde y que al depositarme frente a la puerta de mi departamento estiran la mano esperando su Deutsche Mark. ¡Embriones de capitalistas! ¡Enanos plutócratas! ¡Proyecto de pirañas!

Son como las doce y se me pasó un poco el mareo. Y el dolor de cabeza sigue. Estoy leyendo una novela de Jorge Amado que se llama *Dona Flor e seus dois maridos,* la única que encontré en una librería que tiene libros en idiomas extranjeros. En ruso, checo, rumano, húngaro, francés, etcétera. La mayoría son de Lenin, Marx y Engels. Ya me los leí todos en Chile. Desde *El Capital, El Estado y la Revolución* hasta el *Anti-Dühring,* y me tienen chato. Mucho penseque, mucho rizar el rulo. La única novela en cristiano que encontré fue esta, en portugués. Así es que aquí estoy, falando en vez de sprechen. Entiendo casi todo, la idea, digo. Pero me tiene cachudo la palabra ainda, porque todavía no he podido descubrir qué mierda significa. Y aparece a cada rato. ¿De dónde voy a sacar un diccionario portugués-castellano? [me pregunto]

He hecho avances con la obrerita de la Pentacon. Se llama Eva, pero se pronuncia Efa. Rarezas de los alemanes. ¿Por qué no le ponen directamente una efe? [me interrogo] ¡Un designio del Divino esta minita! Mi segundo nombre es Adán. Jorge Adán, porque mi abuelo se llama Adán Ventura. (Viejo de mierda que, como buen paco en retiro, creyó que el golpe lo había dado él personalmente). Y por él me pusieron Adán. Jorge Adán. Ha de ser por eso que soy tan tentado, y debo cargar esta adicción incontrolable a las manzanas. [me sospecho] Pero todos me dicen Coque. Siempre odié el nombre Adán. Por lo conchesumadre del viejo. Hasta ahora, cuando supe que ella era mi Eva. Entradita en carnes, pero nunca tanto, tal como me gustan a mí, ni más ni menos. Para tener de dónde agarrarse. [opino] Suficiente

leña para el frío invierno. Dos veces la vi a la salida, con ropa de calle. ¡Tiene un cuerpito! Armadito, redondito, asible, amasable, risueño... Guten Morgen, le digo cuando llego y entro a la sala de atrás a saludarla especialmente a ella, porque a las otras carcamales les hago una reverencia colectiva. Ya hemos tenido un par de enganches de ojos. Ella sabe. Pero tengo que ir piano piano, porque sin hablar el idioma puedo hacerle ojitos nomás. Tirarle el anzuelo y esperar a que pique. Total, chilenische Patrioten es grito y plata en esta primera sociedad socialista en territorio alemán.

Siegmund ya me descubrió las intenciones. Y mueve el dedo índice de lado a lado frente a su nariz y ojos, que es la manera de retar que tienen aquí los nativos. Ferbrejer, Coque, Ferbrejer. [me advierte, como diciendo que no me meta ahí, o que es suya] Puede ser. Se la debe estar comiendo. Con esa cara de pánfilo, lo dudo, pero uno nunca sabe. Si le hace un crío le va a salir jaspeado. Este alemán me saca de quicio. A cada rato viene a mi puesto y me corrige lo que estoy haciendo. Me hace a un lado y se pone a trabajar él. Caja, pieza, matriz, brocha, aceite, broca, palanca, pieza, caja. Y hace lo mismo que yo, pero no entiendo qué mierda me quiere enseñar, no veo la diferencia. Anteayer hice treinta y ocho por hora, pero ayer ya hice cuarenta y tres. Y si me dijo que la norma eran cuarenta, promediando un día con otro estoy cumpliendo. [le digo] Pero, claro, si yo no le entiendo su alemán, menos me entiende él mi castellano. En cambio, a Pedro lo cambió a otra máquina más compleja que tiene dos brocas y hace dos hoyos al mismo tiempo. ¡Y el cabrón ya está haciendo la norma! Nació para proletario.

¡Ah!, pero también me pegué otro pinchazo: Helmut. Todas las mañanas llega con su pelo rubio peinado a la gomina y un notable jopo coronándole la frente. Se para ante cada uno y le hace una venia. Guten Morgen. Y va donde el siguiente. Guten Morgen. Cuando llega donde estoy yo, me da la mano blandita e inclinada. La otra me la pone suavecito encima. Guten Mooorgen, companiero. Guten Mooorgen, compañero, le respondo, y le levanto la izquierda empuñada. Y se sonríe el picarón. (Y cuando entramos a las dos de la tarde es Guten Tag, o mejor dicho: Guten Taaaag, companiero). Parece que es capo porque trabaja en uno de los tornos más complicados. Y es una bala. Minucioso pero bala. Cada pieza que termina la mira con una lupa de joyero, de esas que se autosostienen en la cuenca del ojo, y la revisa como si fuera un diamante. Colipato pero eficiente este Helmut. De repente lo pillo que me echa sus miraditas. Cuidado, Helmut, se te va a descuadrar el torno. [le digo aunque no entienda] Y él se sonríe enchuecando la comisura. Debe soñar con un latin lover. Pero conmigo está frito. ¡Yo no le hago a eso, gringo! En la próxima vida si tienes suerte.

En la tele ahora están dando carreras de patinaje. Con estos fríos y esta nieve, qué más van a hacer. O bailan o corren. [comento... me converso en voz alta] Corren agachados, como si fueran un ángulo recto, y moviendo los brazos con fuerza hacia delante y atrás para darse impulso. Los campeones son todos rusos y rusas. Secos con los patines. Claro que esto no tiene nada que ver necesariamente con el socialismo real, porque nunca se han visto cubanos patinando sobre hielo. [sospecho] El récord mundial de velocidad dicen que lo batieron en Alma-Ata, una ciudad soviética que queda cerca de Mongolia. Vaya a saber uno, porque ¿quién los va a ir a ver allá tan lejos? [conjeturo] Habrá que creerles nomás.

4

Siento el ruido de motores que se apagan. Me asomo cautelosamente a la ventana del dormitorio. En la Hoffnungstrasse se acaban de detener dos Volga de los que bajan unos honorables dirigentes del Comité Central chileno y un par de alemanes del partido. Lo reconozco en sus trajes. Parecen traer a un nuevo miembro al colectillo. Un viejo enjuto, de cara angulosa y una espléndida nariz aguileña. Eso es bueno. Siempre he tenido confianza en los que lucen una gran nariz. (Érase un hombre a una nariz pegado, / érase una nariz superlativa...). Este tiene pinta de gallo chico pero aliñado. Como estamos en el turno de la tarde, Pedro y yo somos los únicos camaradas del partido presentes. Seguro que nos llaman. El viejo, que ha bajado del segundo auto, se detiene a media vereda, pone ambas manos en su cintura, inclina la espalda hacia atrás y le echa una mirada al edificio. Como quien observa la Torre Eiffel, el Empire State o el Everest. Y gira en trescientos sesenta grados como si admirara los jardines de Versalles, el lago Llanquihue o la mina de Chuquicamata. Yo retrocedo dos pasos para evitar ser descubierto. Calculo la velocidad de su mirada, y cuando ya ha pasado por mi ventana me vuelvo a asomar. Con pasos ágiles, él camina hacia la entrada del edificio. Al nuevo inquilino le importa un bledo quien cargue sus bártulos. Atrás suyo le siguen comisarios alemanes y miembros del Comité Central chileno, cada uno cargando una de sus pesadas maletas. Estaba claro que él no las levantaría ni medio centímetro. Putamadre el anciano. Se hace respetar como si lo hubieran nombrado ministro. Y no sabe que aquí se pierde hasta el nombre. ¡Imagínense el «nombramiento»! (Anciano, estás en el lugar equivocado y en el momento equivocado. Este es el desierto de los tártaros. Este es un simple barrio de obreros y técnicos en el corazón de la primera línea del socialismo real, del Pacto de Varsovia. Somos la infinita postergación, como diría Borges).

Le dan el departamento justo encima del mío. El que abandonó el saco de plomo del Peña, que desertó y se mandó a cambiar a Suecia con su mujer. (Porque el papel higiénico es muy áspero y tenía el culo muy tierno. No sé si él o la mujer. Da lo mismo. Se fueron, desaparecieron, se evaporaron, no son, no existen. Se hicieron los suecos. ¡Chao! Nadie sabe si se fugaron o se fueron con permiso. Es el misterio del Orinoco y el comentario de todos los pasillos. Si tiraron las cotonas de la Pentacon a la basura en el momento de abandonar este barco, me parece de cajón que no se fueron muy contentos. Ahora

que se ocupa el departamento es de esperar que todos nos olvidemos de los Peña). El viejo parece ser un baluarte de la izquierda, amigo de Neruda, Volodia, Millas, Corvalán y el resto de la aristocracia PC y PS. [me cuenta Pedro, que ya acudió a mi llamado] Mientras no se le ocurra escuchar ópera a todo chancho, todo está bien. Toc, toc, toc en mi puerta. Los compañeros chilenos nos saludan como si viniéramos bajando de un Sputnik después de dos meses en el espacio. Nos abrazan con inusitado entusiasmo. Les falta que agarren la costumbre soviética de dar besos en la boca y estamos al otro lado. Nos entregan información sobre el nuevo inquilino, nos hacen mucho hincapié en que lo cuidemos y lo acompañemos porque está solo y jubilado. Llegó hace unos meses a Berlín con su cuarta mujer y dos hijos pequeños, pero a la comadre no le gustó el clima (oficial) y debe haberse aburrido del anciano (extraoficial). Partió a España (oficial). Con algún otro gallo (extraoficial). Lo repito yo y para callado. Los camaradas del Comité Central son muy neutros y muy respetuosos a la hora de ocultar la cornamenta de los viejos baluartes partidarios. Siempre andan dando explicaciones para salvar el honor de los cornudos y de los que dejan la patita atrás. Van señalando el camino, previendo algún percance personal futuro. Que la minita se les vaya con alguien de la Jota. O que un alemán forzudo se los chifle. Hacen como si ser comunista implicara necesariamente una sexualidad vigorosa y héteramente orientada. Parece que no conocen a... (¡Cállate!, Coque).

Subimos al piso de arriba. Pedro se entretiene conversando con uno de los visitantes coterráneos. Llego antes que él. Me acerco al viejo, me presento y le doy la bienvenida. Como si fuera un caballero. Me lleva hacia adentro y me dice que nada de bienvenidas, que este es el iceberg en el que lo están acomodando para que se muera. Este, compañero, es el exilio de mi exilio. [determina] No todo ha de ser tan malo. [respondo] No, no, no me malentienda, compañero, esto no es malo, c'est la verité, non plus. Dans des temps de tromperie généralisée, le seul fait de dire la vérité est un acte révolutionnaire. (Le entiendo casi todo porque para eso Monsieur Zapatá fue profesor mío de francés durante seis años en el liceo). Viejo sabio. [me digo] Fijo que eso lo sacó de Victor Hugo. Ya me conquistó.

Lo ayudo a deshacer su maleta y a instalarse. En el ropero cuelga sus trajes y abrigos, junto con un gancho especial para corbatas y bufandas (foulards, las llama él). En los cajones ordena su ropa interior y sus camisas. En uno de ellos deja ocho cartones de Parliament. Se detiene. Me mira. Me pregunta si era yo el que estaba oteando por la ventana (no sé cómo me pilló el anciano). ¿Y cómo me vio? [pregunto-quiero saber] Los ojos y oídos del pueblo nunca descansan, compañero. [responde] Y comienza a sacar los libros que

hicieron sudar a los dirigentes que vivieron la proletaria experiencia de ser maleteros de estación por siete minutos y treinta y tres segundos. (A medida que los va ordenando, yo los miro con ansias. Pero todos están en francés. ¡Qué frustración! C'est la vie! Específicamente la de este pobre y solitario exiliado y chilenische patriota monóglota que apenas chapurrea el inglés y algo de un francés que no le da más allá de las canciones de Montand o Brassens). Uno a uno van entrando y despidiéndose, deseándole una buena estadía. Uno de los alemanes le dice que vivirá en una hermosa ciudad, con una vida cultural de alta jerarquía. El viejo lo mira con cara de asco.

Sobre el mueble del living coloca con cuidado y precisión una foto de su mujer y sus hijos. Y otra, dedicada, de un Camilo Cienfuegos sonriente y barbón, con sombrero de ala ancha y ojos achinados. Ambas en sendos marcos de plata repujada, que deben haber sido de Atahualpa y se los robó el cabrón de Pancho Pizarro. ¡De morirse la mina! Una morena medio mulata, de unos treinta, cuando mucho, con un cuerpo de optimísima calidad. Qualität 1!, dirían los germanos. ¡Cáspita! Buen dar la mujer estupenda. [le comento, tratando de usar palabras educadas] Si uno ha de hacer cochinadas, compañero, más vale que sea sobre porcelana fina. [responde mientras saca más libros de la otra maleta] Al rato, como hablando para sí mismo, agrega: À vieux chat, jeune souris. (No entiendo. Parece refrán, ¿pero qué tiene que ver el gato viejo con una sonrisa joven? ¿De cuándo acá los gatos detectan las sonrisas?). Y eso querría decir... [pregunto] A gato viejo, ratón joven. [responde algo malhumorado] Tiene que aprender francés, compañero. [agrega sin una sonrisa] (Mi confusión se ha debido a las cimarras que le hacía a Monsieur Zapatá).

Caminamos al Kaufhalle. Mientras yo lleno un carrito con mercadería para mi casa, el viejo echa tres botellas de vodka y medio kilo de limones. ¿Eso es todo? [consulto] Por supuesto. Este brebaje contiene el conjunto de nutrientes que mi cuerpo necesita y los efluvios que mi alma suplica... En el supuesto de que los eruditos tengan razón en aquello de las vitaminas y que los nigromantes hayan descubierto efectivamente la vida eterna. [responde] Y ahora enrumba hacia la salida. Entretanto, yo hago la fila para pagar. Lo veo a través de los ventanales encender su Parliament, mientras se extasía contemplando el estacionamiento casi vacío y los coches con las guaguas alineados. ¿Y quién paga las tres botellas? [me pregunto] Solo queda una posibilidad: este sacrificado obrero y militante de base, reserva estratégica de la revolución latinoamericana y de la liberación mundial de los oprimidos. [me respondo]

Ya en el departamento, cuando voy a dejar las vituallas al mío, me pide que le traiga hielo. Vuelvo y tiene dos vasos con sendas rodajas

de limón. Echa dos cubos de hielo en cada uno y luego vierte el vodka. Así debe hacerse, el líquido sobre el hielo, nunca a la inversa. [sentencia] Me extiende su diestra huesuda con un trago. Por ser usted un caballero. [me dice mientras alza el suyo y antes de mandárselo al pecho de un huascazo] Le explico que debo ir a trabajar y entro a las dos de la tarde. Quiere saber qué hago. Soy egresado de Sociología, y ahora estoy trabajando de obrero en la fábrica Pentacon, la que hace las cámaras de fotos. [explico] Veo que lo han promovido. [comenta] De cientista social a proletario es un gran avance. Piense que el proletariado es la vanguardia del pueblo y los sociólogos van en la retaguardia estudiándolos. No está mal. Avanzó cinco casilleros en el ludo de la revolución y de la vida, compañero. [sentencia] No sé si habla en serio o es una ironía. Me inclino por la segunda interpretación. Su rostro es imperturbable. Humphrey Bogart. O quizás deba usted remitirse a *De Principatibus,* la gloriosa obra de Niccolò Machiavelli, que en su presentación explica que así como para entender la naturaleza del pueblo es preciso ser príncipe, para conocer la naturaleza del príncipe es necesario pertenecer al pueblo. Ya que se encuentra usted en esa situación, ¡estudie a los jerarcas! ¡Se lo recomiendo! [sentencia nuevamente, y otra vez no sé si me está tomando el pelo o qué].

Pedro piensa que es una reliquia, un objeto que debería estar en algún museo. Para eso tendría que estar muerto, en el Museo de Madame Tussauds. [opino] Bueno, si tú lo dices... [deja colgando la frase] Eso me emputece. Nunca lo había visto tan frío e indiferente. Debe estar teniendo problemas con la Chabela, ella está cabreada con este trabajo en la Pentacon, dice que no nació ni la criaron para ser obrera, que ella es diseñadora y que se está haciendo mierda las manos. Trabaja con ácidos y otros químicos. Bañando piezas. Tiene razón, pero tampoco es violinista ni prestidigitadora. Y si piensa de la que nos salvamos, no es justo que mire su estadía aquí como una traición del destino. Ellos estuvieron detenidos en Concepción, a los dos los torturaron y no quiero ni imaginarme lo que le hicieron a la Chabela. ¡Con lo bella y pura que es!

Vivimos una mala tarde. Pedro no hace bien su trabajo y echa a perder más de veinte piezas. Parece que las puso chuecas sobre la matriz y los agujeros salieron pifiados. Protesta, alega que la matriz está mala, que no encajan. Siegmund, con paciencia oriental, se sienta en su puesto y comienza a realizar pedagógicamente la rutina. Caja, pieza, matriz, brocha, aceite, broca-broca, palanca, pieza, caja. Caja, pieza, matriz, brocha, aceite, broca-broca, palanca, pieza, caja. No falla ni una. Helmut me otea desde el otro extremo y se tapa la sonrisa con la mano mientras levanta los hombros. Y Pedro, con cara de culo al lado de Siegmund, los brazos cruzados sobre el pecho, lanzando

fuego por los ojos y la nariz. Al cabo de media hora, el gringo le pregunta a Pedro si quiere volver a los taladros de una sola broca. Y eso es como meterle un ají en el culo. Lo hace a un lado con cierta rudeza, se sienta y sigue trabajando, pero más lento. De ahí en adelante no falla una. Pero el caracho, ¡Lenin me libre! En el tranvía de vuelta no dice una sola palabra. Gruñe cada vez que trato de iniciar una conversación.

Me meto a la cama y escucho tres golpes del piso superior contra el suelo. A los diez segundos se repiten. Es el viejo, ¡qué duda cabe! Como es tarde, subo en pijama. Al abrirse el ascensor, lo veo junto a la puerta abierta, vestido con traje y corbata. ¿Sabes cómo me llamo? [pregunta] Jesús González. [respondo mientras acepto su gesto de invitación a pasar] Jesús Manuel González Baquedano, una pequeña artimaña de mi padre. Porque el general y gran héroe nacional se llamaba Manuel Jesús Baquedano González. Como mis apellidos ya venían en orden inverso, hizo lo mismo con mis nombres. Para que tuviera la libertad de ser lo que quisiera y no tratara de emular a mi antepasado. [me sonrío] ¿Te parece gracioso? [pregunta] No, pero creo que fue astuto de su parte. [digo] Claro, porque a ojos vista nunca habría podido calzarme sus botas. [responde cuando me hace entrega de un vaso de vodka y se ha sentado sobre el sillón junto a su propio trago] Permanecemos en silencio.

Me tomo el trago y me voy a servir otro. Como estoy cachudo, le pregunto si conoció a Camilo Cienfuegos. A todos. [me responde] A todos. (Viejo con raja. Reflexiono. Haber conocido a Camilo, al Che, a Fidel en esa época, y a los poetas y artistas de la Revolución, sí, con mayúscula). Nos miramos un rato en silencio mientras seguimos bebiendo. Pero el arquetipo del héroe es Camilo, que se murió a tiempo. [continúa] Porque los héroes no tienen derecho a una segunda oportunidad ni a envejecer ni a jubilarse. El héroe actúa, salva, lo adoran y muere. Esa es la forma de vivir la gloria por los tiempos de los tiempos. Ahí están Aquiles, Espartaco, Jesús, José Miguel Carrera, Abraham Lincoln, Camilo y, ahora, Allende. Para nombrar solo algunos, y de este lado del mundo. Si no es así, si el héroe sobrevive, el resto de su vida serán patrañas, declinación, patetismo. Un Napoleón desesperado y ansioso sufriendo le syndrome de l'île de Sainte Hélène; un O'Higgins gordinflón, vilipendiado y exiliado en su hacienda de Montalbán; un Bolívar débil, tuberculoso y sifilítico. [se vuelve a llenar el vaso y hace otro tanto con el mío, ocupando su estricto método: rodaja de limón, hielo, vodka] en la Quinta de San Pedro Alejandrino. O lo que es peor: la nos-tal-gie. [dice de repente con perfecto acento francés y se queda mirando fijo el cielo raso como si la cátedra ya hubiese termina-do] ¿Y el Che...? [me atrevo a agregar-preguntar con timidez porque estoy groseramente

interrumpiendo el silencio que él creó] El Che lo sabía, por eso buscó la muerte con desesperación. [adelanta y respira profundo, que es señal de que continuará] Aunque esa muerte se demoró mucho en llegarle. Ya era tarde. En su búsqueda había cometido leseras como ser ministro, ¡burócrata! Los héroes nunca son burócratas, ¡dejan de serlo si lo eran antes! Son ídolos, son ejemplos. Miren que irse al Congo, o a Bolivia con ese intelectualoide de Debray. ¿Para qué? ¿Para que fungiera de su John Reed personal? [masculla con un dejo de rabia] La vida después del acto heroico solo abulta la mala conciencia, la envidia, la perfidia y la panza. Los héroes no engordan, Coque. ¡La muerte no se los permite! [sentencia y se para de un brinco para dar unas cuantas trancadas y agitar sus brazos flacos como aspas de molinos manchegos, en silencio, al revés de los rayos que son visibles antes que audibles; Jesús habla primero y después gesticula] La muerte es la que todo lo limpia y esteriliza, la muerte es la que perdona los pecados, oculta las debilidades, sana las cobardías y convierte la desesperación en grandes gestos. El heroísmo es tragedia, compañero, ¡carne de tragedia!, habría dicho Scott Fitzgerald... [concluye, se gira, me mira a los ojos y me apunta desafiante con un dedo largo y deteniendo el ademán] Y si no comparte estas opiniones, compañero, pregúntele usted a Balmaceda. Vaya y pregúntele a Balmaceda. [me insiste]

Y usted, ¿nunca tuvo la oportunidad de ser un héroe? [le lanzo para no tener que salir con este frío y en pijama a buscar el alma de Balmaceda por ahí, y tomando en consideración las escasas posibilidades de encontrarla] No, amigo Coque, son coyunturas muy especiales que le ocurren a personalidades también muy especiales. [pontifica echado en el sofá, con las piernas arriba y tragando vodka entre frase y frase] Nadie decide ser héroe. Es la vida, las circunstancias, la Historia, con mayúscula, la que coloca a algunos en esa coyuntura y los catapulta a la eternidad. Muchos son los llamados y pocos los escogidos. Lo dijo uno de ellos mismos según Mateo. Mi inteligencia y mi valentía tienen su límite. Si alguna vez se me presentó la oportunidad, no supe reconocerla... Es que, para serle sincero, querido Coque, mi frivolidad ha sido siempre infinita. Opté por lo que los franceses llaman la petite morte, en vez de la muerte épica. [se confiesa] Y la petite morte, ¿vendría siendo...? [consulto porque de nuevo estoy perdido] No pregunte, averigüe, compañero. [me regaña] Es lo que estoy haciendo, camarada, preguntándole a usted estoy averiguando. [respondo] Tiene razón, Coque. Tiene razón. [dice]

Vuelve el silencio, cada uno se ensimisma buscando en su biografía si alguna vez se encontró a boca de jarro con la Historia o si la Historia nos hizo el quite. Él, probablemente más que yo, porque

mientras yo recién empiezo, el viejo ya va de retirada de esta que parece ser su azarosa vida. Los dos nos quedamos dormidos. (Y yo sueño con Monsieur Zapatá, que después de darme con una regla en los nudillos de las manos se gira y le sonríe a Balmaceda que está detrás y solemne, con una torcaza apuntando a su sien derecha. ¿O sería zurdo?).

5

A la salida de la fábrica, Eva se me acerca y dice: Mittwoch. O sea, miércoles. Porque los días de la semana sí que me los sé. (Montag, Dienstag, Mittwoch, Donnerstag, Freitag, Sonnabend, Sonntag). Le pongo cara de pregunta. Komm her! [agrega] Y de nuevo entiendo, porque se parece al inglés. Me acerco yo esta vez, me toma la mano y me indica que vaya con ella. Komm, lass uns spielen gehen. [dice] (Komm = ven. Spielen = jugar. Gehen = ir. ¡Qué me han dicho!). Caminamos varias cuadras por la Junghansstrasse, cruzamos la Hepkestrasse, un poco más allá doblamos a la izquierda y nos metemos por una serie de callecitas estrechas. Nos detenemos frente a un portón de garaje que tiene incrustada una puerta más pequeña, ella saca un manojo de llaves, elige una, abre y me invita a pasar.

Una vez adentro cierra la puerta y sin mayores remilgos me arrincona contra la parte interior del portón, me agarra mis chascas que ya están iguales a las de Angela Davis y me estampa un besotote como la ventosa de un pulpo gigante. Somos un nudo ciego. En dos minutos estamos calatos y restregándonos contra el portón, los muros, el ropero, yo busco la cama en la oscuridad para acostarla encima. Como el lugar es muy chico, no me es difícil. Nos revolcamos por toda la eternidad. Somos piel, rebúsquedas, sudor, descubrimientos, encuentros y desencuentros para conseguir el acoplamiento. ¡Chutas la mina insaciable! Como el viejo dice que los caballeros no tienen memoria, no entraré en detalles, pero estoy bajando a lo menos tres kilos. Uno por hora. Ella es todo lo que prometía y más de lo que me había imaginado. Bebemos de una botella de coñac que no tengo idea de dónde salió. Y lo que no se bebe de la botella, se lame de su piel y sus huequitos. Empiezo a desear con toda mi alma y lo que queda de mi anatomía un merecido reposo y sueño con el cigarrillo post-coitum, Eva enciende todas las luces, busca mi ropa, me la entrega y se queda de pie esperando a que me vista. Mientras lo hago observo cada detalle. Estamos verdaderamente en un garaje. Primorosamente arreglado, pintado, ordenado, reconstruido. Donde se ha podido ha colocado un estante, un cajón, una alacena. Todo tiene chapa y llave. Las vigas del cielo de color amarillo tienen flores multiformes, multicolores y multidimensionales. El ropero del fondo es de palo de rosa y tiene pinturas de las mismas características. Todo hecho por ella, supongo. Lo que llaman estilo Bauern, supongo de nuevo. Descubro dos puertas. La que está entreabierta muestra una cocina del tamaño de un clóset. Por lo que alcanzo a ver, todos los adminículos

cuelgan, si no del cielo, de los muros. La otra, la cerrada, debe de ser el baño. Estoy que me meo, pero no me atrevo ni a pedirlo. La gringa se ha puesto una camisola de dormir de vieja y sigue parada de brazos cruzados esperando a que me vista. Como niñera inglesa de película. Dankeschön. [dice cuando termino de cubrir mis desnudeces, y abre la puerta insinuándome que me debo ir] Después que cruzo el umbral la cierra detrás de mí y escucho que le echa doble llave a la cerradura. (¡Ésta sí que está linda! Parece que he sido violado).

Me quedo aturdido. Sin conducta. Atino a sacar mi cajetilla de Karo y mi envidiado Zippo. Prendo mi cigarrillo y me lo fumo sentado en la cuneta. Me vuelven las ganas de mear. Disimuladamente me paro junto a un poste, me afirmo medio de lado y me echo la corta. Muerto de miedo. Me imagino que debe estar sumamente prohibido andar meando por las calles de una ciudad del primer territorio socialista de Alemania. Cualquier anciana desvelada que me pille llama a la Volkspolizei y me meten a la capacha por exhibicionista. Me sacudo, como es debido. Guardo mi instrumento que se ha portado como un verdadero héroe aunque no le deseo ningún tipo de muerte y comienzo lentamente a caminar mientras doy las últimas piteadas. ¿Qué pasó? ¿Por qué me despidieron sin honores? ¿Hice algo inapropiado? ¿Dije algo inadecuado? (Esto último es absurdo porque nunca abrí mi boca para decir nada. Puedo recordar que mugí, balé, chillé, grazné, ronroneé, ladré, croé y arrullé. Pero, ¿hablar? ¿Decir? ¿Modular? ¿Cuándo? ¿En qué minuto?). Seguro que tiene otro gallo y le ha prometido que nadie va a dormir en su cama. Y, claro, está cumpliendo su palabra, porque de dormir... nada. Me detengo. No tengo idea dónde estoy. Debo volver a la fábrica para ubicarme. Saco otro cigarrillo y echo a andar. Y de la Pentacon me voy caminando cabizbajo hasta mi edificio. A esta hora ni pensar en que pase un Strassenbahn. Me hará bien la caminata. No sé si debo estar triste o contento. Tengo la sospecha de haber sido usado. ¿Abusado? Han pasado casi dos horas hasta que puedo echarme encima de mi propia cama y revivir el polvo en detalle. El polvazo, mejor dicho.

A las diez de la mañana me despiertan dos timbres cortos del viejo. Compañero, escólteme al Kaufhalle porque me llegan visitas. [dice] Se sienta en mi living y espera a que me duche, se mete un par de tacos de vodka en el cuerpo, unos tres Parliament y partimos. Como no tiene mucho que hacer ha logrado desarrollar una paciencia y una templanza infinitas. Vamos a paso lento, le cuento mi aventura nocturna, exige detalles. Nada morboso. Quiere saber dónde vive, el barrio, la calle, la descripción de la puerta de garaje, el tamaño de la otra puerta incrustada, con quién habita, si está conectada a la casa, si arrienda o subarrienda y cosas por el estilo que desconozco totalmente y que mi alemán me impediría siquiera preguntarle a la gringa. Menos

aún comprender su respuesta. Pero lo hace para conversar de algo, ¿no? Extrañamente, esta vez compra comida. Galletas saladas, queso, jamón, pan negro, verduras, limones, tallarines, salsas, sus tres botellas acostumbradas y otras menudencias. Ya cuando enfilamos hacia las cajas me adelanto y salgo a contemplar el paisaje urbano, saco mi cajetilla de Karo y enciendo un pucho. Que pague él. Una sola vez bañan al gato. [me digo en voz alta] (Frente a mí, los edificios sistema soviético que se van armando por bloques. Llegan los camiones cargados de muros completos con las ventanas puestas y cañerías que se asoman por los bordes. La grúa los levanta, los instala donde deben ir, como un juego de armar para niños, los compañeros obreros sueldan y después sellan con concreto. Funciona. Aunque no vamos a decir que se ganaron el premio de ningún concurso de arquitectura. ¡Son paga vivig!, me diría Micha, el alemán encargado de los subdesarrollados chilenos en este exilio dorado).

En el camino de vuelta el viejo me explica que su visitante es una amiga, una bibliotecaria alemana que conoció en Berlín y que pasará unos días en su departamento. Viene a conocer Dresden. No hago más preguntas. Soy discreto. Aunque me muerdo la lengua para serlo.

Llego a la Pentacon, a cumplir mis obligaciones proletarias. Cuando entro a la sala de atrás para saludar a Eva, su normalidad y distancia borran de un plumazo mi cara de cómplice. Actúa igual que el día anterior y el anterior y el anterior. Nada ha cambiado. Me queda claro. Fue un polvito al aire. Un paseo por Disneylandia. Un viaje en la montaña rusa. Uno más. No vale la pena ni recordarlo. Mis ínfulas de amante latino se congelan y mi autoestima baja a la temperatura del hielo seco. (Tranquilo, Coque, está disimulando para no darles tema a estas viejas chismosas, me consuelo). Me voy desalentado a mi taladro y logro un promedio de cincuenta y tres piezas por hora. Pedro, que ya había escuchado mi historia en el tranvía, me pregunta qué pasa. Nada, estoy aprendiendo a ser obrero, y resignándome. [respondo] Si él puede tener sus días malos, también puedo yo, ¿no?

Estoy chamuscado. Me demoro en ordenar mi lugar de trabajo, en cambiarme de ropa, en salir de la fábrica. Quiero que Pedro se vaya para irme yo solo. No necesito ni preguntas ni compasión. No necesito escuchar ni una sola broma, ni un chiste malo, ni un comentario obvio. No quiero tener que ser amable con nadie ni despertar lástima. Simplemente quiero volver a mi cama y echarme encima con mi botella de vodka en una mano y mi cigarrillo en la otra. A mascullar. A roer mis pensamientos. A darle vueltas al tiovivo de mis angustias. Nada más. ¿Es mucho pedir? Porque el mundo es y será una porquería. Ya lo sé. La noche está negra como mi humor. Y el polvo de anoche me produjo indigestión en el corazón, en el sistema nervioso. En el circulatorio. Y en el cerebro.

Me siento en un banco frente a los departamentos. Casi pisándome, haciendo de cuenta que no existo, pasa a mi lado la alemana soberbia del sexto piso, la que nos llama Affen, vieja nazi debe ser. ¡Monos serán sus hijos! En este paisaje sin igual a un lado vemos la Kinderkrippe y al otro el Kindergarten. Entre ambos santuarios de la educación preescolar se encuentra el armado de tubos metálicos, el laberinto para secar la ropa, el tendedero colectivo. Apago mi cigarrillo y siento que el cielo es demasiado alto. Quiero volver a mi departamento. Miro alrededor. Estoy sitiado por cuatro bloques de edificios iguales, es una fortaleza de algún mundo lejano. Troya multifamiliar. (Por aquí debe haber andado Aldous Huxley también, paseándose y tomando notas. No me cabe duda). Allá viene Pedro con dos bolsas de compras repletas. Enrumba hacia acá. Le hago un gesto de saludo. Hola, Coque. [dice] Se sienta a mi lado. ¿Pesadas? [pregunto para iniciar una conversación que no necesito, para no quedarme callado] Anda raro conmigo hoy día. Algo le pasa. Ni tanto. [responde] Le ofrezco un Karo. Lo rechaza. Sabes que no fumo. [dice] La vida lo cambia a uno. De repente le puedes entrar al vicio. [comento] Es cierto. La vida cambia, pero el que no va a cambiar nunca eres tú, Coque. [ataca] (Sí, ataca. Siento que se me viene una andanada encima, aunque no sé de qué se trata. Ojalá la suelte luego y se deje de mañoserías). ¿Qué te anda trayendo de malas pulgas hoy día? [contraataco] ¿De malas pulgas? Nada. [se pregunta y se responde] ¡Ah! Te noto choreado. [insisto] Tú te estás acostando ahora con la obrerita... [afirma y deja la frase colgando] ¿Obrerita? ¿Así tratamos ahora a las compañeras proletarias? ¿Con ese desprecio pequeñoburgués? [reclamo, y ya sé por dónde viene la mano] Contéstame. Tú mismo me contaste. [vuelve a la carga] ¿Y eso te afecta? ¿Te arruina el ánimo? [inquiero] Fíjate que sí. Porque eres mi amigo y creo que tu relación con las mujeres es algo que atenta contra tu persona y tu imagen. Pienso que tienes muy poco respeto por ellas, que las ves como objetos sexuales y a todas les andas haciendo la puntería y pretendiendo solo tener sexo con ellas. Eso no es dignificar a la mujer, Coque. [me lanza] ¡Peeerdooón! ¿Te dieron la jerarquía de obispo o de cardenal? ¿De dónde saliste tan pacato, tan desubicado y tan cartucho? [me enojo] No se trata de ética católica, Coque. Ni me creo cura ni obispo, pero primero fue la Ulrike, después una compañera casada y cuyo marido está en la Escuela de Cuadros, lo cual me parece una traición al camarada que está lejos y una afrenta al partido, y ahora esta alemancita. ¡Y quizás cuántas que desconozco! ¿No será mucho? [lanza a mansalva] Aguarda ahí un ratito, Pedro. ¿Me andas investigando? ¿Te dieron orden de vigilar mi comportamiento? ¿Los chilenos o los alemanes? ¿El CHAF o el partido? ¡¿Qué chuchas te has creído para venir a cuestionarme de esa

manera?! Primero que nada te debo aclarar que no me he metido con ninguna compañera casada. Esos son chismes que corren por los pasillos del colectillo y que me extraña que los recojas como si fuera mierda de perros tirada en el suelo. No habría esperado eso de tu parte. Eres un cabrón copuchento y embustero. Y trata de no repetirlo porque es una calumnia. Una vulgar calumnia, ¡jueputa! [me emputo] Lo miro y está dándome el perfil, como si no me hubiese escuchado. Una más, una menos, eso no le quita peso a mi argumento de que eres frívolo y subestimas a las mujeres, lo que no me parece correcto. [dice al aire] Mira, colijunto, te voy a responder solo porque te considero mi amigo. Si no lo fueras te habría mandado un combo en el hocico. Para que sepas, yo no su-bestimo a nadie. Ni creo que las mujeres sean objetos sexuales. Para mí son sujetos sexuales, igual que yo. Ninguna se ha visto forzada a meterse a la cama conmigo, no he engañado ni embaucado a nadie y las que se han acostado conmigo son todas grandecitas y saben lo que están haciendo. Ninguna era la virgencita de la piedad. Así es que no me huevees. Yo no me meto con tu vida privada ni sexual y hazme el favor de no meterte con la mía. [le espeto] El problema es que ya estás teniendo fama de ser un macho cabrío que anda detrás de cualquier culo y no respetas a nadie. Y eso no me parece que sea una buena imagen para un militante comunista. [responde con una calma que me saca de quicio] Mira, huevón hocicón. No me vengas con pelotudeces. Estamos jodidos hasta las cachas, viviendo un exilio de mierda cuando deberíamos estar trabajando en algo que le sirva a nuestro país y a nuestro pueblo. Ese es el problema. Eso debería preocuparte, en vez de andar recogiendo chismes y reaccionando como niñita de las monjas. Se te olvidó quién es el enemigo principal en esta historia. ¡Son los milicos, Pedro! ¡Los milicos! ¡No soy yo! Preocúpate de qué podemos hacer para luchar contra ellos y déjame tranquilo, porque a ninguna le va a pasar nada porque se pega una cachita conmigo. [respondo, tratando de guardarme las ganas de agarrarlo a patadas en las bolas] Y tú, metiéndote a la cama con quien se te pone por delante... ¿estás haciendo la revolución? Ya no eres ni siquiera un revolucionario de café. Eres un huevón caliente y punto. [dice mientras sigue mirando al frente como si yo no estuviera] A ver, Pedro, mírame. Mírame, huevón. Creo que ya entiendo por dónde van tus preocupaciones. ¡Estás celoso! ¡Estás envidioso! Te corroen los celos porque no tienes la posibilidad de agarrar ni una. Porque nadie te mira por fome. Y porque si la Chabela te pilla te mata. Eso es lo que te pasa. ¿Crees que yo me voy a quedar aquí perdido en medio de este laberinto socialista y voy a ir a trabajar a la Pentacon todos los días y en las noches me voy a hacer una pajita? ¿Con el *Manifiesto Comunista?* No seas imbécil. Déjame tranquilo y no te metas en mi vida. Ni te conviertas en vieja

chismosa, que para eso ya tenemos varias aquí. No te necesitan. [lanzo y me río para joderlo más] No entiendes nada, Coque. No tienes dignidad ni pudor. [me explica mirándome, ahora sí, a los ojos] Guardo silencio. De dónde saca este gallo, que es mi amigo, esa facilidad para producirme una ira incontenible. [pienso] Saco otro cigarrillo. Para tranquilizarme. Lo enciendo lentamente. Para darme tiempo. Para controlar el temblor de mis manos. Tienes razón, Pedro. Tienes toda la razón del mundo. Me has convencido con tus argumentos y a partir de hoy voy a hacer voto de castidad. Porque lo único que me preocupa es que estés contento, que estés satisfecho de mi comportamiento, que puedas mirarme y pensar: «El Coque está hecho con buen material, a mi imagen y semejanza». Eso voy a hacer. Y si me aparto del recto camino, espero que tú siempre estés alerta a mi lado para corregirme. [le digo] ¡Huevón celoso! ¿Te habría gustado pegarle un polvito a la Ulrike? ¡Te mueres lo que era! UlRica: ultra rica. [le agrego, y le doy unos golpecitos en la espalda mientras me levanto y me alejo de este imbécil] ¡Qué se habrá creído! Veo a la Rosita que viene del Kaufhalle cargada con bolsas y sus más de cincuenta años a la rastra. Su marido está desaparecido y un día le dan noticias de que lo vieron en Pisagua y al siguiente de que está en Chacabuco. Hasta que le avisen que apareció en el Mapocho, me temo. Le silbo. ¡M'hijita rica! [le grito para que el maricón de Pedro pueda oírme] Cuando me descubre, la Rosita se detiene y deja las bolsas en el suelo. Lanzo lejos la cola del pucho y al acercarme noto que sigue acezando. Hola, Ángelo. [me saluda y respira profundo] (Le gusta llamarme Ángelo por Angela Davis, por mi peinado). Hola, mamacita. Deme esas bolsas para acá. [le digo mientras las levanto] Y nos vamos juntos caminando al edificio. Cuando me saque la lotería le voy a regalar un Trabant, de los largos y con chofer. [me comprometo] Te lo voy a cobrar, cabrito. [responde con una sonrisa que es mi premio del día]

¡Recórcholis! Pusieron carteles en todos los pisos y ascensores avisando que el sábado por la mañana tenemos asamblea del colectillo con la presencia de dirigentes del CHAF de Berlín, quienes viajarán especialmente para entregar un informe político, comunican. Y a presenciar la elección de la directiva local del mencionado organismo. ¡No tienen idea con la que se van a encontrar! Seguro que aquí ya está cada uno haciendo su propia lista con los reclamos y solicitudes. De partida quieren saber hasta cuándo dura el asunto de trabajar en la producción, cuándo podrán entrar a la universidad los que estaban estudiando en Chile, cómo van a conseguir trabajo en su profesión los que ya la tienen, o en su oficio los más rasquinflay, cómo es el asunto de los viajes fuera de la RDA, si es obligatorio ir a la Escuela de Cuadros, etcétera, etcétera, etcétera.

Por mi parte, no tengo nada que decir. ¡Por lo menos al CHAF! Son una manga de aprovechadores que están intentando ejercer un liderazgo y un poder que nunca asumieron en Chile después del golpe. Parece que los primeros que llegaron se hicieron dirigentes de esta organización que inventaron y de ahí no los movió nadie. ¡General que arranca sirve para la próxima guerra! Y ahora nos están haciendo la guerra a estos pobres exiliados de baja estofa, que no tenemos cómo defendernos. ¡Bonita la cosa! Se les olvidó aquello del «enemigo principal». Igual que a Pedro. (¡Son los milicos, compañeros! ¡Los fascistas! ¡La derecha! ¡Los cochinos burgueses! ¿Se acuerdan, compañeros? ¿Se acuerdan? ¡No pasarán! ¡No al fascismo! ¡No nos moverán! ¡Avanzar sin transar! ¡Ni un paso atrás! ¡El pueblo unido jamás será vencido! Ese es el enemigo principal. ¡Aprendan!).

Chile antifascista. ¡CHAF! No tienen idea de lo que es el fascismo si creen que Pinochet es fascista. No es más que un carnicero y un gorila ambicioso, un mandado de los gringos, un sacameados de Kissinger. CHAG deberían llamarse: Chile Anti Gorilas. Punto.

Si yo tengo algún problema, no lo voy a hablar frente a todo el mundo ni menos delante de estos cabrones. El otro día mandaron mensajes expresando su preo-cupación porque los Camacho se separaron. Estos ni siquiera se han dado cuenta de que viven en Berlín oriental, creen que están en el Vaticano. Igual que Pedro. (Algo de chafismo debe correr por el interior de las venas de mi querido amigo. Voy a proponerle que se presente a candidato este sábado).

El Camacho se agarró una alemana fea, fea con ganas. Enferma de fea. Pero rubia y de ojos azules. Yo creo que lo perdió esa tentación por comerse una minita blanquita y rucia, una burguesita santiaguina. Debe creer que la teutona estudió en el Villa María, que vive en Vitacura, que es Errázuriz Panquehue. Huevón. ¿Qué crees? ¿Que te estás fornicando a la oligarquía chilena? ¿Que se lo estás clavando a toda nuestra fronda aristocrática? Te equivocaste, chilenito de pocas luces. Te equivocaste por caliente y sectario, y arribista, más encima. La Regina, con lo bonita que es, y morenita, se demoró una semana en encontrar un alemán fachoso, que habla castellano porque trabajó como médico en Cuba. Y si no hubiera sido ese, habría sido otro. Digo yo. Porque así como a los chilenitos les gusta la carne blanca de la pechuga del pavo, a los alemanes les gusta el trutro, que es más negrito. Y por el meneo de las caderas, supongo, que la Regina los debe tener sabrosones.

A mí no, compadre, yo voy de chincol a jote. La pájara que se me pare en la rama tendrá su merecido. El resto es racismo. ¡Pechuga o trutro, la cazuela de pava me la como con chuchoca!

A las once y media de la mañana suenan dos timbres, aparece el viejo impecablemente vestido. Compañero, hágame un señalado favor.

Si va a ir a comprar, tráigame unas tres botellas porque estoy corto de provisiones. [y me alarga un par de billetes] ¿Limones también? Le quedaré eternamente agradecido. [dice mientras espera el ascensor] (No tengo nada que ir a hacer al Kaufhalle, pero la cara de felices pascuas que anda trayendo el viejo me empuja como una agradable brisa. Y en una de esas aprovecho de despejarme yo también).

Regreso y le voy a entregar su mercadería. Me invita a pasar para presentarme a su amiga. ¡Recórcholis! Una alemana de ochenta y cinco kilos, rubia platinada, acinturada como una humita, con unas tetas que parecen melones, enfundada en un traje floreado y con vuelitos, pestañas postizas y los labios carmesí. Ella no habla castellano ni el viejo ni yo hablamos alemán. La conversación, por lo tanto, no es muy fluida. Pero soy incapaz de quitarle los ojos de encima. ¿Qué edad tendrá? ¿Unos cuarenta y tres, cuarenta y cinco? No sé, pero es muuucho menor que el viejo. Y más ansiosa. Más desinhibida. Más corpulenta. Más divertida. Más escandalosa. Pero nunca tan libidinosa como él. (Nadie es más libidinoso que el viejo. Nadie en el mundo).

La gringa (Brunhilde creo que se llama, porque el viejo le dice Brunhi) se pasea, pone discos, baila, se tira arriba de Jesús y lo estruja, momentos que él aprovecha para agarrarle las nalgas, meterle la mano debajo del vestido o hundir su cara entre las pechugas. ¡Tienen una fiesta de padre y señor mío! A los diez minutos me doy cuenta de que sobro. Es indudable. Y me despido cortésmente, le hago una reverencia al viejo, beso la mano de su distinguida Dulcinea y me voy. Él está en la gloria y no tengo por qué compartirla. Eso. (Yo estoy como para que alguna otra Brunhi, más tiernecita, tratara de ponerme del humor del viejo. Eso sí que no me haría daño).

Me encuentro con el guatón Cárcamo, que es mirista y desabollador sanmiguelino. Como su mujer está embarazada, le asignaron un departamento de los grandes, de dos dormitorios. Me invita a ver lo que le ha comprado a la guagua y a visitar la pieza que le tienen preparada. Se gastó los cinco mil marcos que nos dieron cuando llegamos. La mitad del piso está cubierta por un tren eléctrico espectacular, con estaciones, puentes, túneles, dos locomotoras, más de quince carros de todo tipo y figuritas de jefe de estación, pasajeros, cargadores de maletas y hasta ambulancia, camilleros y enfermo tendido. Y también compró un acordeón profesional para que su mujer aprenda a tocar. Y para él, un saxofón. Oye, guatón, ¿y si te sale mujer? [pregunto] Porque es lógico. Las probabilidades estadísticas están incluso levemente a favor de que sea del sexo opuesto. ¡Es hombre! [me dice] Pero supón que sale mujer. [insisto] Es hombre, te digo. [repite con cierto enojo] ¿Y tú sabes soplar ese aparato? [sigo preguntando] ¿Cuál? ¿El saxo? No, no tengo idea, pero tendré que

aprender, poh. Si faltan tres meses para que nazca. Lo felicito. ¡Ese es un espíritu optimista y entusiasta! Nos ponemos a jugar con el tren eléctrico. Cada uno controla su propia locomotora. Agregamos y quitamos carros, nos detenemos en las estaciones, subimos y bajamos pasajeros, nos esperamos para darle la pasada al otro, cambiamos las vías, pasamos por un pueblo, paseamos por el campo. La mía es una locomotora supuestamente de vapor, echa humo. La suya es eléctrica, anda más rápido. Una hora más tarde me voy a mi departamento.

Gran tipo el Cárcamo.

Está entretenida la novela de Jorge Amado, aunque todavía no cacho lo que es ainda. Pero ya no importa. Supongo que antes de terminarla, por cachativa, lo voy a sacar. O, por lo menos, antes de que el guatón Cárcamo aprenda a tocar el saxo...

Son más de la una de la mañana y la jarana que tiene el viejo arriba es de pavor. No puedo pegar pestaña con los alaridos de la alemana y los quejidos de Jesús. Yo creo que esta gringa lo deja hospitalizado. O lo mata. En ese caso, aprovecharemos a los dirigentes del CHAF para hacerle un velorio como se merece.

¡Qué diría Pedro si lo escuchara! ¡Me dejó picado el otro día ese cabrón!

6

Aquí estamos esperando. Desde las nueve de la mañana. Por tercer sábado consecutivo, porque la reunión la pospusieron ya dos veces. En el salón del 100. Oberschule. Están casi todos los chilenische Patrioten, con cabros chicos y todo. Ya falta un cuarto para las once y recién aparecen los enviados de Berlín. Son cuatro. Con terno, camisa blanca sin corbata (como hoy es sábado se vistieron deportivos) y actitud de dirigentes políticos que los reconocerían en la Herminda de la Victoria, en el Palacio de Buckingham y, obviamente, en la 100. Oberschule Salvador Allende. (¿Qué otra cosa esperábamos?). Les preparamos un proscenio, con adornos florales, para que queden claras las diferencias. (Ellos arriba y nosotros abajo). Entran sin hacer amago de saludar uno a uno, de ser simpáticos ni de estar preocupados por nuestra situación. Simplemente van haciendo un gesto con la mano (el mismo todos) a medida que van subiendo a la testera. El silencio es sepulcral. Hasta los cabros chicos están expectantes. (Como los cachorros de gacela, parece que olieran el peligro).

Comienzan a dar lectura a un informe político que, dicen, llegó directamente desde Chile, con mucha dificultad, con inmenso riesgo por parte de los compañeros en el interior. Son ocho páginas pasadas en limpio por cuatro personas diferentes, algunas a máquina y otras a mano. Hay episodios en los que la lectura se dificulta porque el lector no entiende la letra. Todo lo cual demuestra, nos informan, las complejas y peligrosas situaciones que están viviendo nuestros compañeros en el interior. ¡Y el heroísmo de sus actos!

El informe plantea que, a pesar de que ha caído la dirigencia completa del PC, de que los campos de concentración aún permanecen llenos de prisioneros, de que cada día se informa de nuevos desaparecidos e importantes dirigentes continúan soportando las duras condiciones de reclusión en isla Dawson, la debilidad del régimen se hace cada vez más evidente y el fin de la dictadura no está lejano.

Y, acto seguido, agrega uno de ellos: Ustedes, compañeros, están viviendo el privilegio de la experiencia del socialismo real, compartiendo con el proletariado alemán y nutriéndose en la praxis del marxismo-leninismo. Deben sentirse favorecidos, honrados por el conocimiento y experiencia que pueden acumular. No está lejano el día en que podrán volver y enfrentarán la oportunidad de entregar ese cúmulo de habilidades y nociones a nuestra patria, una vez que podamos cruzar las grandes alamedas de las que habló el compañero

presidente, y construir un Chile más justo y más solidario. Sabemos que todos estamos pasando por una situación fuera de lo normal. Es la consecuencia del golpe de Pinochet y del régimen de terror que ha establecido en Chile, pero debemos tener claro que nada de lo que podamos vivir aquí se asemeja a lo que están soportando valerosamente nuestros compañeros del interior. Es por este motivo que hemos iniciado una campaña para proveerlos de artículos que sabemos están necesitando con urgencia. A ustedes, compañeros de Dresden, les corresponderá realizar trabajos voluntarios para comprar una máquina de escribir y enviarla a Chile. Para ello hemos conseguido que los compañeros alemanes nos autoricen a tener jornadas de trabajo voluntario durante cuatro sábados en una imprenta, y a la cual deben asistir brigadas de quince personas.

Pedro se levanta para decir que él tiene una máquina recién comprada y que si la urgencia es tanta, que sin duda lo es, a la luz del informe que han leído, no tiene inconveniente en donarla. Muy por el contrario, se sentiría honrado, agrega, y que se la pueden llevar esta misma tarde y enviarla el lunes. (Temprano en la mañana hablé con él para participarle mi intención de proponer su nombre como presidente del CHAF de Dresden, que ya tenía a varios compañeros comprometidos, que había entusiasmo por proclamarlo, y me mandó a la mierda el contubernio. Me explicó que no tenía ninguna intención de mezclarse con esta gente ni de ser dirigente de nada. ¿Y ahora? Ofreciendo su máquina de escribir... ¿Querrá que los berlineses lo proclamen? ¿Quién te entiende, Pedro?).

De inmediato, y con un tono de reprimenda, le explican que no se trata solo del objeto mismo. Que tan importante como la máquina es el hecho de que esta fuera el fruto del trabajo de los compañeros.

Es el fruto de mi trabajo como obrero en una fábrica. [replica Pedro de inmediato, mientras la sangre se le va a la cabeza y lo pinta de colorado] Pero me queda claro que para ustedes no se trata de solucionar los problemas de los compañeros del interior, sino de joderle la pita durante un mes entero a los del exterior. (Perdón, Pedrito, perdón por haber pensado mal de ti. Parece que no te estás abuenando con los de Berlín. Más bien te estás enmalando con ellos. Aquí te jodiste, hermano. Pero yo te aplaudo).

Usted debería tener mayor conciencia revolucionaria, compañero. [es la respuesta seca y perentoria]

Pedro no se rinde, ¡caramba! ¿Vamos a empezar a sacarnos en cara los días de prisión y las torturas, compañeros? Porque si es por cicatrices, si es por días a oscuras y por comer mierda, habemos varios dispuestos a poner fichas sobre la mesa. Y aquí en esta sala se van a encontrar con compañeras que baten récords mundiales. [dice] ¿O vamos a imponer el «autoritarismo democrático» inaugurado hace

meses por el CHAF? Porque en esa jugada sí que hay varios que no entramos. [agrega enardecido]

Entonces se emputece el Vera, que ha estado callado y en un rincón al fondo de la sala. No me hace mucho sentido su informe, compañero. [le dice al chileno-berlinés que lleva el pandero] Si para escribir ocho páginas se necesitan cuatro compañeros distintos y el contenido es que detuvieron a toda la dirección del PC, mataron a los del MIR, sigue desapareciendo gente, los campos de concentración están atestados y la Junta está a punto de caer, ¿me pueden explicar quién la va a botar? ¿O se van a resbalar solos? Porque, en resumidas cuentas, lo que el informe señala es que ellos nos siguen sacando la chucha y ustedes infieren que la dictadura está a punto de irse a la lona por nocaut. [concluye con una lógica impecable y una ira contenida que te la encargo]

Compañero, ese es el mayor insulto a la resistencia que he escuchado, y no estamos dispuestos a permitir ese tipo de insolencias. Su actitud es claramente contrarrevolucionaria.

Pero el Vera no se queda callado fácilmente. ¿Usted se cree revolucionario, compañero? ¿Cree que viniendo a Dresden en auto con chofer y a pedirnos una picante maquinita de escribir está exponiendo su vida? ¿Está luchando contra la dictadura, arriesga que lo detengan y torturen? ¿Cree que dándonos órdenes absurdas va a acelerar la caída de la Junta? Váyase a Chile, compañero, desafíe a los milicos y ponga en juego su pellejo. ¡Después hablamos! Porque usted, ¿dónde estaba para el golpe? ¿En Viena o en Milán? Bonito, bonitas ciudades. Usted, compañero, ni siquiera aparece en la lista de los que andan buscando allá en Chile, así que se puede ir tranquilito... Ni L debe tener en el pasaporte. Capaz que el diplomático se lo respeten todavía los milicos. [termina de decir el Vera, agarra a Silvia, su mujer, de una mano y salen] Y tiene razón, porque es de Melipilla, tiene a sus tres hermanos presos y la casa de sus papás la han allanado varias veces buscándolo a él. Nadie sabe que está aquí. Yo creo que ni siquiera se llama Vera.

Se para la Regina, que está picada por el tema de su separación y el boche que trataron de armarle. Con su voz melodiosa, pero hablando bajito para que cueste oírla y así producir suspenso y crear mayor atención (se las sabe todas esta chiquitita coquetona), les dice que ella no está aprendiendo nada del proletariado alemán. Lo que pasa, compañeros, es que yo de profesión soy contadora auditora y eso significa que aquí, con toda razón, me consideran mano de obra no calificada, porque no tengo ningún oficio. Y en este país, por si los compañeros no están informados yo se los digo, todos los obreros tienen alguna preparación y salieron de escuelas técnicas. ¿No ve que llevan más de treinta años de socialismo, compañeros? Entonces ellos

son mano de obra calificada. Así es que mi sección en la fábrica se dedica a embalar las cajas, y todas las que trabajamos ahí somos mano de obra no calificada porque no se requiere especialidad, ¿se fijan? Mis compañeras, porque todas somos mujeres, son ex nazis que no han aceptado el régimen socialista, ex convictas por robo, alcohólicas o drogadictas en rehabilitación, anticomunistas y otras linduras. Así es que la que les da clases ahí soy yo, compañeros, porque les trato de explicar cómo es la cosa. Si hasta me aprendí el *Manifiesto Comunista* de memoria para comenzar desde lo más básico. Por eso, compañeros, ¿me pueden explicar cuál es la experiencia revolucionaria que voy a poder entregar cuando vuelva a Chile?

Se arma la zafacoca. Muchos (demasiados) comienzan a hablar al mismo tiempo, a gritar para hacerse oír, a pararse y adoptar actitudes agresivas. Unos preguntan por el tiempo que tienen que seguir trabajando en la producción, otros por las posibilidades de viajar fuera de la RDA, otros por la obligación o no de hacer trabajo voluntario, otros a decir que junto con la máquina de escribir podrían mandar una cámara de fotos y que ellos la regalan, y uno por ahí le ofrece a los compañeros que hagan un enroque y que se queden en Dresden unos días en la Pentacon mientras ellos se van a Berlín porque quieren conocer alguna dacha. Otros permanecen callados, fondeados, tratando de que no los vean ni los noten.

Los cuatro dirigentes se hablan entre ellos. Uno se para, pega un grito de SILENCIO y dice a continuación que no somos revolucionarios, que a lo más somos revoltosos y que la reunión se termina en este mismo instante. Mientras salen, reciben un caluroso y estruendoso abucheo general y una pifiadera de padre y señor mío. Sería todo.

Hasta aquí llega la reunión, y Michael, el alemán encargado de los chilenos de Dresden, sale con ellos mientras nos hace señas de que lo esperemos. Pero nadie se queda. Más tarde habrá tiempo de hablar con él y en este momento los ánimos están muy caldeados. Un par de compañeros se acercan a los dirigentes en actitud sumisa. A darles explicaciones, posiblemente. Cosa de ellos.

Con el viejo nos vamos a caminar por la Brühlshe Terrasse y nos sentamos a almorzar en un café y a mirar los barcos que pasan por el Elba. Nos pegamos un par de tacos de vodka y pedimos sendos sauerbratten con una botella de vino tinto. Del húngaro. ¿Quién es la muchachita que dijo ser contadora auditora? [consulta] La Regina Méndez, la que se acaba de separar del Camacho, el que se mandó cambiar con la rubicunda. [respondo] Está bien monona. [comenta con cara de pillo] Es lo que yo llamaría una mujer de fuego. [pontifica] A usted no se le escapa ninguna, donde pone el ojo pone la bala. [agrego] Mire, amigo Coque. No se equivoque. Le voy a dar un

testimonio que no le va a servir para nada, excepto a decidirse a tomar más en serio el paso del tiempo y las posibilidades envidiables que está teniendo en el terreno de las relaciones con el sexo opuesto y el combate cuerpo a cuerpo. Porque ha de saber usted que a mi edad, compañero, uno no puede andar calando las sandías. Verdes o maduras, hay que clavarles el cuchillo a todas las que se ofrezcan y prepararse para la sorpresa. [precisa] Y como es su costumbre comienza a hacer en silencio y con las manos la representación de todo lo expresado. Si requiere mayor precisión, le explico que llegado un momento muy dramático en nuestra existencia, uno deja de tener argumentos de seducción. Es por eso que los viejos ni lo intentamos ni hacemos esfuerzos por atraer a las doncellas y damiselas. Hay algunas, muy pocas, que por algún desconocido motivo se sienten atraídas por uno. Y la iniciativa es de ellas. Eso sí, uno tiene que estar siempre dispuesto, como un combatiente ejemplar. En guardia permanente. [se entusiasma Jesús] Porque entra el pánico y uno piensa que si deja pasar una... quizás era la última que el destino le tenía programado. [concluye]

Nos tomamos un expreso y fumamos nuestros puchos mientras una leve brisa fluvial nos acaricia el lado derecho. El viejo, sin motivo ni provocación de ninguna especie, me comenta que a su parecer ese informe lo han escrito fuera de Chile. En el interior ningún compañero tiene tiempo ni interés para escribir ocho páginas y decir dos tonteras. [dictamina] Estos creen que uno nació ayer. A nosotros nos tocó la época del traidor González Videla, que si bien no tiene comparación con lo que existe hoy día, algo nos enseñó. Me siento ofendido por ese informe y por la calidad de los compañeros que nos han enviado desde Berlín. Ya lo decía Gramsci: Si parla di capitani senza esercito, ma in realtà è più facile formare un esercito che formare dei capitán. [fin de la cita] Saca otro Parliament y pide dos expresos más con su par de cortos de coñac. En francés, como es su costumbre cuando se dirige a los alemanes. Si estuvieron cuatro años en París, supongo que habrán aprovechado para aprender a hablar francés. A eso fueron, ¿no? [ironiza] Si es que uno les pregunta, claro.

¿Sabes cuál era el chiste preferido de los Pablos? [me pregunta a propósito de nada] Me desconcierta. Para cambiar de tema, posiblemente. Mira, viejo, en mis limitados contactos con la comunística aristocracia logré llegar a comprender que cuando se habla de «Pablo», así, sin apellido, se trata de Pablo Neruda. Porque, claro, todos lo conocían y querían hacer creer al resto que eran amigos de Pablo. Pero que tú salgas ahora con «los Pablos» me sobrepasa. [lo molesto] Coque, el que hayas nacido en verde cuna de carabineros no es mi culpa. Además, con el tiempo lo has ido superando, lo que habla muy bien de ti. [me torea y guarda silencio] Bueno, ¿y qué pasó con

los Pablos? ¿Quiénes son? [tengo que insistir] ¡Ah! Pensé que no te interesaba. [sonríe pícaro] Los Pablos son Neruda y Picasso, Coque... ¡Quiénes más! (Guardo silencio. Yo conozco muchos Pablos: Mendoza, Meneses, Pérez, Acevedo, Mires, Cortés, etc.). Bueno, retomo. Cada vez que se encontraban los Pablos, uno de los dos le contaba al otro el siguiente chiste: Estaban conversando dos intelectuales y uno le da una mala noticia al otro. Entonces, este responde: Pero, ¡me dejas con la espada de Colón sobre la cabeza! A lo que el otro, después de cavilar un rato, responde interrogando: ¿No te referirás al huevo de Damocles? Y ambos largaban sendas y sonoras carcajadas. [concluye y lanza su propia risotada] No entiendo a pito de qué me cuenta el cuento. Pero igual me parece medianamente gracioso. (Una anécdota más para mis nietos).

Haciendo probablemente la relación Pablos-Picasso-Pintura, me invita a que vayamos a echarle una miradita a los Rubens de la Alte Meister. Pasamos frente a la entrada de la Hofkirche, la catedral católica y barroca (los católicos son barrocos, parece; por lo menos aquí) que está rodeada de una veintena de monolitos fálicos que protegen la fachada de cualquier accidente de tránsito. Sobajea la punta de uno de ellos. Aquí están enterrados los obispos. [explica con tono picaresco] Cruzamos la Theaterplatz, se detiene frente a la estatua de Johann König el Viejo, coloca sus manos en la cintura y se gira en trescientos sesenta grados (como lo hizo en la Hoffnungstrasse el primer día que llegó y yo lo espiaba desde mi ventana). ¡Bello, mil veces bello! [exclama] Vraiment fantastique! [remata] Y continúa caminando mientras apuro el tranco para alcanzarlo. Llegamos al Zwinger, a la galería de los Alte Meister. Pagamos nuestra entrada y somos recibidos por un portero con facha de conde prusiano. El viejo se dirige directamente hacia donde están los Rubens, sin importarle un comino Rembrandt, Cranach, Raphael, El Greco o quien se interponga en su camino. Se para frente al *Dianas Heimkehr von der Jagd.* Y ni siquiera pestañea. Observa con devoción. Se salta *Die Wildschweinjagd* y se vuelve a detener ante *Bathsheba an der Quelle*. Se mete una mano al bolsillo y se acaricia disimuladamente. Cuando está frente a *Leda y el cisne* le pregunto si le recuerda a la Brunhi. No me responde. Me arrepiento de mi indiscreción. Continúa extasiado. Recién al volver, cuando ya hemos cruzado los jardines del palacio para salir por la puerta de la Corona, en el puente sobre el foso, vuelve a abrir la boca. En realidad, conociendo a mi delicada Brunhi, uno se da cuenta de que Rubens vivió rodeado de sus modelos. ¡Qué erotismo despliega! ¡Qué sensualidad! Quelle hardiesse! [exclama] Y yo no sé si está hablando de Rubens o de su delicada Brunhi.

Llega conmigo al departamento.

Se va al refrigerador y saca del freezer una Stolich-naya nueva.

Toma dos vasos de cortos y pone los tres elementos sobre la mesa del comedor. Se sienta a esperar que termine de desaguarme. Tome asiento, compañero. [me ordena] Me alarga un vaso y lo golpea contra la cubierta. Saca la tapa, me sirve y se sirve. A la rusa. Hasta que no quede una gota. [advierte] Y comienza a hablarme mientras sus ojos se ponen colorados y una lenta humedad va creando una película que se resiste a caer. Nos empezamos a bajar una botella de vodka, y sin provocación ni intervención alguna de mi parte me relata con extremo detalle su desilusión amorosa con la madre de sus hijos. Jodido el cuento. Me deja helado. Cuando termina la historia apura los dos últimos cortos y se para. Merci, camarade. [dice] Aunque se tambalea, sospecho que se va más liviano. Lo dejo en la puerta y aguardamos a que llegue el ascensor. Sube, se cierran las puertes, suenan los engranajes, se detiene, espero escuchar el ruido al abrirse en el piso superior y sentir el cierre de la puerta de su departamento. Voy al living, me siento y enciendo otro cigarrillo. (Si a los que invade la insania se llaman locos, ¿cómo se llamarán los invadidos por la tristeza?).

7

A pesar de ser lunes, Helmut está en su puesto de trabajo cuando llegamos. Le hacemos señas desde lejos. Él interrumpe lo que está torneando para venir a saludarnos apropiadamente. Guten Morgen, le dice a Pedro, y a mí me regala su habitual Guten Mooorgen, companiero, y la consabida caricia en la mano. Le pregunto qué hace aquí, en alemán, pero como no me entiende, Pedro repite con mejor pronunciación. Nos explica que todos los fines de semana él viaja a Berlín para tratar de cruzar el muro. O a otro lugar fronterizo para pasarse a la RFA. Que hasta el momento no le ha resultado porque siempre lo sorprenden, que lo detienen hasta el lunes, día en que lo presentan ante un tribunal. Y como todos los jueces ya lo conocen, le dan una amonestación, lo hacen pagar una multa y lo largan. Por la tarde viaja de vuelta a Dresden y por eso viene a trabajar solo a partir de los martes.

Pero hoy es lunes. [retruca Pedro] ¿Qué te pasó? [continúa] Ah. [dice sosteniendo una sonrisa de oreja a oreja], el viernes, junto a un grupo de amigos muy queridos, tuvimos una fiesta maravillosa que duró hasta el mediodía del sábado. Así es que no tuve tiempo y mi cuerpo no estaba en condiciones. Fue una fiesta improvisada, por eso no los invité, pero la próxima vez vendrán conmigo, ¿no es cierto? Wenn du willst. [respondemos en dúo, y nos vamos cada uno a su máquina] (Ya estoy cachando algo de alemán. De a poco, como los cabros chicos, me va entrando el sonsonete, y si se trata de frases completas, algo puedo aportar).

La mañana es fatal. Por más empeño que le pongo, no llego ni a las treinta y ocho piezas por hora. Siegmund me cacha desde lejos. Me distraigo, empiezo a pensar en el viejo, en la historia familiar que me contó, en lo solo que está todo el día esperando que aparezca alguien a verlo. Pero la verdad es que soy casi el único que lo visita. Con los demás se topa en el ascensor, en los pasillos, a veces, porque sale poco y todavía hace algo de frío. Hay días en que me lo encuentro, muy forrado en su abrigo y con su bufanda (foulard) alrededor del cuello, sentado en un banco y mirando con tristeza los niños que juegan en el patio del Kindergarten, fumándose un Parliament detrás de otro. De vez en cuando saca su petaca y se pega sus tragos. El jueves me lo encontré sentado en la cuneta, dormido. Apoyados sus codos sobre las rodillas, parecía estar con los ojos fijos en el suelo. Me negó que estuviera durmiendo, pero creo no equivocarme.

Lo otro que hago es mirar a Eva con su guardapolvo azul, tan

matapasiones, y comienzo a fantasear desvistiéndola de a poco. Le saco los zapatos y le rebusco con la lengua entre sus dedos, sigo con el pantalón y le acaricio las corvas, con los dientes le tiro su calzón hasta sacárselo entero y meto mi cara entre sus nalgas. Me complazco con cada pliegue de su cuerpo, quiero intrusear con mi lengua en cada arruguita. Meto mis manos bajo su blusa y busco sus axilas, sus pechos suaves y sus pezones tiernos. Claro, hacer así treinta y ocho piezas por hora es una hazaña. ¿Pero quién lo entiende? Al menos Siegmund, claramente no. Ella me mira desde el otro lado del vidrio con indiferencia, pero yo me imagino que está pensando lo mismo. Aunque al revés. Esperando el Mittwoch, como cada semana.

Me empieza a retumbar lo del Mittwoch. ¿Por qué solo ese día? ¿Por qué no otro? ¿U otros? ¿Será que esta gringa tiene un fulano cada día? ¿Que yo soy apenas uno de siete? ¿Que se los va turnando? Me entran unos celos tremendos. No me gusta el número siete. No me gusta compartir mis mujeres. Soy un monógamo sucesivo. Aunque dure un solo día, quiero ser el único. Y siete son demasiados. Somos demasiados. ¡Somos un montón! A estas alturas, mi norma va por las veinticinco piezas por hora y Siegmund no me quita el ojo de encima. Peor todavía. A dos metros, Pedro parece un mono animado. Está trabajando una pieza que tiene como norma cincuenta. Y él está haciendo sesenta y cinco. No para. A cada rato mira el reloj de la pared y va compitiendo con él minuto a minuto. Le saca cuatro segundos a cada minuto. En la próxima pieza tiene que sacarle cinco, y a la próxima seis. Y así sucesivamente. Siegmund se acerca cada cierto rato con su instrumento de medición, su pie de rey, y le chequea cada hoyo que hace por un lado y por otro. Pero no lo ha podido pillar. Pedro tiene el orgullo del porte de la basílica del santo de su nombre, así es que le será difícil al gringo agarrarlo de nuevo en una pifia.

De vuelta, nos venimos en el tranvía conversando. Ya hicimos las paces. Tácitamente. No hemos vuelto a tocar el tema de las mujeres y espero que eso no cambie. Está preocupado por la Chabela. Parece que quedó muy afectada después de la asamblea con los capos de Berlín. Los encontró agresivos y descalificadores. Pero si así son. [digo] Pero eso le afecta a la Chabelita. Anda triste. Después de todas las que pasó... y agrégale que su papá y su tío llevan más de un año en Chacabuco... está muy sensible y estas cosas la golpean muy fuerte. [concluye] No hablamos más hasta llegar al paradero. Yo la consolaría, cometería sacrilegios, herejías, apostasías, profanaciones sobre esa virgencita de lámina de libro de catecismo y piernas largas. [pienso en secreto] Si Pedro me escuchara le daría motivos para una nueva reprimenda por caliente. ¿Pero qué le voy a hacer? Así es la vida. Así soy yo, compañero. Un heresiarca compulsivo.

¿Qué vas a hacer? [pregunto y seguimos caminando] ¡Quedarme callado en las reuniones! [contesta choreado] En la vida. [aclaro mi pregunta] Organizar el trabajo voluntario para comprar la maldita máquina de escribir. [me responde cabreado] ¡¿Qué?! [exclamo horrorizado] Organizar el trabajo voluntario para comprar la maldita máquina de escribir. [me repite, marcando sílabas] ¡Tú estás loco! ¿Para darles en el gusto a esos huevones? [pregunto] Por supuesto, Coque. ¿Quieren máquina? Les voy a producir dos máquinas en estos cuatro sábados. Así los dejo callados. [determina] Eres muy raro, Pedro... conmigo no cuentes. Ya lo sé. [me espeta como un oculto llamado de atención] Me hago el leso. No quiero iniciar otro altercado. Mejor cuento hasta diez. Pasamos por el Kindergarten y Salvador y Manuel vienen corriendo a encontrarlo. Este par de cabros de mierda ya hablan el alemán como el castellano. Me deprimen. Me voy al departamento a leer un rato y a descansar.

Son cerca de las cinco. Los típicos dos timbrazos del viejo me despiertan. Como de costumbre, se ha tomado un café en la mañana y no ha almorzado. Le sirvo un taco de vodka y lo dejo en el living mientras le preparo un plato de tallarines con salsa. Enciende el televisor y recorre todos los canales, uno tras otro, cuatro o cinco pasadas en total. Varias veces al día hago esto con la esperanza de que alguien hable en cristiano. [dice] Y vuelve a recorrerlos. Ante los nulos resultados de su acción, decide apagarlo. Pongo la mesa, abro una botella del vinito Stierblut (Egri Bikavér se llama en húngaro. Un ensamblaje con mucha tradición, como me ha explicado Jesús en otras oportunidades, con uvas cabernet, merlot y la trincadeira portuguesa. Hasta de vinos estoy aprendiendo en este exilio tan cultivante. Todo esto será vital cuando vuelva a Chile a derrocar a la Yunta). Sirvo dos platos, así aprovecho de comer con él y después lo mandaré a su casa. Se demora tanto en cada bocado, que en la mitad me paro a recalentarle los tallarines para que pueda terminarlos. Pero no quiere más. Se echa para atrás y del bolsillo de su chaqueta saca una postal y me la alarga. Es una foto de la Sagrada Familia, de Gaudí, en Barcelona. La doy vuelta y solo aparecen los dos nombres de sus hijos escritos con diferentes letras infantiles. Ni una palabra. [explica] Ni una palabra para decirme que están bien, que me verán algún día, que vendrán o que vaya a visitarlos. Solo una tarjeta para avisarme que están vivos. Como si no lo supiera, como si de pasarles algo yo no lo sentiría de inmediato en mi alma. Esto no es solo una burla, es un oprobio. [sentencia] Tiene los ojos húmedos y las lágrimas luchan de nuevo para no caer. (Yo no sé qué decirle. Lo siento, no encuentro palabras porque cualquier idea que se me viene a la cabeza me parece cretina. Tampoco tengo valor para despacharlo).

Sentados en el sofá buscamos en la tele algo que nos saque del pozo

en el que nos encontramos. Zsuzsa Koncz canta He, mama, heut kamm ein Brief... Veronika Fischer canta Auf der Wiese haben wir gelegen... (¡muévete Veronika, muévete por favor!) Por fin una película. Polaca. Doblada al alemán. Nos terminamos el vino y seguimos con vodka. Fumamos. Y de vez en cuando comentamos algunas escenas y chequeamos si entendemos lo mismo. A veces coincidimos y a veces no. A los pocos minutos discutimos sobre quién había tenido razón. Según el viejo, la protagonista estaba en lo correcto porque una cosa es seducir a una mina y otra distinta es irse de lengua para que la mina caiga. Yo opino que el compadre no era ni la sombra de un dirigente o espía (nunca logramos dilucidar esa parte), que se la estaba engrupiendo y que daba lo mismo lo que le hablara porque todo era falso de falsedad absoluta. El viejo alega que de haber sido así, los polacos no habrían hecho la película porque la trama sería una estupidez. Y yo le replico que de haber sido como él dice, los polacos lo habrían pensado mucho antes de hacer una película en la que un alto dirigente o espía polaco era pillado por una mina hablando lo que no debía. Ahí está el quid del asunto. [dice el viejo, continuando su alegato] Los polacos se atreven a hacer esas películas. [determina] ¿Porque son menos cuadrados? [pregunto] ¡Porque no son cuadrados! [contesta] Son las nueve de la noche. El viejo Jesús se despide y espera el ascensor. Como huasca. Yo cierro la puerta y me tumbo en la cama a leer. Termino *Dona Flor e seus dois maridos.* Todavía no descubro lo que significa ainda. Intuyo que quiere decir «sin embargo». Eso me calza en la mayoría de los casos. Reviso los despertadores para asegurarme de que suenen a la hora señalada, y trato de dormir. Me doy vueltas y vueltas en la cama. Termino de nuevo mirando la tele, pegándome otro pencazo, pero pensando en otras cosas. Cosas mías.

8

Llego de la Pentacon y me hago un par de huevos revueltos con tomates. No tengo ganas de cocinar. Y como no soy muy diestro, mi menú es poco variado. La Chabela prometió que me iba a enseñar, pero como las cosas no siguen muy bien entre ellos, prefiero no recordárselo, por el riesgo de convertirme en su confidente. Las mujeres, cuando no se meten a la cama con uno, lo agarran de psicoanalista. Por eso prefiero meterme a la cama altiro (para evitar la terapia y que terminen diciéndole a uno que es su mejor amigo, su paño de lágrimas, que se puede conversar y que te tienen toda la confianza del mundo. Pero sin polvo. Y sin polvo, ¿qué confianza puede tener uno?). Y Pedro es mi amigo, y no estaría bien que le hiciera los puntos a su mujer. [insisto, para concientizarme] Menos lo podría hacer después de la pelea que tuvimos el otro día cuando me llamó la atención por mi falta de respeto hacia el sexo opuesto. Aunque ganas no me faltan, especialmente ahora que doña Eva me tiene cabreado. Por aquello de ser uno de los siete enanitos. El Mittwoch.

Me preparo un café y suena el citófono de abajo. ¿Puedo visitagte? Es Michael, al que le decimos Micha. Saco inmediatamente otra taza y cuando entra ya tengo servidas las dos. Buen tipo este Micha. Quiere hacer carrera en el partido. [fantaseo] Y lo que él se imaginó que era un gran honor al ser designado a cargo de los chilenische Patrioten, debe habérsele convertido en una gran desilusión, pesadilla, desazón, confusión, desvarío. ¡Se te atragantaron los chilenos, Micha! ¡Más te habría valido haber estudiado vietnamita en vez de castellano! ¡Con esos gallos no tendrías ningún problema!

Comienza a latearme porque está explicándome los motivos por los que nunca había tenido una conversación privada conmigo, que en realidad se siente en falta y patatín patatán. Déjate de joder, Micha. Vamos al grano, dime lo que tengas que decirme y nos evitamos toda esta introducción inútil. [digo con toda la suavidad y cordialidad de la que soy capaz]

Tengo un pgoblema con el asunto del máquina de escgibig y no sé con quién convegsaglo, pogque ustedes no tienen ogganización muy eficiente en Dresden. O sea, tienen ogganización, pego, pog seg muy greciente, no está funcionando en toda capacidad. [explica] Buena el gringo seco para darse vueltas. Mira, Micha, no tenemos organización del CHAF y aquí lo único que funcionan son los partidos, y no todos. Yo no soy el secretario del PC, pero si quieres que conversemos como

amigos no hay inconveniente. [aclaro mi posición] Eso, Coque, eso yo necesito, una plática de oguientación y amistad. Pogke me he fihado que egues una pegsona con muscho ggitegio. [dice] Me adula. Es criterio, Micha. Criterio con K. [explico. Y prosigo]: Pero no te disculpes tanto, gringo. ¿Cuál es el problema? [consulto] En resumen: los chilenos, organizados por Pedro, estuvieron haciendo trabajo voluntario el sábado en la famosa imprenta. Un desastre. Los alemanes tienen todo bien armado y es una de las empresas más eficientes de la ciudad. Llegaron los aguerridos patriotas sudamericanos a tratar de envolver los libros y dejaron la cagada. No porque hayan querido, simplemente porque no saben hacerlo. Los obreros que están en esa sección llevan años de experiencia, y cuando llegaron el lunes se encontraron con paquetes de principiantes. La decisión que tomó el jefe fue deshacer todo lo que habían hecho los voluntarios y volver a comenzar. Resultado: perdieron tres horas y no cumplieron la norma. Es decir, a la cresta la batalla de la producción, a la cresta los premios por productividad, a la cresta la imagen de la Solidarität con los chilenos y que Corvalán se vaya a la mierda. La empresa, por lo tanto, tiene que pagarles a los chilenos por el trabajo voluntario, a los obreros por deshacer los paquetes y asumir el atraso en sus entregas. Resultado: el director de la imprenta quiere donar una máquina de escribir a los compañeros del interior, pero que no vayan nunca más en su vida a meterse de nuevo allá. Que no pasen siquiera por el frente del Kombinat.

El asunto merece un trago. Saco una botella de coñac y nos servimos unos cafés mitad agua caliente y mitad coñac. Hablamos de lo humano y lo divino. Me comenta que no se siente delegado, ni intérprete, ni encargado, ni responsable de los chilenos. Que es una especie de árbitro que les explica a sus jefes alemanes, que no entienden un carajo, disculpando a los chilenos. Y a los chilenos disculpando a los alemanes. Es la taguea más difícil que me han entgegado en toda mi vida en el PSUA. [dice no queriendo decirlo] Era que no, Micha; si al fin de cuentas y aparte de todas las diferencias culturales, nosotros nos creemos los súper revolucionarios. Pero, ¿por qué no la pudimos hacer en Chile? Porque nos sacaron la mierda y nos la siguen sacando. Y aquí en la RDA, con el CHAF de por medio, no hay razonamientos que valgan. Mira, gringo, después de esta, o te nombran ministro o te mandan a Siberia. Es cosa de que te pongas a rezar luego a Marx. A Engels, Lenin y Ernst Thälmann también. [digo] Tú egues un iconoclasta, Coque, tú no cgueees en nada ni nadie. [me reprende] Te equivocas, Micha, te equivocas. De los que están aquí y de los que conoces, soy de los más aperrados militantes del Glorioso. [aclaro] ¿Qué es apeggado? [pregunta] Disciplinado, abnegado, convencido y tgabajadog. [lo imito] ¡Cómo según los otgos! Ha! Ha!

Ha! Ha! Ha! Ha! Ha! Ha! Ha! Ha! Ha! Ha! Ha! [exclama y no para de reírse] Pegdona. [suplica al final] Pego lo digo pogque fuiste el único que ausentaste el sábado. [aclara] Mira, gringo. Yo soy militante del Partido Comunista de Chile y no del CHAF. Y los que vamos a salvar a Chile de la dictadura somos los comunistas y no el CHAF. Esos son los que se van a aprovechar de la situación, después que nosotros hayamos puesto la cara y el pecho delante de los milicos. Por eso no estoy dispuesto a hacer el ridículo que tú mismo me estás explicando, de ir a envolver mal los paquetes de los compañeros alemanes. ¿Comprendes? [sentencio y esclarezco]

Micha se siente mal. Mira al suelo, se estruja una mano sudorosa contra la otra que está peor. Me mira de reojo y al final me dice: Pegdona. Nada que perdonar, Micha, tranquilo. Ahora hay que arreglar el problema de la imprenta y punto.

Al fin y al cabo, y de acuerdo a mi experiencia en la Pentacon, la peor tarea que uno tiene que hacer en el día es el aseo después de cada jornada de trabajo. [digo y continúo] Y especialmente el viernes, cuando se ha ido acumulando algo de mugre los días anteriores. No me cabe duda de que en la imprenta enfrentan el mismo problema. Y quizás peor. Entonces, proponle al director que los viernes siguientes los obreros aprovechen su jornada de trabajo en producir y que no hagan el aseo semanal, que sigan produciendo hasta el último minuto para ganar en productividad. Y que los chilenos llegarán el sábado a limpiar, botar la basura y dejar todo lo más impecable posible. Y que al cuarto sábado, en vez de pagarles en dinero, les regale la famosa máquina de escribir. Y si le alcanza, ¡que regale dos!

¡Cagamba! Tú tienes una ggan idea. Si funciona soluciona todos pgoblemas de todos. Yo hablaggé con los Genossen y me voy explicag clagamente. Yo tenía gazón. Tienes gran ggitegío... Pegdón, kriteguio.

Estamos ya directamente tomando coñac sin café y en la conversa más general cuando llega Jesús que, seguramente, ha olido los efluvios que le satisfacen el alma. Trae su propia botella de Moskovskaya bajo el brazo. Se alegra de ver que esta vez tendrá más público y comienza a contar anécdotas de la whiskey-izquierda chilena. Parte diciendo que los comunistas chilenos son los más ortodoxos y rojos que existen en el planeta. Que en los meses de enero y febrero, cuando por el calor estival los patos caen asados del cielo en Chile, los dirigentes salían a la calle con abrigo porque en Moscú estaba nevando. Ha! Ha! Ha! Ha! Ha! Ha! Ha! Ha! Al gringo le cuesta dejar de reír. Le pego una patada en la canilla y... santo remedio.

El viejo sigue con pelambres de fiestas, amores, traiciones, infidelidades y desamores de los próceres. De celestinas y cafiches; de compañeras ligeras de cascos y compañeros rápidos de entrepierna; de hijos naturales, asumidos e impuestos; de la convivencia del

secretismo y lo vox pópuli, lanzando una de sus habituales sentencias: Los secretos de dos son de diez. El viejo se destapa y al pobre alemán se le va cayendo la mandíbula inferior. Ya no se ríe. Está más perdido aún en el laberinto de la dirigencia y la resistencia chilenas. Aunque, respecto de nuestra situación actual, Jesús es menos pesimista: Cuando lleguen los compañeros del interior, cuando aparezcan por aquí los dirigentes que han estado prisioneros o clandestinos, las cosas van a cambiar. Esos saben la diferencia entre lo importante y lo accesorio.

Son las diez de la noche y ya se van. Yo quedo muy contento. Primero, porque me cagué a los pelotudos que irán a hacer trabajo voluntario el sábado, que tendrán que botar basura, barrer y fregar pisos, mesones y estantes. Y, segundo, porque el viejo lo pasó wunderbar contando sus anécdotas y riendo a mandíbula batiente. Me voy a la cama, y apenas pongo la cabeza en la almohada siento que el sueño cae como una nube blanda desde el cielo raso. Mañana será otro día. [me digo]

Pero no sería tan cierto. No ha pasado media hora y me despierta el timbre, seguido de unos tímidos golpes en la puerta. Es el viejo que se quedó sin vodka. [pienso] Me voy al refrigerador, tomo una botella del freezer y entreabro la puerta sacando afuera solo mi mano empuñando el cuello congelado de una Wyborowa. Para que Jesús agarre la botella y ni se le ocurra volver a entrar. Pero del otro lado presionan y a hurtadillas entra un bulto pequeño y asustado. No es Jesús. Es la Regina, la mujer de fuego. Coque, ¡qué bueno que estás! Necesito hablar contigo. [dice mientras se dirige al living] Hoy es mi día. [me lamento] Entre Micha y la Regina... ¿qué les dio por creer que soy el averiguador universal o el consolador del colectillo? Me voy al sofá y lleno uno de los vasos que aún están sobre la mesa de centro. Me lo meto al cuerpo de un trago y lo vuelvo a llenar. En ese momento me fijo en que estoy en calzoncillos. Me voy a la pieza a buscar mi camisa. Cuando vuelvo, la pequeña Regina se ha echado en el lugar que yo dejé recién y el vaso está vacío. Me siento a su lado y sirvo dos. ¿Qué pasó, negrita? Suelta el llanto y se abraza de mí. La acurruco y la dejo sollozar, gemir, lagrimear y sonarse con mi camisa. La mano libre me permite echarme uno de los vasos al seco. Y a los pocos minutos, otro. Ella no deja de llorar. Ha pasado media hora y me hormiguea desde el hombro hasta el codo y la mitad del pecho. Sabiendo que debo levantarme temprano, la tomo en brazos, la llevo a mi cama y me acuesto dándole la espalda. Ella se pone cucharita detrás de mí. Se arrellana bien y sigue hipando de vez en cuando. Hasta que se duerme. O me duermo yo.

A las cuatro, los dos saltamos al escuchar el timbre del primer despertador. Regina se da vuelta para mirarme. O para mirar con

quién había dormido, mejor dicho. Se encuentra conmigo. Me llena la cara de besos. Salta de la cama y sale, abriendo y cerrando la puerta casi sin hacer ruido. La cabeza me da vueltas. Los tres últimos tragos estuvieron de más. La ducha me despeja un poco. Y catorce para las cinco subo al tranvía junto con Pedro. Para iniciar juntos una nueva jornada laboral. No tiene idea la que le espera el sábado en la imprenta. Enceremos, enceremos, mil metros habrá que limpiar. Enceremos, enceremos, la basura sabremos botar. Y yo no le digo nada. ¿Para qué?

Estoy tirado en el pasto. A cinco metros las aguas del Elba se deslizan calmas. Barcos cargados con carbón navegan de izquierda a derecha o de derecha a izquierda. Cada uno de ellos lleva sobre su cubierta un perro (o dos, ¿qué importa?). Apenas me ven se largan a ladrar. Corren de proa a popa y viceversa, intentan amedrentarme. Salta al agua, perrito. Salta. ¡A ver si te atreves! Vete a joder a tu abuela. Pasa un vapor de paletas repleto de pasajeros. El *Ernst Thälmann.* Los miembros del colectillo están en la imprenta. Haciendo el aseo, supongo. Nada tiene sentido en este momento. Ni el trabajo de ellos ni la pereza mía. Ni las cuatro gringas que se reparten a pocos metros míos y se han liberado de su blusa para recibir los rayos del sol primaveral, y levantan sus faldas para que sus piernas pálidas tomen algo de color. Pasa otro de los vapores blancos rumbo a la Sächsische Schweiz. El *Friedrich Engels.* Los niños hacen señas. Les respondo. Pasan los minutos. Las horas. Los días. Las semanas. Los meses. Yo sigo mirando el agua del Elba que fluye siempre a la misma velocidad. Y los niños hacen señas cada vez que pasan. ¿Serán los mismos? Si uno no se baña dos veces en el mismo río, tampoco saluda a los mismos niños. [digo-pienso-dormito, ya convertido en faro]

9

Lucho y Luisa Garrido, con el Luchito chico (¿qué nombre le iban a poner llamándose él Luis y ella Luisa...? Luis nomás. El pendejo estaba cagado desde antes de nacer). Retomo. Los Garrido, digo, estuvieron como un mes haciendo todos los trámites para salir a München, a visitar a una hermana de ella. Viajes al CHAF, reuniones con la Volkspolizei, diligencias en el ministerio en Berlín para conseguirle pasaporte al Lucho, que no tenía. Mucho afán y mucho trámite. ¿Por qué no viene tu hermana para acá, que es tanto más fácil? [pregunté] Y después callé porque mi inquietud no fue bien recibida. (Quieren pasear, pensé. Quieren respirar capitalismo, mirar letreros de la Coca-Cola, sentirse en un país desarrollado, mirar los Mercedes y los BMW del año, ver el mar. Y yo aquí metiendo la pata). Al final, le dieron un pasaporte de la RDA para extranjeros. Hace cinco días partieron en tren, como quien va a Disneylandia. Varios compañeros del colectillo fuimos a dejarlos a la Bahnhof para ayudarles con las maletas (por la cojera del Garrido, producto de un pau de arara en el que se les pasó la mano y le jodieron una pierna). Y fuimos también (y sobre todo) para aprovechar de armar boche, tomarnos unas cervezas en el Mitropa de la Bahnhof y por la fiesta, la algarabía. Aquí cualquier excusa sirve para juntarse, saludarse, echarse pullas y besarse las mejillas, para gritar un poco, mirarle el culo a las minas (en una de esas toca un agarroncito por ahí, la respuesta a algún requiebro, una miradita inclinada, un ojito disimulado, una seña, un guiño, una esperanza de que algo puede avanzar más allá). Y para estar alegres. O parecer alegres. ¿Cuál es la diferencia? [pregunto] Pienso que ya no la conocemos.

Pero hoy recibo una tarjeta de Lucho. En ella nos manda a todos muchos saludos y cariños, nos agradece la ida a dejar a la Bahnhof, nos cuenta que llegaron bien, que están estupendo, que la hermana también, que les ofrecieron trabajo a los dos y que se quedarán en la RFA. ¡Jueputa! ¡Carrilero! ¡Oferta de trabajo! El traidor debe de haber pedido asilo y se lo dieron altiro. Si es que no lo tenía todo preparado desde antes... Nos engañó a todos.

Bajo al departamento de Peter, el mayordomo y encargado del edificio. Le pido el teléfono. Llamo a Micha. (Porque sucede que ahora yo soy el «contacto» con Micha. Se deja caer por aquí a lo menos una vez por semana, se toma sus tragos, me conversa sus dudas, hace sus apreciaciones sobre los Genossen y los compañeros, me habla de su mujer que es farmacéutica, de los niños que están creciendo, ¡era que

no!, trata de hacerme hablar alemán, y después se va. Bien caramboleado). Retomo. Llamo al Micha para informarlo. Porque tiene que saber, ¿no? Casi se muere el gringo. No pasan diez minutos y llega en su Trabant. Está más nervioso que monja con atraso. Quiere informarse de todo, ver la tarjeta, analizar las fechas exactas, intentar llamarlo, conversar con él. Interrupción. Timbre largo. Voy a abrir. ¡Este hijo de puta me robó la máquina de escribir! [grita Pedro, que viene despeinado, con la camisa afuera, sin zapatos y en la mano trae una tarjeta parecida a la que recibí yo]

¡Me cagó este cabrón! La Luisa le dejó copia de la llave de su departamento a la Chabela para que le echara una limpiada de vez en cuando y, apenas supe, partí a buscar mi máquina. ¡No sabís na! ¡Iba en las maletas, huevón! Te apuesto que en la misma que yo le llevé hasta la estación. Garrido, ¡hijo de puta! ¡Yo te ayudé a robarme mi máquina! ¡Huevón tú, y huevón al cuadrado yo! ¡Pendejo! ¡Maricón! ¡Traidor! [grita y regrita] No hay cómo pararlo, porque habla solo, mientras se pasea por mi pequeño departamento de un lado a otro con una furia que parece que va a romper los muros. Se acerca a la mesa de centro y se planta el trago de Micha y, acto seguido, el mío.

Mejor se la hubieras mandado a los compañeros del interior. [digo-insinúo-bromeo] ¡Puta! ¡Si es lo primero que pensé! En vez de dársela a este cojo culiao. Pero los pelotudos del CHAF no quisieron. Saliendo de la reunión, el Garrido me la pidió prestada. Y yo, el saco de huevas, se la entrego.

Pedro entra al dormitorio, al baño, se pasea por entre nosotros y vocifera. Con Micha reanudamos nuestra conversación. Está preocupado. La tomó en la personal. Y por eso, sobre todo, está triste. Yo atendeglo de cada asunto de Luscho. Cuando llegó, cuando lo opegaron de su piegna, cuando tuvimos que conseguir otro tgabajo que pudiera haceg. Yo creí que ega mi amigo, pogque yo ega su amigo. (Está dolido el gringo. Él le ayudó a hacer todos los trámites del viaje, lo llevó a un lado y a otro). Y nunca tuve sospecha de nada. No cgeí que lo estaba ayudando a abandonag la DDR. [me cuenta abatido] Bueno, Micha, ese no es asunto tuyo, será de la Stasi o de la Volkspolizei, pero no tuyo. [intento] No, compañego, es asunto mío pogque yo soy encagado de los chilenos. Yo debo preocupagme de todo. (Este gringo, además de dolido, está asustado porque le va a llegar el pihuelo por todos lados: del partido, de la Stasi, de la Policía y hasta del Cuerpo de Bomberos se lo van chiflar. Cagaste, Micha. El lunes nos aparece otro encargado. ¡Y a ti te operan de hemorroides de tanto que te van a haber dado!).

Llega Jesús y dice que, además, para los compañeros alemanes esta es una bofetada en plena cara. Que tiene la gravedad de haber abandonado todo lo que ellos habían hecho por él y su familia, y la

doble infamia de huir como un forajido sin haber necesidad. ¡Así se huye de Chile, compañero! [lo dice para que Garrido y la Historia lo escuchen] E ir a refugiarse en la RFA es una afrenta. Habiendo tantos otros países por aquí cerca. ¡Eso es darle en la madre a los compañeros del PSUA! ¡Un canapé para los alemanes del otro lado! En pocas semanas aparecerá (con toda seguridad) una larga entrevista con fotos en *Der Spiegel*. «La triste vida de los exiliados en la RDA», testimonio de una familia chilena. Ya con eso tendrá para comprarse un BMW, con cambio automático, por ser ¿chuercuánto? [pregunta] Schwerbeschädigt! [responde Micha en voz baja, cada vez más deprimido] ¡Eso! ¿Chileno preso, torturado, con daño permanente, exiliado en la RDA y escapado a Occidente porque extrañaba la libertad? ¡Bocatto di cardinale! ¿Cómo se dice eso en alemán, compañero? [pregunta Jesús] ¡Bocatto di cardinale! [responde Micha sin poder ocultar una incipiente antipatía por el viejo] Todavía le queda sutileza e ironía a nuestra madre superiora alemana. [concluye el viejo]

Como éramos pocos, parió mi abuela. Con toda esta zafacoca desenfrenada aparece nada menos que Cárcamo, con su enorme humanidad, en medio del living. Me importa un pucho el Garrido y su familia, porque tengo que anunciarles que acaba de nacer Lenin Cárcamo, un nuevo ciudadano de la DDR. Y apenas se pueda, ¡de Chile también, mierda! Miro al viejo y ya tiene la botella en la mano y se asegura el primer vaso de vodka. A Micha le vuelven los colores (es un decir) a la cara. Cárcamo recibe abrazos y tragos. Sin sospechar cómo se enteraron, veo aparecer a las mujeres. Pero, claro, desde grandes distancias ellas huelen las placentas. Una tras otra comienzan a explicar que como era primeriza se le adelantó, que quizá la guagua era muy grande, que no dejaba de ser extraño el dolorcillo que la Nancy presentaba en el costado izquierdo, que la otra sabía hace días que ya sentía contracciones, leves, pero contracciones al fin y al cabo. Nació a los ocho meses. Estuvo pujando más de cinco horas. La criatura pesó cuatro kilos y setecientos setenta gramos. Parió a la antigua, porque aquí no usan anestesia. Los médicos dicen que las madres tienen que parir con dolor. ¡Eso está en la Biblia y no en el *Manifiesto Comunista!* [aclara el viejo, corrigiendo la política de salud pública de la República Democrática] Así como van llegando se van yendo. (Y las botellas de vodka se me van desapareciendo. Hasta los vasos se llevan algunos. Ya los recuperaré). Al final, nos quedamos solos con el guatón Cárcamo. Cada uno con su trago en la mano. Al unísono los dejamos sobre la mesa, abrimos las aspas y nos estrechamos en un fuerte y largo abrazo. Cárcamo me alza en vilo. Es hombrecito. Te lo dije, Coque. Me deposita de nuevo sobre el piso y noto sus ojos llorosos. Me vuelve a abrazar. Casi me rompe los huesos.

Te dije que era hombrecito. [me repite]

Nos vamos al Ratskeller a celebrar el acontecimiento. No es para menos. Nos acodamos en una mesa y comenzamos con los submarinos en vasos de medio litro de cerveza. ¿De verdad le vas poner Lenin? [pregunto] Estoy tentado, Coque. [dice y bebe] Es mucho riesgo, compañero. Imagínese que tiene que vivir un golpe como el que vivimos nosotros... ahí mismo lo matan. [me atrevo-insinúo] Tiene lógica lo que plantea, compañero. Sería como tatuarle la bandera del MIR. ¿Eso dices? [aclara-interroga] Exacto. Como tatuarle la bandera rojinegra. Ponle Camilo. Es un gran revolucionario pero no lo delata. [lo tiento] Camilo... Camilo Cárcamo... Suena bien. [dice y bebe] ¡Salud! [trato de sellar] ¡Salud! Por Camilo... ¿Como Camilo Cienfuegos? [pregunta y bebe] Exacto, como Camilo Cienfuegos, como Camilo Torres... Donde cayó Camilo / nació una cruz, / pero no de madera / sino de luz. // Lo mataron cuando iba / por su fusil. / Camilo Torres muere / para vivir... Le canto la canción de Víctor Jara. Trato de sellar doble. Puede ser. Suena bien. Camilo Cárcamo. A la Nancy le va a gustar. ¡Salud! (Recórcholis. Gol de media cancha del Coque. El viejo se va a poner contento cuando le cuente. Miren que ponerle Lenin al cabro chico. Es cagarlo de partida. ¡Bien, Coque!). ¡Salud, Coque! Voy a meditar tu idea. Voy a pensarla. En una de esas... ¡Salud! (Gol anulado. Atentos. Gol anulado por fuera de juego. Habrá que seguir insistiendo). Con la sopaipilla bien pasada partimos al hospital. Nos encontramos con un gran cartel que dice que solo los maridos o los padres podrán visitar a las parturientas. Nada de extraños. Aparece la enfermera de turno. El guatón le explica: Ich Vater. Y yo le agrego: Ich Ehemann. La alemana, flaca y grande como poste de teléfono, nos mira hacia abajo con los brazos cruzados sobre el pecho y bloqueándonos el paso. Ich Vater. [repite el guatón] Ich Ehemann. [repito yo] Me importa un rábano que digas que eres el marido mientras el padre sea yo, y el que se tire a la Nancy sea yo. [me aclara el gordo en medio de nuestro tambaleante intento de persuasión del poste telefónico] Tanto insistimos, que al final nos deja pasar. Fünf Minuten. Nur fünf Minuten. [aclara y nos mira con cara de poca credibilidad] Nos guía a la pieza correspondiente. El Cárcamo me afirma a mí y yo hago lo mismo con él. Chilenische Solidarität.

Hasta que frente a nosotros aparece la pobre Nancy en imagen doble (o aparecemos nosotros delante de la pobre Nancy que nos mira desde la altura de la cama de hospital temiendo que cualquiera se vaya al suelo de un de repente) con la cara todavía más redonda y con una guagua igualita al Cárcamo en los brazos. Le falta que le pongan uniforme y la manden al colegio. (Guagua criada, diría mi tía Herminia, y estaría sacando las cuentas para saber si es verdad que se adelantó o al Cárcamo se lo pasaron por la cola del pavo y le están

enchufando un hijo de otro. Pero si es igualito al Cárcamo, tía. Le argumentaría yo. Mire, m'hijito. Todos los chilenos son igual de feos. Aclararía ella). A la Nancy no le importa que estemos con trago. ¡Nada! ¡Esa es mujer de pueblo! El marido manda y hace lo que quiere. No como las proyectos de intelectuales que nos buscamos nosotros, que andan con el decálogo de la mujer liberada debajo del brazo. Y tratando de someterlo a uno. Por eso no me caso. Cuando encuentre una Nancy, un poco más flaquita, ahí recién lo voy a pensar.

A los cinco minutos justos llega el poste telefónico. Le explicamos que fünf Minuten Vater und fünf Minuten Ehemann: Zehn Minuten. La Nancy se ríe y lo único que le importa en el mundo es su Carcamito. ¿Cuándo ibas a pensar que tendrías un hijo alemán? [pregunto] Si hasta cara de gringo tiene, y te salió ruciecito. [agrego] La Nancy se ríe porque la guagua es un perfecto huilliche. El Cárcamo, que estaba como en trance, medio se despierta y entra en escena. Nancy, muéstrame la tulita. Para irme tranquilo. Y ahí va la otra y empieza a desnudar a la criatura. Hasta que aparece una lombriz arrugada en la punta. El Cárcamo se la agarra y le palpa las bolitas. ¿Y las bolas? [pregunta] ¡No tiene bolas! [exclama] La Nancy pone cara de paciencia. No le han bajado, amor, eso se demora. [explica] ¿Pero tiene o no tiene bolas? [insiste] Claro que tiene, mi amor. El médico dijo que estaba sanito, sanito. [lo tranquiliza] ¿Estái segura, Nancy? [porfía] Sí, mi amor, no se preocupe. En unos días más va a tener sus bolitas abajo. [lo calma] Sí, porque yo quiero un cabro con los cojones bien puestos. [remacha] Llega la enfermera y sin decir ni una sola palabra nos muestra la puerta. Agachamos la cabeza, le damos un beso de despedida a la Nancy y nos vamos tambaleando por los pasillos del Krankenhaus. Calladitos. Llegamos a la calle. Es tarde. Ni un auto ni persona por ningún lado. El guatón se para al medio: ¡Camilo Lenin Cárcamo! ¡Bienvenido al mundo! ¡Willkommen, cabrón! Y cuando ellos bajaron / por su fusil, / se encontraron que el pueblo / tiene cien mil. // Cien mil Camilos prontos / a combatir, / Camilo Torres muere / para vivir... Baila y canta el novel padre por las calles de Dresden.

Volvemos al Ratskeller. No sé qué hora es. Con tanto trago se me nubla la vista y el entendimiento. Nos alcanzamos a meter un par de submarinos más y tenemos que irnos porque están cerrando. Volvemos al edificio. Cansados. ¿Y aprendiste a tocar el saxo? [pregunto cuando lo dejo en la puerta de su departamento] Todavía ni empiezo. [responde con dificultad] ¿Y cómo le vas a tocar las canciones de cuna, guatón? [vuelvo a interrogar] Voy a tener que cantarlas nomás. Y parte bamboleándose de lado a lado por el amplio pasillo. ¡Pobre crío!

Me siento en mi balcón. A mirar la noche y a pensar. No es fácil con

tanto alcohol en el cuerpo. Este es mi exilio, Coque. Y esta mi vida. Nunca quise salir de Chile. Pero aquí estoy, viendo pasar los días y los tranvías. A la hora exacta, sin fallar ni un minuto. La Regina me partió el alma la otra noche. Lloraba de adentro, como si le saliera de la guata, como le salió la guagua a la Nancy. Pero por la boca y los ojos y la nariz lloraba. Puro dolor y puro llanto. No dijo nada. Sollozo tras sollozo. Y por eso me caen lágrimas a mí ahora. Por la tristeza de ella, y también por la mía. Por ese mundo que se nos quebró allá en Chile y por el que se resquebraja aquí todos los días. Tenemos para comer y para dormir. Pero no tenemos para vivir. ¡Ni aunque me enamorara de ella! Porque su dolor más el mío suman un tormento, no nos llevaría a ninguna parte. Por el contrario, podría matarnos de quebranto y de soledad.

Ludwig se me acercó ayer en el taller. Es un tipo alto y atlético, con un rostro muy germano y la mejilla atravesada por una cicatriz. Es el más silencioso y solitario de todos los obreros. Me preguntó si juego tenis. Negué con la cabeza. Me preguntó si quería jugar con él. No sabía qué responder. Le dije que sí, para no herirlo. Por primera vez lo veo esbozar una sonrisa. Y apareció su cara de niño. No sé por qué lo hizo, no somos amigos ni he jugado nunca en mi vida. Pero tengo que comprarme zapatillas y pantalón corto. Mañana iré al Centrum.

10

Malas noticias. Llega Siegmund y me llama a su oficina. Lo que es mucho decir, porque la verdad es que se trata de un boliche chico y piñufla. Un rincón envidriado al fondo del galpón. Me explica que no estoy trabajando bien. Que él no puede distraer un taladro conmigo porque esa máquina puede producir más de lo que yo rindo. Que tengo que elegir entre meterme a la jaula del empaque, donde está Eva, o la sección de transporte. Esos son los que empujan un carrito llevando las cajas de un lado a otro de la fábrica. Me da tiempo para que tome una decisión y le comunique. Me cagó. Las dos alternativas son pencas. Casi todos los que empujan carros tienen síndrome de Down o son retardados mentales. Yo preferiría eso, pero de alguna manera hiere mi orgullo. Puede que sea una pelotudez, pero es. Así lo siento. Creo que me voy a meter a la jaula. Pero estar con Eva al lado todo el día también es una complicación. Me calienta esa mina. Y desde que me obsesioné con que cada día se tira uno distinto y yo soy el Mittwoch, me muero de celos. Hiere mi orgullo también. Aunque igual seguimos con nuestras sesiones hipertérmicas cada miércoles. Cuando tenemos turno de tarde: de once y media de la noche a dos y media de la mañana. Y cuando tenemos turno de día: de dos y media a cinco y media de la tarde. Parece que pusiera a correr el cronómetro esta gringa. Tres horas por miércoles. Ni un minuto más, ni uno menos. Dale que suene. Me deja como estropajo. Mañana tengo que comunicarle mi decisión. A Siegmund, digo.

Buenas noticias. Hoy es miércoles. Vengo llegando de la casa de Eva. ¡Nos pegamos una sudada! Y ella es saladita. Le lamí desde el dedo gordo del pie hasta la frente. Tiene una champa preciosa, anaranjada, clarita. Y eso de que no se depile las axilas me excita más cada miércoles. Es como si tuviera una llamarada y dos llamitas. Un incendio y dos fogatas. Y a ella parece que le atrae mi pelaje pectoral que, aunque no es de gran frondosidad, es negro. A veces se restriega la cara contra mi pecho hasta quedar colorada de tanto darle y darle. Hoy me aguantó que la atacara por atrás, por la entrada de artistas. A lo Marlon Brando en *El último tango en París*. Un trozo de mantequilla y vamos dándole. Yo creo que fue su primera vez. Y eso me puso contento. Me diferencia de los otros seis días de la semana. Algo es algo.

Como me echó poco antes de las seis, pude tomar el tranvía de vuelta y en veinte minutos ya estoy echado en mi cama, me abrazo a la almohada y trato de dormir una siesta. Vivo el post coitum en

solitario. Pero pensando en ella. Ojalá sepa valorarlo. Aunque no dejo de pensar en la sorpresa que me llevé cuando fue al baño. Abrí los cajones de su mesa de noche, cautelosamente para que no me escuchara. El primero está lleno de papeles escritos a máquina y sobres fiscales usados, cuidadosamente abiertos por uno de sus bordes. En el segundo, bajo un paño color amarillo que apenas levanté, hay una docena de medallas deportivas sobre diplomas. En el de encima se lee FDJ. ¿No era que nunca perteneció a la FDJ? Eso me dijo Siegmund hace un par de semanas. ¿O yo le entendí mal? Eva jamás me ha hablado de su pasado ni de su familia. Nunca me ha hablado de nadie. Lo cerré inmediatamente y fui por el tercero: ¡un teléfono! ¿A quién se le ocurre guardar un teléfono adentro de un cajón? ¿Y en este país donde pocos logran tener uno? Me quedé pasmado. ¿Quién es esta mina? ¿Quién sabe quién es esta mina? Después me empecé a fijar en el resto de sus haberes: refrigerador west, televisor west, radio-despertador west. Capaz que de puro caliente me esté metiendo en un lío mayúsculo. ¿La tendrán cachada los Genossen o será una camarada encubierta? Se fue a la cresta mi siesta.

Los dos timbrazos cortos, característicos de Jesús, me sobresaltan. Parece que van a liberar a Lucho Corvalán. [es su saludo] La mitad del mundo está excitado porque van a contar con él para la campaña de solidaridad con Chile y la URSS va a tener alguien que le haga el peso al eurocomunismo y a Santiago Carrillo, que está tomando mucho vuelo. Y la otra mitad, porque van a liberar a Bukowski... ¡Un gran poeta...! ¡Ja! ¡Iletrados! Creen que es Charles Bukowski, que ese sí que vale la pena, pero ese es gringo. Aunque nació aquí, ha vivido feliz y borracho como una cuba en Estados Unidos. Escribiendo cochinadas, por supuesto. Sex? Well, just the old ones knock on my door after midnight. [dice el viejo, parece que citando al poeta gringo] Este otro es Vladimir, un escritorcillo menor, un escribano ruso que se hizo famoso por ser disidente, nada más. Si no le dan subsidio, se va a morir de hambre en Occidente. El viejo ya está sentado en el sofá con su vodka en la mano, mientras yo me echo un poco de agua en la cara para despabilarme. Algún valor tendrá para que lo tengan preso. [me atrevo-replico] Obvio. Si se asesina a la revolución, que es lo más difícil, también se puede encarcelar a la antirrevolución, que es lo más fácil. Acertijo marca Jesús. Lo deja colgando en el aire. Mecido por el viento del enigma. Yo no quiero dilucidarlo porque con toda seguridad es un sacrilegio. Vamos al Kaufhalle, estoy corto de provisiones. [dice]

De vuelta preparo un arroz graneado y un par de lomos gruesos que compramos, a la argentina. Abrimos una de Stierblut y nos sentamos a la mesa. El viejo come poco. La mitad de lo que le sirvo. Deja medio arroz y media carne. Si yo no le preparo algo, no come nada. Le

pregunto por la Brunhi. Me dice que a veces la va a ver al Alte Meister. Y se sonríe con cara de niño travieso. No ha llamado ni escrito. [agrega al poco rato, después de un largo silencio] Se pone mustio y prende otro Parliament.

Se aparece Nelson Hermosilla, un compañero quitado de bulla, medio tímido, al que hace un mes designaron encargado del CHAF en Dresden, después de aquella desastrosa reunión en la que debíamos elegir a alguien. La democrática elección terminó en dedocracia. Resultó movido el petiso. Cuenta que tiene un amigo músico que vive en París, que ha tocado y cantado con los Parra y otros próceres de la Nueva Canción Chilena. Que le escribió para que viniera a dar un recital aquí. Estaban de acuerdo. Nelson consiguió que los alemanes le pagaran el pasaje y una cantidad suficiente como para que se comprara una flauta traversa. El problema es que por mucho que le paguen en Deutsche Mark, al otro lado son billetes de Metrópoli. Pero la flauta traversa es buen negocio porque aquí son baratas y de muy buena calidad. Estaba todo listo. Fecha, lugar, delegación, bus que traía gente de Karl Marx Stadt y de Berlín. Buena organización la de Nelson. Le mandó a confirmar las fechas y le explicó que tenía que tomar el tren que viene directo de París a Dresden. ¡Gran fiasco! El amigo cantor le contestó que él no viaja más que en avión. El exilio dorado, que le llaman. Guagua que no llora no mama, y parece que artista que no exige (chilla) no agarra fama.

El petiso está acongojado. No halla qué decirle a los alemanes. ¿Cómo pedirles un pasaje en avión después de todo lo que han ofrecido y organizado? No se amargue, compañero. [dice el viejo] Ese amigo suyo es un ordinario. La gente ordinaria, la que trabaja, viaja en avión. Los caballeros tomamos el tren... porque tenemos tiempo. (Otra sentencia marca Jesús).

Hermosilla lo mira y no puede creerlo. Aristocracia revolucionaria. [le aclaro] Un par de minutos después saca el habla. O sea, ¿lo mando a la mierda? [dice con un hilillo de voz] Exactamente. Por roto, compañero. [rea-firma el viejo] Por roto, ¿me oyó? [insiste] El petiso lanza la única carcajada que le he escuchado. Y se manda un tercio de botella al cuerpo. Con eso, siendo tan chiquitito, queda como trapo, pero contento. ¡Cagó el recital! ¡Cagó el recital! ¡Cagó el recital! [repite una y otra vez] No, no es necesario, chico. [me aventuro] Habla con la Regina que canta como los dioses. Ni la Gloria Simonetti se la gana. Es chiquitita pero cumplidora. ¡Como las píldoras Ross! [explico] ¡Pero si es de aquí! [reclama Nelson] ¿Y qué? Si tu músico parisino viviera en Dresden, ¿no tocaría igual? No seas pendejo, Nelson. Lo importante es el recital y no quién cante. Habla con la Regina, que te haga una demostración. Pero de canto nomás, mira que el alemán con que anda mide como un metro ochenta y te puede

hacer papilla. [expreso-explico] Y defiendo mi posibilidad de volver a dormir cucharita con ella. ¿Y tú crees que los alemanes aceptarán el cambio? [duda nuestro encargado del CHAF] Por supuesto, le hablas a Cofré para que la acompañe con guitarra y se consiguen a alguien para el bombo. En diez minutos armas un conjunto de primera. Y los alemanes ¡hasta se ahorran plata! [insisto-arengo] Voy a hablar con ella, a ver si se atreve. [duda-asiente]

Son las diez de la noche. Ya la paz reina en todo el edificio. Estoy lavando loza y siento unos tímidos golpes en la puerta. Me temo saber quién es. Al abrirla veo a mi Regina haciéndose la lesa frente al ascensor. Se escabulle apresurada adentro de mi departamento. No quiero que me vean entrar aquí. [dice] Este Wohnung tiene muy mala fama. [agrega] Me saluda con un beso en la mejilla. Se sienta en el sofá en la posición del loto y abraza un cojín. Me siento a su lado. ¿Y el vodka? [pregunta] Me paro y voy a buscar la botella, un par de vasos y corto unos trocitos de queso y de Bierwurst. (Dicho y hecho. Ahora soy su psicoanalista. Fijo que viene a contarme de su pololeo con el medicucho alemán y va a terminar considerándome su mejor amiga. Cuando yo lo que haría sería tirármela. Máxima del Coque: o te la tiras a la primera, o te convierten en amiga). Comienza a sonar *El preso número nueve* cantado por la Joan Báez. Dejo las cosas sobre la mesa de centro y sirvo dos vasos. Me siento. ¿Me puedes explicar qué hago yo aquí? [pregunta] ¡Ella! Entschuldigen Sie bitte. [reacciono] Me sorprende. Supongo que te peleaste con tu forense alemán y vienes a contarme todo. Todo. Todo. Para que te apoye y compadezca. [respondo] No me peleé, pelotudo, está en Vietnam por dos meses. [me retruca con cara de enojo] Entonces, estás lateada y vienes a que te entretenga. [replico sin soltar la agresión] No me refiero a lo inmediato, pelucón de mente concreta y chata, ¿qué hago aquí en la RDA? [interroga de nuevo] Viviendo el exilio, como todos. [digo sin mucha convicción] ¡Pero si yo no tengo por qué estar aquí! Fue el Camacho el que tuvo que salir de Chile y me vine porque es mi marido. Era. Llegamos aquí, se empota con una alemana y yo me quedo colgando de la brocha. (Yo se que all*á* en el cielo el que juzga nos juzgar*á*, canta Joan Báez).Y trabajando en la Pentacon, por supuesto, para subsistir. [alega, apretando el cojín] Eso, entonces estás subsistiendo. [prosigo, y me mando un vodka al seco porque estoy muy mosqueado con esta conversación] Pero yo no quiero subsistir. Yo necesito «existir». [reclama] Abre los brazos y el cojín cae al suelo. Estás esperando a tu galeno alemán para seguir enamorándote de él, vivir juntos y tener muchos alemancitos dálmatas que serán pioneros con pañuelito rojo al cuello, y cuando uno les diga: Seit Bereit, ellos responderán: Immer Bereit. [sonrío gracioso, muy divertido] ¿Y mi vida? ¿Quién responde por mis inquietudes, mis deseos de realización,

mi desarrollo profesional? [continúa con su intento de ser terapeada] La RDA. [digo escueto] Ponte serio, Coque. [protesta] ¿Quieres escuchar la verdad, negrita? [amenazo] Sí, quiero. [dice, mirándome a los ojos y frunciendo el ceño] Estás aquí por una jugarreta del destino y no tienes otra alternativa que venirte a meter a escondidas a mi casa para tomarte un par de tragos y después irnos a acostar cucharita para sentir juntos el calorcito y el afecto del otro. Somos dos náufragos que estamos aferrados a un madero y esperando que alguien nos rescate. O que alguna idea dentro de nosotros madure y decidamos cambiar esta inercia por alguna opción más dinámica. [aclaro] Asiente y calla. Seguimos escuchando a Joan Báez y echándonos vodka para adentro. Tu recital fue un éxito, gran concurrencia de público y gran performance del trío que armaron con el Cofré y el Vera. Y ya te han invitado a Rostock para repetir el evento. ¿Qué más quieres? Estás aportando a la solidaridad, chiquita, te estás haciendo famosa y te van a conocer en toda la RDA, porque después de Rostock van a seguir invitándote. [la animo, trato de entusiasmarla] Es cierto. Pero no es suficiente. Yo canto pero no quiero ser cantante. [responde y prosigue sin darle importancia]: ¿En serio que puedo quedarme a dormir un rato contigo? [pregunta] No necesitas solicitarlo, negrita. Siempre eres bienvenida. [respondo] (Y escondo una pequeña esperanza de que si esto se repite una y otra vez antes del regreso del alemán, ella caerá como una pajarita en mis brazos abiertos, pidiendo a gritos que le dé su merecimiento). Se levanta y se va a mi dormitorio. Yo recojo los vasos y el plato vacío de los quesos. Doy vuelta el disco. Me voy a la pieza, saco mi pijama de debajo de la almohada y me voy al baño. Me ducho y me pongo el pijama. Me voy al dormitorio, le doy cuerda a los despertadores y me meto adentro de la cama. Ella está dándome la espalda. ¡Pero está desnuda! Me saco el pijama. Me acerco, me pego y quedo cucharita. Se me pone dura y la acomodo entre sus nalgas. La Regina se encorva un poco más, como dándome la bienvenida. Y siento su calor, su aroma, su piel, su necesidad y la mía. Espero un rato. No pasa nada. A lo lejos escucho los versos que canta Joan Báez y que siguió sonando impulsada por un aliento que no era el nuestro. *No, no, no nos moverán. / Como un árbol, firme junto a un río. / No nos moverán. / Unidos en la vida. / No nos moverán. / Unidos en la vida. / No nos moverán.*

Nos quedamos dormidos.

11

Tengo las cañuelas flacas, eso está más que claro. Lo supe ayer cuando me probé los shorts de tenis en el Centrum. Y lo sé ahora que estoy parado en la cancha y miro hacia abajo para controlar que mis pies no pisen la raya. Porque me toca sacar a mí. ¡No me veo las zapatillas! ¿O será que el modelito de pantalón adquirido es más ancho de lo reglamentario? (Se lo preguntaré a la Regina la próxima vez que aparezca por mi departamento. Aunque eso puede tardar porque llegó su doctorcito alemán. Ya me estaba acostumbrando a dormir piluchito con ella). El viejo nos cachó un día que estaba en la puerta esperando a que me despertara para pedirme suplementos etílicos. La vio salir a escondidas a las cuatro de la mañana. Si jeunesse savait, si vieillesse pouvait! [exclamó mientras se internaba hacia la cocina] Se fue directo al refrigerador y sacó una botella. Chacun prend son plaisir où il le trouve. [masculló para sí mismo] No he podido dormir en toda la noche. [agregó, hablándole al aire] ¿Te sientes mal, Jesús? [pregunté preocupado] Es la edad. Jeunesse qui veille et vieillesse qui dort, c'est signe de mort. Así es que si me desvelo, estoy sano. C'est tout. Merci. [concluyó y se marchó sin más] Había amanecido en francés el viejo. Se debió pasar la noche leyendo a Baudelaire. ¡Y Baudelaire lo desvela! ¡Se lo he repetido una y mil veces! Esa no era la primera vez que me asaltaba a esa hora. Lo hace siempre las semanas que tengo turno de mañana. Pero la Regina quedó histérica. A los poco minutos volvió golpeando la puerta con temor. ¿Irá a decir algo? La tranquilicé. Es una tumba. [le aseguré]

Vuelvo a la cancha. Aquí estoy yo con mis pantaloncitos cortos y anchos, mis calcetines blancos y mis zapatillas nuevas (como chiquillo en su primer día de colegio: todo nuevecito y limpito), parado sobre el cemento y con una raqueta en la mano. En medio de un parque, rodeado de árboles frondosos al otro lado de una reja de malla muy alta. Ludwig me ha dado un par de instrucciones mínimas. Tengo que estar bien parado en los dos pies para pegar, debo darle a la pelota unos centímetros delante mío, debo mover todo el cuerpo, no puedo mirarla, mi vista debe dirigirse al lugar donde quiero colocarla... ¡Un chiste! Ni siquiera sé dónde está y se supone que debo saber dónde la voy a poner. Él me observa desde el otro lado de la red. Con veinte pelotas en una bolsa que le cuelga en bandolera. Recién ahí me doy cuenta de que su intención no es jugar conmigo. Es enseñarme. Me empiezan a llegar las bolas. Y yo a contestarlas. Las primeras salen disparadas a cualquier parte. Las recogemos y las metemos en la bolsa

de nuevo. ¿Por qué estoy haciendo esto? [me pregunto] Soy chileno y allá hay una dictadura que está masacrando a mis compañeros. No hay tiempo para buscar una respuesta. Se acerca la primera bola de la segunda saca. Respondo. Cae dentro de la cancha. ¡Por primera vez! Ludwig le pega con su raqueta y me la manda al centro. La devuelvo. Y me llega de nuevo. Y de nuevo. Hasta que la mando afuera. Otra más. Lo mismo. ¡Estoy jugando tenis! ¡No puedo creerlo! Los ojos azules de Ludwig sonríen al otro lado de la red. Supongo que está devolviéndome mi propia sonrisa. Después de la tercera bolsa me propone jugar un partido. La lanza suave, siempre al centro, poniéndomela para que pueda responderla. Lleva la cuenta. Fünfzehn-null. Dreizehn-null. Vierzehn-null. Juego perdido. Y así nos vamos. Saco yo. No por arriba, sino que haciendo rebotar la pelota en el suelo primero y pegándole después (como chiquillita jugando pimpón). Null-Fünfzehn. Null-Dreizehn. Null-Vierzehn. Juego perdido. Un desastre. Pero Ludwig está feliz. Y yo también. Luego de una hora y media, paramos.

Nos sentamos en un banco del parque. Saca un par de Asco Cola y me pasa una. Me cuenta que fue campeón de Dresden y jugó en los campeonatos nacionales. Pero que no pudo seguir porque el tenis es solo para aficionados. Porque no es deporte olímpico no pudo ser profesional. (¡Te jodiste, Ludwig!) El Estado solo financia los deportes que son olímpicos. ¡Y es lo único que le gusta en el mundo! Me ofrece seguir jugando una vez a la semana. Yo acepto. Con toda ingenuidad me explica que quiere ser mi amigo. Y le respondo que también quiero ser su amigo. La comunicación no es muy fácil, pero nos entendemos. (Miro alrededor y no hay nadie. Solo un gran parque en el que se pierde la vista. Permanecemos en silencio. El alemán está triste. Yo también. Es el parque, me digo. Los parques son tristes). Al cabo de un rato me dice: Wörterbuch? Deutsch-Spanisch? Creo que me pregunta si tengo un diccionario. Le digo que sí. Nächste Freitag, mitbringen. De acuerdo, nächste Freitag, mitbringen. Le respondo, suponiendo que me pide que lo traiga el próximo viernes.

Llego a mi departamento y me encuentro con una nota que han tirado por debajo de la puerta. Es el viejo que quiere que le avise apenas llegue. Me ducho y cambio de ropa. Subo a su departamento. Está sentado en el living, arreglado para salir. Acompáñame a la óptica. Mis anteojos no me sirven. [dice] Tomamos el tranvía y nos vamos al centro. Caminamos hasta la Pragerstrasse. Entramos a la óptica y lo atiende una optometrista de unos cuarentaytantos años. Sus pechugas son magnánimas, como le gustan a Jesús. Le hace todas las pruebas habidas y por haber. (Ella a él, digo). El viejo está en su dicha. Nada le gusta más que tener una rubicunda tetona al frente y poniéndole atención a él. Le cuesta concentrarse porque se le van los

ojos. Coquetea, le habla en francés. Ella chapurrea algo de francés también, así es que se entienden. Supongo que quiere que lo deje solo para desplegar todos sus encantos. Salgo al paseo peatonal. El sol todavía ilumina el añoso edificio de la estación de trenes y el monumento a Lenin. A Vladimir Ilich Ulianov lo acompañan dos obreros, uno a cada lado. Las ropas al viento, como es debido. El trío en actitud de avanzar, de enfrentar el futuro con entusiasmo, seguridad, visión. Realismo socialista puro. Las malas lenguas dicen que los dos obreros lo cuidan para que no se fugue a la RFA. (Como Garrido y familia. Capaz que crucen a la Bahnhof y se vayan los tres). Saco mi cajetilla y enciendo mi Karo. Y veo pasar a la gente. Todos con su bolsa de compras hecha de género. Yo mantengo siempre la mía en el bolsillo posterior del pantalón. Uno nunca sabe cuándo la va a necesitar.

Las alemanas caminan a paso firme, con trancos largos, con decisión. (Como Lenin y sus guardaespaldas). No se vienen con chicas. (¡Ay, cómo me recuerdan a las panameñas! Cómo las extraño, las añoro, las sueño, las deseo, las veo mover sus presas al ritmo de tambores celestiales y sonidos guturales, al ritmo de siglos de sudor, de sexo y de besos. Qué diferencia con estas mujeres taconeando, machacando la vida. Mientras las de allá la bailan, la festejan, la gozan, la sudan para que uno pueda olerles cada milímetro). Muchas gringas se fijan en mí, pero no me engaño. Es por mi pelo y mi color de piel. Un par de ellas me sonríen. Esas sí que esperan algo. ¡Quién supiera hablar alemán! Les caería encima sin remilgos. Les recitaría a Benedetti, a Neruda, a Bécquer si es necesario, a Darío. Las hipnotizaría como una serpiente, las envolvería como una cobra y me las comería como una orca. Veo a Vásquez que viene caminando con un maletín en la mano. Se acerca a saludarme. ¿Cómo va esa universidad? [quiero saber] Viento en popa. [responde entusiasta] ¿Y ya agarraste gringa? [insisto, uniendo mis pensamientos previos] Nunca faltan, Coque, pero hay mucho que estudiar. Mientras menos distracciones, mejor. [dice con cara de intelectual sesentero] ¿No habrás hecho voto de castidad...? [dejo caer-pregunto] De castidad no. Pero de celibato sí. Nada que amarre, compañero. [responde] Nuestro único amor es la revolución, no se olvide. Venceremos. [le declaro] Venceremos. [me responde mientras se aleja sonriendo] (Tuvo suerte este chilenito. Estudiaba Ingeniería en la Universidad Técnica. Se le ocurrió sublevarse el 11 y se agarró a balazos con los milicos. Cuando vio que las fuerzas enemigas eran muy superiores, se metió dentro de un tambor vacío y esperó dos días antes de salir y apretar cueva. Cuando llegó acá explicó que estaba en cuarto año, pero quería entrar a estudiar y empezar en segundo. A los alemanes los sorprendió. Lo normal era que los que estaban en segundo inventaran que estaban en

cuarto para salir luego. Resultado: lo metieron a la Universidad Técnica de Dresden, a segundo año. Y se saltó la Pentacon el patudo. Merecido lo tiene).

¡Bárbara! [me dice el viejo por la espalda mientras estoy encendiendo otro cigarrillo] ¿Era buena? [pregunto] Un regalo de los dioses. Yo la conocía porque está en el Zwinger: es la Venus dormida, de Tiziano. Y se llama Bárbara. Mañana tengo que venir a buscar los anteojos. Ella misma me los va a entregar porque quiere probármelos personalmente. [explica] ¿No te querrá probar a ti, viejo? [lo tanteo] La vieillesse bien comprise est l'âge de l'espérance. [sentencia, y nos dirigimos al Ratskeller para saciar la sed y engañar con algo al estómago] En el camino pasamos a comprar un disco de Gisela May para regalarle a Pedro que está de cumpleaños. Y yo compro el *Du hast den Farbfilm vergessen, mein Michael,* de Nina Hagen. Que ya debe estar en el paraíso capitalista con su carita de niña mala y sus labios gruesos, con sus muecas coquetonas y sus piernas chuecas (¿las tendrá chuecas o las enchueca de adrede para hacerse la mosquita muerta, la cartuchona?). Se fue después que a Wolf Biermann, su padrastro, le negaron el regreso y se quedó en la RFA. Para regalárselo al Micha. El disco, digo. Para joderlo.

En medio del apretuje, el guatón Cárcamo se pasea por el living haciéndole salud a todo el mundo como si la Nancy hubiese parido al mismísimo Ernst Thälmann y la celebración fuera suya y no del cumpleañero. La Chabela está más bella que nunca y Pedro me cacha cuando la estoy auscultando. Se me acerca y me dice al oído: Se mira, pero no se toca, cabrón. ¿Dudas de mí? [respondo-protesto] No dudo, te conozco, Coque. [me advierte] Los dos reímos. (Ojalá se le pase lo idiota). Viene llegando Regina, ídolo de multitudes, cantora de la rebelión universal. Y de la mano con su alemán. Hacen un saludo colectivo y se van al balcón. El doctorcito se cree Dean Reed con la Claudia Cardinale. ¡Supiera el huevón...! Capaz que ni le importe. (Pero a mí sí. ¡Otelo! Me encarno en Ramón Vinay). Me como la mierda y me voy a conversar con Nelson Hermosilla. Me cuenta que las cosas están más tranquilas. Que llegó otra gente a Berlín, compañeros del interior, gente que sabe lo que está pasando allá. Otra mentalidad, camarada. Yo me entiendo con gente recién llegada, dirigentes que han estado presos, en la isla Dawson, en Tres o Cuatro Álamos, en la Quiriquina. Otra clase, gente que entiende lo que es la repre, la dictadura. Mi contacto es un caballero, un compañero que la ha sufrido como una bestia. Ya tenemos varios proyectos andando y en dos semanas vienen los Aparcoa. (Más sabe el viejo por diablo que por viejo, por algo lo predijo). Felicitaciones, Nelson, te estás tomando en serio tu cargo. [congratulo] Hay que hacer algo, Coque, la gente necesita más atención y sobre todo afecto. [dice-me exhorta] Cuando

alguna compañera necesite afecto, me avisas nomás. [me ofrezco a colaborar con su cruzada] Salta pa'l lao, il sorpasso. [me responde] No tiene la sutileza necesaria para comprender mi desprendimiento.

Regina deja a su alemán conversando con un grupo en el balcón y viene hacia mí. Me da un beso en la mejilla. Ni te pienses que te voy a devolver la llave de tu departamento, así que cuidadito con llevarte una mina, porque en cualquier momento puedo entrar y te armo un escándalo. [dice bajito] No seas fresca, negrita, eres como el perro del hortelano. Te apareces con tu doctor por aquí, tomadita de la mano como una quinceañera, y me vienes a amenazar. [reclamo] ¿Te dieron celos, Coque? [interroga coqueta] No, no me dieron celos. Me emputecí. [respondo] Es una pantalla para protegerte, mi amor. [dice con cara de que estamos discutiendo de política] ¡Cómo puedes ser tan fresca! Con él te revuelcas y a mí me dejas la cucharita nomás. Y además me amenazas. ¿Quieres que viva a punta de pajitas? [protesto] No seas hipócrita, Coque. ¿Tú crees que no sé de tu historia con la colorina que te tiras los miércoles? ¿Tú crees que no sé que le echaste un polvo a la Luisa cuando el Lucho estaba en el hospital? ¿Y las colaboraciones a la Martita que anda necesitada porque el Marcial está en Kleinmachnow? No vengas a hacerte el mosquita muerta conmigo, mira que las mujeres somos una fuente inagotable de información. [me advierte] ¿Acaso ignoras que te dicen eso para sacarte pica, para hacerte creer que ellas agarran lo que tú no quieres agarrar porque solo me prestas tus nalguitas para acunar mi pobre pollito? [me defiendo] Y es todo lo que vas a tener hasta que no te merezcas lo demás. [me amenaza] No abuses conmigo, negrita, soy un pobre exiliado de un país del Tercer Mundo que necesita de mucho afecto y cariño que tú podrías darle pero se lo niegas. [cambio el tono y el gesto] Devuélveme la llave si es que vas a andar exhibiéndote con ese teutón. [la recrimino] No pienso dártela, y ándate despacito por las piedras. Conmigo no se juega. Lo quieras o no, me perteneces, Coque. [me retruca, y se vuelve al balcón dejándome con un palmo de narices]

Voy a cambiar la chapa.

O quizás no.

El viejo está sentado en un sillón con un grupo de gente alrededor. Pero lo veo cansado y le fijo la vista esperando que me mire. Cuando sus ojos me encuentran, me hace un gesto de socorro. Me acerco a él y me uno al lote. Compañero, es tarde, lo acompaño a su departamento. [digo] Gracias, Coque, estoy un poco cansado, así que acepto su invitación. Nos despedimos de los dueños de casa y salimos a tomar el ascensor. ¡Qué sarta de sandeces habla la gente! [comenta] Estos no son los intelectuales a los que está acostumbrado. [aclaro] No es un asunto de intelectuales, es un problema del exilio. ¡No hay de qué

hablar! [refuta] Lo dejo en la puerta de su departamento y, aunque me invita a pasar, me voy al mío. Quiero dormir. Mañana es sábado.

Y quiero morirme de envidia, roer mi envidia, rumiar mi envidia, tragarme la envidia y soñar envidia toda la noche: a Pedro le mandaron de Chile una arpillera, de las de la Vicaría, grande, preciosamente bordada, y el cabrón la tiene colgada en la pared principal de su Wohnzimmer y yo quiero que se mueran todos para quedarme con la arpillera. Es todo cuanto tengo que decir. Guten Nacht!

12

Abro mi buzón a la entrada del edificio. Me han llegado tres cartas. Dos de mi madre y una de mi hermano. No se atreven a poner remitente. Les reconozco la letra. Abro la primera. Mi madre me cuenta que mi abuelo murió. Que le han hecho un hermoso funeral con carabineros formados y una banda de música. Que fue muy emocionante para ella. Que le hice falta. (Me imagino yo en el funeral y los uniformados rompiendo filas para tomarme preso. O cambiando las balas de salva por unas de guerra. Apuntándome a mí en vez de al aire. Eso sí que habría sido emocionante). Es absurdo que disparen al cielo. ¿A quién le apuntan? ¿Adónde van a parar esas balas? ¿Por qué no se disparan en el pie? Abro la segunda carta, también de ella. Es de fecha anterior y me cuenta que el abuelo está en el hospital con un coma hepático. Que los médicos no dan muchas esperanzas, pero la familia le reza todas las noches a Santa Gemita y le tiene hecha una manda. ¡Falló Santa Gemita! ¡Se la ganó el hígado del viejo Adán! La tercera es de mi hermano que estudia en Valdivia. Me cuenta lo mismo. Suena el timbre. Abro la puerta de mi departamento. ¿Cuándo vas a volver? [pregunta Pedro, pues no fui a trabajar porque estoy resfriado] Cuando a Pinochet le dé un coma hepático, ¡huevón! [respondo en voz demasiado alta y le cierro la puerta] Me cabrea este cabrón con su responsabilidad proletaria y su creencia de que el exilio también es parte de la revolución mundial. ¡Que se vaya a la cresta! Escucho tres golpes en la puerta. La vuelvo a abrir. Es Pedro que no se ha rendido. Fuiste muy grosero. [dice] (¿Querrá que le pida disculpas?). El grosero fuiste tú. Lo único que te importa es cuándo voy a volver a trabajar. ¿Por qué no me preguntas cómo me siento? ¿Cómo estoy? Pero no, lo importante es la batalla de la producción. Como si tú o yo fuéramos a hacer una diferencia. [respondo cabreado] Parece que no llegué en buen momento... [dice] No te quepa ni la menor duda. [asevero, y espero que haga el gesto de irse para cerrar la puerta a sus espaldas] (Un gran gesto por mi parte, porque debería habérsela plantado en las narices).

Voy al dormitorio y me tiendo en la cama. ¿Dónde queda Chile? ¿Quién es esta gente que me escribe y me trata con tanto cariño, como si me conocieran? Ha pasado mucha agua bajo los puentes del Mapocho y del Elba, querida familia. Ya no tengo claro quién soy ni de dónde vengo. Solo el día a día que se sucede a sí mismo. En su carta mi madre se alarga describiendo todos los sentimientos y emociones que yo habría tenido de haber estado presente. Miro el

techo. Nada. Miro la ventana. Solo el cielo azul. Miro la pared. Nada. El color amarillento, indefinido, del muro. Eso es todo. Quiero echarme un trago, pero no quiero moverme. Quiero fumar un cigarrillo, pero prefiero quedarme así. El viejo Adán murió en la gloria. Con su general Mendocita representando a su amado Cuerpo de Carabineros en la Junta Militar. Y representando toda la idiotez del mundo vestida de verde. Pobre huevón. Mendocita, digo. Mi abuelo Adán no. Quizás era un buen hombre, pero le cuadraron el mate. Y ya no está. No existe. Desapareció como por arte de magia. Su muerte no importa en medio de tantas muertes que tenemos pegadas a los ojos, siempre sonando en nuestros oídos, encarnadas en nuestra piel. Ahora somos con esas muertes a nuestras espaldas y en nuestras conciencias. En nuestros sueños. ¿A quién le importa la de un paco anciano y malhumorado? Mi madre dice que está en el cielo, cuidándonos. A la hora que me cuida a mí me caga. Mejor ni se acuerde. Si está realmente en alguna parte, se va a enterar de que su nieto universitario está de obrero. Se va a morir de nuevo. Eso está claro. Porque si le agregamos que de mano de obra no calificada pasé a obrero descalificado, se vuelve a morir nomás. [insisto-dormito] (A Mendocita le gusta el *Si vas para Chile* interpretado por el Orfeón de Carabineros. Lo veo sentadito con su señora en un sofá, esperando que la electrola comience a sonar. En el documental de Heynowski y Scheumann. Mi abuelo. Mi abuelo creía en el Cuerpo de Carabineros como en una religión. Adiós, Adán).

Suena el timbre. No es el viejo, porque ha sonado una sola vez. Puede ser Pedro de nuevo, o Nelson. La Regina hace días que está desaparecida. Y tiene llave. No he cambiado la chapa. Aunque a veces toca el timbre por si alguien la ve en el piso o frente a mi departamento. Como si en este colectillo no se conocieran y comentaran hasta los pensamientos de los otros, las buenas y malas intenciones, las ideas que a uno se le ocurren antes de que a uno se le ocurran. Abro y es Héctor, que viene de Berlín. Lo saludo con un gran abrazo. Hace tiempo que no lo veía. Nos sentamos en el living y le ofrezco un trago. Prefiere una bebida. Me jodió. Yo quería un trago. Me voy a la cocina, le sirvo un vaso grande y le pongo hielo. ¡Brillante idea! Me sirvo el mío con una bebida y le agrego un chorro generoso de vodka. Disimuladito. Me pregunta por mi vida. ¿Qué le puedo decir? Todo bien. Pasando el tiempo nomás. [respondo] El partido quiere que vayas a la Escuela de Cuadros, a Kleinmachnow. [así, sin analgésico ni anestesia] Tú eres un militante que viene desde la Jota, tenemos una alta valoración de tu compromiso político, eres de toda confianza y nos gustaría que nos acompañaras en la escuela, que mejoraras tu preparación teórica. [declama] Héctor, ¿es una orden de partido? [pregunto] No, no, en ningún caso. Yo diría más bien que es

un privilegio el que te están ofreciendo. [responde] Dile a los compañeros que les estoy sinceramente agradecido, que me siento honrado por la proposición, pero que en este momento no estoy en condiciones. Estoy tratando de estabilizarme, de dejar atrás lo que pasó en Chile, de recomponerme. De rearmarme. Y creo que aún no estoy preparado. Pero les solicito que para la próxima hornada me tengan presente. Denme un poco más de tiempo. [declaro. Así, sin laxante ni purgante] ¿Estás seguro, Coque? Porque los compañeros contaban contigo para este curso... [presiona] En serio, Tito. [le digo Tito para cambiar el tono de la conversación. De dirigente del partido a mi amigo de siempre] Tengo todavía muchas cosas que superar y quiero estar aquí tranquilo un tiempo. Agradécele a los compañeros. [insisto] Estamos informados de lo que te sucedió en Chile y de lo leal que fuiste, Coque. (¡Tremenda gracia! Salió en todos los diarios, intervino hasta el veedor de las Naciones Unidas, escribí un informe detallado al partido, entregué mi testimonio para prevenir a otros, di los nombres de los que conocía y estaban denunciando gente, poco menos que en Hollywood están haciendo una película y este saco de huevas me dice que está informado). Por eso pensamos que quizás la escuela podría ayudarte y te tendríamos más cerca, también. [porfía] En un tiempo más, Tito. ¿Quieres comer algo? [pregunto para cambiar de tema] No, no, gracias. Estoy bien. Supe que no estabas asistiendo a los trabajos voluntarios. [me descerraja] No, Héctor, me he impuesto otros trabajos voluntarios que me parecen más importantes. [me defiendo] Quizás sería bueno que te integraras, así podrías compartir más con los compañeros del colectivo... Quizás estás muy solo, Coque. [intenta] Mira, compañero, Tito querido, mi viejo amigo, no creas todo lo que oyes por ahí. Este departamento es la sede terapéutica del colectivo. Cualquiera que tiene problemas, lo primero que hace es venir aquí a desahogarse. Estoy incluso pensando en comenzar a cobrar y hacerme un pololito como psicólogo. [sonrío-se ríe] Tanto así, ¿ah? [se interroga] Tanto así, Héctor. Y lo del famoso trabajo voluntario, siempre me pareció un desatino de los compañeros del CHAF. Terminaron hace más de tres semanas, el jefe de la imprenta entregó dos máquinas de escribir en una ceremonia a la que asistieron los obreros alemanes y los zaparrastrosos barrenderos chilenos, tal como estaba estipulado. ¿Y? Ahí permanecen: envueltas en sus cajas y esperando que alguien las retire. El chico Nelson ha llamado varias veces ofreciendo mandarlas a Berlín, y le dicen que vendrán a buscarlas. Creo que es una buena oportunidad para que te las lleves ahora, porque está afectando negativamente el ánimo de los compañeros. [ataco] Aprovecho el momento y como por arte de magia hago desaparecer la Escuela de Cuadros. Las voy a llevar, lo voy a hacer sin falta. ¿Quién las tiene? [consulta] Pedro, él organizó todo el

asunto y las guarda en su casa. Si quieres lo llamo... [ofrezco] No, no te preo-cupes. Tengo que pasar por allá de todos modos porque quiero conversar con él. [aclara] ¿Te lo quieres llevar a Kleinmachnow? [pregunto] No responde. Ni lo intentes, porque destrozarías ese matrimonio en dos semanas. [advierto] ¿Tanto así...? [reacciona] Tanto así, Tito. Si ustedes creen que las actividades y directrices del CHAF pueden reemplazar la vida partidaria de los camaradas, están completamente equivocados. Nosotros, en la base, no nos confundimos. El partido es una cosa y el CHAF es otra. Y por parte del partido nos sentimos abandonados, y por parte del CHAF nos sentimos invadidos. Dale una vuelta a eso, convérsenlo antes de que haya más Garridos por estos lados y por otras ciudades. [le espeto] Me mira como si viniera recién cayendo del cielo y se enterara de la existencia del pecado.

Se pone de pie. Me explica que tiene que visitar a otros compañeros y que le ha dado mucho gusto verme. Igualmente. [digo] Tienes tu casa por estos lados. Cierro la puerta y me apoyo en ella. ¿Qué quería? ¿Mandarme a la Escuela de Cuadros? ¿O saber por qué no voy a los trabajos voluntarios? ¿A quién le importa una cosa o la otra? A mí me importa que Héctor, mi amigo, mi compadre, mi compañero de colegio (¡el Tito!), mi compañero de célula, me trate como a un desconocido, como a un militante a quien viene recién conociendo. Me importa que no sea franco y no me pregunte qué mierda siento al vivir la monotonía de esta vida, si extraño a mi Maruchi y si no ardo en deseos cada hora de cada día de irme a rasguñar cada centímetro del desierto hasta encontrarla, desenterrarla, lavarla entera, revivirla, curarla, cuidarla y abrazarla para que me libere de esta soledad, de esta desi-lusión y desesperanza, para irnos junto al mar a cumplir nuestros sueños. Me importa que al Tito no le importe. Que no le importe lo que pienso, lo que siento, lo que digo, lo que hago. ¡Huevón de mierda! ¡Milicos culiaos!

Vuelvo a la cama. Miro el techo, la ventana y el muro. Me quedo pegado y me duermo de nuevo. Despierto. Ha pasado una hora. Agarro una botella y subo la escalera de dos en dos escalones. Le toco el timbre al viejo. Lo extrañaba, compañero. [dice mientras abre la puerta] Está escuchando a Richard Strauss. Ya lo reconozco. Nos sentamos en silencio. La música me hace bien. No me dice nada de Héctor. Supongo que no lo ha venido a ver. Mala leche. Una visita de cortesía le habría venido bien a Jesús.

Coque, ¿sabes cómo se llaman los berlines aquí? ¿Y dónde venden los mejores? Lo miro con cara de interrogación. Es que tengo visita mañana. [aclara] ¿Quién? ¿Apareció la Brunhi? [me entusiasmo] No, compañero, se llama Bárbara y tiene debilidad por los berlines con mermelada. (¡Bárbara! La de la óptica, la de las pechugas

sobredimensionadas. Lo miro y lo admiro). No te preo-cupes, viejo, yo te averiguo y mañana vamos a comprarlos. [me mira desconfiado] Déjelo en mis manos, compañero. [lo tranquilizo] ¿A ella o a los berlines? [pregunta con cara de pícaro] Los berlines, compañero, los berlines. Usted la vio primero y la antigüedad constituye grado. [declaro] Así me gusta, Coque, de algo te sirvió la ascendencia carabinera. [me responde en tono de advertencia]

Salgo, cierro la puerta detrás de mí. Me surge una duda. Vuelvo. Toco el timbre. El viejo abre y se sorprende de verme tan pronto de vuelta. ¿Y? [interroga] ¿Me puede sacar de una duda, compañero? [pregunto a modo de introducción] solo en la medida de mis capacidades. [contesta burlón] ¿Cómo supo que le gustaban los berlines y no sabe cómo se llaman en alemán? [planteo mi dilema] Me muestra sus dientes con una sonrisa gozosa. Beignet, compañero. En francés se dice Beignet. [responde socarrón] ¿Y hasta de eso hablaron mientras le probaba los anteojos? [consulto incrédulo] Entre otras cosas... [me aclara mientras me cierra la puerta en las narices y escucho cómo se mata de la risa]

Bajo, llamo al Micha y le pregunto. Berliner o Berliner Pfannkuchen. Me informa el gringo. Vuelvo a subir y en la puerta le digo al viejo que debemos ir a una pastelería en un pueblito cercano llamado Gorbitz, a la Kesselsdorferstrasse. Nos ponemos de acuerdo para el día siguiente. Me despido y me voy a mi casa. A mirar el muro, Coque. A mirar el muro. Quizás me haya dolido en serio la muerte de mi abuelo. Quizás.

13

Entro a la pecera donde estoy trabajando ahora. Saludo a cada carcamal. Una de ellas, como lo hace todos los días, pone la mano junto a su oreja derecha, con la palma hacia arriba, y me dice: Heil! Al principio me emputecía. Ahora ya no. Le respondo de igual forma. Esta vieja debe haber trabajado en Ravensbrück. Me acerco a Eva y la saludo como si fuera una desconocida: Coque, sehr angenehm. Ella me da la mano y hace una reverencia. Hoy nos toca control de calidad. Eso significa que a cada chasis de cámara tenemos que medirle hoyo por hoyo e hilo por hilo. Siegmund organizó una cadena de producción y ahí vamos. La primera anciana saca el chasis de la caja y le revisa los cuatro hoyos de una dimensión, se lo pasa a la del lado que le revisa los hoyos más pequeños, esta a su vez se lo pasa a la del lado y revisa los hilos, después a mí y reviso hilos más gruesos, y yo se lo entrego a Eva que revisa los más finos y lo pone en la caja. Los que están dudosos se echan en una caja al medio y los definitivamente malos a otra y se van de vuelta a la fundición. No hay por donde perderse. Como es miércoles, me atrevo a tocarle la rodilla a Eva. Ella me responde con un rodillazo que casi me disloca la rótula. Mientras espero que el vejestorio me pase el próximo chasis, aventuro la mano izquierda por un muslo. De Eva, se supone. Me agarra por los dedos y me los aprieta como si fuera una pelota de goma. Ahí me quedo tranquilo, porque si me quiebra un hueso no puedo trabajar. Pero esta noche me desquito. Ahí te voy a apretar yo hasta reventarte entera, gringa retamboreada. ¡Tan compartimentalizada! Mina rara. Dicen que está fuera del sistema, que nunca perteneció a ninguna organización infantil ni juvenil, que es una contrarrevolucionaria, una inadaptada. ¿Y las medallas de la FDJ? ¿Y el teléfono? Todos los aparatos de la otra Alemania se los pueden haber traído parientes, o pueden haberle dado divisas para comprárselos en el Intershop, pero las medallitas no, y menos aún el teléfono. ¿Para qué lado chutea? Enigma por dilucidar.

Se escucha un ajetreo en el taller. Siegmund está junto a Pedro y le mira la mano. Revisa la máquina. Le ordena algo a Helmut. Todos miran en esa dirección. Yo no me puedo mover porque rompería la cadena. Ni la vieja de mi izquierda ni Eva hacen el menor ademán de ayudarme. Podrían asumir mi responsabilidad durante cinco minutos. No es para tanto, ¿no? Pedro se levanta y sale. Acompañado de Helmut. El gringo colipato debe estar en la gloria. Lo toma por el brazo para ayudarlo. Siegmund entra a la pecera para informarme que

mi compañero tomó mal una pieza adherida a la matriz y, al girarla, puso el dedo en un lugar equivocado. Resultado: se taladró el pulgar, en la base de la uña. En pocas palabras, se hizo un hoyo de lado a lado: atravesó uña, carne, hueso, carne, piel y chasis de máquina Praktica. Por suerte no se lo cortó, porque nos habría llegado para revisión. El dedo, digo. Y aprovecha de decirme que a las seis viene Micha porque necesita hablar conmigo. Ya me dejó nervioso este cabrón.

Ahora vuelven Pedro y Helmut. El gringo feliz porque es el informante oficial de todos los del taller. Mi compatriota luce un vendaje de Ratón Mickey. Ni que le hubieran inflado el dedo con un bombín. Llega a verme y me explica lo que aconteció. Compruebo que había entendido bien lo que dijo Siegmund. (Las viejas alegan porque hablamos castellano. Eso pasa habitualmente. Yo les replico siempre que ellas hablan alemán. ¡Estamos en Alemania! Me discuten. Les argumento que no es una lengua cristiana porque no proviene del latín. La gorda me alega que Jesús nunca habló latín, así que el latín no tiene nada que ver con la religión. Y así nos pasamos mañanas enteras, para entretenernos). Pedro dice que lo han mandado a la casa, pero que no le duele ni sangra. Que podría seguir trabajando, pero no está permitido. Tiene que irse. Para mí es igual, porque esta noche me voy con mi brasero alemán a meternos en una camita y a darle como caja.

A las seis en punto entra Micha. Se mete en la jaula con Siegmund. Esto lo hacen solo cuando mi jefe de Abteilung tiene algo muy importante que decir. No sé si es por lo de la traducción o por contar con un testigo y así cuidarse las espaldas. Me da igual. Yo escucho lo importante y lo accesorio con igual atención, porque creo que todo, al final, es relevante. Me llaman. Nos encerramos los tres en la jaula de Siegmund. Y empieza con rodeos, me pregunta cómo me siento en la sección, cómo está mi nuevo trabajo. Micha traduce. (Espero el momento en que me diga que tengo que limpiar los baños. Pero siguen las generalidades). Me cabreo y le digo que se deje de circunloquios. Que vaya al grano. Me explica que eso también es importante para él y todas las cabezas de pescado que se corresponden. No jodas, Siegmund. Para eso no has llamado a Micha. [y se lo digo en alemán para que quede claro que ese nivel de conversaciones podemos tenerlas sin problemas] Yo sigo pensando que me va a decir que incluso en la pecera no sirvo. Que mejor me vaya a barrer las calles. O me quede en la casa y me dan un subsidio de invalidez. Me preocupa mi orgullo, mi dignidad. ¿Cómo voy a quedar después de esto? [me pregunto] Me tendría que ir a Kleinmachnow para evitar el bochorno. Llamar a Héctor y decirle que lo he pensado mejor y que, como siempre, los compañeros están en lo correcto y mi deber y razón de

existir está en la Escuela de Cuadros. Cualquier salida es mala. Hoy, Pedro perdió la mitad de su jornada de trabajo porque se taladró un dedo y yo pierdo la mitad de la mitad de dignidad que me queda porque me mandan a recoger hojas en el parque. Siegmund, ¡suelta la papa! [digo con un tono algo más firme] Micha no entiende. Me pregunta qué quiero decir. Que diga de una vez por todas de qué se trata esta reunión. [reclamo] Nuestro encargado traduce. Siegmund la suelta. Se trata de Eva. Una sensación de alivio recorre todo mi cuerpo. ¿Eso era? ¿Y qué será Siegmund? Dienstag? Montag? Donnerstag? Porque hoy es Mittwoch, me toca a mí. Eso lo pienso. No lo digo. Mi jefe se larga con una perorata.

Micha, por suerte, no solo traduce, también resume. El problema es que Eva no es compañera militante, no perteneció a la FDJ, estuvo involucrada en un robo de un vestido en una tienda y debió cumplir con seis meses de servicios comunitarios. Ahí entendí lo que me decía al principio, eso de Ferbrejer. Era Verbrecher (¡Es que pronuncia mal este gringo! ¡Por eso no le entendía!). Pero llamarla delincuente me parece un tanto exagerado. Retomo. Siegmund considera que no es una persona recomendable para relacionarse conmigo y él está preocupado por esa amistad. A pesar de mis propias dudas y sospechas sobre Eva, monto en cólera y ahí mismo lo paro. Querido Siegmund, tú eres mi jefe de sección en esta fábrica. No eres ni mi confesor, ni mi director espiritual, ni el secretario político de mi célula, ni miembro del control de cuadros de mi partido, ni mi tutor, ni mi protector, ni mi ángel de la guarda, ni mi padre, ni mi madre. ¿Me puedes explicar a qué se debe esta preocupación tuya? ¿Qué mierda te has creído? [y me dirijo a Micha] Por favor, sin resumir ni suavizar lo que estoy diciendo. Tradúcele tal cual. Micha, supongo, lo hace. Intercambian frases que no me traducen. Los interrumpo. Achtung. Achtung. [los detengo] Antes de irme quiero agregar algo. Los dos me miran expectantes. Mira, Siegmund. Tú tienes una mala opinión de Eva, y eso te está afectando en tus decisiones de jefe y estás perjudicándola, porque te cierras a cualquier posibilidad de que Eva se reincorpore al sistema. La tienes metida en esa pecera con un montón de viejas nazis, cuando ella es capaz de manejar cualquiera de las máquinas que tienes aquí. Si cometió una falta y la juzgaron y ya hizo seis meses de servicios comunitarios, ¡ya pagó! Tú quieres que siga pagando toda su vida, y que si tiene ganas de meterse a la cama conmigo no pueda hacerlo. ¿Qué te pasa? ¿Tienes celos? ¿Quieres meterte tú a la cama con ella? ¿Quién eres tú para considerar que los seis meses que le dio la ley y un juez no fueron suficientes? ¿Quién mierda eres tú para ser juez supremo? ¿Para seguir castigando lo que la sociedad ya castigó? Te voy a dar un consejo que, al mismo tiempo, es una advertencia: no te metas con mi vida y preocúpate de tu propia actitud, de tus

prejuicios. ¡No estás siendo un buen militante! ¡Piénsalo! Espero a que la traducción de Micha termine. Cuando Siegmund va a comenzar con su rosario de disculpas me levanto, le doy la mano a cada uno y vuelvo a mi lugar en la cadena de control de calidad. Eva ve mi cara que debe estar roja como un pimentón y me hace una seña como preguntando cómo me fue. Le respondo con un gesto afirmativo y tranquilizador. Todo esto ha retrasado al grupo, así que me aplico en hacerlo rápido. Micha y Siegmund siguen conversando una media hora más. Siegmund sale. Viene hacia acá. Le dice a Eva que vaya a su oficina. Se sienta a mi lado y la reemplaza en su trabajo. No cruzamos palabra. Desde mi puesto veo a Eva hablando con Micha. Mejor dicho, a Micha hablando. ¿Qué? No tengo idea. Estará tratando de adoctrinarla. O de explicarle lo que es un chilenische Patriot. O si le queda algún día libre de la semana. ¡Sepa Trotsky!

Termina el turno. ¡Por fin! (Quedé tiritón después de la discusión con Siegmund. Y él ha tratado de ser simpático mientras reemplaza a Eva, a mi lado. Pero yo le rehúyo. Ya dije lo que me tenía atorado). Nos vamos a los vestidores. Me meto a la ducha y enfrío el agua. Me tenso debajo del chorro, me encojo y luego me relajo y la disfruto. Me visto y salgo a juntarme con mi obrerita pelirroja. Me está esperando apoyada en el muro frente al portón. Le propongo que se vaya conmigo a mi departamento. No sé por qué acepta. Las anteriores oportunidades en que se lo he propuesto lo ha rechazado de plano. Ella sabe que tendrá que quedarse a dormir conmigo. Debe suponer que fue un día difícil, que me fue mal en la reunión. Subimos al tranvía y percibo un calorcito rico a su lado. Quizás sea porque ella siente lástima por mí. O quizás me quiere un poquito.

El problema es la Regina... ¡Que se cague la Regina! Y si llega, la echo a patadas. Hace por lo menos tres semanas que no aparece. Más problema sería encontrármela metida en la cama... Eso podría ser un inconveniente mayor... ¡O una agradable experiencia! Ménage à trois. El sueño del pibe.

Abro la puerta del departamento. Creo que no hay nadie adentro. Un alivio. Eva entra como un celaje. Aunque el espacio es pequeño, ella se desplaza en cámara lenta y moviendo sus brazos como si hiciera danzar trajes vaporosos, como actriz norteamericana de un musical de los años cincuenta. Encuentra que todo es entre sehr schön y wunderschön. Yo me voy a la cocina y saco una botella de ron que me regaló un poeta y cineasta cubano que pasó por estos lados dando recitales (Octavio algo se llama, vino al Festival de Cine de Leipzig) y me traía saludos de compañeros asilados por esas tierras. Siento el chorro de agua de la tina llenándose. Sirvo un par de vasos con hielo y limón para luego agregarle el licor, unos brazos desnudos me rodean el cuello y labios traviesos me besan la espalda. Me afano en preparar

un picadillo con trozos de cecinas, queso, pickles. En chileno: una pichanga. Me doy vuelta y veo sobre el sofá a la maja desnuda en versión pelirroja. Me inclino para dejar los vasos sobre la mesita de centro y la visión goyesca ha desaparecido. Voy a la cocina a buscar la botella porque imagino que este recorrido por los cincuenta metros cuadrados de mi departamento va a durar horas, y cuando vuelvo, un culito hermoso, rosado, con una raja perfecta que termina en flecos rojizos, impide la visión del tocadiscos. Me siento en el sofá del living y dejo de escuchar el ruido del agua de la tina. Es reemplazado por Georges Brassens. Pestañeo y oigo en mi oído que Eva me dice que yo soy el hombre rico que ella estuvo esperando toda su vida. Vuelvo a pestañear y siento el chapoteo en el baño. En ese momento de paz me doy cuenta de la diferencia abismal entre mi pequeño departamento y el mínimo garaje reacondicionado de Eva. Capaz que no me la saque más de aquí. O que mi departamento logre vencer a Donnerstag y a Montag. Y a todos los demás. (Pero la imagen inusual de un teléfono dentro del cajón de la mesa de noche entra galopando y perturbando mis pensamientos. Ahora se agrega la prolongada reunión con Micha. En estos últimos días he tratado de encontrar nuevas pistas. Le hablo de política. De la BRD. De armas. De cualquier cosa que me parece podría encender una lucecita. Y nada. Nada de nada. La siguiente semana que fui a su casa volví a revisar. Y todo había desaparecido. En los tres cajones solo había cosméticos, cartas personales y en el último... un par de zapatos. O sea, me pilló que los había registrado. ¿Cómo? ¡Solo Fidel sabe!). Mis cavilaciones del sofá son interrumpidas por una mujer bella y mojada y feliz que se me lanza encima con la ligereza de un lobo marino y me besa por todas partes, ante lo cual decido desvestirme. Comienzo a desabotonar mi camisa.

Dos toques de timbre. Eva salta de encima mío y se va a abrir la puerta. La verité nue, c'est la beauté mème. Mademoiselle, vous est plus belle que Marianne. Eva llega corriendo a preguntarme qué ha dicho. Le traduzco a duras penas. Ella se sonríe y se acerca a Jesús para besarle ambas mejillas y coronarlo con un beso en los labios. Desaparece para introducirse nuevamente en la bañera. Jesús, ruborizado, se sienta en un sillón. Veo que estás ocupado. Bajé porque escuché ruidos. [se disculpa] La ocupada es ella. [aclaro] Lucho Corvalán llegó a Moscú. [me informa] Bien por él. [reacciono] El viejo se toma de un viaje el trago que le había servido a Eva y se despide. Pero como viejo libidinoso, no puede dejar de ver una vez más un cuerpo bien torneado y una cara bonita. Se va al baño a despedirse de Eva. Eva salta de la tina y lo besa en ambas mejillas. Sacaste terminación nomás, viejo. Esta vez no te tocó el premio gordo de un beso en los labios. [digo, y sonrío mientras observo divertido su traje empapado] Compañero, el gordo se lo ha sacado usted y lo disfrutará

en breves momentos. Este anciano se va a soñar, nada más. Esta es una mujer huracán. Tenga cuidado, lo envuelven a uno y lo dejan mareado de por vida. [me explica mientras da un par de pasos de baile. Parece que hoy todos han decidido bailar en mi departamento] Laissez voir la melancolie, d'un avenir d'esperances... [se va cantando y bailando la canción de Brassens que se escucha en este momento]

14

Luego de mucho pensarlo decidí unirme a todo el colectillo para viajar a Berlín al acto de bienvenida a Lucho Corvalán. Tomamos el tren. Prácticamente llenamos un carro. Familias completas, banderas, cocaví y ánimo desbordante de los camaradas comunistas, un poco menos de los socialistas, ánimos fluctuantes de los mapucistas, dependiendo de si son Gazmuri o Garretón. Jesús está emputecido. Me dice que deberíamos haber viajado anoche. O en primera clase. Ahora, intempestivamente, se para y se va por el pasillo hacia adelante. Yo lo sigo. Se instala en el coche Mitropa y pide un vodka. Cuando me ve llegar se adelanta y pide otro para mí. Se supone que debemos ser la vanguardia y no la masa. [dice] Y nos quedamos deambulando y tomando por ahí hasta que llegamos a Berlín. Aquí no tenemos más remedio que volver a unirnos a la murga. El viejo va impecable en su traje oscuro con delgadas líneas blancas, de botones cruzados, una corbata roja Comité Central y su sombrero Borsalino gris de ala ancha. Si lo ve Elliot Ness le manda una ráfaga y lo deja como un colador.

Nos subimos al SBahn. Y en un acto repulsivo, todo el coche se pone a cantar canciones del Quilapayún, del Inti o de Víctor Jara. ¡Engels me libre! ¡Soy peruano! ¡Soy rumano! ¡Soy apátrida! Pero, por favor, no me hagan sentir parte de este rebaño. Jesús me mira. Se cala el sombrero. Siendo tú un hijo de la honorable clase casi media chilena, ¿de dónde sacaste estas ínfulas de aristócrata? [pregunta] Porque en ti se justifican... [replico con sorna] Por supuesto. Pura sangre azul por todos lados. Pero tú, ¿dónde aprendiste a arriscar la nariz? [vuelve a la carga con un desdén tan exagerado, que me hace gracia] Mire, compañero, esto no se trata de una actitud arribista ni aristocratizante. Simplemente sufro de un desorden psicológico conocido como fobia social. [respondo] Mire, compañero. [dice tratando de remedarme], eso que usted llama fobia social es tan linajudo como la gota, y ninguno de los dos le vienen. Lo que constituiría en su caso un cuadro típico de pura, simple y chilena siutiquería o, mejor clasificado, arribismo. [y se raja riendo]

Llegamos a nuestro destino y todos se abalanzan sobre el andén y corren hacia algún lugar que muy pocos saben dónde se encuentra. El viejo y yo nos retrasamos para no ser llevados por el gentío. Caminamos a moderada distancia de los últimos para no perdernos. Llegamos por fin a un local decorado con todo tipo de letreros, lienzos, consignas, carteles de bienvenida y banderotas, banderolas, banderas y banderitas chilenas y de los diferentes partidos de la UP.

Entramos. El acto mismo está comenzando. La multitud no nos deja avanzar. Quedamos detrás de una columna y de cientos y miles de espaldas que nos impiden ver el escenario. Solo escuchamos. Jesús está molesto. Claramente no le agrada la situación.

Loas van, loas vienen. [pienso] Pero en Chile, en este momento hay alguien que está muriendo o está siendo torturado para morir en pocas horas o para denunciar a otro que tendrá que morir. [pienso] Y nosotros celebrando a alguien que nos dijo que había que luchar hasta el fin, sin titubeos. ¡No pasarán! ¡No al fascismo! ¡El pueblo sabrá defenderse! Pero nunca tomó una pistola ni nos organizó como debió hacerlo, nunca contó con un contingente armado frente al cual dirigir la defensa de nuestra mayor conquista: el gobierno de la UP. [pienso] El partido, hay que ser muy francos, no estaba preparado para defender al gobierno de Allende, ni lo estábamos para defendernos nosotros mismos. Ese fue el gran error, compañeros, haber ganado, haber ganado con el pueblo, con un programa, con una conciencia, y no haber sido capaces de defender lo que nosotros habíamos conquistado y teníamos todo el derecho de blindar. Don Lucho, usted nunca se preocupó de crear las condiciones para detener a las fuerzas reaccionarias ni vivió la experiencia de detener las balas oligarcas y burguesas con el propio pecho. Nunca se dio a sí mismo la posibilidad ni creó las condiciones para morir de pie. Me cuesta entenderlo. Por eso comprendo tan bien a Allende y me importa una raja la diferencia entre que lo hayan matado o se haya suicidado. Pero él sí tenía claro que su papel era morir. Porque, señores y señoras, esta es una obra de teatro, donde las reglas de la dramaturgia deben cumplirse o no funciona. Y una tragedia debe ser respetada. Como la respetó Allende. Porque sabía que para que naciera un mito tenía que morir un héroe. ¡Lo dijo el viejo hace unos meses! Pero los demás, los demás no pertenecemos ni al coro. Somos público simple y llano, transitorio, intercambiable, anónimo, desechable. La obra continúa y continuará aunque no estemos. Porque hay muchos que sí murieron creyendo que las palabras dichas eran promesas verdaderas. ¡Recórcholis! Éramos muchos quienes lo creímos a pie juntillas. Titubear era revisionista. Dudar era reaccionario. Desconfiar era burgués. Esconderse era antirrevolucionario. ¿Se acuerda?

Algún grupo de ponchos, guitarras, quenas y bombos comienza a cantar «el pueblo unido jamás será vencido». (Como nosotros fuimos vencidos, deduzco que no estábamos unidos). Y luego siguen con el «no nos moverán». (Como estamos en la RDA, deduzco que de aquí no nos saca nadie. Ni a palos).

El viejo me mira, como adivinando mis pensamientos, y me hace una seña. Asiento. Salimos. Nos vamos a la Alexanderplatz y nos fumamos un par de cigarrillos. Me dio sed. [digo] A mí también. [me

confirma] Conozco una posada en la que podemos guarecernos, compañero. [agrega] Enfilamos hacia su picada. A la parte vieja de la ciudad, la más atractiva y romántica. Caminamos por sus calles grises y, si uno mantiene silencio, todavía se siente el retumbar de las marchas de la Wehrmacht o los SS golpeando con fuerza sobre los adoquines. Veo batallones nazis con banderas y taconeando. Ocupando la calle, arrogantes, erguidos, amenazantes. Me siento judío con una estrella marcada en mi capote. Es mi imaginación, ya sé. Pero está aquí. En Dresden no me pasa nada parecido. Entramos a un Gaststäte de borrachos. Para no andar con eufemismos, digo. No hay para qué pedir trago porque el alcohol se huele. Quince minutos sentado a una mesa y uno sale bamboleándose. Porfiados nosotros, el olor no nos basta, algo tiene que atravesar el guargüero. Solicitamos nuestro vodka y nos sentamos a conversar de lo humano y lo divino. (Una culpa negra me atraviesa el alma. ¿Cómo pude llegar a tener esos pensamientos ante toda esa gente y el compañero Corvalán? ¿Cómo pude dudar de las intenciones de nuestros dirigentes? Ellos también pusieron su vida en peligro. Muchos de ellos fueron torturados, fusilados, muertos y no sepultados. Muchos de ellos están desaparecidos y lo más probable es que nunca reaparezcan. Al fin de cuentas, Corvalán tuvo la misma suerte mía: libré con vida. Más allá de lo que hayamos pasado cada uno, libramos con vida. Y así fue la cosa después del 11. A algunos les tocó y a otros no. El juego de la bicoca, al que le toca le toca). ¿No quiere llamar a alguno de sus amigos palogruesos de estos confines? [pregunto] De respuesta recibo un gruñido. Claro, todos deben estar en el acto de bienvenida. ¡Qué estúpido soy! Cambiamos de tema. Pero la idea del teléfono le quedó dando vueltas.

El viejo se para y se dirige a la cabina que está junto a la caja. No han pasado tres minutos y vuelve. Termina el trago y nos vamos. [dice] Pero él se sirve dos dobles más. De repente salta. Es hora de emplumarla. [ordena] (Yo no estoy para discusiones ni averiguaciones. Estoy en Chile, reviviendo, viviendo, imaginando, pensando, soñando, llorando, lamentando, añorando, y todos los sentimentalismos gerúndicos de un exiliado de cuarta que no tiene luces para ver que está atravesado y atado a los rieles del camino que le queda por recorrer). Me cuesta llevarle el tranco al viejo, que avanza como impulsado por un resorte. ¿A quién vamos a ver? Todos los chilenos están en el acto que debe continuar por varias horas. ¿Con quién hablaste, viejo? [pregunto]

No se oye padre. Sigue caminando. Dos cuadras más allá se gira para esperarme. Le seul moyen de se débarrasser d'une tentation, c'est d'y céder. [parece ser su repuesta a mi última pregunta] Retoma el tranco largo y sigue avanzando con decisión. Llevamos catorce o

quince cuadras. Si continuamos a esta velocidad nos vamos a morir en el intento. Jesús se detiene ante un edificio antiguo de ladrillos, en una calle de pocos árboles, donde los Wartburg y los Trabant llenan un costado de la calzada. Yo jadeo y el viejo se concentra. Como si lo hubieran traído en carricoche. Tengo que dejar el pucho. Baja el dedo por el listado junto a los timbres, hasta que da con el apellido que busca. Aprieta el botón y veinte segundos después se siente el tirón a la lienza que abre la mampara. ¡Vamos! [ordena] Comenzamos a subir escaleras. En el cuarto piso, bajo el vano de la puerta abierta de par en par, con un vestido rosado casi carmesí, con el pelo crespo por haberse sacado recién los bigudíes, pero no haber tenido tiempo de peinarse, con una sonrisa de oreja a oreja y los brazos en cruz esperando para abrazar a quien se le ponga por delante, está Brunhi gritando: Yesú, Yesú, Yesú. El viejo se acerca y parece desaparecer entre sus carnes y sus besos. De pronto me ve, desecha a Yesú y me estruja gritando: Koki, Koki, Koki. Nos hace pasar. Recorremos un pasillo que se ensancha en una sala amplia. Un señor deja el *Deutsche Zeitung* a un lado y se para de un sillón para saludarnos. Brunhi nos lo presenta como Godfried, su marido. Estrechamos su mano con formalidad y nos sentamos en los asientos que nos ofrecen. Y Brunhi comienza a hablar en alemán con su marido. Él asiente, a veces sonríe, entorna los ojos, otra vez sonríe, se pone de pie y va a una pequeña alacena, saca unas copitas y sirve una suerte de murtado, nos dice que él lo prepara, hace chin chin a nuestros vasitos, lo tomamos de un viaje, y sigue escuchando a Brunhi que no ha dejado de hablar. Por lo que logro entender, le está contando que somos sus amigos chilenos y que vivimos en Dresden. Que fue en nuestra casa donde estuvo de visita hace algún tiempo. Que somos héroes de la resistencia a Pinochet. Yo sé que no es mucho, pero de algo me sirve saber de qué va la cosa. El marido asiente casi permanentemente. Parece tener Parkinson, pero no tiene. Es una manera de adelantar el instante en que su esposa tendrá que callarse. Pero no lo logra. Al fin. Intentan dialogar con nosotros. No es tarea fácil. Ella no se detiene. Insiste. Trae diccionario. No es suficiente. Esto es una lata. [pienso] Llevamos dos horas aquí. El viejo considera que hemos tomado suficiente alcohol con azúcar, guindao o lo que quiera que sea, se para y nos preparamos para retirarnos. La despedida es calurosa, afectuosa, regalada con una botella del bendito licor para cada uno y un Wiedersehen, Sie sind immer willkommen del marido. Brunhi hace ademán de bajar las escaleras con nosotros. Me adelanto para dejarlos solos. Ya en la calle comenzamos a caminar y Brunhi sigue tratando de comunicarse con Yesú.

Damos vuelta a la esquina y la gringa lo acorrala contra una pared y lo ahoga en besos. Termina con el viejo y se viene a despedir de mí.

Saco el pañuelo de mi bolsillo posterior y le empiezo a sacar el lápiz labial que tiene repartido por toda la cara. Ella ríe y mueve las caderas. Por fin me da un sonoro beso en los labios y nos vamos. Quedémonos aquí en Berlín. [propone Jesús] ¿Nos vamos en el tren de la mañana? [entre que pregunto y asiento a la propuesta] Un poco más tarde. Pasamos a ver a *Andrómeda* y después nos vamos. Así nos evitamos el pandemonio de ese colectillo en manada. [redunda] Y *Andrómeda,* ¿sería...? [consulto] Un Rubens que está aquí en el museo. [me informa como la cosa más sabida del mundo] Porque no tenemos tiempo para ir al Museo del Prado, ¿no? Allá están *Las tres Gracias.* [dice socarrón, sabiendo que me apabulla] Enfilamos hacia el Interhotel. Pide una habitación, pero con dos camas separadas, que quede claro que no somos maricones. [me ordena Jesús] Pídela tú, viejo. Ahí hay un letrero que dice On parle Français. No, no, no. Sería peor. Si creen que somos franceses, nadie les quita de la cabeza que somos maricones. [explica y concuerdo] Hago el trámite con un recepcionista que si hubiera pensado que éramos una pareja nos habría dado un upgrade a la suite presidencial (¿o se dirá suite secretario general en este paraíso del socialismo real?). Una vez registrados e instalados salimos a comprar una botella de vodka que nos permita pasar el dulzor del guindao.

Andrómeda es una mujer de exuberantes formas y sorprendente belleza. Digna de toda admiración. Incluso a mí me produjo algunos vértigos. Aufregend!

Estamos en la Bahnhof. Faltan siete minutos para el mediodía. En cuatro más sale el tren. Subamos. [le indico al viejo] Un momento. [dice y mira hacia el edificio de la estación] Y, ¡recórcholis!, aparece Brunhi con un maletín de mano, toda en celeste y calipso, haciendo señas ostentosas. Llegando a Dresden vamos a tener que ir al Kaufhalle. [digo] Podrías ir tú mientras ayudo a Bru-nhi a acomodarse. [responde el viejo con cara de pillo] Ya me calzó. No hay problema. [concedo] Voy a aprovechar de comprar unos berlines para mi casa. [insinúo] Ni lo pienses, ¡traidor! [dice entre dientes, en los instantes previos a ser succionado por la masa que se le viene encima, como si fuera una modelo de Rubens, como si él fuera un cisne] Y toda la estación se convierte en un gran salón de exposiciones en el que el público gira en torno a este nuevo descubrimiento artístico: una escultura del propio Rubens, tridimensional y ¡viva!, que en cámara lenta consuma todo lo que la pintura original solo insinúa.

Mi pregunta es: ¿en qué momento este viejo vivaracho se puso de acuerdo con Brunhi? ¿Y en qué idioma?

Chapeau!

15

Despierto. Son las ocho y media. Las sábanas están empapadas y yo transpiro como caballo galopeado. Me duele cada hueso y cada músculo del cuerpo. Me pongo el termómetro y se dispara a casi 39 grados. Me quedo quieto mirando el techo. ¿Qué puede ser esto?, me pregunto. Comienzo a sentir unos retortijones de estómago. Continúan. Salto y corro al baño. Apenas me siento en el escusado se produce una explosión y estalla una cagadera de padre y señor mío. Parece que he botado toda la comida del último mes. Sentado allí comienzo a sudar frío. Siento que me va venir una fatiga. El baño se oscurece.

Abro los ojos. No sé dónde estoy. Mi mejilla izquierda está fría y me duele el hombro del mismo lado. Mi mano palpa algo viscoso. La levanto para mirarla. Es sangre. Pero no me siento con fuerzas para moverme. Vuelvo a cerrar los ojos. Trato de recordar pero me es imposible. Siento voces que conversan a mi alrededor, unas dicen que voy a hablar, otras dicen que hay que apretar, una voz conocida dice que me saquen las uñas de la otra mano, otro responde que ya lo hicieron, siento olor a mierda por todas partes, no puedo respirar, me ahogo y trago mierda, alguien me habla al oído: solo dinos lo que queremos saber. [dice] Y te vas a tu casa. [agrega] Brocas de hielo penetran en mis bolas y mis axilas, suelto los músculos porque sé que vienen de nuevo, una puerta se abre y se cierra con un golpe que retumba dentro de mi cabeza y todo vuelve a ser negro. Negro y silencio. Mi cuerpo no me pertenece. Lo siento lejos. Lo adivino colgando de un palo mientras mi espalda recibe los golpes de un bastón y alguien me clava dos terminales eléctricos, uno en cada testículo. Ahora siento mi cara mofletuda, sangrante y sudorosa. Del porte de un melón. Vomito. Vomito nada porque mi estómago está vacío. Y vuelve el negro entorno a hundirme en el infierno, en el balde con mi propia mierda y quizás de cuántos más. Vuelvo a sentir dolor y trato de abrir los ojos para ver si hay algo que reconozca. Solo consigo ver el líquido rojizo, oscuro y brillante. Más allá, unas baldosas color blanco invierno. Una voz que da una orden: ¡Llévenselo y tráiganmelo en la tarde de nuevo! El vano de una puerta. El piso cambia de textura lentamente y se convierte en una suerte de plástico verdoso. ¡Mi departamento! ¡Es Dresden! ¿Qué ha sucedido? Me levanto a duras penas. Me afirmo en el lavatorio hasta que logro incorporarme por completo. Tengo los pantalones del pijama abajo. Me miro en el espejo y veo mi cara totalmente cubierta de sangre. Echo a correr el

agua de la ducha, me desnudo y me meto adentro. Del pelo y la cara me cae un líquido rojizo que resbala por mi cuerpo y se pierde en el desa-guadero. Mis dedos tratan de encontrar la herida. Me reviso toda la cabeza. Por fin doy con ella. Tengo un tajo en la frente. Parece. Salgo de la tina y me miro en el espejo. Debe tener más de diez centímetros de largo, está abierta y sigue manando sangre. Me pongo una toalla y la presiono con mi mano. Miro el escusado y está asqueroso. Tiro la cadena. Tomo otra toalla y limpio la sangre del piso mezclada con mierda y vómito. La echo a la tina. Vuelvo a mirarme al espejo. Se ha detenido la hemorragia de la frente. Pero, de a poco, al estar descubierta, comienza a fluir sangre de nuevo. Saco otra toalla y la sustituyo por la anterior. Ya me siento más fuerte. Me voy al dormitorio y me visto con una sola mano y con la misma ropa que me saqué anoche. Salgo del departamento y bajo al primer piso, donde está el Centro de Salud. Me anmeldeo con la recepcionista y me ordena que espere. Me siento. No pasan dos minutos y una enfermera (con facha de enfermera alemana de película gringa) me hace entrar a una sala de exámenes. Aparece una doctora de bata blanca y estetoscopio colgando del cuello. (Debe tener unos treinta. La manguera del artilugio pasa por el medio de un par de pechos de exposición. Su delantal transparenta la ropa interior. ¡Y yo en estas condiciones!). En mi media lengua le explico que tengo fiebre y diarrea, que me caí en el baño y que ella es la doctora más atractiva de toda Sajonia. Solo sus ojos se sonríen. Me ordena recostarme en la camilla y se aplica en mirar mi herida. Con una gasa me esparce un líquido que arde, pero tengo que hacerme el macho, presiona ambos costados y les coloca unas tiras de tela emplástica para mantenerlos juntos. Sale, da una serie de órdenes que no comprendo. Vuelve y me coloca el aparato que mide la presión. Mi codo se instala apretando su vulva, aunque parece no darse cuenta. Seguro que no se da cuenta, está concentrada haciendo su trabajo. Con una mano me sostiene el brazo mientras la otra infla la banda que rodea mi brazo. Se me empieza a poner dura. Parece que me la estuvieran inflando también. Le da vueltas al perno y la banda se desinfla, pero mi aparato continúa erguido. Cuando ve que le voy a decir algo, saca un termómetro de un vaso con un líquido verde y me lo planta en la boca. Sin desplazarse, se gira, me levanta la camisa y comienza a palparme el estómago. Mi brazo comienza a sudar y la erección continúa. Y ella va bajando cada vez más y acercándose. Es obvio que ya se ha dado cuenta de que la tengo como la Torre de Pisa. Chueca pero erguida. Me aprieta el estómago por un lado y otro. Me dan ganas de cagar, y me entra el pánico de estallar ahí mismo. Ante mi preocupación y la necesidad de apretar el culo, mi asta de bandera se rinde y cae derribada como un moái. Ella me mira y ahora sí que se sonríe con toda la cara. No se

preocupe, parece que no se está muriendo. [dice] Me saca el termómetro de la boca, me pega un pequeño empellón púbico en el codo y se aleja a llenar mi ficha. O sea, se había dado cuenta y se estaba haciendo la lesa. Tiene un culito bien armado y bonitas piernas que terminan metiendo los pies en unos zuecos blancos. Llama a la enfermera y le da otra sarta de instrucciones, y luego se vuelve hacia mí y me dice una sarta de cosas que no entiendo. Logro rescatar el nicht rauchen y el kommen Sie zurück. O sea, no fumar y volver. Lo primero no me gusta nada y lo segundo me dice que el porrazo puede que haya valido la pena. Se va. En su bata blanca está escrito Frau Dr. Margaret Keller.

La enfermera me toma del brazo, me ayuda a levantarme y me guía con afectuosa autoridad a través de la sala de espera, el pasillo, la entrada, la vereda y me sube a una ambulancia que está estacionada esperándome. Sube conmigo y me ordena que me tienda en la camilla. Me amarra una correa a la cintura y partimos. Rumbo a un hospital. Calculo.

De vuelta paso por el departamento de Pedro. Le explico brevemente lo sucedido, que me llevaron al hospital para coserme la herida de la frente, y le describo a la Margaret Keller para hacerle funcionar sus glándulas salivales y su indignación partidaria ante mi obsesión sexual. Le entrego mi licencia para que se la haga llegar a Siegmund. Me voy con la bolsita de remedios a mi casa, me desvisto y me echo en la cama. He dejado la puerta entornada porque así, si viene Jesús, no tengo que levantarme a abrirle. No pasan ni dos minutos y tengo que partir corriendo al baño. Pero esta vez todo es más mesurado. No hay explosión ni porrazo. Me miro al espejo. Un parche blanco de doce por seis centímetros parece un unicornio aplastado contra mi frente. Vuelvo a la horizontal. Me duermo.

Cuando abro los ojos veo al viejo sentado en el silloncito de mi dormitorio con su vaso de vodka en una mano y un pucho en la otra. ¿Le extirparon el cuerno, compañero? ¿Quién te lo puso? ¿La rojiza o la morenaza? [pregunta con tono sarcástico] Las dos, viejo. Como en este país no existe la propiedad privada, las minas se alzaron y no aceptan los convenios de exclusividad. Respondo. ¿Necesita algo, compañero? ¿Le puedo ser útil? [me consulta mientras aplasta el cigarrillo en el cenicero y se toma el último sorbo de vodka] Sí, me puede llenar este vaso de agua, y regáleme un pucho, por favor. Eso sería todo. [solicito] Cuando vuelve me cuenta que la Nancy, que está en su Haushaltstag, se enteró, vino a verme y aprovechó para hacer un completo aseo del baño y lavar la loza que estaba sucia. ¡Esa es mujer! El viejo Jesús levanta el puño y sentencia que la lucha continúa. Volveré más tarde a rellenarle el vaso. Ahora tengo que salir a comprar berlines. [dice socarronamente, lanza la cajetilla de

cigarrillos sobre mi velador y abandona]

Me termino el Parliament con gusto a nada, le echo al agua un polvo blanco que me dio la doctora, revuelvo con el dedo y me tomo todo el vaso. Tengo necesidad de llorar. Pero antes de lograrlo me quedo dormido.

Llega la Chabela. Tiene el ceño adusto. Quiere saberlo todo. Inquiere detalles, pero en tono menor, con la esperanza de que mi historia le alegre el día nublado. Te intoxicaste. [concluye] Silencio, porque mi relato no ha logrado que le salga el sol. Ni que se asome, tan siquiera. ¿Quieres comer algo? [pregunta-ofrece] Le explico que solo estoy tomando agua con esos polvitos que me dio la doctora. Se levanta, viene a mi velador, toma el vaso, se va a la cocina para enjuagarlo y traerlo lleno. Se ha echado unos kilitos encima, sobre todo en las caderas. No sé si es eso o el hecho de haberse cortado el pelo, pero la verdad es que le apareció una redondez como culminación de una espalda pequeña, un culillo que no corresponde a su rostro de belleza inmaculada. Le quita poesía pero le agrega lujuria. Aunque camina sin ánimo, sin coquetería. Me deja el vaso al alcance y se vuelve a sentar. Cruza las piernas con un gesto que denota que no se va a mover durante un rato. Miro el cielo gris a través de la ventana, tratando de borrarme esa nueva visión pecaminosa de la cabeza. Por aquello de la lealtad con Pedro. [pienso] Nos miramos en silencio. No está seria. Está melancólica. Tiene sus dos manos tomadas y sobre su falda. Eso marca sus muslos y me inquieta. Yo creo que Pedro se empotó. [lanza, como si no hubiera nadie en el cuarto] Pero como yo estoy aquí, supongo que lo dijo para mí. Con su nuevo estilo, mi amor, es totalmente comprensible. [respondo y logro un remedo de sonrisa] ¡Ojalá fuera conmigo, Coque! Ojalá... Pero yo creo que encontró a alguien. [dice con desánimo] Lo dudo, no me ha comentado nada. [digo rápido, para tratar de borrar sospechas] El lunes pedí mi Haushalttag y a ustedes esta semana les toca el turno de la tarde. Pedro se sorprendió y no estaba contento. Más bien se puso nervioso. Y como a las diez de la mañana salió y me dijo que iría al centro. Volvió a almorzar y estaba distante. Cuando se fueron a la Pentacon me puse a buscar entre sus cosas. [un par de lágrimas se desprenden y corren por sus mejillas. Traga saliva] Y encontré un cuaderno donde está escribiendo poesía. ¡Desde que salimos de Chile que no ha escrito nada, Coque! [me informa] Pero eso son suposiciones, Chabelita. A lo mejor realmente fue al centro el lunes, y eso de escribir poesía es una enfermedad nacional que nos ataca también en el exilio. Mira tú a Neruda... [intento] No, Coque, te estoy hablando en serio. Son poesías de amor y no son para mí. [replica] A mí ya me las escribió hace tiempo. [remacha afligida y bajando el volumen hacia el final] ¡Qué tal este Pedro! Se lo tenía calladito y

haciéndose el santurrón pelotudo, el cartucho. [pienso] El problema es que no le puedo comentar nada a ese maricón porque echaría al agua a la Chabela. Ella va al baño y está segura de que no me levantaré, así que deja la puerta abierta. Y la escucho orinar como vertiendo una miel delgada, trémula, argentina, obstinada... para usar palabras del mismo Neruda. Después se suena ruidosamente, pero no me acuerdo de ningún poema que hable de eso. Vuelve con un metro de papel higiénico que va enrollando y lo guarda en la manga de su chaleco. Y esta aventura lleva rato ya, porque las poesías hablan del invierno, de la nieve, de los bosques. Este maricón ha usado los cambios de turno para tirarse a otra mina. ¡Hijo de puta! [exclama, escondiendo la congoja detrás de la ira]

Dos timbres cortos. Jesús en persona viene a salvarme. La Chabela se seca las lágrimas, se arregla el vestido y parte a abrir la puerta. Junto con él entran Nelson, Micha y la Nancy. Se aparecen por mi dormitorio y alguien más golpea la puerta. Se armó la fiesta. [pienso] Y la Chabela me mira con cara de no haber alcanzado a decir todo lo que necesitaba. Y yo le respondo con cara de cuando quieras, huachita.

Micha quiere saber todos los detalles de mi enfermedad, de mi accidente, de la atención en el consultorio del primer piso, del hospital, si me trajeron en ambulancia, qué remedios me dieron. Cuando termino mi informe se queda tranquilo. La Nancy se da una vuelta por el departamento revisando que todo esté en orden y limpio. Me quiero casar contigo. [digo] Ay, tonto, si estoy casada con el Cárcamo. [responde] No importa, yo no soy celoso. [le coqueteo] Pero él sí que es celoso y te mata. [advierte] Entonces cuando enviudes. [digo] Entonces sí, pero tienes que hacerte cargo de Camilito también. [concluye] Por ti, Nancy, lo que quieras. [digo sonriendo] Eres un puto. [me regaña y se va contorneándose] Coque, hay algo que debo contagte, algo insólito. [dice Micha] Tenemos nuevos inquilinos. [adelanta Nelson y recibe una severa mirada de Micha] Hoy ha llegado una familia nueva de un compañego Quintanilla, de Quiquique. [me explica] I-qui-que. [corrige Nelson] I-qui-que. [repite Micha] Eso es nogte. ¿Desiegto? [afirma-pregunta. Y yo asiento] Tienen tgues hijos vagones. [informa Micha] De trece, once y siete. [aclara Nelson y recibe una nueva mirada de reproche por parte del alemán] Y yo pgegunto al más pequenio si le gusta Alemania, que es tan distinta y tan bella con sus bosques. Y él dice que no gusta. Eso llamó mi atención, Coque, pogque pensaba que la gente del desiegto debía gustag de los bosques. Y pgegunto por qué no gustagle. El niño pensó un gato y me dice: Pogque los agboles no me dejan veg. [termina su cuento Micha, y me mira esperando una respuesta] Parece un diálogo de Brecht. [digo] Genau. Genau. [concluye Micha] (¿Qué

tiene que ver Brecht con ese diálogo? Probablemente nada. Pero este mundo valoriza la estupidez cuando es dicha con seguridad, con desplante, con donaire. ¡Parece un diálogo de Brecht! Y yo no sabría distinguir una línea de Brecht de una de Sergio Vodanovic. Pero he quedado como un hombre muy culto. ¡Benaiga, hijito!, diría mi abuela, la buena). Después de un corto silencio, Micha sentencia: ¡Es un poema de Brecht!

Jesús mostró hace algunos días un par de billetes de cien dólares. ¡Estos son para hacerlos tira en el Intershop! [dijo en medio de la sala y se los volvió a meter en el bolsillo]

Pero hoy llega enarbolándolos nuevamente. Al Intershop, al Intershop. [repite como si fuera uno de los acarreadores de las Matadero-Palma] ¡Eva! ¡Eva! No agarres papa, por favor. Mándalo a freír monos, dile que después vamos, que nos espere un par de horitas, por favor, acuérdate que íbamos a dormir siesta, acurrucaditos, cucharita, apretaditos los dos, mi manito sobre una pechuguita tuya, mi cara entre tu pelo y tu olor a mujer invadiendo el dormitorio entero. ¡Eva! ¡Eva! [suplico para mis adentros]

Pretensiones inútiles. Nadie puede contra la posibilidad de salir de compras. Y menos si se trata de mercadería importada. Aquí vamos. En tranvía al Intershop. Jesús y mi gringa sentaditos juntos y yo al frente. Solo. Ajeno a la conversación que no deja de tener su cuota de surrealismo: Jesús habla en francés y Eva responde en castellano. ¿Castellano? ¡Síííií! Ya habla bastante. Hace un par de meses contrató una profesora de castellano. (La historia de la profesora... ¡Esa sí que es historia! A los cinco años, con motivo de la Guerra Civil española y como una manera de salvar y formar a la futura generación, fue embarcada junto a su hermana y otros cientos de niños en un buque soviético y llegó al puerto de Leningrado, donde todos fueron acogidos por la Madre Patria. [la ideológica, digo] Sus padres, militantes del PC, permanecieron luchando. Volvió a verlos recién, casi cuarenta años después. No quiere hablar del hecho, no quiere hablar del reencuentro. Ni siquiera sé si hubo, si los halló, si se reconocieron, si ellos se acordaban. Capaz que nadie le haya recriminado nada a nadie. ¿Qué se saca después de tantos años? Es la vida, es la historia, y los niños son los sobrantes, ¡y los que más sufren en cualquier conflicto! Bueno, hace años la profesora se casó con un DDR-Bürger y patatín patatán).

Retomo. Eva en clases de castellano. ¿Cuál es el problema? Muy sencillo: ya habla mejor que yo el alemán. Debo ser tarado. Me hacen una seña, debemos bajar. Lo agradezco. Aquí voy, de atrasito. Entramos al Intershop. ¡Recórcholis! ¡Desde calugas hasta refrigeradores! You name it! En teniendo divisas, usted puede comprar lo que quiera. Menos minas. Esas son gratis en este paraíso socialista.

El viejo recorre los pasillos sirviéndole de guía a Eva. Se conoce la tienda de memoria. Debe recibir alguna jubilación o algún arriendo desde Chile, porque claramente no es primera vez que viene. ¡Tiene sus divisas este vejete cochino! Eva representa en estos instantes a Alicia en el país de las maravillas. Los ojos no le caben en la cara y la cara no cabe por los pasillos. ¡Kim Il Sung me libre! Pongo cara de sobrado y miro a la distancia. Eva no sabe qué comprar. Todo lo que toma lo vuelve a dejar en su sitio. El viejo la estimula a que compre. Vuelven a hacer el recorrido completo y Jesús se detiene en los tragos. Saca una botella de whiskey y cuatro cartones de Parliament. Le conversa a la gringa. Discuten. Jesús insiste. Eva protesta. Él toma una caja de chocolates. Ella la cambia por una barra más pequeña. ¿Cómo es posible? Tienen todas las maravillas del capitalismo ante sus ojos y no saben qué elegir. [intervengo] El problema es que es todo o nada. [dice Eva] En este caso, y dadas las circunstancias, la nada se representa por la barra de chocolate, la botella de whiskey y los Parliament. A último minuto logro introducir un cartón de Roth-Händle (el mejor cigarrillo conocido por estos bronquios. Y aunque estoy tratando de dejar de fumar, estos me los voy a inhalar con devoción, fruición, desesperación, conmoción, adoración e insaciación. ¡Eso es!).

16

Aún no amanece. Frente a nosotros el edificio soviético de diez pisos y ciento cincuenta metros de largo con sus ventanas uniformadas y sus balcones embutidos y alternados. El símbolo de la modernidad habitacional de esta Alemania orgullosa que se considera el país socialista más avanzado. A nuestras espaldas, el edificio de estuco gris de cinco pisos y treinta o cuarenta metros de largo, con balcones sobresalientes, tamaño más humano y un carácter más acogedor, construido inmediatamente antes de la guerra. Todos los chilenos que vivimos al frente quisiéramos vivir en este otro edificio. Y todos los alemanes que viven en este quisieran dar el salto al neue Wohnung. Aquí y cualquier parte del mundo las rosas son más bellas en el jardín del vecino. Pedro y yo estamos en el paradero. Nos atrasamos y perdimos el tranvía. Vamos a llegar tarde. Me resisto a encender un cigarrillo, porque si empiezo a fumar tan temprano me consumo más de una cajetilla al día. Y hoy juego tenis con Ludwig. Peor todavía. Pedro me dice que tiene un problema. ¡Recórcholis! Aquí se me viene el cuento de la musa que lo está inspirando y recibiendo sus destellos poéticos. Para eso son los amigos, soy todo oídos. [lo estimulo] Me pega una mirada extrañada, parece que mi entusiasmo por escuchar su historia fue muy evidente. A pesar de esa supuesta sospecha, continúa. En el taller se me acercaron Theo y el viejo Günther. [dice, y me jodió la copucha] No tiene nada que ver con la minita, ni las poesías ni los bosques nevados. Querían conversar conmigo confidencialmente. [continúa] Tienen problemas con mi comportamiento laboral porque consideran que estoy quebrando las reglas del juego. [explica] ¿En qué sentido? [pregunto] Porque estoy haciendo entre cuarenta y sesenta por ciento más que la norma, y eso los afecta negativamente a ellos. Me explicaron que si hay que hacer sesenta piezas en una hora y yo hago cien, lo que va a suceder es que subirán la norma. En vez de sesenta va a ser de ochenta. [dice] Y, por lo tanto, ellos van a tener que trabajar al ritmo tuyo... [deduzco] Exactamente. Y pueden empezar a revisar todas las normas. [continúa] Mira, chilenische Patriot, me dijo Günther, te puedes pasar hasta en un veinte por ciento y te van a dar un bono de producción por esa cantidad, pero si te vas a cuarenta o cincuenta cambian la norma hasta que no puedas sacar un bono de más del veinte por ciento. Como los miraba con cara de pregunta, Theo me dijo que yo iba a estar aquí un par de años, pero él tiene que seguir más de treinta. Y al ritmo tuyo no voy a llegar ni a los quince años. Alles klar? Me preguntó Günther. Alles klar! Les

respondí. Y me cagaron. [concluye] ¿Por qué te cagaron? [interrogo] Porque me cuesta trabajar más lento. [responde] Trabaja media hora y sal a fumarte un pucho. [propongo] Llega el tranvía. Nos subimos al segundo carro, marcamos los boletos y nos sentamos al fondo. Así quedamos más cerca de la entrada de la fábrica al llegar. Pero si yo no fumo. [protesta Pedro, continuando con la conversación del paradero] Aprende, yo te enseño. [ofrezco] No seas huevón. [reacciona] Ándate a la jaula de Siegmund y aprovecha que te enseñe alemán. [y se queda pensando]

Efectivamente, llegamos tarde. Nuestro jefe está en la puerta de la sección y cuando nos ve aparecer mira su reloj y lo golpea con un dedo. Drei Minuten! Pero eso no es llegar tarde... [protesto en español] Entramos apresurados y me meto en la pecera con mis viejas. Mi Eva no está. La busco con la mirada en el taller y la veo frente a un taladro. Cuando se da cuenta de que estoy ahí, me sonríe con una cara de satisfacción que no se la puede. Le devuelvo la sonrisa. El gringo acusó recibo de lo que le dije hace unos días. Le piqué el amor propio. Pero no se lo contaré a ella. No sería bueno. Cerca de Eva está Pedro, más tranquilo, trabajando sin mirar el reloj, más relajado y haciendo tiempo entre pieza y pieza.

Suena el timbre para la pausa del almuerzo. Eva se levanta y viene hacia mí con cara de contenta, me abraza y me besa. Hace pública nuestra relación. Me avergüenzo. Miro en rededor. Todos observan y sonríen. ¿Por qué? ¿Ya lo sabían? ¿Están confirmando lo que era vox pópuli o se sorprenden? ¿Alguno será el Montag o el Donnerstag? Pero hoy no es Mittwoch, mi pelirroja está saltándose todas las reglas que ella misma impuso. No tengo otra alternativa. Le devuelvo su beso. Y la abrazo también. Te regalo las viejas del control de calidad. [me susurra al oído] Claro, ahora yo me quedo solo. Pero no me importa. Yo me lo busqué. Sale corriendo y saltando, baja las escaleras de tres en tres escalones y desaparece.

Me apeo del tranvía y entro a la oficina del Deutsche Post. Estoy haciendo tiempo. Quiero ver gente viviendo una vida común y silvestre. (Debería haber seguido hasta el centro, pero ya no lo hice). Algunos ancianos sacan las cartas de sus casillas. Varias personas hacen una fila para comprar estampillas. Otra fila espera con su cartoncito de Lotto para pagar. Tomo uno de los que están sobre el mesón y comienzo a llenar los cuadrados correspondientes a algunos números. Me voy a jugar mi suerte, puedo ganar hasta un millón de Deutsche Mark. ¿Qué tal? Eso se llama paradoja. ¡Chilenische Patriot, millonario en billetes de Metrópoli! Comería todos los días frutillas con crema y me compraría un Volga con chofer. (El trabajador nunca debe perder su conciencia de clase, porque eso mantiene la cohesión del proletariado. Pero ningún proletario debe perder la esperanza de

ser millonario y mandar a la mierda a quien le dé la gana. Creo que Brezhnev lo dijo). ¡Si alguien me escucha, me castra! ¡Muera la parapsicología! Llego al edificio y reviso mi casilla de correo. Encuentro un papel del conserje. Voy a su departamento, toco el timbre y espero. Aparece Peter. Koki! Ich habe etwas für dich. Warte mal. Vuelve con un pequeño paquete y me lo entrega. Viene de Chile, no trae remitente. Mientras subo las escaleras lo voy abriendo. Son dos libros: *Muertes y maravillas,* de Jorge Teillier, y *Marilyn Monroe que estás en el cielo,* de Alfonso Alcalde. Voy a la cocina y me apero de vodka y cenicero. Me siento en el living a leer. ¡Por fin algo en castellano! Y leo con avidez, con ansias. Puede ser el partido de tenis que jugamos con Ludwig, la emoción de recibir algo de Chile, el nerviosismo que me produjo Eva cuando hizo pública nuestra relación. No sé. Solo sé que leo, bebo y fumo. Teillier me estremece, me emociona y me inquieta. Me inspira. Y voy a buscar un cuaderno y un lápiz. Me siento frente a la mesa del comedor. Y quiero escribir y escribir. Necesito escribir. Por primera vez en mi vida quiero escribir poesía. Miro la ventana y el cielo. Ese cielo no me pertenece. Ni yo le pertenezco. No hemos nacido el uno para el otro. No nos reconocemos. Ni el cielo ni la ventana son míos. Ni lo que existe bajo ese cielo ni lo que hay tras esa ventana. Ach du meine Güte! Scheisse!

le temo al invierno / a los bancos vacíos de los parques / al color blanco, a los árboles pétreos / al frío que me recorre / y tensa / como la cuerda que sostiene al mundo

*

en el reposo / son para ti / mis manos // pero recuerda que / son olas crecientes / y un día / reventarán / en las costas de mi patria

*

es cierto / aquí no me esperaba nadie // me clavan los ojos / sin saber que de allá / y de aquí / soy un fugitivo

*

lástima amada / recién hoy he comprendido / que nuestros senderos / solo se cruzan / que nuestros ríos / no mezclarán sus aguas // recién hoy / que tú estás aquí / y yo tan lejos

*

cada uno de mis dedos / fue fabricado por viejos / artesanos locos / de un pueblo medieval // diez artesanos / labraron / para tu cuerpo / mis dedos

*

tú y yo no haremos / jamás / el mismo camino // porque tú tienes / albergue en todas las posadas // y yo / en cambio / no puedo detenerme / quiero pasar las noches / en las carretas de los que huyen / o cabalgando / junto a los que avanzan

*

yo estoy todos los días / regresando // y cada minuto / esperando partir

Cierro el cuaderno y lo guardo. Más bien lo escondo. Otro día los revisaré para entender qué dicen. Pero me puse triste. Quisiera no haberlos escrito. Voy a la cocina y abro otra botella de vodka. Escucho una llave que se introduce en la cerradura. ¡La Regina! Apuro el trago y me sirvo otro. Claro que es ella. ¡Quién más! Está bonita esta negra, con su vestido con florcitas y su pelo crespo. Potranquita chilena, corralera, de pura cepa. ¡Vaya, vaya! Y yo que pensé que habías perdido la llave. [digo a modo de saludo] Lo que pasa es que una no sabe cuándo venir y cuándo no, porque hay una gringa desabrida, cabeza de incendio, que se pasea por este edificio noche por medio. [reclama] No exageres, negrita. Viene los miércoles nomás. [replico] Te dije que no trajeras a nadie. Porque me muero de celos. [insiste] Y yo te dije que eras como el perro del hortelano. [respondo mientras le sirvo un vaso y ella pone la *Cantata Santa María*] Voy hasta el tocadiscos y lo cambio por uno de la Gisela May. ¿Por qué me lo cambias? [reclama] Negrita, ejante lo deprimidos que estamos todos aquí quieres nutrirnos de más dolores. y tristezas... [respondo] Miro el vaso en su mano y está vacío. Voy a buscar la botella y se lo vuelvo a llenar. ¿Qué te trae por estos lados? ¿Te peleaste con tu doctorcito? [pregunto] Sí. [responde] ¿Qué pasó? [insisto] No tiene corazón... [dice y deja colgando la última sílaba. Yo espero a que siga hablando porque me late que va a seguir] A él le gustan las moneditas de oro, las que tintinean todo el tiempo. Quiere una mujer feliz y satisfecha que lo espere todos los días con una sonrisa y no tenga otras intenciones ni preocupaciones que alegrarle la vida. ¡Puaf! Que se consiga un payaso. [concluye] O sea, no vas a tener los hijitos dálmatas que te pronostiqué. [afirmo-pregunto] No seas huevón, Coque. [y se vuelve a llenar el vaso] Nunca pensé en tener hijos con él. Nunca se me ha pasado por la cabeza tener hijos aquí. Ni en ninguna otra parte que no sea Chile. Cuando estos hijos de puta de los milicos nos dejen tranquilos. [y toma un trago] No se te vaya a pasar el cuarto de hora... [le respondo] Al que no se le va a pasar el cuarto de hora es a ti, que andas con esa alemancita que te tiene turulato y en cualquier momento te sale con un domingo siete, te hace un

germanito crespo y rayado como cebra y te deja clavado de por vida, corazón. [contesta picada] Negrita, es un divertimento de los miércoles. Y lo hago solo para tratar de olvidarte. [intento, para ver si le saco una sonrisa] Los miércoles, los miércoles. Me da risa eso de los miércoles y los sábados... [dice como para sí misma] ¿Qué pasa los miércoles y los sábados? [la interrogo] ¡Como si no supieras! [ríe] Por algo te pregunto. [replico] Se ríe a carcajadas. ¿No sabes que las alemanas se duchan los miércoles y los sábados porque son los días en que tiran? Es una costumbre o una ley. No sé bien. [explica] ¿Cómo? ¿Y los otros días se van por el aro? [quiero saber] Por supuesto, los otros días son talco. Tal como amanecieron. [ríe] Esta sí que es buena noticia para mí. [pienso] Quiere decir que no hay ni Montag ni Freitag. A lo más hay un Samstag por ahí. De ser un séptimo acabo de pasar a ser un cincuenta por ciento. Mínimo.

La repollito Regina se pone de pie, se toma lo que queda en el vaso, lo vuelve a llenar y se lo planta al seco. Me mira con cara de interrogación. Le sonrío. Se para al frente de la mesa de centro y comienza a contornearse al ritmo de la música, aunque esta no sea la más adecuada. Lentamente se lleva una mano al botón superior de su vestido. Lo empieza a desabrochar. Y luego el segundo. Y el tercero. Los cuento. Son diez en total. ¿Hasta dónde va a llegar? [me pregunto] Se gira, mueve las caderas y se inclina. Cuando vuelve a mostrarse de frente se abre el vestido y lo deja caer al suelo. Lo chutea lejos. La tengo dura y prisionera de mis pantalones. Queda con un sostén blanco y primoroso. Y unos calzoncitos que hacen juego. Levanta una pierna y lanza lejos el zapato. Sigue con el otro. Lleva sus manos hacia atrás y suelta el sostén. Aparecen sus pechos menudos y morenos, sus pezones negros inflamados. Sigue bailando y se sube a la mesita. Su piel oscura parece más oscura en contraste con el blanco de sus calzoncitos. ¿Qué tiene ella que yo no tenga? [pregunta y se gira, mostrándome y moviendo su culo precioso] Ya tengo la seguridad de que esta noche me la calzo. Este huevito quiere sal. [me digo] ¿Qué tiene ella que yo no tenga? ¿Qué tiene ella que yo no tenga? [repite, tratando de imitar la melodía que canta Gisela May] Nada, negrita. [la tranquilizo] Y después de este strip tease que me estás haciendo, menos que antes. [respondo y temo que me voy a ir cortado] Se vuelve y me mira con la cara llena de alegría. Sigue, preciosa, sigue. [le pido] Se contonea más y más, mientras toma el vaso que le he vuelto a llenar y se lo derrama en sus calzoncitos. Estos... [dice mientras se tira uno de los costados de la última prenda que le queda] Estos me los sacas con los dientes. [ordena y se lanza encima mío] Mete sus manos y me abre la camisa de un tirón. Los botones saltan lejos. Empujo la mesita con el pie y me tiro al suelo con ella encima. Me saco el resto de la ropa como puedo y cuando trato de bajarle los

calzones me detiene. ¡Hey! Con los dientes, te dije. [me recuerda] Y así lo hago mientras chupo la tela y le extraigo el vodka que queda. Aparece su loma poblada, negra y ansiosa. La beso con entusiasmo. Hace tanto tiempo que había querido hacerlo. La paciencia tiene su recompensa. Un sabor dulzón y ácido se esparce por mi lengua y mis encías. Negrita chilena, morenita sabrosa, me siento en mi patria. En ese momento suenan dos timbres cortos. Es Jesús que viene. Pero me hago el leso. Porque me estoy introduciendo en esta compatriota que está caliente como el cráter del Lonquimay, y si no me concentro se me van las cabras... o la inspiración. Soy todo para ti, yegüita corralera. Cólmame. Abrázame. Toquémonos hasta morir, cholita. ¡Chilenita vida mía! ¡Huijalalay!

17

Subimos por la pasarela para iniciar nuestro paseo dominical. El Elba acuna suavemente al barco que comienza a hacer girar las inmensas ruedas de paletas ubicadas a babor y a estribor. La proa enrumba hacia Meissen. La Chabela y Pedro van como dos tortolitos apoyados en la baranda. (Me pregunto quién habrá hecho el esfuerzo, quién habrá hablado, quién logró romper el hielo. Tiene que haber sido la Chabelita. Pedro no es capaz. Está encapsulado. Hay temas que no toca. Su introspección tiene aspecto de apatía. Su ensimismamiento a veces agrede. Su silencio a veces hiere. La Chabela dice que no era así. Que los milicos le cambiaron el alma. Le quitaron la alegría de vivir. Le secuestraron la emoción y el cariño. Y, entonces, ¿de dónde le apareció este amorcito, esta musa que lo tiene versificando? ¡Algo le tiene que haber quedado!). Salvador y Manuel, como buenos cabros chicos, inquietos, corren de un lado a otro. El viejo se agenció rápidamente una chaise longue y alterna las piteadas a su Parliament con sorbos de su petaca. A mi lado pasea mi pelirroja Eva, que llegó anoche a darse un baño de tina y a saltar empapada a mi cama para pegarnos un revolcón. Nos levantamos muy tarde hoy día y no pude amputármela. No importa, aquí vamos y el sol y el viento nos acarician. Ambas riberas del río parecen sendas secuencias de tarjetas postales. Antiguos palacios, parques y poblados pequeños se alternan con parcelitas de veinte metros cuadrados donde los nativos mantienen jardines mínimos y pequeñas casuchas donde guardan sus herramientas y la parrilla portátil para asar las Bratwurst y las Chuleten los fines de semana. Miles de flores de distintos colores arman una suerte de cobertor de patchwork sobre la pradera verde. En resumen: bello por delante, bello a la izquierda, bello a la derecha, bello por atrás. ¿En qué película nos metimos? Esto es puro Cinerama Technicolor. Eva se adelanta, me enfrenta, me toma de las manos y me besa. ¡Recórcholis! ¿Se estará enamorando? ¿O es simplemente la escenografía que la inspira? Parece que prefería cuando era simplemente el Mittwoch y esta gringa me llevaba a su casa, nos empolvábamos y me despedía. En estas semanas ya no me la despinto los miércoles de mi tina. Y si lo de este sábado se empieza a repetir, creo que me sentiré invadido. Ahora se me cuelga del brazo y seguimos paseando por cubierta. Desde su trono, Jesús escruta el entorno con la intención de ubicar alguna fémina atractiva y sola para ver si tiene la oportunidad de lanzar su anzuelo. Creo que hoy no le va a ir bien. En este paseo dominguero abundan las familias y las parejas

de enamorados recientes.

¿Como Eva y yo?

¡Por favor! ¡Nooooo!

El barco comienza a disminuir la velocidad hasta que las paletas se detienen y comienzan a girar en sentido contrario. La chimenea lanza una humareda y la nave se acomoda junto al muelle. Desembarcamos frente a Meissen. Desde aquí se ve el castillo, las tres torres de la iglesia y el pueblo a sus pies. Cruzamos el puente. Pedro va con los niños adelante; luego, el viejo, que se siente muy orgulloso caminando al lado de una Chabela que le ha entrelazado su brazo, y más atrás, mi pretendiente novia y yo. Eva trata de contarme su vida. Difícil tarea se ha impuesto, dado mi nivel de comprensión del idioma. Comienza a introducir palabras en castellano. Algunas bien puestas y otras no tanto. Al final, un mejunje de idiomas. Mejor nos entendemos en la cama que cruzando el Elba. (Además, mis temores de que cada movimiento, gesto, sonrisa, palabra o acción puedan significar aumentar sus expectativas o concretar un compromiso dificultan mi concentración). Lo que alcanzo a entender es que no tiene padre, ni madre, ni perro que le ladre. Aparte de este cristiano que lleva a su lado, que parece ser el único que la ha tratado con algo de afecto en toda su vida. (Y no quiero que me cuente mucho tampoco. Algo me advierte que un asunto oscuro acontece en su vida. El teléfono dentro del cajón de su velador se me ha quedado grabado y me cuesta pensar en ella sin imaginarla como una Emma Peel socialista, pelirroja también, acompañada de Micha vestido como John Steed, con bombín y todo, vengando a sus amigos a punta de tiros y artimañas). (¿Y por qué la llamó Micha para reunirse con ella en la pecera de Siegmund? ¿Qué tiene que ver Micha con ella?). Me cuenta de su gato Hansel. Era su compañía, su amigo y su confidente. Lo tuvo durante más de diez años y murió de diabetes. Dice que solo a mí me ha querido más que a él. ¡Qué siutiquería! (Mientras más entiendo el alemán, menos me gusta este romance. ¡No quiero compromisos! Quiero ser un alma libre para volar como los pájaros. Y si debo ser más específico, como los picaflores, diría yo. Cada minuto me convenzo y temo que este paseo ha sido la peor idea de los últimos ciento cincuenta años. ¿Por qué me introduzco solo en estas aventuras que me gritan: ¡decídete! ¡decídete!?). Entre cháchara y más cháchara llegamos a la Marktplatz con su Rathaus y la Frauenkirche. Mientras todos admiran el entorno con las cabezas en alto y girando sobre sus talones, con el viejo nos escapamos al Ratskeller y nos mandamos un submarino al cuerpo. Salimos y vemos que siguen girando, pero ahora tratando de ubicarnos a nosotros. ¿Dónde andaban? [nos interroga la Chabela] Conociendo las históricas vísceras de la ciudad. [responde Jesús] Mira, si ya se metieron al subterráneo de la municipalidad, en vez de las

vísceras conocieron las cloacas. [le recrimina] Te lo pongo de otra manera: armándonos de valor para subir el cerro hasta el castillo. [contraataca el viejo en el momento en que el carillón de porcelana de la iglesia comienza su suave y brillante repique para terminar indicándonos que son las dos de la tarde] Con la última campanada, que Pedro y los niños escuchan desde lo alto de la torre mientras hacen señas para que los admiremos, escucho unas toses carrasposas que no acaban de culminar, veo a Jesús que estalla en un chorro de sangre y cerveza que lanza por la boca sobre una sorprendida Eva, a Eva que se toma la cabeza a dos manos y da un paso atrás sin entender por qué de un momento a otro está entera bañada en una sangría, a la Chabela que mira alternadamente lo que sucede en la plaza y a la torre, a Pedro que arma con sus manos una bocina frente a su boca y grita algo inaudible y al viejo nuevamente que cae inconsciente en medio de la plaza y a mis pies. La gringa parece desentenderse de la situación y corre a uno de los comercios abiertos y yo me agacho sobre Jesús y compruebo que respira intermitente. Vuelve agitada la teutona, toma el control de la situación y da órdenes que solo ella entiende (¿Emma Peel? ¿Súper Agente 86? Por la transformación del teléfono en zapato, digo). Como las acompaña de ademanes elocuentes, las obedezco. Levanto en brazos al viejo, que debe pesar menos de sesenta kilos, y parto a paso rápido por una calle estrecha hasta desembocar en otra, doblamos a la derecha y seguimos tranqueando. Jesús comienza a pesarme más y más, pero ya diviso el letrero blanco con la cruz que señala la entrada de un pequeño hospital al que ingresa Eva, que se me ha adelantado media cuadra. Llego y me encuentro con que hay agitación por todas partes. Deposito a Jesús en una camilla y un par de enfermeros lo meten por un pasillo. Y nosotros a esperar. Ella en silencio. La sangre y la cerveza que mantienen su vestido manchado y hediondo parecen no importarle. Y yo me culpo por haber cedido a la invitación del submarino. La fuerza de la costumbre. [me digo]

Llega la familia Cáceres a enterarse de lo ocurrido. Eva le dice a la Chabela que ya está todo controlado, que no se preocupen y disfruten de su día, que nosotros nos quedaremos aquí para saber cómo sigue la cosa y después les contamos. Pedro se resiste. Le argumento que ella tiene razón, que no se justifica que todos nos quedemos esperando. Que aprovechen de hacerles pasar un buen día a los niños. Se van, por suerte, porque los cabros chicos me tienen hinchado. Nos quedamos los dos solos en la sala. La gringa me tranquiliza y acaricia mi mano.

Ha pasado una hora y no hay noticias. Salgo a fumar un cigarrillo. Han pasado dos horas y no hay noticias. Salgo a fumar otro cigarrillo. Cuando vuelvo, Eva está hablando con un doctor. Me acerco. Miro con cara de extraterrestre. Eva pregunta. El doctor responde. Eva vuelve a

preguntar. El doctor vuelve a responder. Eva mira su reloj. El doctor mira el suyo. Eva le dice Danke schön y el doctor le responde keine Ursache! El médico se aleja y Eva me explica. Ya está mejor, pero muy grave. Tiene algo malo en el hígado y, probablemente, unas úlceras en el esófago. Según capto. Tienen que llevarlo a Dresden. En quince minutos llega la ambulancia que lo trasladará allá. Salimos. Enciendo otro cigarrillo. Me paseo. Eva a mi lado. Vemos llegar la ambulancia. Un enfermero y el chofer se bajan, van a la parte trasera y sacan una camilla. Entran al pequeño hospital. Desaparecen tras la puerta de batientes. Uno, dos, tres minutos. Se abre la puerta y sale la camilla con Jesús encima de ella y cubierto por una manta blanca. Está consciente, nos mira con ojos vidriosos y esboza una sonrisa. Se ve pálido, casi transparente, con el rostro cansado. Lo suben a la ambulancia y, a pesar de nuestra solicitud, nos explican que no podemos viajar con él. Ni el procedimiento ni el reglamento lo permiten. Subo a la ambulancia y le doy un beso en la frente. El viejo saca su mano, me hace la V de la victoria y me susurra: á force de mal, tout ira bien.

¡Jueputa! Casi nos mata del susto y tiene ánimo para proverbios.

Le pido a Eva que nos volvamos a Dresden en tren. Ella va al Anmeldung y le explica a la enfermera que si viene Pedro y compañía les informe que nos volvimos. Al meternos al callejón encierro a la gringa contra un muro de mil años y le doy un largo beso de otros mil, me escondo en un abrazo para ocultar un par de lágrimas que no puedo contener. Danke schön. [digo] Ella me acaricia la cabeza metiendo sus dedos entre mis chascas. ¡No hay de ké! [responde] Cuando la miro descubro también algunas lágrimas que han rodado por sus mejillas. Reanudamos nuestro regreso.

La ausencia de Jesús me inquieta. Más que su presencia. Más que la amenaza de que va a aparecer en cualquier momento. Aunque esté durmiendo. O tirando. La sensación de ese departamento vacío arriba, la certeza de que no sentiré sus taconazos en el suelo para avisarme de que está despierto, la imposibilidad de subir a ver si necesita algo.

Me siento a tomar un trago y enciendo la tele. Está terminando *Aktueller Kamera* y va a comenzar *Der schwarze Kanal.* Aquí mostrarán y desmentirán la información sobre la RDA que entrega la televisión de la RFA. O denunciarán a los cerdos capitalistas, la oligarquía, la burguesía y la CIA. Vamos a ver. Lleno mi copa y aparece el Genosse Karl-Eduard von Schnitzler. Este debe ser aristócrata porque tiene el von metido entre medio. Guten Abend. [dice] Guten Abend. [respondo] Y hasta ahí entiendo claramente. Levanto mi vaso. Salud. [digo] Y aparece nada menos que el Kaiser Beckenbauer que debe estar metido en algún escándalo. ¡Ja! Abandona el Bayern para irse a jugar a Estados Unidos. Sus buenos dolarcitos le deben estar pagando.

Y este viejo Von Schnitzler está indignado. Dice que en el capitalismo un club de Fussball se maneja igual que un club nocturno. Que los jugadores valen dinero, a diferencia de los jugadores en el socialismo, donde es la lealtad y el patriotismo lo que cuenta. Si Jesús estuviera aquí me habría dicho que en todas partes valen plata. Que la diferencia está en que allá valen más que acá porque los billetes no son de Metrópoli. ¿Cómo estará el viejo? Cuando fui al hospital esta tarde dormía como un niño. Le puse en la mano un papel que decía: No hay árbol que el viento no haya sacudido. Como no sé ningún proverbio en francés, se tendrá que contentar con ese.

Me tomo el último trago, me fumo el último cigarrillo del día y me voy a la cama. Buenas noches, viejo lindo.

18

Despierto de una siesta. Me doy una ducha, me afeito y me echo un poco de colonia. Me visto. Eva debe estar en camino. Eso es lo bueno que tienen estas gringas nativas. Son independientes y autosuficientes. A las chilenitas uno tiene que andarlas llevando de un lado a otro, tiene que irlas a buscar y a dejar, hay que pagarles todos los gastos y no hacen ademán de sacar la billetera. En cambio, Eva me dijo que como le quedaba en el camino, ella pasaba por mí. ¡Grandioso! Me siento a esperarla. Abro una cerveza. Mañana tengo que ir al hospital a buscar al viejo. Lleva como tres semanas y está mucho mejor, pero hastiado. Y tengo que escribirle a mi madre que me reclama porque recibe pocas cartas. Nelson tiene que ir a una reunión a Berlín el fin de semana y mando el sobre con él, para que se lo entregue a Carlos Uribe, que pasa al West Berlín a cada rato y lo manda por correo. Prefiero eso. Algunos mandan cartas desde aquí, pero a mí me da julepe que empiecen a joder en la casa porque llegan cartas de la DDR. O que sepan que estoy aquí. (Juan Segura vivió muchos años, decía el gran Elías Lafertte).

El panorama que me espera no se lo doy a nadie. Siegmund me llamó a su jaula anteayer y me agradeció la última conversación que tuvimos, cuando citó a Micha para que tradujera. Me dijo que había aprendido algo muy importante. Y que (aquí está lo grave) en retribución quería invitarnos a Eva y a mí a la Grosse Haus porque dan una Singspiel. ¿Y cómo le iba a decir que no? Me jodió. Lo que pasa es que la gringa salió seca para el taladro. Ahora ya está manejando cinco al mismo tiempo. Se sienta en una silla sobre rieles y agarra una matriz, mete la pieza adentro y empieza con el primero, se pega un empujón con los pies y pasa al segundo, gira la matriz con el chasis de la cámara y taladra de nuevo, otro rempujón con los pies, otra taladrada, otro rempujón y así llega a cinco. Hasta el momento, por lo menos, no se ha perforado ningún dedo, como le pasó a Pedro. Esto le significa más platita y anda contenta. Y yo también, porque compró cama nueva y ya no tenemos que tirar en la matraca vieja que tenía. ¡Hasta el salto del ángel puedo hacer desde el Bauernropero y no suena nada!

Anoche estuve leyendo lo que escribí el otro día. No sé si llamarlo poesía. Pero me bajó una tristeza demencial. Me fui a la cama y empecé a llorar a mares. No podía parar. Por lo menos me sirvió para desahogarme.

Suena el timbre. Me levanto y voy a contestar el citófono.

¡Compañero! [escucho] ¡Adelante! [respondo mientras aprieto el botón para abrir la puerta] Es la gringa que insiste con el español. Aprendió rápido la eñe. Tiene buen oído. Me voy a la escalera porque siempre sube corriendo. Pero no aparece. Siento el ascensor que se detiene en el piso y la veo bajar y dirigirse al departamento. No se da cuenta de mi presencia porque estoy detrás de ella. ¡Recórcholis! ¡Viene con vestido largo! ¡Y color turquesa! La agarro por atrás y la abrazo. Siento sus nalguitas presionándome. La empelotaría altiro y me la tiraría aquí mismo. Se libera de mí y me mira con sorpresa. Me dice que por qué no me he vestido. Yo me miro como si estuviera en pelotas. ¡Vamos a la Grosse Haus! [me aclara, como si fuéramos a la repartición de los Oscar] No cacho mucho, pero si ella está tan elegante tendré que cambiarme. El tranvía pasa en catorce minutos. [me recrimina] No hay tiempo para discusiones. Vuelo al clóset y saco el terno que me compró la UlRica cuando llegué, cuando me llevó al Centrum y me vistió de arriba abajo. ¡Hasta abrigo! Nunca en mi vida había tenido un abrigo. Eva me ayuda. Me pregunta por las corbatas, para elegirla, supongo, hasta que descubre que tengo solo una. En dos minutos estoy elegante como para un matrimonio. Me pongo por primera vez los zapatos negros con cordones que descansan en el clóset desde que llegué a la RDA. Eva me mira, me pasa una mano por el pelo tratando de dominarlo, de peinarme, pero, como siempre, se da por vencida. Me da un beso jugoso y nos dirigimos hacia la puerta. Me devuelvo porque la billetera se me quedó en el otro pantalón. Ojalá pasemos colados a la salida del edificio. No quiero toparme con nadie, porque después me van a agarrar para el chuleteo. A paso rápido nos vamos al paradero. Alcanzamos a llegar justo un minuto antes que el tranvía. Mientras viajamos sentados atrás, me pregunta por qué no me había vestido. Le explico que yo pensaba que estaba vestido. Me explica que al teatro hay que ir elegante y que me veo muy buen mozo. Le digo que ella se ve muy bien, pero la prefiero sin vestido. Me dice que soy un Schwein, que no pienso en otra cosa que en el sexo. Le respondo que sí, que pienso en otras cosas, pero no cuando estoy con ella. Con sus dos manos toma una mía y la acaricia. Cada vez que sucede algo así me siento raro. Tengo la sensación de estar abriendo esa puerta que no debería ni tocar siquiera. ¿Kómo se dice schwein? [pregunta] ¡Uf! Cerdo, puerco, cochino, chancho, marrano... [enumero]. ¡Ah! Debe haber muchos. [agrega sonriente e irónica]

Llegamos a media cuadra de la entrada al teatro. Divisamos a Siegmund y su mujer esperando. Deben haber llegado hace tres cuartos de hora porque este alemán es exagerado para todo. Ellos están muy elegantes también. Miro alrededor y todo el mundo está vestido de etiqueta. Hacemos las presentaciones correspondientes, porque las mujeres no se conocen. Siegmund se mueve como si

estuviera en su casa. Nos invita al pequeño bar del costado y nos tomamos una copa de champaña. Aprovecho de preguntarle a Siegmund cuánto le debo por las entradas. El gringo pone cara de ofendido y me dice que es una invitación. Le agradezco muy formal porque es un verdadero honor que te inviten y paguen la entrada. Me estoy comportando como un duque. Volvemos al foyer. Siegmund va delante, entrega los boletos y se hace a un lado para hacernos pasar. Una alemanota joven y de buen cuero, pero como cuatro tallas más que yo, nos guía a nuestros asientos. Mucha carne para este perro. [calculo] Estamos en primera fila. Este gringo tiró la casa por la ventana. [pienso] Nos sentamos y nos comienza a explicar de qué se trata la *Zauberflöte*. Y la verdad es que no entiendo ni un carajo de lo que dice. Muy a menudo los alemanes se ponen a hablar como si yo supiera. Era más fácil cuando parecía sioux, porque entonces me tenían más paciencia. Pero ya aprendí a poner cara de interesado y de que entiendo todo. Lo que alcanzo a agarrar es que en parte es una opereta y en parte es una ópera, que algunos personajes corresponden a la ópera seria, como Sarastro. Otros a la komische Oper, como Papageno. Y también a la Singspiel, que son Tamino y Pamina, que a mí me parecen nombres hindúes. Tipische Mozart, lanzo con una desfachatez impresionante, y porque leí el cartel afuera que decía que era de Mozart. Y Siegmund me queda mirando... admirando, mejor dicho. Ya, Ya, genau! [dice] Y de duque paso a príncipe. Se apagan las luces y se abre la cortina. Estoy traicionando a Maiakovski. [pienso]

(¡Maiakovski, Maiakovski, perdóname, pero este es el socialismo real! El proletariado se viste como la burguesía y Mozart es nuestra vanguardia artística. Perdóname, пожалуйте).

Salimos y nos enfrentamos a la puerta de la corona del Zwinger iluminada. Y siento como si una máquina salida de una novela de Bradbury me hubiera transportado en el tiempo y el espacio, como si me hubiesen arrancado y llevado a otro planeta. Siegmund sigue a cargo de la situación y nos hace subir a un tranvía. Los cuatro sentados en asientos enfrentados y entre ellos conversan sobre la obra que acabamos de ver. El gringo hace una disertación al respecto. Solo Eva la escucha. Yo no saco nada porque me pierdo con los párrafos muy largos y las conversaciones muy elevadas. Y Traude debe haberlo escuchado muchas veces y aprovecha de admirar por la ventana esta vista nocturna francamente espléndida que nos está regalando esta ciudad encantada y encantadora.

Llegamos a nuestro destino. Un restaurante de comida checa donde tenemos una mesa reservada. Toda la cena gira en torno a la música. Eva habla cada vez menos. Yo estoy callado desde que salimos del teatro y la mujer del gringo logra meter la cuchara a veces. En la conversación, digo. Cenamos delicioso. Este restaurante realmente se

esfuerza en las noches. Llega la cuenta y la dividimos entre Siegmund y yo. Eva trata de pagar su parte, pero no se lo permito. (Claro, como ahora es taladrera y gana mejor salario que yo, quiere empezar a gastarlo luego). En la puerta del restaurante nos despedimos y ya vamos caminando hacia el paradero, después de miles de agradecimientos por ambas partes. (Todos nos portamos muy bien. ¡Admirable! De una cortesanía digna del Manual de Carreño. Me debería haber peinado con partidura al medio. Me habría visto como Luis XIV con su Madame de Montespan. El viejo habría estado dichoso de vernos. Si hubiera estado en su departamento lo habría ido a despertar para hacerle un show).

La gringa me dice que se va a su casa. Pero yo no resisto las ganas de sacarle el vestido y le digo que se vaya conmigo. [insiste-insisto, argumenta-argumento] Quisiera hablar mejor para convencerla. Le digo que no me importa nada lo que piense. Quiero dormir con ella. Pierdo y gano. Nos vamos a su garaje, pero juntos.

Me despierto sobresaltado. Son las cuatro y media de la mañana. No sé dónde estoy hasta que Eva enciende una lámpara y apaga el despertador. Nos levantamos corriendo. Apenas alcanzo a lavarme las manos y la cara. No me atrevo a usar el cepillo de dientes, así que me paso un poco de pasta con el dedo y me enjuago. Ni siquiera me acordaba que teníamos que ir a trabajar. ¡Pensé que ayer era viernes! Me pongo nuevamente mi terno. Y recién entiendo la discusión de anoche y su insistencia en no irse a mi casa. Ella se habría visto realmente ridícula yendo a trabajar con su vestido largo color turquesa. Más de lo que me veo yo, demasiado elegante para llegar a la Pentacon. Van a creer que me nombraron comisario. O gerente. ¡Esa estaría buena! VEB Pentacon quiebra por chilenische Patriot, titular a ocho columnas en el *Neues Deutschland.* Todo me importa un comino porque lo de anoche valió cien veces la pena. Nos comportamos como verdaderos aristócratas, nos hicimos reverencias y pases, le saqué el vestido con una delicadeza excelsa. Un largo cierre éclair que le llegaba hasta donde termina la espalda. Y lo que me había imaginado. Andaba sin nada debajo. Eso lo hace porque sabe que me gusta. Le metí las manos por atrás y la acaricié entera. Ella se hacía la tímida, la pudorosa. Corrió a su armario, se deshizo del vestido, que colgó con mucho cuidado, y se plantó arriba un camisón de abuela. Volvió mirando al suelo y haciéndose la sueca. Me ayudó a desvestirme como si fuera una doncella. Se metió a la cama y se comportó como una virgen. Y la desfloré con timidez como un principiante. Nos dormimos como dos hermanitos.

Entramos al taller y veo a Helmut que se muere de la risa. Tan-tan-ta-taán. Tan-tan-ta-taán, nos canta desde el fondo. Me acerco a saludarlo. Le doy la mano. ¿Cómo está, compañero? ¿Kómo está,

companiero? [responde y se cubre la boca con ambas manos para esconder su risa] No huevees. [le digo en español, y más se ríe] Me voy a mi pecera con mis viejas nazis. Ellas se ponen todas cocorocas cuando me ven aparecer, porque a estas alturas ya somos amigos. Todos los días las saludo de beso y las abrazo, les coqueteo y las aprieto. Yo creo que nadie las había tocado desde que a sus maridos los mandaron a la guerra. La gorda Gudrun quiere saber si desayuné algo. Le respondo que no, que voy a esperar la pausa. Me pongo a trabajar. La circunspecta Eveline me pregunta por qué aparecí tan elegante en la mañana. Le explico que anoche fui a ver la *Zauberflöte*. Mit Eva? [pregunta interesada] Ya, mit Eva. [afirmo] Pone ojos dulces y me sonríe. Sigo trabajando. (Un dolor de cabeza me habita desde que desperté. Debe ser la mezcolanza de tragos y vino que me mandé anoche entre pecho y espalda). Comienzo a escuchar una vocecita que entona una de las canciones de la ópera. Miro a Eveline y es ella la que canta con una inmensa carga de melancolía. Ahora se agrega Kerstin. Y detrás mío siento que se suma una tercera. Es Gudrun que se acerca, deja a mi lado un café caliente y un trozo de Streuselkuchen. Danke schön, mein Schatz. [digo] Se sonríe y se sienta a trabajar mientras siguen cantando a coro. Después, Eveline canta una frase sola. Luego sigue Gudrun. Continúa Kerstin y vuelve el coro. Son las tres Damen de *La flauta mágica* que cantan juntas y tímidamente. Como niñas. Un par de lágrimas gruesas corren por las mejillas de Eveline. (Y yo tengo que tragar saliva continuamente para evitar que otras se me escapen de mis ojos. Trato de no escucharlas, de concentrarme en las malditas piezas que tengo que ordenar en las cajas. Cantan para mí... y también para ellas). Estamos tristes. [me cuenta Hannelore], porque juntas hemos logrado sobrevivir a nuestras penas y soledades, juntas hemos logrado acompañarnos, pero Elizabeth cumple sesenta años dentro de dos meses y se jubilará. Eso afectará nuestra convivencia. Estamos haciendo todos los esfuerzos para que se pueda quedar, pero no tenemos ninguna seguridad porque no tenemos buenos contactos con los jefes de la empresa o del partido. (¡Qué hostil puede ser la vida! ¡Qué extranjero debe ser para ellas su propio país! Aquí hay un par de piezas que cambiar y varios tornillos que apretar, compañero Honecker. ¡Los trabajadores al poder y el poder a los trabajadores! Como que hay demasiado partido entre medio. ¡Crear. Crear. Poder Popular! ¡Crear. Crear. Poder Popular! Vamos, Erich, échales una manito. ¿Podrá Micha hacer algo? Veremos...).

Razones de más tengo para largarme a llorar desconsoladamente. Llegaron malas noticias de Karl Marx Stadt. El Bustamante trató de suicidarse. Hacía tiempo que andaba mal. Decaído, bajoneado, cabreado, triste. Abrió la tapa del horno, le dio paso al gas, se recostó

en el piso y metió la cabeza adentro. ¿Qué te puede llevar a eso? Por último, si estás con ganas de morir, ándate a Chile, métele un balazo a Pinochet y muere con la conciencia tranquila de que te llevaste a un sátrapa contigo. Que liberaste a la humanidad de una calamidad. Dicen que la hija de ocho años lo encontró semiinconsciente cuando volvió de la escuela. ¡Hay que ser muy bruto! O estar muy desesperado. Angustiado. (Ahora se lo cagaron. Porque lo peor que le puede pasar a un suicida serio es que no le resulte el intento porque tu propia hija interrumpió el acto. ¿Qué hace uno? ¿Vas corriendo y te lanzas por el balcón? ¿Y si vives en el segundo piso? ¿Agarras un cuchillo y te cortas las venas? ¿Delante de tu hija? ¿Sales corriendo y te tiras delante de un tranvía para que te corte en pedacitos? Si tratas de continuar con tu vida como si nada, todo en adelante será una tragedia... y una comedia. Porque tu intento de suicidio resultó una comedia. Si te quieres matar, te matas. Y si no, te arriesgas a que te pongan sobrenombres. ¡Al Bustamante ahora le dicen el Cabeza 'e Queque! No es muy digno que digamos. Pero no deja de ser un drama mayúsculo. Pinochet nos sigue ganando la batalla y eso me da rabia, y de rabia se me caen las lágrimas).

Mañana llega Jesús. Mañana todo volverá a la normalidad.

19

¿Está en condiciones de hablar sobre las miserias humanas, compañero? [pregunta Jesús] De eso vivimos. [respondo] ¿De hablar de las miserias o de las miserias mismas? [continúa el interrogatorio] De ambas, porque las miserias que vivimos se superan conversándolas... [digo] Parece que tienes experiencia en eso, Coque. [aventura] No tienes idea, viejo. Como soy soltero, tengo que atender la consulta veinticuatro horas al día. Así es que dispare no más. [lo aliento] A mí me interesan las miserias mías y las de mis amigos. El resto me tiene sin cuidado. Ya estoy viejo para preocuparme de las miserias del mundo. Esas parece que no tienen arreglo. O no lo tendrán en lo que me resta de vida. [agrega y busca un inexistente vaso de vodka al lado de su sillón] Es el tic. [pienso] Reflejo condicionado, diría Pavlov, comprobando una vez más su teoría. Ya, pero no se me vaya por la tangente y suelte el rollo, compañero. [lo apuro] He terminado de leer las memorias de Pablo, el *Confieso que he vivido*. ¿Dónde lo consiguió, compañero? [interrumpo] No se me distraiga, le estoy hablando de algo muy serio para mí. [me corrige y continúa] (Pongo la cara de acontecido que la ocasión amerita). He entrado en una profunda angustia, Coque. ¿Has de creer que en todo el libro no me menciona ni una sola vez? ¡Ni una sola! Después de todo lo que vivimos juntos, después de mi participación en la impresión y distribución de su desaforado *Aquí estoy,* allá por finales de los años treinta. Ni una mención siquiera a mi presencia en el mundo, a la asistencia a una fiesta, a las veces que lo acompañé en la clandestinidad, cuando lo llevé a casa de Simón para que se ocultara, la planificación de su huida, las veces que lo protegí. Después de todo lo que lo ayudé en sus historias amorosas, de los enjuagues que tuve que hacer cuando se volvió loco con Matilde y había que ocultarle sus viajes y sus mentiras a la Hormiguita. Y después a esconderle sus nuevas aventuras a Matilde. Nada. Nada de nada... Ese es mi miserable resentimiento ahora. [me explica] Comprensible, viejo. Comprensible. Por todo lo que me has contado, fuiste su amigo y confidente. Pero no creo que sea miserable de tu parte tener esos sentimientos. El miserable es él. [replico, tratando de darle ánimos] No se me adelante, compañero. Para allá voy. Esta es la segunda parte. La que habla de las miserias de Pablo. Porque, ¿para qué escribe uno memorias? ¿Cuál es la motivación profunda de hacer algo así? [prosigue] Nuevamente busca con la mano y no encuentra nada. No le menciono el hecho porque, hasta el momento, ha cumplido con todas

las restricciones que le impusieron. Dejó de tomar y de fumar. ¡Tres días! Y se aguanta las ganas. (Yo me he sumado a su martirio y también me abstengo cuando estamos juntos. De tomar, principalmente, porque el cigarrillo lo dejé casi por completo. El tenis me tiene entusiasmado y Ludwig me exige mucho. Ya estamos practicando dos veces por semana y jugando más en serio. Precalentamos un rato y después nos metemos un partido a cinco sets. Por supuesto que me sigue ganando, pero yo le hago empeño y ahora hasta logro que se canse).

Las memorias se escriben para lavarse la cara y las manos ante la historia. [pontifica Jesús] Con la intención de demarcar la propia vida y certificar lo que es verdad y lo que no. Pero como la verdad depende del que la cuenta, estamos hablando de la verdad del autor. [agrega el viejo] Reflexiona para la posteridad. Y la otra característica es que las memorias siempre satanizan a algún contemporáneo. Lo hacen charqui. Esa es otra miseria. Cobrar facturas cuando uno ya está en las últimas, normalmente cuando el satanizado ha pasado a mejor vida y no puede responder... En mi caso, el que pasó a mejor vida es el autor y no tengo a quién reclamarle. Estoy dolido, Coque. Habría preferido que me denunciara, que me calumniara, que me hubiese insultado. ¿Pero ignorarme? Es una vileza... Y una reacción miserable de mi parte. Porque si fui su amigo, si lo ayudé en muchos episodios de su vida, lo hice sin ningún interés. ¡Ninguno! Es lo que siempre sentí y pensé. Pero estaba equivocado. Y aquí viene mi miserable miseria: en alguna parte guardaba yo la esperanza de que me sintiera presente. Sí, señor. Cuando De Rokha escribió *Bacalao y la Banda Negra,* yo sentí que era parte de esa Banda Negra, de los que estábamos al lado de Neruda, de los que le hacíamos el coro, de los ayayeros, diría un peruano. Pero ni siquiera eso. Fui transparente para él, y este libro lo deja en claro. Ha herido mi orgullo. Borra de una plumada mil anécdotas y las historias que yo mismo he contado. Ninguna vale. Dejaron de ser ciertas. Este libro de mierda las eliminó de mi memoria. Para desdecirlo tendría que sentarme a escribir mis propias memorias. Y no estoy en condiciones ni disposición de hacerlo. [concluye] Podrían llamarse *Confieso que he bebido.* [se me escapa] Sabía que ibas a salir con alguna paparruchada por el estilo. [me recrimina] Aunque no es mal nombre. Especialmente después de lo que me han explicado los médicos acerca de mi hígado. [suaviza] Me levanto y voy a la cocina. Pongo a calentar una olla con agua para hacerle unos fideos. Préstame el libro, viejo, porque no tengo nada en español para leer. Y después te lo comento. [le solicito con la doble intención de sacarlo de su casa y de leerlo] Llévatelo. Te lo regalo. [me responde con un ademán de cabreo]

Comemos en silencio. Unos tallarines que saben a nada. Les he

echado solo un poco de aceite de oliva y un algo de sal. Para beber, agua. Saliendo de aquí me meto un par de tragos y una chuleta kassler. [planifico] Recojo los platos, lavo la loza y lo ayudo a irse a la cama. Es que el viejo está delicado todavía. Le tiritan las cañuelas cuando camina. Pero se está recuperando, tiene más hambre y lo veo más animoso. Suena el timbre y voy a abrir. Es la Chabela que viene con Manuel y Salvador a visitar a Jesús. Los niños le traen unas figuritas de plasticina que hicieron en la escuela. El viejo se emociona un poco cuando le entregan los regalos. (¿Piensa en sus propios hijos?). La Chabela le da un beso en cada una de sus mejillas flacuchentas. Le pregunta si está tomando sus remedios. Va al baño a buscarlos y se los deja en la mesita de noche. Jesús la sigue con sus ojos vidriosos. (¿Piensa en su propia mujer?). Y ahora ella va a la cocina para buscar un vaso de agua. Jesús mira a los dos enanos como si fueran extraterrestres. Y le pega un chirlito en la oreja a Manuel, como una gracia, una travesura. El cabro chico se pone a llorar como un verraco. Llega la Chabela con el vaso y lo deja junto a los remedios. Ya, ya, niños, dejemos tranquilo al tío Jesús. Manuelito trata de explicarle por qué llora, pero la madre los toma de las manos y los saca del departamento. Jesús me mira con una sonrisa irónica. Por eso a mí me gustan los niños cuando lloran... porque viene la mamá y se los lleva. [me explica el viejo cuando las visitas han desaparecido] Eres un maleante. [digo] Pragmático, nada más. Pragmático, compañero. [responde y cruza los brazos sobre el pecho] Le doy un beso en la frente. Duerme un rato, viejo. Más tarde te vengo a ver. [digo] Ya tengo con qué soñar. [dice] ¡Qué ojos! ¡Qué rostro! ¡Qué finura! ¡Qué ternura la de esta mujer! Es lo que yo llamaría una mujer brisa. Ésa se te queda enredada en el pelo para toda la vida, la quieres siempre a tu lado, más no sea para mirarla. [termina en murmullo y con los ojos cerrados]

Voy al paradero y tomo el tranvía que va a Gorbitz, el pueblito que me recomendó Micha para comprar los berlines. Veinte minutos. (¿Qué importa? ¿Qué me importa el tiempo? Por el contrario). Voy sentado junto a la ventana y veo pasar las casas, la gente, los parques, los autos, el socialismo real, los postes, la guerra fría, las cortinas de hierro, de bambú y las floreadas de las casas al llegar a la Kesselsdorferstrasse. El tiempo ficticio. ¡Qué más puedo hacer! No sé si el viejo está bien o yo quiero creer que se está mejorando. ¡Buen susto se llevó! Pero quizás cuánto le dure... Bajo del tranvía. Entro en una fiambrería. Hay una cola de seis veteranas jubiladas. Seguramente el sol amortiguado por las nubes blancas las sacó de sus casas. La hija del dueño atiende. Una candidata a la soltería eterna. Debe ser de apellido Wagner, por la mandíbula inferior. [pienso] En la habitación de al lado veo al padre rellenando una tripa para hacer Leberwurst.

Cada compradora pide cien gramos de una cosa, cincuenta de otra, dos tajadas de un jamón y cuatro de mortadela. Alguien me golpea ligeramente en el centro de la espalda. Me giro para ver qué sucede. Una anciana bajita me hace señas para que me agache. Le obedezco. Ahueca su mano para proteger su boca que pega a mi oído. Con dificultad le entiendo. Dice que no compre Bierwurst aquí y que la espere a la salida. Divertida la anciana, me picó la curiosidad. ¡Qué se traerá entre manos! Hago mi compra y le obedezco. Salgo de la tienda y me dejo acariciar por los tibios rayos del sol que va declinando. Hasta que llega la vieja chica metiendo y ordenando las compras en su bolsa de género. Me informa que su nombre es Elfriede Bötge, pero que la llame Friede. Toma mi brazo y comienza a caminar despacio con sus piernas cortitas. Las bellas casas de la Kesselsdorferstrasse resaltan aún más con las luces de la tarde reflejándose en las ventanas. Friede me dice que ella me ha observado un par de veces comprando y que se sentía en el deber de informarme porque se ha dado cuenta de que soy muy joven y extranjero para mayor abundamiento: la Bierwurst de Herr Herrmann no es tan buena como la de Herr Barke. El primero hace la mejor Leberwurst de toda Sajonia; pero, para la Bierwurst, Herr Barke tiene mejor mano. ¡Insuperable! [explica] Y ya vamos entrando a la otra fiambrería. Este tiene a una hermana atendiendo público. Y yo la veo y me gusta la mujer. Tiene las ancas huesudas. En realidad tiene todo el cuerpo lleno de huesos. Y una delicadeza excelsa para tomar cada salchichón, dejarlo sobre la cubierta de madera, pasarle la palma por el lomo, asir el cuchillo, afilarlo contra el trozo de mármol adherido al mesón y, con habilidad nipona, rebanar las rodajas justas, idénticas, precisas. La verga se me recoge hasta el ombligo. Nos ponemos en la fila, tras dos veteranas. Llega mi turno. Elfriede me presenta como su nuevo amigo. La hermana soltera me ausculta y me muestra una sonrisa llena de dientes. Aparece el alemán de prominente calva y cara alargada, que me saluda con amabilidad. Tiene unos incisivos descomunales. Ella es la reina de la Kesselsdorferstrasse. [me informa el fiambrero, dándole un cariñoso saludo a Friede con ambas manos] Pido doscientos gramos de Bierwurst. Elfriede me anima a comprar Schinkel... Salimos. Was noch? [dice mi lola anciana] Brot und Pfannkuchen. [le informo] Sehr gut, sehr gut! [murmura, contenta de que vayamos a seguir comprando] Me toma del brazo nuevamente y me guía. Weissbrot oder Schwarzbrot? [consulta] Schwarz und Weissbrot. [respondo, marcando la conjunción] Para el dedo como recordando algo y me muestra una panadería justo frente a nosotros. Intento cruzar, pero me retiene, me hace un gesto de enojo y me lleva hasta la esquina. El semáforo está en rojo. A lo lejos se divisa un tranvía y un auto. Pero tenemos que esperar la luz por órdenes de mi amiga Friede.

(Pan blanco y pan negro. Ya nos acostumbramos al pan negro, con esa acidez que antes nos molestaba y ahora nos gusta. Cada día somos menos exiliados y más adaptados. El hombre es un animal de costumbres, por mucha conciencia revolucionaria que tenga. Asistimos sin asombro a la lenta e inexorable germanización del roto chileno. ¿El sueño de Philippi y Pérez Rosales hecho por fin realidad?). Miro de reojo a mi lazarillo. No puede estar más contenta. Desde que me agarró en la primera fiambrería no ha dejado de saludar a nadie que se haya cruzado en nuestro camino. Llegamos a la panadería. Me detiene antes de entrar. Nur Schwarzbrot. [me advierte] La tomo del brazo y la guío yo hasta el mostrador. Nos enfrentamos a una matrona de respetables proporciones. Esta anduvo jugando a la ronda con Brueghel. Le pido un pan negro y, sin mover ni un músculo del rostro ni del cuerpo excepto los del brazo, mete la mano bajo el mostrador y la hace emerger sosteniendo una preciosa hogaza marrón oscuro que deposita sobre el vidrio como si fuera una obra de arte. ¡Y lo es! Einundzwanzig. [me aclara] Le entrego el dinero, tomo el producto y lo introduzco en mi bolsa. Nos despide con la misma sonrisa con la que nos recibió.

Llegamos a la segunda panadería. ¡Recórcholis! Le habíamos achuntado. Es la misma a la que vinimos con el viejo. Elfriede me advierte que aquí puedo comprar los berlines y el pan blanco. Entro tras ella. Guten Tag, Frau Bötge. [dice la señora tras el mostrador saludando a mi acompañante] Mi amiga se gira para presentarme, pero la gringa continúa. Me mira con una sonrisa pícara y me pregunta por mi papá. Me pilla de sorpresa. No respondo. Es su papá, ¿no? [pregunta] Sí, por supuesto, es mi padre. Es que me extrañó que me reconociera... [contesto a tropezones tratando de no desmentir al viejo] Aj! Aquí no vienen muchos extranjeros, así que siempre llaman la atención. Y Yesú ha venido varias veces después. [dice] Me sorprende. (Ahora la miro bien. Cincuenta años, cara redonda, rosada como calzón de vieja, pelo pintado rojo oscuro, abultada y curvilínea... ¡Viejo caliente!). Nous parlons en français. [agrega] Él lo habla muy bien y me ayuda a practicar un poco. Elfriede la mira a ella y me mira a mí, a ella y a mí. (Viejo puto, no me había contado ni una palabra. Me dice que viene a comprar berlines y yo supongo que son para Bárbara, pero el veterano está matando dos pájaros de un tiro). A la salida trato de despedirme de mi nueva polola, pero Friede no ha terminado. Me hace caminar media cuadra más para mostrarme la entrada a su casa. Venga cuando quiera. [me dice] Usted está siempre invitado. Le agradezco tres veces seguidas y, ahora sí, me despido. Auf Wiedersehen. Auf Wiedersehen junge Mann.

Me bajo del tranvía en la Pragerstrasse. Camino hacia la óptica para informarle a la optometrista que el viejo está enfermo. Quizás ya lo

sabe. Pero quiero asegurarme. Le entrego los berlines diciéndole que se los envía Jesús. Ella me mira sorprendida. No sé si es por la noticia de la enfermedad o por la sorpresa de que yo conozca su secreta y dulce debilidad. Toma el paquete y lo lleva rápidamente a la trastienda. Cuando vuelve me agradece (ya más tranquila) por haberle avisado. Pone sus manos sobre el mostrador y descubro en su dedo anular derecho la argolla de matrimonio. Tiene ojos almendrados y labios delgados. Y una bella sonrisa. Se produce una calma tensa. (Parece que todo está mal. Mi idea de traer berlines, mi preocupación por informarle, el venir hasta aquí, el darme por enterado. Me despido y me retiro de la escena. Coque, ¡la cagaste! De este episodio, ni una sola palabra al viejo).

Una neblina alta de atardecer ha reemplazado al sol y se ha asentado sobre la ciudad. La Pragerstrasse se me aparece en blanco y negro. Camino entre sus modernos edificios, fuentes, murales y esculturas. Paso frente al restaurante Bastei y a través de uno de sus ventanales descubro nada menos que a Eva sentada frente a dos hombres ya maduros, con cara y ropa de funcionarios públicos. Uno calvo y otro rubio de pelo corto. Cada uno tiene al frente una taza y un vaso de agua. Mis ojos no dan crédito a lo que ven. ¡Y es ella la que habla! Los hombres la observan concentrados (todos los alemanes son concentrados, parece que solo pudieran hacer una sola cosa a la vez; no saben mascar chicle y bajar una escalera al mismo tiempo). Me siento en uno de los bancos de cemento, al otro lado de la calle peatonal. Observo. No me importa que me vea. Eva abre su cartera, saca un sobre del cual extrae un par de hojas y se las entrega al calvo. El tiempo pasa y ella sigue hablando, y lo hace con propiedad, con dominio de la situación. Llega otra mujer. Alta. Gruesa. Se acerca a la mesa y le dice algo a los dos hombres. Todos se levantan y se dirigen a la salida. Afuera se despiden muy formales. Los dos hombres y la mujer fornida se van en dirección a la Banhof. Eva viene hacia mí. Ensimismada. Con un abrigo color tabaco y una chapka más oscura que la hace ver más sensual. Pero no me ve. ¡No me ve! Pasa a diez metros de mí y ni siquiera se da cuenta de que estoy sentado aquí, mirándola, admirándola, sorprendiéndome, espiando cada uno de sus movimientos, vestido con mi montgomery azul y una chapka de pelo natural negro azabache. Con mi bolsita de compras acomodada en el banco, a mi lado. Y, seguramente, con cara de huevón sorprendido. De huevón ignorante. De huevón solo. De huevón sin reacción.

20

Abro la puerta de mi departamento. Nelson y Micha me saludan y entran. Vienen muy serios. Sin decir palabra se sientan en sendos sillones del living. Les ofrezco una pilsener. Aceptan y voy a la cocina a buscarlas. Les sirvo. ¿A qué se debe esa cara de misterio? [pregunto] Ambos se miran sin saber cuál debe disparar primero. Al final, Nelson se decide. Tenemos un reclamo muy serio. [espeta] ¿Contra mí? [indago] Contra ti, suponemos. Te vieron junto con otros robando choclos en una parcela. Y cuando los pillaron salieron corriendo con tres sacos llenos. ¿Es cierto? [dice Nelson] ¿Y cómo saben que soy yo si tú mismo dices que salieron huyendo? [pregunto] Coque, eres el único residente de todo Dresden que se peina a lo Angela Davis. Pero yo no tengo la culpa. Las características de mi pelo tienen un origen genético. Habría que hablar con mi madre, porque mi padre salió a comprar ají cacho de cabra y nunca más volvió. [trato de desviar la conversación y de alivianar el ambiente] No jodas, Coque, no estamos aquí por tu pelo, sino por los choclos que te robaste. [agrega Nelson enojado] Noso-tgos no entendemos qué quieguen haceg con esas mazogcas de maíz y nos pgeocupa que las hayan gobado en vez de solicitaglas. [interviene Micha] ¿Cómo? ¿No le has explicado lo que hacemos con los choclos? [pregunto al Nelson] ¿Nunca nadie te ha invitado a comer humitas o pastel de choclos? [interrogo ahora a Micha] ¡Qué falta de cortesía! [exploto] Coque, Coque, explícanos qué pasó y no te pases de vivo. [Nelson me llama nuevamente la atención] No hay mucho que explicar. Como viene el 18 de septiembre, nos fuimos con unos compañeros a buscar choclos para el comistrajo. Eso es todo. Encontramos varios potreros en que el maíz estaba ya seco y solo uno con maíz maduro, nos bajamos del bus y tratamos de encontrar al dueño para pedirle algunos choclos, pero no vimos a nadie. Así es que nos metimos al potrero. En eso apareció un alemán en un Trabant, paró el auto y se puso a gritar como desaforado. Nos asustamos y apretamos cachete. Eso es todo. [respondo] Pego el maíz lo usamos paga los cegdos o las gallinas. ¿Ustedes se lo comen? [se sorprende Micha] ¡Por supuesto! Si con eso hacemos los platos típicos chilenos: la cazuela, el pastel de choclo, las humitas, la pastelera... [se entusiasma Nelson] Te vamos a invitar a la celebración del 18. [agrego] Muchas ggacias. Pero el asunto es que no deben grobag. Eso está estgictamente pgrohibido en la DDR. Han causado un pgoblema muy ggande y es un despgestigio inmenso paga ustedes. Me gustaguía sabeg quiénes más estaban contigo paga con ellos hablag. [me

advierte y solicita Micha] No se preocupe, Genosse, yo asumo toda la responsabilidad. No volverá a ocurrir. Reconozco que fue una expropiación indebida, pero tú sabes... la costumbre. [echo la talla] No cgueo que sea paga bgomas, Coque. [alega] De acuerdo, Micha. Y si debemos pagar algo al dueño de los choclos, no tengo problema en hablar con él y pagarlo. [intento tranquilizarlo] Pego de todos modos me gustaguía platicag con los otgos que fuegon contigo. [insiste] Nelson me mira con cara de espanto. No te preocupes, Micha. En serio. Si hemos dejado una cagada, yo me responsabilizo. Pero decirte los nombres de los otros sí que no puedo. ¡Imagínate! Tengo en el cuerpo varias sesiones en la parrilla, me metieron electricidad hasta por el culo, me arrancaron todas las uñas y no dije ni una palabra. ¿Y ahora voy a delatar a mis amigos? Lo siento, Micha, pero no puedo. [le explico, exagerando la nota para que no me insista, porque a este gringo cuando se le pone algo en la cabeza es terco como mula] Además, debe tener orden de partido de averiguar quiénes fueron, y si no llega con los tres nombres lo cuelgan. Entonces me gustaguía que hablaras con el duenio y le pidiegas disculpas. [solicita] Mi estrategia dio resultado. No va a insistir. (¡Buena, Coque!). No hay problema, Genosse. [aseguro] Yo lo voy a acompañar para pedir las disculpas en nombre de los chilenos. [se suma Nelson, asumiendo su calidad de encargado del CHAF] Siendo así, me quedo tganquilo. [dice Micha] Terminamos nuestra cerveza. Micha se levanta, se despide dando las gracias y se va.

Puta, Coque, ¡me salvaste! Te debo una. [dice Nelson cuando cierro la puerta detrás del alemán] No hay de qué preocuparse, chico. ¡Cómo te iba a delatar! [lo tranquilizo] Es que en mi calidad de dirigente del CHAF me habrían cagado si saben que yo también andaba en el lote. [agrega] Lo tengo claro, compañero. El problema es que tenemos que ir a hablar con el dueño de los choclos y si te cacha nos vamos a joder. [advierto] Tienes razón, Coque. Ahí sí que estoy perdido. [se angustia] Yo le pido a Pedro que me acompañe y así no te apareces tú. [digo] ¿Y qué tal si le pedimos a la Rosita que haga un pastel de choclo y se lo llevan de regalo? [se le ocurre al chico] ¡Descueve! A lo mejor hacemos una contribución culinaria a la dieta del socialismo real. [concluyo] Abro otro par de cervezas. Y vamos a tener que invitar a Micha para el 18. [agrega Nelson]

Llego al Grossen Garten. Vengo tarde porque no quise ocuparme del arreglo de la «fonda» dieciochera. Nelson y Regina (mi propia y secreta Magaly Rivano) estaban encargados y no tenía ganas de pasar toda la mañana en compañía de esa guitarrera de Quinchamalí que me enardece, revoluciona mis hormonas y actúa conmigo como si fuera un juguete de su amor. Con dos o tres días por semana me basta. (Ya me ha lanzado un par de indirectas, como plantear que si viviéramos

en un solo departamento podríamos cederle el otro a los alemanes, y así colaborar con una solución habitacional a la implementación de una sociedad más justa e igualitaria. No quiero darle esperanzas de que eso pueda ocurrir. ¡Viva mi libertad! Lo que la Regina quiere es que yo termine con Eva porque se muere de celos). Preferí quedarme a ayudarle a preparar las humitas a la Rosita que está mal de sus várices. Camino por un sendero entre los árboles y diviso la explanada. La bandera chilena ondea a todo pulmón. Unas setenta personas merodean en los alrededores. Cabros chicos corren de un lado a otro. Manuelito me ve y viene corriendo a mi alcance. ¡Tío Coque! ¡Tío Coque! [grita] Llega a mi lado y me toma la mano para acompañarme durante el trecho que me separa de la fiesta. Veo a otras familias que vienen a sumarse a la celebración. ¿Cierto que el otro día el tío Jesús me pegó un chirlito en la oreja? [pregunta] Cierto, Manuel, pero fue una broma. [respondo] Pero me dolió y mi mamá no me cree. [insiste] Fue sin mala intención, acuérdate que también te regaló un huevo de chocolate, el Überraschungsei que traía el camioncito que armaste. [le aclaro] Sí, yo sé, pero igual me pegó el chirlito, y cuando salimos, mi mamá me dio un coscacho por llorón. [me informa] Yo voy a hablar con ella para que todo quede claro, ¿te parece? [le ofrezco] ¿En serio, tío? En serio, Manuel, palabra de hombre. [nos estrechamos las diestras]

Hay chamantos dispuestos sobre el pasto, mesones cubiertos por manteles de cuadrillé rojo y blanco, fuentes con ensalada chilena, empanadas de pino con y sin ají, pastel de choclos expropiados, humitas de choclos molidos por mis propias manos, bebidas de todo tipo, Apfelsaft, huesillos y un engendro de chicha de manzana que hizo el Cárcamo y que debe ser más nocivo que el pajarete. Otro mesón está cargado de botellas de tinto de dudosa calidad y un par de cacerolas con ponche de vino blanco con duraznos. Bajo un árbol añoso, una enorme bolsa para la basura. Las mujeres se han amarrado sacos harineros a la cintura y los hombres lucen sombreros de huasos hechos de cartón y forrados con papel negro. La Regina, con un vestido floreado de china y con escote insinuante, sentada en un pisito, rasguea una guitarra con una melodía cuequera; el Pelao Quintanilla, a su lado, golpea un cajón de manzanas, y la Nancy, atrás, con otro vestido del mismo género, luce orgullosa su acordeón y trata de acompañarlos. No lo hace mal la gordita. Al final terminó aprendiendo a tocar. Te felicito, compañera, veo que has avanzado con el instrumento. [le digo, acercándome por atrás] Ay, Coque, nunca he tocado música chilena, no ves que yo estoy en el conjunto de música de la Pentacon y tocamos puras canciones alemanas. [me aclara] ¿Y tú cantas también? [pregunto] ¡De adónde la viste, Coque! Si yo apenas digo Guten Tag. [se ríe] Voy por atrás del Pelao y me

acerco a su oído. ¡¿Y qué saben los iquiqueños de cueca si no han visto ni un caballo ni un buey en su vida?! [le hincho las pelotas] ¡Hey! ¡Coque! Tenga cuidado, compañero, usted sabe que Iquique es puerto y las demás... [se queda esperando] Las demás son caletas, ¡iñóh! [respondo] Ta bien, ta bien, compadre. [dice y se vuelve a tamborilear] Le pega al asunto el nortino.

Por el medio del parque y pisoteando el pasto aparece el Trabi de Micha que trae a Jesús. Me acerco para ayudar al viejo. Pero aletea para que lo dejemos tranquilo. Aquí no hay ningún paralítico. [aclara y se va caminando lentamente adelante] Estuve hablando con Herr Schumann y quedó muy contento con la visita que le hicieron. [me comenta el gringo] Lo prometido es deuda. [respondo] Le llevamos un pastel de choclo para que supiera en qué queríamos usarlos. [agrego] Micha se ríe. Me contó que estaba muy sabgoso y que ahoga le da tgisteza dagle el maíz a sus gallinas y cegdos. [comenta] Ya quedamos amigos y el próximo año iremos directamente a comprarle choclos. Siempre que no haya caído la Junta, porque en ese caso... ¡nos vamos todos de vuelta! [comento] Ah, Coque, seguía una ggran aleggía y una ggran tgisteza paga mí, pogque debo decigte que les deseo lo mejog, pego no me gustaguía pegrdeglos como amigos. [me confiesa] Tendrías que volver a tus Genossen cuadrados y aburridos. Te mandarían a una escuela de reeducación marxista en Albania para hacerte un lavado de cerebro y sacarte las malas costumbres chilenas. [le advierto] Ay, Coque. ¿Alguna vez tú hablas en seguio? [replica] Siempre, Genosse, siempre. [y el alemán se ríe de buena gana, creyendo que es otra de mis bromas]

El viejo se echa sobre un chamanto desde donde se puede cuartear a sus anchas con la Regina. Viejo perverso, se mira pero no se toca. [le digo al oído] Frunce el ceño y pone cara de enojo, aunque sabe que lo tengo pillado. Se está armando la fiesta. Cada uno tiene ya su empanada en una mano y un vaso de vino en la otra. Y vienen los brindis. ¡Por Angol! [grita uno por un lado] ¡Y este por Mejillones! [grita otro] ¡Yo hago un salud por el Glorioso Partido Comunista! [dice un tercero] ¡Mapu en la lucha, quiere decir...! [alcanza a cantar una compañera antes de ser abucheada por la concurrencia] Nada de política, pura chilenidad, por favor. [solicita la Rosita] Y continúa: Yo hago un brindis por todos nosotros, por nuestras penas, nostalgias y alegrías, por la fuerza que tenemos de llevar la Patria a cualquier lugar donde estemos. ¡Salud, compañeros! [y se manda un vaso de tinto al seco] Todos la acompañamos.

Ayúdeme usted compadre pa' gritar un ¡viva Chile! La tierra de los zorzales y de los rojos copihues... [se lanza a cantar la Regina, sacando el vozarrón que ya le conocemos] Todos la coreamos. Y por ahí veo unas lágrimas que se asoman. Le hago una seña a la Regina para que

alegre el ánimo, y cuando termina el *Chile lindo* se lanza de inmediato con *La cueca del guatón Loyola*. Saco mi pañuelo y agarro a la Chabela para llevarla al medio del ruedo. Me la paseo un poco y partimos bailando. (¡Ay, Chabelita!, si supieras que es verdad que este gallo te pisaría mañana, tarde y noche para asegurarse que no fueras a poner huevos hueros. Te rezaría, te veneraría, te idolatraría. Menéate, mírame por sobre el hombro, acaríciame con el pañuelo, sonríeme y... ¡pégame otro caderazo!). Otras parejas se unen. Cuecas tradicionales, cuecas chilotas, cuecas cochinas, sajurianas, refalosas. Aquí vamos de una en una. Métale baile y métale vino. Algunos alemanes que van de paseo se paran a mirar esta fiesta tan maravillosa, como diría la Violeta Parra. Llega mi Eva, aparece entremedio de todos los mirones y se aproxima sonriente, tratando infructuosamente de seguir un ritmo que le es tan ajeno como los porotos con riendas. La abrazo, la beso, le sirvo un vaso de vino con duraznos. Ella viene ya contagiada con la alegría de los festejantes. Veo que el Mujica le dice algo al oído a la Regina. Ella lo rechaza. Él vuelve a la carga. Se nota un poco tambaleante. Vuelve a ser rechazado. Se aleja unos pasos y otra vez a la carga, y medio que se le cae encima. La negrita trata de continuar cantando como si nada sucediera. Veo a Pedro que está encolerizado. Emputado. Es momento de estar alerta. A este se le pasa la mano con mucha facilidad. Abandono a mi Eva y me voy por atrás. ¿Qué le pasa, compañero? [escucho que dice Pedro] Es que esta huevona no quiere cantar el *Venceremos*. Es una contrarrevolucionaria, compañero. [le alega con la lengua traposa] A Pedro se le nubla el horizonte y en uno de sus ataques de locura lo agarra de la camisa con la derecha y le pone la izquierda empuñada cerca del mentón. Mira, chuchas de tu madre, la compañera no es ninguna huevona. El pelotudo eres tú que estás curado y no entiendes nada. La semana pasada, para el 11, ya cantamos el *Venceremos, El pueblo unido* y el *No nos moverán* hasta que nos dio puntada. Ahora estamos en otra. Cachaste, ¿jueputa? Así es que quédate tranquilito y no jodas más a la Regina. [lo amenaza] Soi' choro, Pepe Pato. La andái defendiendo porque te la estái culiando... ¿Viste que te tengo rochao? [le responde y se inclina de nuevo el Mujica sobre el hombro de la Regina para insistir] Como lo tiene agarrado, Pedro lo levanta en vilo y lo lleva al pie de otro árbol. Lo obliga a sentarse. ¡Quédate quieto, huevón retamboreado! [le ordena y le manda un manso combo en la jeta] Yo creo que el alcohol que corre profusamente por las venas de Mujica no le permite sentir el dolor que debe haberle provocado tamaño puñete. Pedro se aleja. Me acerco al mesón y lleno un vaso de vino. ¿Qué pasa? [le pregunto a Pedro que viene llegando] Nada, el Mujica que se volvió a curar. [me explica] Pero no armes escándalo, Pedro. Tú estás alterándote muy fácilmente. [le reprocho] Bien buena, pelotudo. ¿De dónde saliste con esa? El otro

huevón se cura y tú me acusas a mí de armar lío. ¡Linda la viste! ¡Cuáquero culiao! [me insulta] Tranquilo, compadre. No la agarre conmigo ahora. Lo único que planteo es que a lo mejor no es necesaria la violencia entre nosotros. [le explico] (Parece que este no es el mejor momento para conversar el tema). Me doy media vuelta y le llevo el vaso al Mujica para que de una vez por todas se muera de borracho. Pero ni siquiera se da cuenta. Se resbaló hacia un lado y está roncando. Mejor me lo tomo yo.

Desde lejos miro al grupo. Es insólito. En este parque tan europeo, tan alemán, en este claro del bosque, un puñado de chilenos roticuacos y mal agestados. Las mujeres más compuestas, con unas polleras multicolores, flores en el pelo, pañuelito bordado sobre el hombro. ¡Pero los machos! Los machos de negro, con unos gorros de papel desarmados, las caras coloradas como tomate, tambaleándose y zapateando a duras penas. Cada uno con su vaso de vino en la mano. Más cercano a los árboles, los miembros de las familias más comedidas tendidos sobre el pasto, los niños jugando al pillarse o las escondidas. ¡Capilla! [grita uno] ¡No vale! [le responde el otro] Manet: Dejeneur sur l'herbe, debe estar pensando el viejo porque la Regina hace ya rato que no le da chance para cuartearse. ¡Chupalla! ¿Y eso? ¿Micha y Eva haciendo grupito aparte? Los dos echaditos en un chamanto y conversando de lo más animados. (No, gringuito, esa sí que no te la aguanto. Y el combo que le mandaron al Mujica va a ser una caricia al lado del que te voy a dar yo si se te pasa por la mente ponerme el gorro. ¡Cuidadito!). Paso por el lado y les hago un gesto de advertencia. (Marco presencia-pertenencia-prepotencia). Sigo camino hacia donde se encuentran Salvador y Manuel, que los veo que están parados y abrazados, como sujetándose el uno al otro. Me acerco para conversar con ellos. Tienen los ojos turbios y a media asta. Me agacho. ¿Qué les pasa? [indago] Nada. [responden en coro pero con cierta dificultad] ¿Qué tomaron? [pregunto] Apfelsaft. [responden en coro] ¿Qué comieron? Empanadas. [dice Manuel] Y duraznos. [agrega Salvador] ¿Duraznos? ¿De dónde sacaron duraznos? [quiero saber] De los vasos que dejaron los tíos, ¡poh! [me informa Manuel] Me levanto y voy donde Pedro que me dejó chamuscado. Me acerco y le pongo cariñosamente un brazo en el hombro. Perdona, compadre. Creí que estabas armando lío y no me di cuenta de que era todo lo contrario. [me disculpo para calmarlo, porque cuando le bajan estos arranques de furia parece un elefante encabritado compuesto por Wagner] (Esta es nuestra relación de inmensa amistad y de amor-odio. Somos demasiado distintos para ser tan amigos y querernos tanto. Al fin de cuentas, probablemente, lo que nos une es el dolor, la lejanía y la soledad. Nada más). Ahora, y sin querer ser melodramático, yo que tú me preocuparía por los enanos. [le advierto] ¿Qué pasó? ¿Dónde

están? [reacciona alarmado] No ha pasado nada grave, solo que están borrachos como cuba porque se comieron todos los duraznos del ponche... ¡Parecen hijos del Mujica! [concluyo para joderlo] ¡La puta madre! [exclama y sale corriendo a buscarlos] La Chabela sigue tratando de que Micha logre zapatear una cueca como Dios manda. (Chabelita, Chabelita. Apuesto a que te diste cuenta de mi cabreamiento cuando vi a esa parejita echada sobre el chamanto y sacaste a bailar al gringo para alejarlo. ¡Cómo te quiero, Chabelita!). Me voy a buscar a mi novia nativa y me afano en que aprenda a mover el pañuelo con coquetería y donaire. (¿Qué estaría hablando con Micha? Yo no voy a preguntar. Pero ardo en celos. ¡Mierda! ¡Mierda!).

21

Termino de tomarme el desayuno. Hoy amanecí flojo. Ni siquiera me he duchado ni vestido. La Eva se fue temprano a realizar sus compras y asear su Bauerncuchitril. Cada día está más desinhibida y ya le importa un bledo que sepan que a veces pernocta aquí. Acabo de terminar el *Confieso que he vivido*. Harto sobrado, don Pablo. Lo leí picado por lo del viejo. Es verdad, nunca lo nombra. Me pongo el pijama y me paseo por el departamento. Miro todo como si fuera la primera vez, como si me hubiese materializado entre estas cuatro paredes y no supiera dónde estoy. Ser o estar, that is the question. Traducción libre que le llaman. Me inclino por estar. Estoy aquí, pero no soy de aquí. That is the answer. Versión libre que le llaman. No soy de aquí, ni soy de allá, no tengo edad ni porvenir... Me echo en el sofá. Me levanto y doy otro paseo. Como león enjaulado. Me vuelvo a echar. Quisiera dormir un rato, pero no logro conciliar el sueño. El tiempo está pasando demasiado lento, se arrastra. Y de pronto me doy cuenta de que llevo años en este lugar. Y que el horizonte es muy estrecho. Está pegado a mi frente. Quiero que alguien toque a la puerta y me cuente sus problemas. Es la única manera de postergar los míos. Ansío que lleguen las dos de la tarde y encerrarme en la pecera con mis viejas. Ayer recibí mi pasaporte de la RDA. Ahora tengo identidad. Aunque sea un pasaporte para extranjeros. Está bien. Eso es lo que soy. Un extraño, un foráneo, un forastero, un ser ajeno. Podría irme. ¿Adónde? En cualquier parte sería lo mismo. Voy a invitar a mi pelirroja a Praga. Cuando le conté al viejo, me indicó que el viaje valía la pena porque allá está Cleopatra. No hice ningún comentario, pero no dudo que ha de ser otro Rubens. Recibí carta de mi madre y me dice que siguen buscándome. Volvieron a allanar la casa. En el entretecho encontraron algunos libros. Uno se llamaba *Groucho y yo,* pero el milico más avispado descubrió que el autor era Groucho Marx. Lo confiscaron por subversivo. Sin comentarios. O quizás sí: la inteligencia militar es una contradicción en los términos, decía el propio Groucho. ¡Dejen a la gente tranquila! ¡Hasta cuándo van a joder! ¡Milicos de mierda!

Suena el timbre. (Los ángeles del cielo escucharon mi clamor). Voy a abrir. El Pelao Quintanilla está parado en la puerta. Quiero pedirte una conversación. [dice] Lo hago pasar al living. Se ve triste, abatido. Yo, de inmediato, cambio la cara. No quiero que nadie me vea como él. Se pasó dos años preso en Pisagua. Sobrevivió a tres simulacros de fusilamiento. Fue detenido, torturado y fusilado. Al tercer día (del

tercer año) resucitó de entre los muertos. Y hoy vive tras la cortina de hierro, a salvo del peligro y del pecado. Fue demócrata cristiano y después se pasó a la Izquierda Cristiana. Y ya no cree en Dios. Me ha contado que hace esfuerzos por recuperar la fe, pero después de lo que vio en el campo de concentración se le hace imposible. Si existe un ser superior, no es ese en el que yo creía. [me comentó hace un tiempo] Nadie puede concebir ni aceptar tanta maldad. [me dijo] Pero hoy viene por motivos menos sacrosantos. [supongo]

Se sienta, saca un cigarrillo de mi cajetilla y lo enciende. Aspira profundo y suelta el humo haciendo argollas en el aire. Vuelve a darle una chupada. Yo lo observo. Y él levanta los ojos y me mira. No puedo aprender alemán, Coque. Y la Estrella tampoco. Hemos tratado. Llevamos más de seis meses con clases, estudiamos a lo menos dos horas diarias. Y no hemos podido pasar de la página quince del *Herder*. No hay caso. Y los cabros no hacen otra cosa que hablar alemán. No entienden por qué nosotros no logramos aprender. Y no quieren hablar en castellano. Esto está destruyendo nuestra familia. Estamos bien. Vivimos mejor que en Iquique. Nunca habríamos soñado con un nivel de vida como el que tenemos ahora, pero estamos angustiados. No tenemos diálogo con nuestros hijos. Elías casi no sabe castellano, Luis Emilio no quiere acordarse y Julián habla con nosotros solo cuando no están sus hermanos. Si le conversamos de Chile dice que no es chileno, que él no es de un país donde no lo quieren, donde no puede vivir. ¡Es mi familia, Coque! Nos sentamos a la mesa y mientras yo hablo con la Estrella, los niños hablan alemán entre ellos. Y nosotros no entendemos nada de lo que dicen. Están empezando a mofarse de nosotros. Si salimos a pasear y vamos a un restaurante, si queremos chapurrear algo en alemán nos hacen callar. Yo creo que les damos vergüenza. No sabemos qué hacer...

¿Has hablado con Micha? [pregunto] Claro, él nos ha conseguido que nos hagan clases particulares de alemán, pero no hay caso. [me explica] Cuéntale tu preocupación a los alemanes, habla con tu partido y consíguete salir de aquí e irte a España, a México o a Cuba. [propongo] Los niños no quieren. Dicen que están bien aquí, que no aceptan moverse. Han tenido suficiente agitación los últimos años y ya se acostumbraron. Tienen sus amigos en el colegio, son yunguepionere, están en el equipo de fútbol... ¡Estamos cagados! [exclama] La única solución es que ustedes aprendan alemán, entonces. [concluyo] Habla de nuevo con Micha y pídele que los saque de la Pentacon un mes o dos, ¡y hasta tres si es necesario!, y que les hagan un curso intensivo. Métanse entre puros alemanes y van a tener que aprender, como cabros chicos, de a poco. Arma un juego con tus propios hijos. Que en vez de reírse de ustedes, la tarea sea enseñarles. [propongo] ¿Tú crees que los alemanes lo aceptarían?

[pregunta con cara un poco menos desolada] Por supuesto, Pelao. No te van a poner ningún inconveniente. Para ellos lo más importante es que los chilenos nos quedemos aquí. Que no desertemos por ningún motivo. [explico] ¡Pucha! Buena idea. Lo voy a conversar con la Estrella. ¿Tienes el teléfono de Micha? [me solicita] Conducto regular, compañero. Habla con Nelson y que él te acompañe. [agrego] Tienes razón. Gracias, Coque. Hice bien en venir. [dice] Se termina la cerveza y se va. (He logrado superar una hora más aquí. Una hora menos del tiempo que me queda para estar, para volver, para que algo cambie).

Subo las escaleras y enfrento la puerta del departamento de Jesús. Toco dos veces. Siento los pasos que se aproximan. La puerta se abre. Aparece el viejo elegantemente vestido. Se ha puesto un traje oscuro con chaleco y una corbata roja que luce una pequeña Torre Eiffel de oro, a modo de prendedor. Estimado compañero, dichosos los ojos que lo ven. [dice, haciendo una reverencia para invitarme a entrar] Echo una mirada al living y descubro inmediatamente la causa del buen ánimo de mi anfitrión: una botella de Stierblut a medio vaciar junto a un vaso a medio beber. ¿En qué quedamos, viejo? ¿No era que te habían prohibido el trago? [pregunto] Le vin est le lait de vieillards! [responde con un gesto de prócer] Pero para ti no es leche, sino el veneno que va a terminar con tu hígado. [contraargumento] Qui a bu boira. [me dice, alzando la copa y bebiendo luego un trago] Estabas tan bien, viejo, con más apetito, recuperándote... Y ahora vas a empezar con problemas de nuevo. ¡Después del susto que nos hiciste pasar! [insisto] Un verre de vin tire souvent mieux que deux bœufs. Hoy sí que amaneció franchute, compañero. [le digo con enojo] Por eso me ves contento. ¡Cambia esa cara! [me conmina] Me siento en el sillón. Sí, compañero, ¿pero cuánto le va a durar? Y piense que yo quiero seguir visitándolo por mucho tiempo. [le reclamo] Quand tu es né rond, tu ne meurt pas pointu, dicen los martiniqueños. [asevera] Saca un Parliament y lo enciende raspando un fósforo en la suela de su zapato. ¡Recórcholis! Está definitivamente hecho un vaquero. Me doy por vencido. Voy a la cocina a buscar un vaso para servirme un tinto antes de irme a la pega. If you can't beat them, join them. [pienso en inglés, porque el francés no se me da] Ya en la cocina descubro la verdad de la milanesa: tres berlines sobre una fuente primorosamente cubierta por un paño blanco. Dos tazas preparadas junto a una tetera lista para recibir el agua hirviendo. Y una rosa roja y solitaria en un pequeño florero. Veo que tendrás visita, Jesús. [adivino] Femme sait un art avant le diable...! [murmura] Querido Coque, el tiempo que me queda de vida no pienso desperdiciarlo alargándolo en tono menor. No sirvo para eso. He vivido intensamente, febrilmente, alegremente, he vivido cada hora y cada día riéndome a carcajadas y llorando a mares. No es este el momento

de poner el freno y aprisionarme en un estilo monocorde, monocromático y monacal. Mi falo ha gobernado mi vida entera y no lo traicionaré jamás. Es mi señor y amo, el sultán que tiene todos los derechos sobre mi persona. Y el día en que me falle, le demostraré a las nativas, como las llamas tú, que el castellano no es una lengua muerta. No he llegado hasta aquí para encerrarme en este departamento y conservarme entre las sábanas como feto de laboratorio en formol. Lo que no quiere decir que yo desee la muerte, compañero. Eso... ¡Jamás! ¡Por ningún motivo! ¡Es antirrevolucionario! Me interesa vivir lo más posible. ¡Pero vivir, compañero! ¡Con la bandera y el puño en alto hasta el último aliento del último día! [Jesús pronuncia estas últimas frases como si una multitud lo escuchara y espera la correspondiente aclamación] Para terminar cantando: No hay revolución, no hay revolución sin una general copulación, copulación, copulación. Eso es *Marat-Sade,* de Peter Weiss. [concluye, bajando la voz] ¡Como si yo no hubiera visto la obra!

Estoy en el paradero. Veo a Pedro que se acerca cabizbajo y con las manos en los bolsillos del chaquetón. Me temo que se aproxima otro rollo. Debe haber amanecido en la tesitura larghetto. Faltan cuatro minutos para que aparezca el tranvía, por eso no apura el paso. Llega, se para a mi lado, y sospecho que ni siquiera me ha visto. Estoy enamorado, Coque. Estoy enfermo de enamorado. [dice, como hablando para sí mismo, sin importarle si le he puesto atención o no] Llega el tranvía. Subimos. Marcamos el boleto. Nos sentamos. Estoy enamorado, Coque. Estoy enfermo de enamorado. Repite, y supongo que ahora necesita que me dé por aludido. Como un adolescente. [comento] ¿Cómo sabes? [pregunta] Porque te veo la cara y me cacho que lo único que te falta son las espinillas. [agrego] No hay reacción. ¿La conozco? [consulto, temiendo que me diga que es la Regina. Ahí sí que estaríamos en problemas. Seríamos hermanos de leche] No, no la conoces. Es una violinista checa. [me informa] ¿Una violinista checa? ¿De dónde sacaste una violinista checa? ¿Es rica? [se queda con la última de mis preguntas] No se trata de eso. No es un asunto físico. Es del alma, de las venas, de los ojos. [dice al borde de la cursilería] Contengo mi comentario. Espero. Me he pasado toda la mañana caminando con ella por el bosque de abedules que hay más allá del Pioneer Palast. Tiene unas manos finas y largas. Suaves, nervudas. Sus ojos rasgados color miel me miran y me dejan sin respiración. Cuando me habla casi no escucho lo que dice porque solo admiro el movimiento de sus labios justos, la boca que deja entrever sus dientes perfectos, el hoyuelo de su mentón. En su mejilla izquierda tiene una fina línea, una antigua cicatriz apenas perceptible, que me hace ver con más claridad la belleza y perfección de sus rasgos. No la miro,

Coque, la contemplo. Y me llena de paz. Me da miedo tocarla, mancillarla. Me da miedo profanar su hermosura y ultrajar el amor que siento por ella. Es una diosa... ¡Por la puta que la parió! [termina desesperándose Pedro] Bueno, ¿y el resto? ¿Tiene buenas piernas? ¿Un culo que valga la pena? ¿Un buen par de tetas? [pregunto, aprovechando el exabrupto después del rosario almibarado] No seas prosaico, Coque. Estoy hablando desde el alma y no desde la testosterona. [me reprocha] De acuerdo, de acuerdo, Pedro, me parece una voladura súper linda, pero todos los aviones tienen que aterrizar y hay que guardarlos en un hangar. ¿O no? [comento e interrogo] No, cachero al peo, este avión sigue volando y todavía no logra aterrizar, porque sería un sacrilegio. [me informa] (Este tiene con la checa los mismos sentimientos que yo tengo con la Chabela... ¡Supiera! Le gustan virginales, hermosas, apacibles). Pero... ¿cuánto tiempo llevas en esta travesía? [consulto] Más de un año, Coque. Más de un año en que no puedo vivir ni dormir tranquilo, en que no puedo sacármela de la cabeza. Más de un año en que solo pienso en volverla a ver. [se lamenta extasiado] ¿Y no le has pegado ni un polvito? ¿Ni una paraguaya contra un abedul? [lo interrogo porque estoy... anonadado, para usar una palabra en el tono de mi interlocutor] ¡Eso es una ordinariez! ¿Quieres saber? La respuesta es un rotundo no. No me he acostado con ella. ¿Te deja tranquilo? [reacciona con enojo] Mira, Pedro, yo no soy Jean de Fremisse ni hago terapia de parejas, pero no me cabe duda de que toda esta situación te tiene achacado, y la Chabela debe estar hasta las cachas contigo. O tú aterrizas el aeroplano y lo embocas en ese hangar sublime, o tu matrimonio, tu familia y tu vida se te van a ir a la cresta. Raje esa ilusión, compadre, que para eso el tatita Dios nos dio una espada. [le aconsejo mientras bajamos frente a la Pentacon. Pero no consigo mucho] Eres vulgar. No entiendes nada. [me larga y aprieta el tranco para irse delante y separarse de este chilenito rasca y prosaico]

Después de este día, más le vale al colectillo nombrarme oficialmente su párroco. Aunque mis intervenciones parece que no están guiadas exactamente por la mano del Espíritu Santo. Así sea.

22

Subo al piso siete. Me avisaron que había nuevos inquilinos. Un matrimonio internacional. Él, argentino; ella, brasileña. Los hijos: un brasileño, un chileno, un argentino, un cubano. Se han ido de golpe en golpe. Y de cárcel en cárcel. Primero, como militantes del MR-8 y compañeros de Lamarca, cayeron en las cercanías de Buriti Cristalino y se salvaron por un pelo de que los ejecutaran. Cuando los liberaron se fueron a Santiago. Con el currículo que traían ingresaron corriendo al MIR y se instalaron en Conchalí. A los días del golpe, como a muchos brasileños y argentinos, los detuvieron. Por estar observando el proceso, como era la costumbre de la época. Peregrinaron por el Estadio Nacional, Villa Grimaldi y Cuatro Álamos. Suma y sigue. Cuando los liberaron se fueron a Buenos Aires para unirse a los Montoneros. A poco andar, nuevo golpe y, como dice la zamba: ¡adentro! Escuela de Mecánica de la Armada. Y de ahí, en un intento por tranquilizar la vida, se fueron a La Habana. Menos mal que Fidel está firme, que si no, de nuevo los encierran. Claro que salieron buenos para el catre los compañeros. Ciudad que visitan la premian con un nuevo ciudadano. Si se hacen un alemancito les va a tocar un departamento más grande, de tres dormitorios. Según los reglamentos, tienen que ser cinco cabros chicos.

Toco el timbre. Espero.

Se abre la puerta y me cae una tromba encima. Cuatro enanos mulatos que parecen mellizos si no fuera por las diferencias de edad, altura y peso. Me invaden como pelusas de Valparaíso a marinero noruego, como pirañas amazónicas. Se suben arriba mío, uno encima del otro, el más grande me da la mano, el otro me abraza. Los cuatro me hablan como cubanos y entre ellos se hablan en portuñol, me empujan hacia adentro, me sientan en el living y me ofrecen algo de tomar. Agradezco y rechazo el gesto, les explico que vengo solo a saludar. Del dormitorio aparece la diosa Hera en versión ébano e imaginada por Rubens, que esta vez sí quería pintar una mujer robusta. Cubriendo su cuerpo absolutamente monumental en su estructura, contornos y tamaño, una bata de seda floreada flota con su andar. Teresinha, bahiana e agora vagabunda. [se presenta] Y en mi camino hacia su mejilla para darnos un beso de saludo miro el escote donde se bambolean un par de tetas colosales. No llego. La brasileña me pasa un brazo por la cintura y me estruja, lo que hace posible que logremos nuestra intención inicial. Me suelta y vuelvo a pisar tierra firme con seguridad. Se abre la puerta del baño y mis ojos no dan

crédito a lo que ven. El argentino mide uno cincuenta y cinco y pesa cincuenta kilos. Debería ser jockey. Juan Carlos Mazzetti Garibaldi. Encantado. ¿Vos sos? [se presenta y pregunta mientras yo admiro sus mocasines brillantes, su pantalón de tela con la raya impecable, su camiseta de red sin mangas cubriendo el pecho lampiño, pero oculto tras una frondosa y exuberante barba que le tapa la mitad del torso] Coque, del 203. [le digo, sin preocuparme de dar más señales, porque en este negocio nuestro, mientras uno menos sepa, mejor] Pasé a darles la bienvenida y ofrecerles mi ayuda en lo que necesiten. [digo inhibido] Gracias, gracias. Sos muy gentil, che. Pero vení, sentate. ¿No querés beber algo? [ofrece] La verdad que no, acabo de almorzar. [explico] ¿Acabás de almorzar? No puede ser. ¡Si Teresinha y yo hasta hemos dormido una siesta! [exclama medio sentado, medio encumbrado en un sillón frente a mí] (Miro a su vasta mujer. Está echada a lo ancho del sofá. Su bata ha cedido y una de sus tetas muestra medio pezón, más negro y casi fosforescente. La pierna cruzada y montada sobre la otra me deja un túnel para divisar al fondo una champa proporcional al animal que tiene alrededor. ¡Recórcholis! Ahí se pierde Juan Carlos Mazzetti Garibaldi a la hora de la siesta. [pienso] Es que salgo de la fábrica a las dos de la tarde. [aclaro] ¿Vos estás todavía en la Pentacón? Pero... ¿hace cuánto que llegaste? [me mira como si fuera marciano] Poco más de un año. [disminuyo] A mí me ofrecieron ese laburo de obrero, pero me pareció impropio. Así es que mi esposa y yo vamos como traductores a la revista *Puente,* de la Editorial Zeit im Bild. ¿Viste? Es más congruente con el grado académico que ambos ostentamos. [dice, observando a su esposa de arriba abajo con orgullo, satisfacción y solaz] No es para menos. Con ella tiene mujer para toda la vida y sus próximas dos reencarnaciones. ¿Y vos? ¿Estudiaste o te dedicaste desde pibe a la revolución? [pregunta] Ambas cosas. Soy sociólogo. [digo] ¡Aaahh! [reacciona] Y estoy aprovechando mi experiencia en la Pentacon para realizar una investigación y escribir un libro. [miento] ¡A ustedes los sociólogos les encantan los obreros! ¡No imaginás lo gracioso que es eso! País al que voy, me encuentro con algún sociólogo estudiando obreros. Y a pesar de todo lo que han escrito, ¡todavía no se han enterado de que están en extinción! ¿Y qué les estás investigando? [afirma-ríe-se estira-consulta] Mira, es un estudio exploratorio en profundidad para el que estoy utilizando el método de la observación participante, que es una manera de devolverles el golpe a estos europeos por aquello de la colonización. [me explayo] En qué sentido, no capto la relación que hacés entre una cosa y la otra. [interroga] Es que ese método de investigación lo inventaron los ingleses para estudiar a los pueblos colonizados. Y yo pretendo aplicarles el mismo método para estudiar a los europeos. [trato de

explicar el chiste] ¡Aaahh! Ya comprendo. [dice sin siquiera sonreír] ¿Y cómo funciona? [consulta] Bueno, pertenece al área de lo que llamamos la investigación cualitativa, la que intenta identificar la naturaleza profunda de las realidades, su sistema de relaciones y su estructura dinámica. Se trata de crear una comunicación horizontal entre el investigador y los sujetos-objetos del estudio. Se caracteriza por una mayor naturalidad y requiere de habilidad para aislar los factores sociales en un escenario normal. Ahora, este método es sólido en cuanto a la validez interna, aunque lo es menos en cuanto a su validez externa. En pocas palabras, lo que se encuentra no es generalizable a la totalidad de la población. ¿Has leído algo de metodología? [afirmo-pregunto] (Épater le bur-geois, como diría el viejo. Es que me tiene tostado este petiso). Y... Sí, me queda totalmente claro. Interesante. ¿No te parece a vos, nena? [le lanza la bola a la bahiana, que sigue mostrándome su bosque de algarrobos negros] Perdão painho, eu tava avoada. Pensando noutras coisas... [reacciona sorprendida por la pregunta] Não importa, benzinho... [dice el argentino menudo que claramente no entendió ni un carajo. Y parece que no le interesa tampoco] Pero yo estoy contento porque salvé la denigrante situación. A propósito, ustedes que hablan brasilero, ¿me pueden decir qué significa «ainda»? [pregunto] ¿Ainda? Por supuesto, significa «todavía». [responde la bahiana con un inobjetable acento cubano] (Todavía, todavía, todavía. ¡Buen dar que soy idiota! ¿Cómo no me di cuenta mientras leía el libro? Y yo que pensaba que era «sin embargo»). Bueno, ya obtuve lo que vine a buscar: el significado de «ainda». [pienso] Me paro y doy las disculpas del caso. Juan Carlos me insiste para que me quede otro rato. Suficientes niños, suficiente agresión y suficiente conversa. Me inclino para besar en la mejilla a Teresinha y ella me da uno con comisura, pero sin dobles intenciones. Juan Carlos me acompaña a la puerta. Avanzamos sitiados por pequeños indios que nos rodean y lanzan gritos de guerra. Gracias, hermano, estamos muy agradecidos de que hayás venido. [dice el argentino] El placer ha sido mío. Les deseo una buena estadía en Dresden. [estrechamos manos]

¿Por qué mierda esa personalidad de los argentinos nos convierte instantáneamente en provincianos, semianalfabetos, tímidos y acomplejados? ¡Estos cuyanos tienen una pachorra! Y se van de traductores a la Zeit im Bild. Ese fue un golpe bajo. Llevo ya demasiado tiempo en la puta Pentacon y na de na. Llamo al ascensor para bajar y pasar a ver al viejo. Se abren las puertas. Aparece en el interior Lenin Mandujano. Contigo tengo que hablar. [dice] A la orden, compañero. [respondo mientras entro al ascensor]. Vuelve a presionar el botón de la planta baja que ya estaba iluminado. Voy al tercero. [aclaro] Es que quiero que conversemos. [insiste] Seguimos

en silencio. Salimos a la calle y nos paseamos por la vereda. Estoy preocupado por Alcides. Yo creo que es agente de la DINA. [me informa] ¡Estás loco! ¡Andas buscando fantasmas por todas partes! ¡Apuesto a que estás escuchando Radio Moscú! [exclamo] No seas huevón. Analiza, Coque. ¿Quién le conoce la historia? Dice que es oriundo de Caldera y militante del PS, pero le he escrito a unos parientes míos que son de la zona y socialistas. No tienen idea, no lo conocen. Dice que estuvo en el campo de concentración de Pisagua y me informé con algunos que pasaron una larga temporada allá, y tampoco lo vieron preso. Su biografía es una mentira. [me explica] ¡Su nombre puede ser una chapa! ¿No has pensado en eso? ¿Tú crees que yo me llamo Coque? [interrogo y continúo] ¿Y qué crees que puede hacer aquí en Dresden un agente de la DINA? ¿Espiarnos a nosotros? ¿A unos muertos de hambre y exiliados políticos que nadie toma en cuenta? No somos nada, Lenin. Nada. ¡Estaría perdiendo el tiempo! [reacciono] Eso es lo que quiere que todos creamos, pero desde aquí está más seguro y obtiene información de lo que sucede en toda la RDA, de la dirigencia en Berlín, de los que asisten a los cursos de cuadros, de los que deciden irse a otros países, de los que hemos optado por quedarnos, de las actividades y discusiones políticas. Es mucha la información que puede sacar. [reflexiona] ¿Y qué quieres hacer? ¿Avisarle a la Stasi? [interrogo] Todavía no, compañero. Necesito mucha más información. Quién le escribe, con quién se relaciona, a quiénes telefonea... [improvisa] O sea, ¿quieres convertirte en espía para encontrar a un espía? Estás loco, Lenin. [protesto] Pero si es muy simple, Coque. No lo voy a hacer solo. Necesito que me ayudes. Lo que te pido es que te encargues de su correo. De sacar las cartas de su casillero, leerlas y ver si descubres algo. [me solicita] ¿Y tú crees que la DINA es tan ordinaria que va a tener un espía aquí en Dresden y le va a escribir cartas por correo para darle información o solicitarle algo especial? [lo desafío] Por supuesto. Es lo que hacen. Utilizar los métodos más normales y menos sospechosos para tener mayor seguridad. [argumenta] No cuentes conmigo, Lenin. No es mi estilo ni me inquieta que un pobre pelotudo de cuarta categoría me ande espiando a mí, que no tengo nada que esconder porque soy de quinta categoría y todos estamos en el desamparo absoluto. No somos peligro para nadie. [replico] Se indigna. ¡Revisionista! ¡Acomodado! [me espeta] Se da media vuelta y se aleja con paso rápido. (Suficiente tengo yo con los enigmas que rodean a mi pelirroja para andarme metiendo en la vida de un tipo tan insípido como Alcides). El cielo luce nubes altas y está corriendo un viento helado que se me cuela por debajo de los pantalones. ¡Pero me niego a usar calzoncillos largos!

Vuelvo al edificio y subo al ascensor. Llego al tercer piso. Aparece el

viejo envuelto en una bata escocesa y pantuflas. ¿No te has vestido aún? [pregunto] ¿Para qué, compañero? [responde desanimado] Para recibir a alguna de tus damiselas que comen berlines o bajar a tomar el sol del invierno que está muy agradable. [le invento] No, Coque, me he contentado con leer algo de Mallarmé: Sans plus il faut dormir en l'oubli du blasphème, / Sur le sable altéré gisant et comme j'aime / Ouvrir ma bouche à l'astre efficace des vins! // Couple, adieu; je vais voir l'ombre que tu devins. [me explica-declama] Demasiado francés para este luchador proletario en hibernación. Especialmente hoy día. [confieso] ¿Algún pelo en la sopa? [pregunta] Una luenga barba con acento argentino. [especifico] ¿Y dónde quedó el internacionalismo proletario, camarada? [continúa] ¡Qué internacionalismo ni qué ocho cuartos! Se trata de un pequeñoburgués con ínfulas de súper revolucionario que se ha mamado todos los centros de tortura de Latinoamérica y parece que viene saliendo de las termas de Cauquenes. Un parásito intelectualoide que acaba de llegar y se ha conseguido una pega de traductor en la Zeit im Bild. Y yo sigo aquí enterrado en la Pentacon pelándome el lomo como obrero, ¿viste? Experiencia que, por supuesto, ¡no está a la altura del «grado académico que ostenta» el barbiluengo! [reclamo] ¿Y cuál grado vendría siendo ese? [trata de averiguar] Fíjate que no le pregunté porque yo no quise quedar en ridículo cuando me dijera que era diplomado en Filosofía en Lovaina, tenía una maestría en la Lomonosov y un doctorado honoris causa en La Sorbona. ¡Argentino hijo de puta! ¿Por qué mierda somos tan apocados los chilenos? ¿Por qué nos miran hacia abajo? ¿Por qué mierda nos acomplejamos con ellos? ¿Por qué todos se llaman Juan Carlos? [me desahogo] (Estoy igual que las mujeres, haciendo una pregunta detrás de la otra y explorando veinte territorios al mismo tiempo). El viejo me mira con sorna. ¿Conocés Buenos Aires, boludo? ¿El Obelisco? ¿La 9 de Julio? ¿Corrientes? ¿La Recoleta? ¿El Teatro Colón? ¿Sabés bailar tango? ¿Comiste facturitas, un matambre o un plato de locro? ¿Leíste *Martín Fierro?* ¿A Julio Cortázar? ¿A Silvina Ocampo? ¿*El túnel,* de Ernesto Sábato?, ¡y yo qué sé! [quiere saber] No. [respondo lacónico] (aunque *El túnel* sí que me lo leí). Date una vuelta por allá y después conversamos. [me torea y me extiende un vaso de vodka con hielo] Zum Wohl. Por los hermanos argentinos que vos creés que son unos cretinos.

23

Le miro la cara a Ludwig y no puedo dejar de sonreír. El primer set se lo gané 6-4 y en este segundo ya le quebré de nuevo un servicio y vamos 5-4 sacando yo. Y la cuenta va en 40-15. Se pone serio, muy serio. Hasta el momento había aceptado que le ganara un juego, o un set, pero jamás un partido. Y esta puede ser la ocasión. Le tiro la bola muy a su derecha, corre para alcanzar, logra responder, pero yo ya estoy en medio de la cancha, pegado a la red y le remacho a su izquierda. Ni Mandrake el mago la agarra: 6-4. Se agarra la cabeza a dos manos. Se acerca y me dice que nunca debió enseñarme. Le explico que es solo una excepción, que no se preocupe, que no volverá a ocurrir. Pero que ahora tiene que enseñarme a sacar por arriba, porque sigo con mi saque de señorita.

Nos sentamos a descansar y extrae del bolso sus Asco Colas. Pero yo he traído un par de cervezas. Ludwig me la rechaza. Me informa que lleva tres años sin tomar. Dejo también la mía y nos vamos con las bebidas de fantasía. (Cada día hay menos gente que toma y menos gente que fuma. Entre los que me incluyo, en lo de fumar, al menos. Mientras no haya menos minas que tiran, yo estaré bien).

No voy a poder enseñarte el saque. [dice] ¿Por qué? ¿Tienes miedo de que te comience a ganar siempre? [lo bromeo] Pasado mañana, el domingo, me voy. [agrega serio] ¿Cómo que te vas? ¿A dónde te vas? [interrogo] A la BRD. [dice lacónico] ¡Tú estás loco, Ludwig! ¿Cómo te vas a ir? ¿Te vas a arrancar? ¡Eso te puede costar la vida! ¡No seas loco! [intento] Coki, no puedo discutirlo ni darte más información. Quería decírtelo yo porque eres mi único amigo y no podía aceptar que no lo supieras. Y porque confío en tu silencio. (Me cagó este gringo. ¿Por qué tuvo que decírmelo? ¿Qué hago yo ahora?). Lud-wig, no puedes hacerlo. La vida aquí es cada día mejor, tienes un buen trabajo, no vale la pena que te arriesgues... [intento-argumento] Coki, amigo mío, no quiero discutir. Mis padres están allá. Mi novia ya se fue hace dos meses y me informó que está embarazada. No voy a discutir. Es mi vida, y si la pierdo será como el partido de hoy. Siempre habrá una nueva oportunidad. (Ahora entiendo por qué le gané. Cambio de switch. ¿O fue su regalo de despedida?). ¿Vas a ser padre? [me levanto, lo abrazo y lo felicito] Que tengas suerte, Ludwig. Que tengas mucha suerte. [digo a su oído] Si es un niño se llamará Coki. [dice] ¡Nooo! Ludwig. Mi nombre es Jorge, que en alemán es Georg. [le aclaro] ¿Georg? ¿Georg? Eso suena muy bien en alemán. Se va a llamar Georg y le diremos Coki. [se alegra] (Es hora de salir de

aquí, de alejarme de este enredo. No puedo continuar o me voy a convertir en cómplice). Le estrecho la mano y le doy las gracias por su amistad y sus clases de tenis. Le deseo suerte una vez más y me alejo. Siento su mirada en mi nuca. Pero no me voy a girar. Este cuento se acabó y ya me olvidé. Ya me olvidé. Lo borré de mi cabeza. ¡No quiero saber! ¡No quiero saber! ¡No quiero saber! ¡No quiero saber!

Pero no es cierto. No puedo borrarlo. Son las once de la noche y sigo pensando en el tema. Ya me he echado media botella de vodka al cuerpo. Estoy tendido en el sofá y mi brazo izquierdo pasa por detrás del cuello de Eva, mi mano se introduce en su blusa y mis dedos juguetean con su pezón que en la medida en que ella se interesa en lo que pasa en la tele se ablanda, y si se aburre con la tele se endurece. Pero mi cabeza no tiene otro tema que Ludwig y mi deber de conciencia. Tengo hasta mañana para decidir. Porque me dijo que se iba el domingo. Dejó en mis manos la decisión sobre su vida. Yo determino si levanto el muro de Berlín de su existencia o le abro un forado para que pase. ¿Por qué? Nunca he querido tener ese poder sobre nadie. Timbre. ¿A esta hora? Eva se levanta y va a abrir. Vuelve. Es Peter, dice que tienes un llamado del extranjero. Salto del sofá. Solo puede ser de Chile y tiene que ser algo grave. Agarraron a mi hermano. O se murió mi madre. Paso corriendo al lado del conserje que trata de decirme algo, pero no le escucho. No quiero que nadie me prepare. Si es una mala noticia, quiero saberla lo antes posible. Entro al departamento de Peter como un celaje. Agarro el teléfono. Aló, ¿quién habla? Y al otro lado escucho la voz de Ludwig. Coki, Coki. Soy Ludwig. [dice] Respiro aliviado. Te llamo para informarte que hoy he salido de la DDR. No quise decirte nada antes porque no quería involucrarte en algo que sé que va en contra de tus principios. Pero como has sido mi amigo durante estos años, ahora que ya estoy aquí en Frankfurt, quería que lo supieras. Porque muchos se preguntarán por mi ausencia. Quería que supieras. Te ruego que le avises también a Siegmund el lunes, para que no me espere a trabajar. Te mando un gran abrazo y gracias por tu amistad. Perdona que no te lo haya conversado, pero no era adecuado, creo. Adiós. Ni siquiera esperó a que le respondiera. Colgó. Estaba leyendo. ¡Estoy seguro de que estaba leyendo! Ludwig nunca ha dicho tantas frases seguidas. Y lo hizo porque debe sospechar que este teléfono está pinchado por la Volkspolizei o por la Stasi. ¿O porque todos los teléfonos lo están? Lo hizo para liberarme de toda culpa. Al final de todo, buena leche el Ludwig. Subo corriendo las escaleras. Tomo mi agenda. Bajo corriendo las escaleras. De lejos alcanzo a escuchar a Eva que pregunta qué sucede. Llamo a Micha. Genosse, sé que es muy tarde, pero acabo de recibir un llamado desde la BRD, de Frankfurt, de un compañero de trabajo que es amigo mío y con el que estuve jugando tenis esta tarde.

Se llama Ludwig Schade. Es tornero. Me llamó para avisarme que hoy había salido de la DDR, que estaba bien y para que le diera la noticia a Siegmund, nuestro Abteilungsleiter. Te aviso para que estés informado. [digo] No, no, yo no tenía idea. Me sorprendió porque, como te dije, incluso estuvimos jugando tenis esta tarde. [aclaro-miento] De nada, Micha. Sentí que era mi deber comunicártelo. Guten Nacht. [corto y vuelvo a marcar] Esta vez el teléfono de Siegmund. Aló, Traude, perdona la hora en que llamo, soy Coque, pero necesito hablar con Siegmund. No, Traude, gracias, a mí no me ha pasado nada (a tu marido le va a dar un infarto en dos minutos más, prepara las angiolinguales), gracias, gracias. Siegmund, acabo de recibir una extraña llamada de Ludwig. No, Siegmund, no es que sea loco. Yo estuve jugando tenis con él esta tarde, como hasta las cuatro y media. Y me acaba de llamar para informarme que estaba en Frankfurt. [le reporto] No, Frankfurt am Main. [especifico] Sí, en la BRD. [recalco] No, yo no tenía idea, ¿cómo iba a saber? ¿No te digo que estuve jugando tenis con él? Me pidió que te informara el lunes, pero pensé que en tu calidad de responsable político y Genosse debías saberlo de inmediato. [le explico] No, no creo que me vuelva a llamar. [Siegmund no quiere creer] No, no me pareció que estuviera borracho. Ludwig no toma. [el gringo insiste] Yo sé que estuvo en rehabilitación, pero lleva más de tres años sin tomar. [me doy por vencido para que la conversación termine de una vez por todas] Sí, puede ser. Puede ser. Quizás se emborrachó de nuevo y anda tan feliz que cree que está en la BRD. ¿Eso me estás diciendo? [lo picaneo] ¡Ah! Que se emborrachó nada más. ¿Y que inventó esto de la BRD? Hum... que lo inventó. Bueno, en ese caso perdona que te haya despertado a esta hora. El lunes lo sabremos cuando llegue a trabajar o cuando no llegue. [sigo tratando de darle un corte] Gute Nacht. Gute Nacht.

Le cuento a Eva que era Ludwig quien me llamaba. Que está en Frankfurt. ¿Y por qué Peter dijo que era del extranjero? ¿Qué quería a esta hora? ¿No estuviste hoy jugando tenis con él? ¿Tú crees que él es tu mejor amigo alemán? (¡No digo yo! Las mujeres siempre hacen tres o cuatro preguntas al mismo tiempo. Y uno no sabe cómo responderlas, si por orden alfabético, por importancia, por trascendencia, por su relación con lo que uno está contando. Difícil materia. Ellas viven en realidades paralelas. ¡Y uno es lineal! ¡Demasiado lineal!). No era de Frankfurt an der Oder, está en Frankfurt am Main, ¡en la BRD! [aclaro] Was?!?!?!?!?! Yo sabía la reacción que iba a producir. Aprovecho la estupefacción de Eva para ir a buscar más hielo y queso y embutidos y pan, porque sé que esto da para largo, mañana es sábado, nos vamos a beber todo el vodka disponible y, a la pasada, más vale cortar la tele también y poner algo de música. En honor al viejo, música clásica, los conciertos para violín

de Bach. Vuelvo con todas las vituallas, las dejo en la mesita de centro y me acerco a Eva y le cierro la boca que todavía tiene abierta. Ich glaube es nicht! [dice] ¡No lo creo! [traduce ella misma] ¿Por qué te llamaba a ti? [pregunta en español, porque le ha dado con practicarlo todo el tiempo. Y avanza más que yo con el alemán] ¿Por qué a ti? [repite] Porque soy su único amigo y no quería que me ofendiera, porque sabe que yo estoy en contra de cualquier acción de ese tipo. Y para que no me preocupe el lunes cuando él no llegue a trabajar. Y supongo que está tan excitado y emocionado que necesitaba contárselo a alguien. [teorizo] ¿Pero nunca te dijo nada? ¿Realmente nada? ¿Ni siquiera una frase que tú pudieras pensar que implicaba una intención de huir de la RDA? ¿Una insinuación de que no estaba contento aquí, de que quizás debería irse? ¿Nunca lo viste conversando con Herlmut? ¿Haciendo planes juntos? No entiendo por qué te llama a ti a esta hora para contarte... Me parece muy extraño. ¿Por qué a ti? [termina su larga sarta de preguntas] Posiblemente porque sabía que yo iba a informar inmediatamente del hecho, Eva. Genug? [comento-pregunto cortante con cara de que es hora de dar por terminado el interrogatorio que me pareció excesivo] Genug! [dice] Más que suficiente. [agrego] ¿Informaste? [consulta] Obviamente. Llamé a Micha, que debe haber estado en medio de un polvo porque su agitada respiración lo delató, pero no dijo mucho. No tiene relación con el hecho. Lo hice más bien para que supiera que a mí me habían llamado para informarme.

Doy un salto y salgo corriendo del departamento. Subo hasta el piso cinco, toco el timbre en el departamento B y me escondo en el cajón de la escalera. No hay reac-ción. Espero unos minutos y vuelvo al ataque. Me pego al timbre. Y vuelvo a esconderme. Espero unos segundos y siento la puerta que se abre y la voz conocida y adormilada que espeta: Déjense de joder, cabros de mierda. ¿Que no tienen nada que hacer? ¡Son las doce de la noche y no dejan dormir! Y el consiguiente portazo. Bajo las escaleras más tranquilo. Acabo de comprobar que la Regina está en su departamento y durmiendo. Mi abrupto ataque de celos fue totalmente injustificado. Pero no sería capaz de soportar que ahora que Micha anda medio malena con su mujer se meta con mi Regina. No sería capaz.

¿Adónde fuiste? [pregunta Eva] A darle las gracias y a disculparme con Peter. ¿Y no se había vuelto a dormir? [sigue el interrogatorio] No, estaba en la entrada aprovechando de ver los casilleros de las cartas. [miento] Y Eva me queda mirando y esperando que continúe mi relato. Y, bueno, colgué con Micha y llamé... [no alcanzo a terminar la frase] ¡A Siegmund! ¡Llamaste a Siegmund a las once y media de la noche! ¡Eres perverso! [me acusa] Tenía que avisarle, ¿no? [protesto] No, no tenías por qué avisarle. Podrías haber esperado

hasta mañana en la mañana. ¿Qué te dijo? ¿Estaba durmiendo? ¿Te respondió él o Traude? ¿Dijo que Ludwig era un traidor y que siempre lo había sido? (¿No digo yo? Otra vez cuatro o cinco preguntas al hilo. ¿Por dónde empiezo?). Me respondió Traude, estaba muy preocupada porque pensó que me había pasado algo a mí. Tú sabes que tenemos una relación muy estrecha y personal. [comienzo] Habla en serio tú, hoyo de culo. (Du, Arschloch. Lo dijo en castellano. ¡Lo tradujo literal! Avanza esta mina con el idioma). Le entregó el teléfono a Siegmund, que me explicó que lo había despertado de un sueño en el que él estaba en una hamaca inmensa, corría una brisa fresca, y a un lado tenía a Rosa Luxemburgo de quince años y al otro estaba la Pasionaria de catorce. Los tres desnudos, mientras Engels y Marx le mecían la hamaca y Egon Krenz y Erich Honecker tocaban un concierto de cello y piano. Era el paraíso comunista. [inicio mi relato] Eva se pone nerviosa y arruga el entrecejo. ¿Podrías ser más objetivo? Anda directo al grano y explícame las cosas como sucedieron y no como te las imaginaste. [me exhorta ella] Le di la información concreta y tuvo la misma confusión tuya, creyó que hablaba del Frankfurt de aquí y no del Frankfurt de allá. Cuando le aclaré que era el de allá, se le cayó el pelo. [explico] ¿Cómo se le cayó el pelo? Si hablabas por teléfono no viste nada. [protesta] Es una expresión, Eva. Uno dice que a alguien se le cae el pelo cuando recibe una gran impresión. [le aclaro] Y tú crees que para él fue una gran impresión. [repite] Sí, pero el pelo se le cayó a la Traude, porque tiene más. [bromeo] Eso no es correcto, Coki. Uno no dice esas cosas. Traude es una mujer muy linda y para nosotros es una costumbre que las mujeres no se depilen como en tus países repletos de burgueses y pequeñoburgueses explotadores. [me regaña] Y entonces me acuerdo de su champa y sus champitas incendiadas y me lanzo al ataque. Ella tiene alma de jung-pionier, así es que está immer bereit. Lo hacemos en el living, en el baño y nos vamos al dormitorio. Hemos tomado tanto que lo mejor es deshacernos lo antes posible del alcohol que viaja desatado y con las velas inflamadas por nuestro torrente sanguíneo. De a poquitito lo vamos eliminando por los poros. Durante este último polvo la gringa se me queda dormida. ¡Encima mío! Con cuidado me escabullo y queda en decúbito abdominal sobre la cama. Con la boca abierta. Por segunda vez en la noche se la cierro y trato de dormir. No puedo. Estoy mareado. Demasiado mareado. Me voy al baño, me arrodillo frente al escusado y me introduzco un par de dedos en la garganta, lo más profundo que puedo. Hasta que sale un chorro de vodka y queso y arenques. Repito la operación un par de veces más hasta que mi estómago está vacío. En la más orgía romana. Me meto a la ducha premunido solo de mi pasta de dientes y mi cepillo. Tengo un sabor malo en la boca y un ardor inmenso en el esófago. Gute Nacht. (Pero eso de los burgueses y

pequeñoburgueses de mis países que dijo Eva se me atraviesa en medio de la calzada por la que iba rumbo a Morfeo para que me recibiera en su regazo. Es la primera vez que dice algo parecido, un juicio político, una definición marxista que en ella pasa a ser marxiana. Fue, en cierta forma, una defensa del sistema socialista. ¡Nunca lo había hecho! ¿Por qué usó esos términos? Tengo varias piezas de un puzzle que no sé hacia dónde va. Y no quiero preguntar. No voy a preguntar. Gary Cooper no pregunta, ¡dispara!).

24

Al salir de la casa de mi amiga Friede pasamos a dos pastelerías. Compra Apfelstreusselkuchen y un Dresdener Stollen. Espero que a ellos les gusten. [me comenta nerviosa camino del paradero] La ayudo a subir al tranvía. Nos sentamos en asientos contiguos, de lado, mirando hacia la vereda de la Kesselsdorferstrasse. Se mantiene en silencio. Está muy nerviosa. Coloca su mano sobre la mía y siento su estremecimiento. Me confidencia que le preocupa mucho la responsabilidad que va a asumir. Que ella no es militante del PSUA y no sabe cómo lo tomarán los Genossen cuando se enteren. Le explico que ya he hablado con Micha, que es el responsable de los chilenos, que él está de acuerdo y no ve ningún problema. Es la tercera vez que le digo lo mismo. Agrego que no tiene por qué comprometerse inmediatamente ni enfrente de ellos. Que eso lo decidiremos después entre ella y yo. Bajamos frente al edificio, lo rodeamos caminando lento hasta que llegamos ante la entrada. Siento su incipiente Parkinson agitando mi brazo. Marco el seis en el ascensor y subimos en silencio. Tocamos el timbre en el departamento de los Zúñiga. La tierna Leonora abre la puerta y le da un afectuoso Willkommen mientras nos invita a pasar. En el amplio hall de entrada resplandece un árbol de Navidad con sus lucecitas de colores parpadeando. Entramos al living, donde encontramos a Seferino. Es el mejor obrero de la Pentacon, el único que le gana a Pedro. Se levanta y se acerca a saludarnos. Le da un gran abrazo a la anciana y su piel morena y pelo negro lotino contrastan con la blancura de la tez de ella y con el brillo de sus canas. Nos invita a sentarnos. Aparecen las mellizas. Todas vestidas de blanco, almidonadas y compuestas, en la puerta del living están las niñas morenas. Son una verdadera aparición. Sus caritas de luna sonríen y al unísono las dos se abalanzan sobre mi amiga Friede, que apenas alcanza a abrir los brazos para recibir los besos y cariños. Sind Sie unsere neue Oma? [preguntan en coro las niñas] Vamos a ver, vamos a ver. [responde Friede, aún atribulada] Nos sentamos mientras la dueña de casa pone a calentar el agua y arregla los pasteles y el pan de pascua que trajo Friede en glamorosos platos sobre la mesa que ya estaba lista para un suculento Abendbrot. Las niñas le muestran fotos de su verdadera abuela, una mujer gruesa y vestida de negro frente a su casa en Futalelfú. Seferino llega con un mapa de Chile en el que va a explicarle dónde queda su pueblo natal. Pienso que es hora de dejarlos solos. Me levanto. Friede me mira con cara de sorpresa y temor. En una hora vuelvo a buscarla. [digo] Eso la

tranquiliza. Zúñiga me va a dejar a la puerta. Las niñas están felices de tener aquí una abuela alemana. [dice] Echan de menos a su familia. [recalca] Trátame bien a mi polola. [le advierto] Se ríe y siento un par de fuertes palmotazos que casi me quiebran un par de vértebras.

Bajo al tercero para ver al viejo. Desde anoche no he sabido nada de él y le voy a preparar algo de comer. Toco el timbre y no obtengo respuesta. Insisto. Nada. Abro con la llave que me dio hace tiempo. ¡Jesús! ¡Jesús! Llamo, temiendo encontrarlo en algún menester privado con alguna señorita o señorota. La cocina y el living son un desastre. Botellas a medio consumir, vasos regados por el suelo, los platos sucios con la comida que le preparé anoche, ropa tirada por todas partes. Voy al dormitorio y veo al viejo en medio de un charco de sangre. Me acerco a despertarlo. Le hablo, lo toco, lo zamarreo. No reacciona. Pero respira y a veces hace gestos de dolor, leves, y lentas contorsiones. Espérate, viejito, espérate, no te me mueras. [suplico] Bajo corriendo las escaleras hasta la planta baja (no tengo tiempo de esperar el ascensor) y entro como una tromba en el consultorio. Paso frente al Anmeldung y la secretaria trata de decirme algo (no tengo tiempo para detenerme a explicarle nada). No le hago caso. Me meto a la sección de los médicos y encuentro a Frau Dr. Keller que viene saliendo de una sala de curaciones. Mi amigo se muere. [le informo-le ruego] Entra a su oficina y sale con un maletín de médico. Subimos corriendo y entramos como un celaje porque he dejado la puerta abierta. Llegamos ambos acezando junto a Jesús. Ella le toca el cuello, la frente, se afana en instalarle en su brazo flaco el aparato para medir la presión. Yo busco la carpeta con la ficha médica que le entregaron cuando salió del hospital. Ella lanza hacia atrás las sábanas y ambos nos percatamos de que la sangre no solo le sale de la boca y nariz. Tiene una tremenda hemorragia por el culo también. Anda y pide una ambulancia. [ordena, tuteándome por primera vez] Y aquí voy escaleras abajo. Entro al consultorio y le explico a la secretaria que la doctora solicita una ambulancia. Y aquí voy escaleras arriba. Entro al dormitorio y veo que la doctora está terminando de colocarle una inyección. Debemos esperar unos segundos. [explica] El viejo no se mueve. Sigue sin reaccionar. De pronto abre un ojo. Y enseguida abre el otro. Sonríe apenas. Debo estar en el cielo porque veo un ángel. [susurra tranquilo Jesús] Guarda tus fuerzas. [aconsejo] Zorro viejo caza echado. [responde con un hilo de voz] ¿Qué dice? [pregunta la alemana] Traduzco. ¡Increíble! [exclama] En un momento como este tiene ánimo para bromas. [comenta sorprendida] Continúa examinándolo y estudiando los antecedentes. Cada cierto tiempo me mira cariacontecida. Me pregunta si ha estado comiendo bien, si ha bebido licor, si ha fumado, si ha hecho ejercicios, si ha ingerido sus medicamentos. Le respondo que hace días que volvió a fumar y a

tomar. Voy a revisar si tiene remedios por alguna parte y no encuentro nada. Le explico que el único ejercicio que hace es tirar con un par de amigas que lo visitan. Lo mira con sospecha. ¿Verdad? ¿Me estás diciendo la verdad? [pregunta-insiste] Absolutamente. [digo] ¡Se está matando! [me advierte] El viejo se contrae de dolor. Me mira con ojos vidriosos. Detrás de este ángel que me has traído veo a la calva, Coque. Cuando llegue vísteme y échame colonia. [me ordena y solicita] Parce que la terre est dure, mais le ciel est loin. [agrega con un hilo de voz] La doctora Keller me mira con cara de interrogación. Le traduzco. Se estremece. Le pone el estetoscopio bajo la banda que mide la presión y comienza a inflarla de nuevo. El viejo me mira con los ojos ya totalmente descoloridos. Coque, perdona pero se me terminaron las ilusiones. [murmura] Cierra los ojos. Le pongo la mano en el cuello y comienzo a sentir cómo su pulso se va debilitando hasta desaparecer completamente. Ella me mira compungida. No es necesario decir nada. Le ciel est loin. Me siento en la cama a su lado. No sé qué hacer ni qué sentir. Voy al clóset, saco una sábana limpia para ponerla bajo el cuerpo de Jesús. Soy un autómata. No sé lo que hago hasta después que lo hago. Busco su ropa más elegante. Margaret me mira sin expresión. Tut mir Leid. [dice y sale] Acaricio la cara del viejo y le beso la frente. Lo libero de su pijama ensangrentado y enmierdado. En el baño preparo una lavaza con agua tibia y en ella mojo una toalla. Se la paso por el cuerpo a Jesús, limpiando todas las huellas de una mala noche y un peor día. Regreso a enjuagar la toalla y repito la operación. Lo dejo de espaldas, desnudo y limpio sobre su cama para que se seque con el aire fresco y frío que entra por la ventana que acabo de abrir. Y me siento frente a él. Una congoja me nace de muy hondo y estallo en llanto. Me calmo. Sí, me calmo, me arrastro hasta su cama y me recuesto a su lado. No puedo creer que te hayas muerto. No puedo entender que hayas estado tranquilo con la idea de morirte. Siempre me dijiste que lo que te había tocado hacer en esta vida lo hiciste hace mucho tiempo. Que estabas viviendo de yapa. Pero no era cierto, viejo. Te fue mal. Tu propio hijo te levantó a tu segunda mujer y huyó con ella y tus otros hijos a España. No te entiendo. Il ne faut pas aller à la guerre qui craint les horions. Está bien, pero, haciendo un resumen, viejito, ¿cuál fue tu causa? ¿En qué se te fue la vida? [le hablo nariz a nariz, en secreto. Solos los dos, uno frente al otro] Él no se inmuta y yo no paro de llorar. Te quiero, viejo lindo y sufrido. Te quiero por ayudarme a soportar. Por enseñarme a soportar y a vivir este trance. La doute est le commencement de la sagesse. Cierro tus ojos. Comienzo a vestirte como te mereces: a todo un señor, todo el honor. Tu camisa más blanca, tu traje azul oscuro, tu correa de cuero, tu corbata roja de seda y tu pequeña Torre Eiffel de oro. ¿De dónde saliste tan afrancesado, viejo? Claro que vista de cerca

esta torre más parece la estrella de la Mercedes Benz. Los calcetines. Qué difícil es ponerte los calcetines. ¡No ayudas, viejo! Anudo tus zapatos negros brillantemente lustrados. Llega la doctora Keller. Fui a avisar que ya no necesitamos la ambulancia. [dice en el mismo tono en que habría dado el aviso de que una bomba atómica había estallado en medio del Zwinger o que se le bajó el soufflé] Se va al living y la cocina a limpiar y ordenar. Yo sigo junto a Jesús, con su mano huesuda entre las mías.

Subo al sexto piso. Seferino sale a la puerta, le explico que Jesús está muy mal y que no puedo llevar a mi amiga Friede a su casa. Me mira con una sonrisa y me dice que ella podrá ser muy amiga mía, pero que es la abuela de sus hijas, lo que significa un vínculo mucho más estrecho y sanguíneo. Entro y le explico a la anciana. Ella, sentada en el sofá con una niña a cada lado, les cuenta historias. Está tan encantada que casi ni se da cuenta de mi presencia. Vuelvo al departamento del viejo. Todo luce como nuevo. La doctora se ha encargado de arreglarlo. Jesús está sobre el cobertor de su cama con las manos sobre el pecho, se ve hasta buenmozo a pesar de su lividez. Voy al baño y tomo el frasco de colonia. Me empapo las manos y me acerco al viejo. Lo palmoteo y humedezco su rostro. Vuelvo a buscar el frasco. Lo sacudo sobre todo lo largo de este cuerpo inerte. Como un cura con el agua bendita. Voy a la tina y derramo el líquido. No quiero olerlo más que en Jesús. Debo bajar al consultorio. [dice Margaret] Te acompaño, tengo que hacer algunos llamados. [explico] Lo hacemos en silencio. En su oficina me siento en su escritorio y llamo a Héctor a Berlín para informarlo. No puede ser, Coque. Justo ahora que estábamos preparando un acto en el que íbamos a condecorar a una serie de compañeros y lo teníamos incorporado a la lista. [reacciona] Demasiado tarde, Héctor, como siempre. [digo] No voy a responder a ese exabrupto. [contesta] Porque sabes que es cierto, Héctor. Solo quería avisarte que Jesús ha muerto. Supongo que tendrán que hacer varias reuniones para decidir cuál dirigente de tercera categoría vendrá al funeral. [digo con rabia] Y no te olvides de enviarle la condecoración para colgársela al pecho, aunque sea post mórtem. [le espeto] Comprendo que estás pasando por un momento muy triste, pero no es motivo para que despotriques en esa forma en contra del partido. [me previene] No estoy triste, camarada, estoy enrabiado. Jesús no se merecía el trato que le han dado. [alego] Está bien, Coque, está bien. Tú conoces una parte de la historia, pero hay varias otras que deberías saber... Lo interrumpo: ¿Y tú las conoces todas, Tito? ¿Estás seguro? Porque tu reacción me hace pensar que alguien emitió un juicio. Y que yo sepa, el condenado nunca se enteró de eso. [refuto iracundo] Es un tema muy delicado, tú sabes que su hijo es miembro de la dirección del partido en el exterior... [me

explica] Eso me colma el vaso. ¡La puta que lo parió! Ahora entiendo todo, Héctor, no te preocupes. Tranquilo, tranquilo. Está bien. Tranquilo. [no sé si lo estoy calmando a él o me estoy calmando yo] Es que, Coque, no es este el momento para discutir ese tema. No te quepan dudas de que su muerte nos afecta a todos y, especialmente, a los compañeros más antiguos que vivieron más de cincuenta años junto a él. Yo daré cuenta al partido y Jesús tendrá el funeral que se merece. [concluye] Está bien, amigo, está bien. Tranquilo. Solo quería que estuvieras informado, porque los alemanes aquí ya están actuando. [invento] No quiero seguir discutiendo. Me despido y corto. No tengo fuerzas y el viejo ya está muerto. Mi alegato, por lo demás, también es tardío. Llamo a Micha. Le informo. Se quiebra. Vamos, Genosse, ya sabíamos que estaba muy enfermo. [trato de consolarlo] Es que quizá pude haceg más pog él. No seas autorreferente, gringo. El que se murió es el viejo y hay que prepararle un bonito funeral. Tienes gazón, compañego. Me empezagué a tgabajag. [se corrige] Listo. La máquina germana ya se echó a rodar. Ahora sí.

Aparece Margaret sin su delantal blanco. Un suéter verde le realza el busto y una falda tableada, del mismo color, le marca el culo. Todo termina en un par de botas café que parecen de cuero italiano. Debe tener parientes al otro lado. [pienso] Toma el teléfono que acabo de desocupar, marca un número con presteza. Habla con alguien y no entiendo ni jota. Nunca entiendo cuando estos alemanes hablan entre ellos. A uno le hablan más lento y, supongo, con menos modismos. (Fijo que está hablando con el marido y explicando que se le murió un paciente y que por eso está atrasada y que ya va). Cuelga. ¿Qué vas a hacer? [pregunta, tuteándome de nuevo] Me voy a mi casa a tomar un trago. [digo] Yo también. [responde] Pero no sé si quiere decir que se irá a su casa o a la mía. Vamos. [dice, tomando las riendas del asunto y echándose el abrigo a la espalda sin ponérselo] Deduzco que no saldrá del edificio, que me acompañará. (Al marido no le avisó que ya iba en camino. Le dijo que el viejo estaba muy mal y que llegaría más tarde. Está de cajón. La sed manda). La guío a las escaleras y subimos a mi departamento. La calefacción está sofocante. Entra al living y se echa despaturrada sobre el sofá, como si viniera todos los días. ¿Vodka o vino? [pregunto] Vino, por supuesto. [responde casi ofendida] Descorcho una botella de Sangre de Toro, coloco quesos, Wurst y galletas en una pequeña bandeja de madera y ordeno todo sobre la mesita de centro. Sirvo las dos copas. Toma una, la mueve como una conocedora, la airea, la huele, le da un pequeño sorbo y revuelve el líquido en la boca. Después lo traga. ¡Cómo le habría gustado al viejo! Trago a trago y en silencio, mientras mira alternadamente al techo y el color del vino, va dando cuenta de la porción que le serví. Esta es de mi equipo. [pienso mientras saboreo el

contenido de mi copa] Vuelvo a llenar y repetimos la acción. Voy al tocadiscos y pongo uno de la Edith Piaf. En honor al viejo, supongo. Siento que ella está de pie a mis espaldas. Su aliento golpea mi cuello. Me toma de los hombros y me conduce al dormitorio. Yo me dejo llevar. No tengo fuerzas. Me tiende sobre la cama y comienza calmadamente a sacarme los zapatos y el resto de la ropa. Me deja desnudo. Va al baño y trae una toalla humedecida. Hace lo mismo que yo hace un par de horas con el viejo. Me recorre el cuerpo. ¿Limpiándome de la muerte? ¿Sacándome el dolor? ¿La tristeza del espíritu? Se vuelve, abre la ventana para que entre el aire y me seque. Es como si hubiese estado viendo lo que hice yo con Jesús. Se sienta a mi lado. Espera. Cinco minutos. Calculo. Me toma las manos y me sienta. Frota las suyas, una contra la otra como para calentarlas. Y comienza a recorrer mi cabeza y mi cuerpo. Sin tocarme, a milímetros de distancia. Siento el calor de sus manos, una corriente eléctrica que me recorre de arriba abajo. Estoy desnudo y no me avergüenzo ni me excito. Me calmo. Mis deseos de llorar parecen irse acumulando en mi garganta sin molestarme, sin presionar. Esto no está en el vademécum. Es un cariño, es parte del rito de esta bruja teutona. Margaret levanta la cabeza y me mira a los ojos. Sonríe. Y recién me doy cuenta del sudor que la baña. Como si me hubiese arrancado la fiebre del alma y la hubiese absorbido. La Edith Piaf canta *Ne me quitte pas.* Se va al baño. La Edith continúa. Siento correr el agua del lavatorio. De seguro se está haciendo un lavado quirúrgico de manos. Con escobilla de uñas y todo. Alcohol puede encontrar en el botiquín si desea. En alguna parte me molesta que se lave. [digo-pienso] Vuelve. ¡Con las manos en alto! Lo dije. Como un cirujano. Va al armario y saca una sábana grande. La despliega sobre la cama. (Y sobre mí, por supuesto). Se mete por debajo y se recuesta a mi lado. La tela blanca nos tapa a ambos hasta más arriba de la cabeza. Permanecemos así, en este endeble sarcófago. Ella vestida y yo desnudo. De espaldas sobre la cama, uno junto al otro, con nuestras manos en el pecho. Justo bajo el dormitorio de Jesús que está en la misma posición. Los tres cadáveres en esta morgue improvisada. Impensada. Incoherente. Donde da lo mismo estar vivo o muerto. Respirar o permanecer inerte. La muerte simbólica aquí abajo y la muerte verdadera en el piso superior. La definitiva, la inapelable. Mis ojos están llorando, las lágrimas se deslizan a cada lado de mi cara. Todo este edificio es una suma de nichos en los que cada uno de nosotros se guarda cada noche para amanecer al otro día creyendo que hay un mañana. (¿Es eso lo que me estás tratando de decir, doctorcita? ¿Que el mañana es una ilusión para nosotros? ¿Que también lo es para ti? ¿Que estamos todos muertos hace mucho tiempo? No. Tú no piensas así. Cada una de tus células milita en el PSUA y me acabas de quitar mis malas vibraciones,

mi hiel, mi descorazonamiento, en un acto sacramental, en un rito pagano digno de una hechicera santiaguera con vestido de flores y aroma de frutas y buen tabaco. Solidarität mit Chile. ¡Venceremos! Eres una maga, doctorcita. Y en este momento te estoy amando en medio de esta muerte que vivimos ambos. Doctora de ánimas también, de penas, de abatimientos). Un peso inmenso comienza a apoderarse de mis párpados. Mi brazo siente el brazo de Margaret y mi mano busca la suya. La entrelaza y permanecemos así. Y así logramos tener los mismos pensamientos. Mis párpados se cierran y dejo de ver la tela y la luz que logra traspasarla. Han pasado cinco minutos. [calculo] Cinco minutos de inconsciencia. Vuelvo a abrir los ojos y estoy solo. La sábana me cubre, la luz está apagada. Y dudo de todo. No sé si Jesús murió o fue un sueño. Ojalá haya sido un sueño. Solo un mal sueño. Suena el timbre y un golpe suave en la puerta. Es mi pelirroja. Abro los ojos y veo la luz del día que invade el cuarto. Me envuelvo en la sábana y voy a abrir la puerta.

25

Si el viejo quería jodernos a todos y que su muerte no pasara inadvertida, lo logró. Y con creces. Es 25 de diciembre, son las ocho y media de la mañana, todo el colectillo está vestido de punta en blanco y vamos en el tranvía al centro, al local del PSUA. Allí nos encontraremos con el gran salón donde está siendo velado, con el encatrado de tres escalones que terminamos antenoche con Micha y sobre el cual pusimos el ataúd, bajo una bandera del Partido Comunista de Chile, muy roja y con su hoz y martillo dorados. Al fondo dispusimos la bandera de la RDA y la de Chile abiertas en abanico, y el alemán dejó todo organizado para que en cada esquina del féretro un joven de la FDJ montara guardia. Toda la mise en scène me parece algo exagerada pero si es para el viejo no importa. [pienso]

Eva no ha dejado ni un instante de estar conmigo. Apenas llegó a mi departamento supo la noticia y se puso a llorar como una Magdalena, como si se le hubiese muerto su padre o su abuelo. Me aprieta la mano y se seca las lágrimas constantemente con las mangas de mi chaqueta. ¿Por qué no quiso quedarse con nosotros? [me pregunta] Jesús tenía ya mucho sufrimiento en el cuerpo, no quería seguir viviendo. [le explico] Yo deseaba cuidarlo, se podría haber ido a vivir con nosotros... ¡Recórcholis! ¡Qué está diciendo esta mujer! ¿Acaso vamos a vivir juntos? Tranquilo, Coque. Calma y tiza.

Llegamos frente al majestuoso edificio. El tranvía se detiene y todos bajamos, el colectillo completo. Con cabros chicos incluidos. A pesar de que somos tantos, nos vamos a ver como un grupito mínimo en medio del grandioso salón. La soledad y abandono del viejo se harán presentes de manera gráfica e insalvable. Entro y, dicho y hecho, la ausencia de público lo hace aparecer más impactante. Más inmenso en su destierro. Más diminuta su presencia. Los cuatro jóvenes FDJler, impertérritos, hacen guardia en cada esquina del féretro y pretenden que el mundo ha detenido su marcha en homenaje a Jesús. Avanzo hacia el centro, siento el arrastrar de los pies de los que me siguen. Aparece Micha, solo. ¿Y tu mujer? [pregunto] Se fue. [responde] ¿Cómo que se fue? ¿Adónde? Si ayer estaba muy conmovida arreglando flores y planificando venir esta mañana. [agrego] Se fue donde sus padges, a Magdeburg, a pguimega hoga de esta magnana. Nuestgo matgimonio ha tegminado, Coque. [me lo dice con la misma emoción con que me advierte que debemos encender los cirios] Otra pareja más que se va por el despeñadero. Y eso que este alemán no tiene nada que ver con nuestro descalabro nacional. Micha me explica

que algo inexplicable ocurrió ayer en la tarde. Me llamagon del pagtido paga consultagme el nombge completo de Jesús. Lo que pagueciome lógico. Pego más tagde muchas asociaciones y oganizaciones comenzaron a llamag paga conoceg lugag y hoga exacta de exequias. (Este gringo usa cada palabra, que uno se queda atónito. Exequias. Hacía siglos que no escuchaba exequias. No sabe pronunciar el noventa y nueve por ciento de las palabras, pero exequias lo dice como si lo hubiera aprendido al año de nacido). Miro a mi alrededor y veo que por todas las puertas está entrando gente desconocida. ¡Delegaciones! ¡Delegaciones oficiales! ¿Qué es esto? Hombres y mujeres de edad avanzada con banderas españolas de la época de la República, con gallardetes del Batallón Edgar André y del Batallón Thälmann. Ahora confirmo que la Torre Eiffel de oro de Jesús no es la Torre Eiffel. En realidad es la estrella de tres puntas de las Brigadas Internacionales. Cada quien va tomando sus posiciones. Bataillon Commune de Paris, reza un estandarte que acaba de ingresar acompañado de doce hombrones con brazaletes y que, con gran ceremonial, están colocando una ofrenda a los pies del féretro. Los altoparlantes esparcen por todo el salón la voz de Dolores Ibárruri: «De todos los pueblos y de todas las razas vinisteis a nosotros como hermanos nuestros, como hijos de la España inmortal, y en los días más duros de nuestra guerra, cuando la capital de la República española se hallaba amenazada, fuisteis vosotros, bravos camaradas de las Brigadas Internacionales, quienes contribuisteis a salvarla con vuestro entusiasmo combativo y vuestro heroísmo y espíritu de sacrificio. Y Jarama, y Guadalajara, y Brunete, y Belchite, y Levante, y el Ebro, cantan con estrofas inmortales el valor, la abnegación, la bravura, la disciplina de los hombres de las Brigadas Internacionales...».

¡Recórcholis! ¿A quién estamos enterrando? [le comento a Pedro, que está a mi lado] ¿Estás seguro de que es Jesús el que está ahí adentro? ¿No nos habremos equivocado de salón? [me pregunta a su vez] Si yo mismo lo puse ahí, ¿cómo no voy a saber? [contesto, sin que mi seguridad elimine mi propia duda] Eva me golpea con el codo y me señala a los que vienen llegando: Genosse Modrow, primer secretario del Bezirksleitung del PSUA (y yo reconozco al rubio que estaba sentado con Eva en el restaurante Bastei: otra pieza del puzzle), y Genosse Scheeler, el alcalde de la ciudad. [me informa] Micha se pasea saludando gente y dando la bienvenida como si fuera el novio en la fiesta de matrimonio. De repente salta como un felino y se me pega al oído. ¿Has visto quiénes han acudido? Falta poco paga que llegue Genosse Erich Honecker und Tovarish Leonid Brezhnev, mein gute Freund! [me comenta con jactancia porque siente que se está codeando con gente importante] ¡No entiendo nada! [le aclaro] Entra

Héctor y un achichincle del partido. Claramente no es una delegación oficial. Tampoco traen condecoración ni nada que se le parezca. Se acerca. ¿Qué pasa, Coque? Es el funeral de Jesús. [digo] Eso ya lo sé. ¿Pero de qué se trata toda esta parafernalia? [continúa] Pregúntale a los alemanes, porque lo que es yo me vengo enterando. [respondo] Se va con cara de indignado y yo permanezco con mayores interrogantes.

Micha se le pega al lado para darle la bienvenida, hace de traductor y le presenta a los caperuzos alemanes. El murmullo crece porque nadie sabe mucho qué hacer y el salón ya está lleno. Hay demasiada gente y poca organización. Cosa rara en estas tierras. El silencio aterra y es más profundo con el ruido de los pasos, el frotar de los abrigos, el murmullo. De pronto surge una voz femenina que canta a capella: Puente de los Franceses / puente de los Franceses / puente de los Franceses / mamita mía nadie te pasa, / nadie te pasa. / Porque los milicianos / porque los milicianos / porque los milicianos / mamita mía que bien te guardan, / que bien te guardan... A estas alturas hay varios veteranos que acompañan la letra o al menos la tararean. Y yo reconozco la voz de Regina como la solista a quien ya le están haciendo un ruedo. Se abren las puertas principales de par en par y entra un equipo de seguridad que libera el paso para dos personajes pintorescos. Uno de metro noventa y otro de metro cincuenta y dos. Claramente elegantes en extremo y claramente extranjeros en demasía. Sendas hileras de condecoraciones enaltecen los pechos del gigante y del pachacho. Desde el fondo del salón aparece una maestra de ceremonias que da el herzlische Willkommen al homenaje que estamos rindiendo al compañero Jesús Manuel González Baquedano, militante del glorioso Partido Comunista de Chile, luchador internacional y miembro de las Brigadas Internacionales en España y Francia. Anuncia a los embajadores de ambos países. (Esos son el grandote y el chiquito condecorados). Y patatín patatán, comienzan discursos varios de representantes de las distintas Brigadas Internacionales que combatieron en España, de excombatientes que una vez despedidos en Barcelona fueron «acogidos» por los franchutes en campos de concentración, para convertirse más tarde en brigadistas de las FFI gabachas y etcétera, etcétera. Nombran las batallas en las que participó Jesús, sus actos de heroísmo en la defensa de Madrid y del río Ebro, su presencia en los campos de Aragón y las condecoraciones recibidas.

Sube el chico y sus medallas. Es nada menos que el embajador del nuevo gobierno posfranquista, que termina su discurso con las palabras de la Pasionaria: Nos lo daban todo, su juventud o su madurez; su ciencia o su experiencia; su sangre y su vida; sus esperanzas y sus anhelos... Y nada nos pedían... Es decir, sí: querían un puesto en la lucha, anhelaban el honor de morir por nosotros.

¡Banderas de España!... ¡Saludad a tantos héroes, inclinaos ante tantos mártires!... ¡Compañero Jesús González Baquedano...! ¡PRESENTE! [gritan ocho veteranos españoles] ¡Compañero Jesús González Baquedano...! ¡PRESENTE! [gritamos todos los que estamos]

Llega el turno del francés, parece un gran pino de Navidad. Con deficiente acento cubano y parisina displicencia, habla de Jesús como de un español más, sin siquiera mencionar que se trata de un chileno, y relata que los brigadistas ibéricos habían adquirido durante la guerra contra Franco los conocimientos que los franchutes no poseían: Sabían fabricar bombas, tender emboscadas, conocían en detalle y en la práctica la técnica de la guerrilla. Nos conquistaron también por su valor, su fraternidad, su entrega, su inmolación... Eran para nosotros hermanos de combate, cómplices de trinchera. Es por eso que el 17 de septiembre de 1944 fue el gran día de la fraternidad de las almas y de las armas, el día en que el general De Gaulle, en su calidad de presidente del gobierno provisional, asistió a un desfile de las Fuerzas Francesas del Interior en Toulouse. Más de tres mil españoles miembros de las FFI desfilaron ante su presencia, muchos de ellos equipados con las armas requisadas a los invasores. Algunas de esas unidades llevaban los cascos de los propios nazis, pero pintados de azul... Y dos carros de combate los acompañaban. En uno de esos carros iba el hombre valiente y generoso que hoy hemos venido a despedir: Monsieur le Capitain Jesús Baquedanó. Merci notre cher ami, merci en nom de la liberté et de la Republique Française.

Me acerco a Héctor por detrás. ¿Medallita de qué le ibas a dar al viejo? ¿De Santa Gemita? Y me alejo sin esperar la respuesta. Pero siento en la nuca el hielo de su mirada.

Viejo lindo y viejo malo. Te la tenías muy guardada. Espérate nomás, porque de aquí me voy a tu departamento a registrarte hasta los calzoncillos, viejo mío y querido, te voy a robar todas las medallas que debes tener fondeadas en algún calcetín. Te estás yendo y no puedo creerlo. Estamos aquí todos parados. Nadie se atreve a pronunciar palabra. Ningún chileno tiene un discurso, Héctor se mira los zapatos y su sacameados mira el techo. Micha se gira para ver qué hago yo, y Eva, y Leonora, y Pedro, y de repente me siento en el centro de todas las miradas. Doy un par de pasos, tomo de la mano a mi Regina, que me mira con asombro, y la obligo a caminar a mi lado hasta el podio. Le doy un par de golpes con el índice al micrófono para tranquilizarme y digo que los patriotas chilenos, acogidos generosamente por el gobierno de la RDA, nos hemos llevado hoy una gran sorpresa: Enterarnos del pasado de nuestro querido viejo Jesús. Siempre supimos de su inteligencia, su cultura, su generosidad, su ironía y su afecto por todos nosotros. Pero jamás se nos ocurrió siquiera imaginar que había sido un combatiente de tan nutrida

experiencia. Ello habla de una característica suya superada solo por su valentía. Me refiero a su humildad. Porque todos los chilenos aquí presentes no conocíamos a este gran hombre que nos ha sido presentado hoy. Lo consideramos siempre como un compañero más. Eso sí, un amigo pleno de optimismo y con la convicción de que «mucho más temprano que tarde de nuevo se abrirán las grandes alamedas por donde pase el hombre libre, para construir una sociedad mejor. ¡Viva Chile! ¡Viva el pueblo! ¡Vivan los trabajadores!». Y es por eso, apelando a ese optimismo y a su capacidad de lucha, que quisiera pedirle a la compañera aquí a mi lado que me acompañe a cantar el himno que a él le habría gustado escuchar en este momento: Desde el hondo crisol de la patria / se levanta el clamor popular. / Ya se anuncia la nueva alborada, / todo Chile comienza a cantar... Una a una se van plegando las voces mientras los presentes nos vamos acercando hacia el féretro que contiene los restos del viejo. Campesinos, soldados, mineros, / la mujer de la patria también, / estudiantes, empleados y obreros, / cumpliremos con nuestro deber. La Chabela pone una mano sobre la bandera que lo cubre, para sentirlo. Surge otra mano y otra. Y de pronto el ataúd entero está plagado de manos que se enlazan y entrecruzan. Venceremos, venceremos, / mil cadenas habrá que romper, / venceremos, venceremos, / la miseria sabremos vencer.

Chorros de lágrimas me están saliendo de los ojos. Siento a la gringa que está detrás de mí, pegada a mí, abrazada y con su cabeza apoyada contra mi espalda. Me giro y encuentro su mirada también turbia por el llanto. La beso en los labios mientras la hago retroceder para salir de en medio de todo ese gentío. Y mientras avanzamos en dirección a la puerta diviso a Friede (¡Mi adorable Friede! ¡Mi profesora de embutidos, panes y pasteles!) con una melliza tomada de cada mano. A mis viejas nazis de la pecera con los ojos enrojecidos. A Ludwig y Helmut y Siegmund y otros más. Selmar, que nunca nos ha dicho nada, aparte de saludar y sonreír cada día cuando entramos al taller. La gorda de la pastelería. Bárbara, que se me cuelga del cogote desconsolada. Warum? Warum? [pregunta al aire y a mí] La gente ha comenzado a cantar *La Internacional* en diferentes idiomas y a medida que nos vamos abrazando unos a otros nos intercambiamos versos: Paix entre nous, guerre aux tyrans. / Che giustizia venga, noi chiediamo / do nosso sangue a gotejar / que el trabajo sea el sostén que a todos / dan scheint die Sonne ohne Unterlass!

El viejo debe estar revolcándose de felicidad allá adentro. ¡Qué final de fiesta!

O tal vez está mirando de reojo, y advirtiéndome: Toute médaille a son revers, Coque. No te fíes. ¡Salud!

La vereda ante al edificio es amplia. Eva y yo nos hemos quedado

abrazados, petrificados sobre los pastelones. Llega la Frau Dr. Keller y nos abraza a ambos, situando en medio su espléndido par de tetas que nos prodigan calor y afecto. Con mis brazos abarco a ambas mujeres, las mantengo cerca de mí. De repente, entre ellas se producen movimientos poco reconocibles, hasta que por el medio de nuestro trío aparece la cabellera crespa y la sonrisa exquisita de la Regina, que se ha introducido forcejeando. Hagan que me sienta viva, apriétenme, muérdanme, quiéranme. [dice, besando alternativamente a cada uno de los que la rodeamos] Aquí estoy con mi Talía, mi Aglaya y mi Eufrosina, atravesados todos por la daga del dolor, pero aún rodeados del jardín de la vida. Y me importa un bledo que suene siútico, porque así lo siento. Y quizás lo que sucede es que el sentimiento es siútico. O cursi. O kitsch, como se usa decir ahora. ¿De dónde se te ocurrió cantar el *Puente de los franceses?* ¿Cómo te sabías esa canción? [le pregunto a mi pequeña Regina] Es que el silencio me empezó a desesperar y me di cuenta de que no había programa. Como mi abuelo es español republicano, nos enseñó desde niños a cantar todas las canciones, y eso nomás... Al ronco vibrar del raudo cañón, / se van las milicias que el pueblo forjó / forjando su fe con esta canción. / La muerte no importa, / la vida es muy corta; / si esclavo he de ser, / prefiero caer. / Sangre joven que se vierte / con raudales de pasión, / tu semilla es pura y fuerte, / pan de sangre y de dolor.

Alguien me da dos golpecitos en la espalda. Me giro. Me lo temía. El personaje que menos quiero enfrentar en estos momentos. Mi camarada, mi compañero de célula en Chile, mi vecino en prisión, mi hermano en el dolor y el julepe, mi viejo y querido amigo Héctor, el Tito, que, por anga o por manga, en esta ocasión no ha sabido estar a la altura de las circunstancias. Abandono a mis tres Gracias. Me toma del brazo, de manera bastante brusca, y me aleja de la gente. ¿De qué se ha tratado toda esta parafernalia? (Este se viene con la lanza en ristre). ¿Qué te pasa, Coque? ¿Tienes algo en contra mía? ¿Del partido? ¿Qué sucede? [vomita una pregunta detrás de la otra] (¡Como las mujeres!). Con agresividad. Lo tomo de la muñeca y lo obligo a soltarme el brazo. Respiro. Respiro nuevamente. Cuento hasta diez. Héctor, amigo mío, viejo camarada, ¿qué mierda te pasa? Si estás emputecido contigo mismo, por favor, no vengas a tirarme la mierda a mí. Tito, te acabo de salvar el pellejo. Has venido de Berlín especialmente al funeral de Jesús y ni siquiera traías un par de palabras escritas para rendirle un homenaje a un compañero que empezó a militar antes que Recabarren. [digo] (Estoy cabreado. Me parece un exceso que se extralimite conmigo, por muy amigos que seamos. O aprovechándose de que somos tan amigos). Mira, Coque, yo vine a un acto de cuarenta personas, de un grupo de chilenos, y me encuentro con este ceremonial de convocatoria internacional... ¡del

cual no tenía ni la más prostituta idea! ¿Y tú no pudiste informarme? ¿Y ahora no tienes nada que explicarme? [me retruca con rabia] Fíjate, Héctor, que vinimos exactamente a lo mismo. ¿Y tú no tienes nada que explicarme? [le devuelvo de bolea] A ver, aclárame el asunto. Tú te hiciste amigo de Jesús, te habrá contado que había peleado en España, que había estado en Francia y todo este cuento de las Brigadas. Por algo prepararon todo en este salón. ¿De dónde salió tanta gente? [vuelve a bombardearme] Héctor, escúchame y entiende. Ni Micha, que es el alemán encargado de los chilenos, ni yo sabíamos nada de este asunto. Para mí el viejo era muy querible, pero un típico pituco comunista como hay y ha habido siempre en Chile. La diferencia estaba en que era mi amigo y en que tenía un sentido del humor y una ironía que me caían muy bien. Y con Micha quisimos velarlo donde se vela a los grandes. Casi como una humorada. Punto. Ahora, si ustedes están tan preocupados de defenderle las espaldas al hijo del viejo, y lo tienen de encargado del partido en España y Portugal, y es tratado casi como un embajador plenipotenciario por Carrillo y todo su grupete revisionista, si es a él al que han protegido en todo el embrollo que tuvieron mientras a Jesús lo mandaron al exilio del exilio del exilio, y lo ignoraron por completo, porque ni siquiera sabían que era un héroe internacional... Pregúntate mejor qué mierda le está pasando al partido del cual eres dirigente. Pregúntate por qué les interesa más lo que sucede en Roma, en París, en Moscú o en Berlín, en vez de estar luchando en Mulchén, en Puerto Montt y en Caldera. [aclaro] Parece que sin buenos resultados, porque me espeta: No me des vuelta los argumentos ni te hagas el chorito conmigo (¡esa frase es mía!). Algo me huele mal en todo esto. Tengo la leve sensación de que me hicieron una encerrona y que tú has sido parte de ella. [se da vuelta y se aleja] Estás desvariando, Tito. No seas autorreferente. Crees que es un asunto personal contra ti... Andas con la persecuta... ¡El muerto es Jesús! ¡Tú todavía nooooo! [grito con rabia... y con razón, porque me cagó el día... y gratis]

26

Voy solo en el tranvía. Hoy mi gringa tiene clases de español y se las está tomando muy en serio. El hecho me produce cierta inquietud. Soy la única razón para que le interese aprender un idioma que siempre le fue ajeno. Y eso me compromete. ¿Me compromete? Creo que sí. Siento que sí.

Y Pedro. ¡Ese es otro cantar! Como ahora es nuevamente poeta, se ha dedicado a preparar una especie de representación de la historia de Chile con poemas de Neruda. Claro, el vate da para todo. Agarró las estrofas, las revolvió, las editó, las reordenó y se armó un libreto que dura poco más de una hora. Se lo mostró a Micha y el Genosse eyaculó en el acto. De encargado de los chilenos se convirtió en productor teatral y consiguió un grupo de actores de la Grosse Haus para armar la representación. Son como doce que declaman a Neruda en alemán. En dúos, en grupos, a intervalos. Empieza uno, sigue otra, y otro, vuelve la primera. Unos sentados y otros de pie. Los que están parados se sientan y los que están sentados se paran. Se arrejuntan al medio y avanzan golpeando con los pies el entablado. Surge una voz atrás. Todos se esparcen sobre el escenario. A un costado está Pedro, sobre un taburete, con cara de *Perdidos en la noche.* Un libro reposa sobre una de sus piernas y él lo sujeta con su mano. Estoico durante más de cuarenta minutos. Hasta que se produce un silencio extraño. Un actor recita. Más bien susurra. Se escucha solo el ronronear de palabras alemanas ininteligibles. Con parsimonia, Pedro abre el libro y comienza a leer de *Dulce Patria:* Patria, presérvalo en tu manto, / recoge este amor peregrino: / no lo dejes rodar al fondo / de su tenebrosa desdicha: / sube a tu frente este fulgor, / esta lámpara inolvidable... En castellano, por supuesto. Y cuando el poema está en su medianía, la performance de Pedro incluye una subida de volumen lenta que va adquiriendo bríos y rabia. (Un tanto dramática y exagerada, debo decir). Surgen entonces todos los actores, que se abalanzan desde el fondo y hacia la boca del escenario recitando en un rumor alemán. Llegan al borde del escenario y miran amenazantes a la platea. Entre ellos atraviesa la voz de Pedro, que sigue subiendo el tono: Patria, recoge esta carrera, / la luz, la gota mal herida, / este cristal agonizante, / esta volcánica sortija. / Patria, galopa y defiéndelo, / galopa, corre, corre, corre.

Y estalla el silencio.

Una suerte de emulación de *Fuenteovejuna.*

(¡Un sacrilegio! Habría exclamado el viejo. Aunque ya nada importa

porque nunca conocí a Pablo, y él coincide conmigo. Habría agregado con certeza externa y pena negra en el alma). Bueno, en eso anda Pedro, en ensayos porque en una semana es el estreno. Y ya tienen solicitudes para presentarse como en cinco ciudades. Este cabrón se va a saltar un par de meses de la Pentacon con este invento. Solidarität mit Chile! (Podría haberme ofrecido pega de consueta por lo menos, digo. Pero no lo pienso. En realidad no tengo nada que hacer en su obra. Y está bien que lo haya hecho). Fui a uno de los ensayos la semana pasada y es impactante. Está bien. ¡Vamos, Pedro! ¡Viva Chile, mierda! ¡Proletarios del mundo, uníos! La violinista checa parece haber pasado al olvido. No ha vuelto a mencionarla desde hace un mes. Pero lo vi muy cocoroco con una actriz de ojos nostálgicos, cuerpo delgado y rodillas huesudas. A este le gustan las minas lánguidas, teniendo una mujer que es belleza y grandeza puras. ¡Algo huele mal en Dinamarca!

(Al viejo, al final de cuentas, le habría gustado el show de Pedro. Y habría brindado por ello. Era noble el viejo. Y yo no me lo puedo sacar de la cabeza. Todos los días pienso en él. Y me da ira haberlo conocido más el día de su funeral que todo el tiempo que pasamos juntos. Viejo pillo. ¡Te la tenías guardada! Esas eran tus reuniones en Berlín a las que asistías cada dos meses. Te ibas a reunir con tus camaradas, los excombatientes, los legionarios, los veteranos de guerra. Fuiste un héroe que no alcanzó a morir como héroe. Eso fue lo que trataste de explicarme alguna vez que hablamos de Camilo, Fidel y el Che. Si hubieses muerto en el campo de batalla, le habrían puesto tu nombre a una calle, por lo menos. Te habría gustado una calle sin salida. ¡Por joder! Si volvemos a Chile y botamos a Pinochet, me voy a conseguir una pega de alcalde y te voy a hacer una estatua).

En el casillero tengo un papel de Peter que me informa que tiene un paquete para mí. ¿Un paquete? Una sola vez me llegó uno con los libros de poesía de Chile. (Lenin Mandujano sospecharía que se trata de una bomba que le mandó Alcides, lo que probaría fehacientemente que es un agente de la dictadura. Este pensamiento que se me cruzó por la cabeza, ¿significa que yo también lo pienso? ¡Estoy delirando!). Peter me entrega el paquete. Parece un libro. Viene de Berlín, por correo. Me explica que no cabía por la rendija del casillero. Danke, Genosse. [digo] Aber, bitte! [responde] Este sí que es agente, pero de la Stasi. [sospecho-supongo] Y enseguida me recrimino por mis malos pensamientos, de nuevo. (Hoy es día de autorrecriminaciones). Subo a pie mientras le voy sacando el envoltorio. ¡Hey! Es la primera edición de la revista *Araucaria.* Ya sabía que iba a aparecer. Pero nunca pensé que me llegaría a mí. En realidad, a nadie en Dresden. ¿Quiénes somos? ¿Qué valor tenemos para la revolución mundial? ¿Qué hacemos para ganarnos algún lugar en los batallones de la Justicia, la

Liberación y el Socialismo? ¡Buenas preguntas! (Pero no tengo las respuestas. Tendrán que continuar navegando por mi cerebro y mi conciencia durante un buen rato). Mejor vuelvo a la *Araucaria.* Gran portada. Un rostro dibujado por Gracia Barrios. Un grito. Desgarrado como el de Munch, pero más de cerca, más indoamericano (¿qué tal?). Abro la tapa y me encuentro con una dedicatoria: Para Coque, mi hermano y amigo, mi compañero y camarada de siempre, con todo el afecto del mundo. Fraternalmente, Héctor.

¡Bien, Tito! Te rajaste. De un plumazo borraste todos los resquemores, todas las ofensas, toda la distancia. ¡Te pasaste! Saco la llave del bolsillo y abro mi departamento. Me quito la bufanda que le robé al viejo, la parka, la chomba y los zapatos. El departamento está calefaccionado y puedo andar desnudo si me da la gana. Pero no me da. No ahora. En la cocina abro una botella de tinto y me la llevo al living junto con una copa. Vuelvo al dormitorio a buscar la *Araucaria* que dejé sobre la cama. Ando volado. Me acomodo en el sillón, me sirvo y el primer trago me sabe a paraíso. Me hace bien estar solo de vez en cuando. Aunque siempre aquí siento la presencia ineludible del viejo e inconscientemente espero que golpee el piso para llamarme. Tengo claro que no ocurrirá. No estoy desvariando. Leo todo. *Araucaria de Chile.* Dirigida por Valodia Teitelboim. Ya la cagó el corrector de pruebas. ¡Es Volodia, boludo! La redacción está en París, pero la editora en Madrid. ¿Cómo serán esos mundos? ¿Cómo será trabajar en algo que sirva? ¿Cómo será aportar en serio a la solidaridad con Chile? Es lo que está haciendo Pedro. Dentro de lo posible. ¿Y yo? ¡Control de calidad! Hoyito por aquí. Hoyito por allá. Hilo para el tornillo por acá. Otro hoyito. Pásala para el lado. Recibe la próxima. La mirada severa de Siegmund. Siiiiiigmund. Nunca más nos invitó a un Abendbrodt. Alguna cagada debemos haber dejado y ni nos dimos cuenta. (Pero a Eva y a mí nos invitó a la Grosse Haus para escuchar una obra de Mozart. ¡Y pagó las entradas! No hay nada que recriminarle. Se portó como un caballero. Retiro lo dicho. Los voy a invitar al estreno de la obra de Pedro). Hernán Ramírez Necochea: «El fascismo en la evolución política de Chile». Alfonso González Dagnino: «El genocidio». Luis Corvalán: «La Revolución de Octubre y los derechos humanos». Eduardo Labarca: «El golpe por dentro». (Buen gallo el Guayo. Lo conocí en el partido y tenía una actitud cercana, sin arrogancia, y hacía unas presentaciones claras, llenas de anécdotas y experiencias personales. ¡Gran tipo!). «Conversación con Matta». Por aquí empiezo. Siempre me ha intrigado este personaje. Un pituco tan empingorotado pintando unos monos locos y viajando a Chile a trabajar en La Granja y después mandarse un mural de cien metros a orillas del Mapocho con la Brigada Ramona Parra. Si lo hubiera hecho a orillas del Sena le habrían pagado chorrocientos millones de francos.

En Chile, la mitad de la gallada lo encontró feo, la otra mitad lo aplaudió sin entender mucho, y cuando yo estaba preso me recordaba de él y me imaginaba a los conscriptos pintando todo de blanco (como el Libro Blanco de Pinochet) para borrar cualquier recuerdo de la UP. Pero La Moneda no la puedes pintar de blanco, Pinocho, sus ruinas permanecen ahí, como la Frauen Kirche, bombardeada, testigo mudo de la imbecilidad humana y lo sobredimensionado de esa acción. La Moneda es el monumento fúnebre de Allende, el que decías que era tu amigo, tu jefe, al que le juraste lealtad. ¿A quién querías matar? ¡A la democracia, Coque, a la democracia! Ya sé. (Me falta el viejo. Nunca hablamos de Matta, de seguro era amigo suyo. Ahora me gustaría saber su opinión). Suena el timbre. Hasta aquí llegó mi lectura de la primicia que me envió mi amigo Tito. Porque con esa dedicatoria y este gesto de enviarme el primer ejemplar de *Araucaria* acaba de volver a ser mi amigo.

Abro la puerta. ¡Quién lo iba a decir! Frau Dr. Margaret Keller! Guten Tag. Guten Tag. [decimos al unísono] Me hago a un lado. Entra dando pasos decididos. ¿Dónde quedó el germanismo, doctorcita? ¿No hay que preguntar si molesta, si estoy ocupado, si tengo unos minutos? ¿No hay que sacarse los zapatos y ponerse babuchas? Se va a recorrer el departamento. Cierro la puerta. La sigo. Se gira sobre sus talones. Me enfrenta. Me debes una. [dice] Es una orden. [pienso] Me pone la mano detrás del cuello y me acerca (me empuja) para darme un beso bien jugoso y prolongado. Komm hier. [dice] Es una orden. [pienso-me percato] Y se va al dormitorio. La sigo desconcertado. Junto a la cama se gira nuevamente, me toma la cara y me estampa otro beso que me succiona hasta el píloro. En tres segundos me tiene hirviendo. Nos desnudamos el uno al otro con ansiedad. ¡Recórcholis! Un par de inmensas y preciosas tetas aparecen debajo de su suéter. Las más grandes y tersas que estas manos han tenido la oportunidad de acariciar. De un movimiento lanzo los cobertores de la cama hacia atrás y la derribo sobre la sábana. Las botas. [dice] No, las botas no. [aclaro] Se sonríe. Cambia el gesto y agarra facha de mina dominante. Como una amazona. Se sube encima de mí y me monta como a un caballo chúcaro mientras le sujeto los pechos para que no formen un huracán y hagan estragos a su alrededor. (Afírmate, Catalina, que vamos a galopear, decía Francisco Bilbao). Va y viene cayendo sobre mí, echando la cabeza hacia atrás, acostándose encima y besándome, sorbiéndome, engulléndome. De pronto, sin decir agua va, se viene a grito pelado, y eso me hace acabar también. Se echa a mi lado y comienzo a acariciar su cuerpo. (Eres una esbelta teutona tetona. Eres un pan recién horneado. Eres un durazno bien maduro. Eres de mascarte. En quince años más vas a ser una modelo de Rubens. [pienso] Este polvo es en honor al viejo, que no habría querido otra

cosa que celebráramos su muerte con un buen coito). De tanto rebuscarla, frotarla, acariciarla e investigar los pliegues y rincones de mi doctora, estoy listo para una nueva faena. Margaret intenta resistirse. ¡Ah, no!, me acabas de violar y ahora es mi turno. [digo en español] Se deja hacer como una virgen ingenua, se retuerce como si fuera su primera vez, se hace la desmayada, la muerta, la dormida, la indiferente, pero ahora, de pronto, se encabrita y trata de tomar el control nuevamente. Y comienza una lucha de titanes, un choque de gladiadores, una disputa de leones en la que cada uno pretende someter al otro. Pero a mí no me la ganas, alemancita tetona. La riña es feroz. Salen a relucir las uñas y los dientes, las torceduras de brazos y los insultos bilingües. En cada pose una penetración por acción mía o reacción suya. (Son las leyes de la física). Hasta que suelta nuevamente su alarido de placer y dolor. Y siento desde mi culo que mi cañón seminal viene cargado y arrastrando un tsunami que por fin estalla dentro de la Frau Dr. Keller que, como una vela que cortó amarras, se esparce sobre la cubierta. Me levanto y voy a buscar una botella de vino. Se acaba de sacar las botas. Creo que es mejor así. [dice] Me siento más segura de que no volverás a atacarme. [aclara] Sonríe la muy pícara. Y me arrebata la botella para mandarse un trago entre pecho y espalda, del gollete mismo.

Esta es de las mías. [me convenzo-insisto] Entre cama y conversa nos tomamos todo el Sangre de Toro (una verdadera transfusión a la vena). Voy a la segunda. Cuando termino de descorcharla, ella ya está sentada en el sofá, vestida. Como si nada hubiera pasado. Dejo las dos copas y la botella en la mesa de centro y me voy a vestir. Vuelvo, sirvo las copas y me siento al otro extremo del sofá. Como si nada hubiera pasado. Tu novia debe estar por llegar. [dice] ¿Cómo sabes tú? [pregunto] Porque los Dienstag y Donnerstag llega a esta hora. [contesta] Eres vivaracha. [digo en castellano] Por mi cara entiende. Sonríe complacida. Sí, pero esto no se va a repetir. La deuda está saldada. [dice] Todavía no, ahora tú estás en deuda conmigo. [reclamo] Ah, no. Genug ist genug. Yo soy una mujer casada. [aclara] Ya lo sé, Frau Doktor. (Pero esto no tiene que ver con el matrimonio. Esto ha sido pura calentura y mi experiencia me dice que un solo polvo no la apacigua. Por el contrario. Como al tercero se empiezan a calmar los ánimos. Vamos a esperar... Veremos qué pasa la próxima semana. Dienstag o Donnerstag. Lo tienes todo calculado, germana cachonda).

Se acaba de ir la doctorcita de las grandes tetas y llegó mi pelirroja de culito primoroso. (En la escalera se tienen que haber cruzado, porque no había terminado de salir una cuando estaba entrando la otra. Por suerte estas minas están acostumbradas al trabajo doméstico, porque antes de marcharse la forense ha dejado todo en un orden

aséptico. Nadie diría que aquí se acaban de librar la primera y la segunda guerras mundiales). Y Eva ahora me habla en español, me dice buenas noches, amor de mi vida. Voy a preparar la cena y a beber algo de vino, cariño. Está aprendiendo siutiqués en vez de castellano. Me da un beso casual y se va a la cocina a cumplir su ofrecimiento. Mientras, yo sigo leyendo. Sigo devorándome esta *Araucaria* que está regando las semillas de mi inquietud. Para hablar en siútico yo también.

Aquí voy leyendo de a poco a Matta. Más que de a poco, lentamente. No es fácil este gallo. Debe ser lo surrealista. Pero me gusta la mirada del surrealismo como sur-realismo. Ser un realista del sur. Porque en vez de enredar la cosa me la aclara. Hay que ser realista del sur. Y cuando habla de los milicos golpistas como de un caballo que se tomó la carnicería y ahora no sabe qué hacer con la carne porque come pasto. ¡Es soberbio! ¡Genial! Eso son los milicos, eso están haciendo con Chile. O sea, no haciendo Chile. Están mirando la carnicería que dejaron y siguen dejando, y meten la carne en el frigorífico para retrasar la solución a su desconcierto. Yo estoy en el frigorífico, querido Matta. Yo estoy metido en este frigorífico terrorífico del no ser. Del no ser por no ver, como dices. Por no ver lo que debo ser, según entiendo. Mientras los pretendientes de espantapueblos están actuando veinticuatro horas al día y mandando rendiciones de cuenta al imperio. Desinteligenciando al vulgo (para hablar como Matta: «¡Qué vaca los ha parido! ¡Quiénes son los que pueden amarlos! ¡Cómo se puede chancletear una amistad con ellos! ¡Qué estropeado pueblacho los puede aplaudir! Pretender transformar al pueblo en vulgo, en plebe pueblacha. Su objetivo es abrumar de estupidez al vulgo. Anhelan inclinarlo a una credulidad insensata para transformar al pueblo en una plebe bestia. Estos son los rebuznos militares»). Y convertirnos en ovejas sumisas e inmóviles. Secándonos el seso. Y secándomelo yo por estos confines.

Gracias, Tito. Te pasaste. Me has hecho feliz con tu regalo.

Durante el Abendbrodt que ha preparado, mi Eva me cuenta que Micha se ha incorporado a sus clases. Que eso le agrada porque le permite practicar. Que tiene una hora de gramática y vocabulario y luego una hora de conversación con Micha. No digo nada. Me trago los celos. (Otelo encadenado en las mazmorras, colgando de los grilletes como un vacuno beneficiado, lleno de moscas, las baratas comienzan a subir por sus pies para lamer su sangre. Estoy hablando como Matta. Algo se aprende con este pintor parisino. Me llenó la cabeza de imágenes. Y la incorporación de Micha a las clases y la alegría con que lo cuenta Eva me llenaron las venas de hiel. Hay cardos que avanzan por mi torrente sanguíneo. Algo de vodka podría contribuir a suavizar). No me gusta esta repentina cercanía que Eva

está teniendo con el teutón. Y menos ahora que su mujer se fue a Magdeburg. ¿Por qué se habrá ido? ¿Andarán estos dos en algo que yo ignoro? Celos y más celos. ¿Me estaré enamorando o es solo machismo latinoamericano? ¿Qué tiene Micha que meterse en las clases de Eva? ¿Qué busca? ¿O será todo una concatenación de hechos que no logro descifrar: el teléfono, el vocabulario, la personalidad y propiedad con que daba órdenes en el hospital de Meissen, la conversación tête à tête durante la fiesta del 18 de septiembre, la reunión con los capos en el restaurante...? Celos y más celos que me aprietan la guata y me meten adrenalina por todo el cuerpo. ¿Tiene una doble vida esta mina? Le voy a pegar un polvo de latin lover que la va a dejar turulata. Para que no ande buscando por otros lados. (Vamos a ver si me da el cuero, si la Margaret dejó algo como para un tercer round.

Salgo de la fábrica y me voy al centro. (Pedro sigue con su obra. Regina: desaparecida. La gringa se fue a Berlín una semana. A ver a su familia, me dijo. ¿Qué familia? ¡Si hasta el gato se le murió! Me explicó que eran unas tías ancianas que vivían cerca de un lago, el Bodensee. A otro perro con ese hueso, dije. Pero como no estoy dispuesto a comprometer mi persona, tampoco es mucho lo que puedo exigir. Al menos certifiqué que Micha estará acá. Así es que ¡a tragar mierda nomás! Y a especular y atormentarme con las interrogantes que me produce mi teutona. ¿Quién es? ¿Dulcinea o Aldonza? ¿Mi Mata Hari privada?).

El mismo tranvía, cada parada a su hora, las mismas caras, cada paisaje y cada acción se repite todos los días con germana precisión. Esta es la cotidianeidad. Un día detrás del otro y delante del que viene. Me bajo frente a Lenin. Lo miro por centésima vez. El rostro duro. Su barbita. Sus ropas y la bandera al viento. Avanzar sin transar. Me voy al Kino redondo de la Prager. Están pasando la última película de Dean Reed: *El cantor*. La vida de Víctor Jara protagonizada por el Elvis Rojo. Miro las fotografías. Las reseñas recortadas de los periódicos, el afiche. No puedo creerlo. Este gringo de pelo grueso y liso, de rostro yanqui, alto y seductor, haciéndose pasar por un cantante chileno. Pago mi entrada. La sala está casi vacía. Debe ser la hora. ¿Dónde filmaron esto? ¿En Rumania? ¿En Bulgaria? ¡No doy crédito a lo que ven mis ojos! ¡Él canta las canciones de Víctor! ¡En español y con un acento insoportable! Su mano echa a andar una grabadora de sobremesa. Comienza a interpretar *Cuando voy al trabajo*. Se ve a su mujer que a hurtadillas escucha la canción por primera vez (se supone). Y no es gringa, es chilenita de pura cepa. (Te equivocaste, Dean. Tienes dislexia. Víctor Jara era chileno y su mujer es gringa. Es al revés la cosa). Un par de lágrimas resbalan por sus mejillas. De nuevo Dean Reed. Su nuca, y su mano subiendo y bajando para cambiar las posturas sobre las cuerdas. ¡No soy capaz! ¡A qué

estamos jugando! Esto no me suena a homenaje. ¡No soy capaz! La citroneta, el paisaje, las caras compungidas y falsas. ¡Y ese acento! ¡Ese acento! ¡Tengo que salir! ¡No me la puedo!

Te recuerdo Amanda se parece a «si Adelita se fuera con otro, la seguiría por tierra y por mar...». La cagaste, Dean Reed, ya no serás más el Elvis Rojo, después de esta película vas a ser el Nat King Cole Blanco. Cantas Amanda como el otro cantaba Adelita.

¡Si tu amigo Víctor Jara te viera...!

Afuera me encuentro con unos rayos de sol que se cuelan por entre las nubes. Un sol frío que no calienta pero ilumina la cabeza de Lenin y proyecta su sombra sobre las baldosas que todos pisan. Me siento al borde de la Pusteblumenbrunnen para que sus gotas atomizadas mojen mi espalda. Echan a Wolf Biermann de la RDA por revoltoso, por no estar de acuerdo, por criticar. Y ensalzan a Víctor Jara por haber hecho lo mismo en Chile. ¿La diferencia? Uno sigue vivo y el otro sigue muerto. ¿Dónde está la consecuencia, compañeros? Víctor Jara cantaba por la liberación y por la libertad. No juremos su santo nombre en vano, camaradas.

Dean Reed, ¡no seas patudo! Escribe tu propia historia de heroísmo (porque algunos méritos tienes) y no te cuelgues de la de tu vecino. ¡Y critica! ¡Mierda!

¡La crítica es creación! ¡Y la creación es crítica!

No sé quién lo dijo. Puede haber estado escrito en los muros de Nanterre en el 68. Puede ser. Puede que no. (Puede y no puede. Puede ser solo el viento sobre la nieve). No estoy seguro. Pero sí estoy seguro de que está tatuado en los muros interiores de mi cerebro.

Lo puede haber dicho quien sea, ¡pero hoy lo digo yo! ¡Y eso es más que suficiente, Pragerstrasse!

Mejor me voy caminando a mi Wohnung de la Hoffnungstrasse.

Para despejarme. Para respirar.

No pienso en nada. No quiero pensar.

Abro la puerta y me echo en la cama.

Quizás venga la doctora. Quizás no.

Quizás llegue mi Regina. Quizás no.

Quizas alguien toque la puerta para decirme que su mujer se quiere ir a vivir a Venezuela o que se le quemó la carbonada.

Quizás no venga nadie.

Quizás me duerma.

Quizás ya estoy dormido.

Quizás la película no sea más que otro mal sueño.

27

Dos buses esperan a la entrada del edificio para trasladar al colectillo a Weimar. ¡A Thüringen los boletos! Hora de salida: seis de la mañana. Y eso, para un sábado precedido de una noche con comida, trago y amor con mi pelirroja, es un calvario. El gringo preparó todo. Insistió en que Eva también se sumara. (Micha, mein Micha, und alles tut so weh...!). Eva está aquí, paradita en la vereda de la Hoffnungstrasse y tomada de mi mano esperando nuestro turno, como una chilena más. (Mucho cuento de Micha con mi gringa. Cada día me entran más sospechas y me dan más celos. O estos dos andan en algo oculto o yo me estoy enamorando. Ninguna de las dos alternativas me parece auspiciosa). El gringo se deshizo en explicaciones... que era importante para su crecimiento personal... para su toma de conciencia... para aproximarla a los postulados del PSUA... al proyecto de país de la RDA... que sus padres la mantuvieron muy alejada de todo lo que ocurría... que no le permitieron ser Junge Pioneer... ni FDJler, y que está recién comprendiendo el mundo y la sociedad que la rodea... Este gringo sabe más que yo de la historia personal de Eva. Me quiere hacer tragar ruedas de carreta. (Otelo, Otelo me invade. En este momento nuevamente soy el moro veneciano). A cinco metros de distancia se produce una discusión entre Pedro y la Chabela sobre si llevar o no llevar a los cabros chicos. La Chabela argumenta que un viaje tan largo y otro de vuelta en el mismo día los va a agotar. El padre de las criaturas considera que desde niños deben cultivarse y que les hará bien para su formación. La madre alega que la parte de Weimar está de lo más bien, pero la visita a Buchenwald no le parece adecuada para ellos. Y salta Pedro (que anda en la tesitura de militante militante prestissimo) con que justamente es a eso a lo que se refería, que visitar un campo de concentración les va a enseñar la crudeza de la vida con la que deberán enfrentarse, les mostrará que en el mundo hay buenos y malos, y le gustaría personalmente a él explicarles las condiciones en las que vivió su propia detención en Chile. ¡Hasta aquí nomás llegamos! [lo chanta la Chabela] (que anda en ímpetu beligerante forte fortissimo y agarró toda su dulzura y la convirtió en dinamita). Ellos son hijos míos y yo determino lo que les conviene y lo que no. A lo que su legítimo esposo le responde que también son sus hijos y que tiene derechos inalienables sobre ellos. ¡Eso es lo que tú supones! [grita ella] ¿Qué cosa? ¿Que son hijos míos o que tengo derechos? [pregunta él confundido] ¡Ambas cosas! Porque si no son hijos tuyos no tienes ningún derecho, ¡machista! [le retruca

ella] (Touché, diría el viejo). Y entonces, ¿de quién son hijos? [consulta Pedro, bajando la voz, cayendo en la trampa y herido de muerte] (al menos en lo que a esta discusión se refiere). Ese secreto me lo llevaré a la tumba. [responde una Chabela victoriosa, dando por terminada la conversación] Los que desde la vereda asistimos a la confrontación miramos y oímos desconcertados. Ambos han sido siempre tan reservados, tan discretos, tan correctos. Gracias al triunfo obtenido, ella sube al segundo autobús con cara de chicha fresca y de animatriz de la jornada. Detrás nos encaramamos el resto. La exultante Chabela saluda de beso a todo el mundo, a cada mujer le deja caer una lisonja y a cada hombre un guiño. Por su parte, Pedro estrena su peor cara de culo, lanza un Guten Tag al boleo y se me sienta al lado, pasillo de por medio, porque yo llevo a mi alemana contra la ventana, no vaya a ser cosa que al Micha se le ocurra cambiarse de bus y venirse a coquetear por estos lados.

Doscientos kilómetros, dos horas y media de viaje, y lo único que vale la pena es el paisaje otoñal. La diversidad de colores de los bosques que cruzamos. Lo insoportable: el coro de voces desafinadas que han interpretado desde el *Venceremos* hasta La mar estaba serena, la mar astaba sarana, le mer estebe serene, li mir istibi sirini. (Esta última frase podrían haberla aprovechado hace un tiempo atrás los miristas). Seguimos con miles de elefantes balanceándose sobre la tela de una araña. (Eso éramos nosotros, los de la UP). De ahí pasamos a las canciones de Leonardo Favio (Hoy corté una flor... Ella, ella ya me olvidó... Me ocurrió hace pocos días, al llegar a la estación... Cómo olvidar tu pelo, cómo olvidar tu aroma, si aún navega en mis labios...). De atrás surgen Los Iracundos con su legendario *Puerto Montt*. (Sentado frente al mar, mil besos yo le di, después le dije adiós, todo termina aquí... Ayer leí tu carta tan solo hasta la mitad, los ojos se me nublaron no pude leer más...). (Si eso es poesía, yo soy Rubén Darío). Los autobuses se detienen en una estación de servicio para llenar el estanque y ofrecer a los pasajeros la posibilidad de descargar la vejiga o el intestino. Dicho y hecho. ¡Yo sabía! Ahí viene Micha a instalarse por estos dominios. Su mirada busca por allí y por acá algún asiento cerca de nosotros. (Verzeihung, gringo retamboreado, pero te tendrás que sentar cuatro filas más atrás). Nos mira con cara de decepción. Los buses retoman el camino. Y ahora algo de la Violeta. (Arauco tiene una pena que no la puedo callar, son injusticias de siglos que todos ven aplicar... Se ha formao un casamiento, todo cubierto de negro, negros novios y padrinos... Maldigo a la solitaria figura de la bandera, maldigo cualquier emblema, la Venus y la Araucaria...). La gringa, feliz. Temperamentvoll somos los chilenos, según estos alemanes que aún no descubren nuestros niveles de depresión, frustración y tristeza que arrastramos desde siempre. Creen que los latinos somos todos

caribeños... ¡Ojalá! Estaríamos cantando cumbias y no estas desgracias de amor. Le pido a mi Regina que ponga orden en este manicomio y cante un par de canciones alegres. Me mira con desdén. Yo solo canto en los escenarios. [responde] ¿Con cinco recitales se te fueron los humos a la cabeza, pericona? [la punceteo] No, pichón, con los aplausos y con las propuestas decentes e indecentes que me hacen después da cada concierto. [me responde muy oronda] ¿Y las aceptas todas? [consulto socarrón] ¡Solo las indecentes! [contesta rápido, le echa una ojeada a Eva y se traga su risa] Chilenita, vida mía, cosita rica, ya vas a ver las indecencias que te voy a hacer. [pienso]

De repente, aprovechando un silencio, se para nada menos que Lenin Mandujano en persona, se instala en medio del pasillo del bus y comienza a contar chistes. Nos explica que es su especialidad. (O sea, ¡no era la contrainteligencia!). Karl, Friedrich, Vladimir, Nikita, Leonid, ¡por favor! ¿Qué hemos hecho? ¿Qué penitencia estamos pagando? ¿Cuándo traicionamos a la revolución para que la vida nos castigue de esta forma? ¡Don Clodomiro! ¡Profesor Cassigoli! ¡Saúl Schkolnik! ¿Por qué teníamos que ser nosotros *Los condenados de la tierra?* Un ratito de silencio... Bitte! Por suerte falta poco. Van catorce chistes de primera preparatoria y ocho de Don Otto. ¿Dónde mierda está el Coco Legrand para que nos presente a su Lolo Palanca y al Cuesco Cabrera? ¿Por qué no lo exiliaron con nosotros? ¿Por momio? No creo... (Cuento aparte es la risa que sus propios cuentos le producen a Lenin. La de las hienas es más delicada, más gentil y glamorosa).

Llegamos a Weimar. A la Marktplatz. El bus se detiene para dejarnos aquí. Los otros chilenos ya están repartidos por la explanada. La gringa y yo bajamos. Doy unos pasos y, con las manos en la cintura, me doy un giro en trescientos sesenta grados, a lo Jesús, para admirar todo el contorno. La Rathaus con su torre y su carillón de campanas de porcelana de Meissen (que a ambos nos traen muy malos recuerdos), la casa de Lucas Cranach, la Rathaus y la Stadthaus. El día está ligeramente soleado, ligeramente nublado, ligeramente fresco, ligeramente agradable. Y siento el calorcito de un abrazo que me da mi Eva, coronado con un beso ardiente. (Con estas demostraciones se me alejan las sospechas sobre Micha, pero se me caen encima unos miedos tremendos de que me enamore en serio, de que quiera hacer pareja, familia, quedarme a vivir aquí, disfrutar de la hospitalidad germana, de la seguridad, la belleza, la posibilidad de vivir la Historia todos los días, la medicina gratis, el trabajo fijo y la educación para nuestros hijos. ¿Cómo es la cosa? ¿Me estoy deslizando por la tentación de una vida tranquila y pequeñoburguesa? ¡Sálveme, Marx!). Mi gringa hermosa y olorosa lo primero que me pregunta después de mi giro es dónde podrá comprar una crema de ginkgo

biloba. Le explico que me parece una frivolidad que estemos en Weimar y ella se preocupe de temas cosméticos. ¡Solo quiero conocer las cualidades y efectos de una planta que nuestro gran Johann Wolfgang von Goethe estudió y admiró tanto! [me espeta con cierta prepotencia e ironía] Escucha, ignorante: Dieses Baumes Blatt, der von Osten / Meinem Garten anvertraut, / Gibt geheimen Sinn zu kosten, / Wie's den Wissenden erbaut. // Ist es ein lebendig Wesen, / Das sich in sich selbst getrennt? / Sind es zwei, die sich erlesen, / Dass man sie als eines kennt? // Solche Fragen zu erwidern / Fand ich wohl den rechten Sinn. / Fühlst du nicht an meinen Liedern, / Dass ich eins und doppelt bin? [y se aleja de mí en pos de su crema] No entendí ni jota, pero supongo que será un poema del vate germano. Este se parece a Neruda. Le cantó a todo cuanto pilló en su camino y en su jardín y en su repisa. ¿Y a quién le va a preguntar la Eva? ¡Correcto! ¡A Micha! Ojalá que no le recite también...

La mañana es extremadamente cultural. Casa de Goethe, casa del jardín de Goethe, casa de Schiller, casa de Liszt, casa de Herder, la Stadtskirche de San Pedro y San Pablo, el Nationaltheater, casa de Cranach, Marktplatz, Theaterplatz, la Rathaus. Se van sumando cientos de nombres de hombres y mujeres famosos que hicieron posible esta ciudad excepcional. Martín Lutero, Wieland, Nietzsche, María Pawlowna, Schopenhauer, Anna Amalia von Sachsen-Weimar-Eisenach (échate un nombrecito), Gropius, Bach (este es cortito y más conocido). Tengo la cabeza llena de nombres de renombre que se entrecruzan, y se me confunden épocas, oficios, tendencias... Monumentos a todo el mundo. Hasta el de Thälmann. Vamos caminando, cerca de la Hochschule für Architektur. Ahí está el gran líder del Partido Comunista Alemán. (Lo observo largamente. Me impresiona su gesto altivo, valiente, decidido. Me llama la atención la modernidad de la escultura. Nada de realismo socialista. Aunque no puedo descifrar si a la estatua le robaron el bastón de la mano izquierda o el paraguas de la derecha). Recorremos calles, avenidas y plazas, el clima ha sido siempre grato, como grata es la ciudad. (Aparte de bella, importante, imponente, determinante). Un guía nos va contando todo. Desde el Ehringsdorfer Urmensch de la prehistoria que encontraron en las cercanías, hasta la última obra de teatro en escena: *La madre,* de Bertolt Brecht.

Almuerzo en el Interhotel, el famoso Elephant Hotel. Y entonces se agrega a la lista el nombre de Thomas Mann y su *Lotte in Weimar*.

Después del almuerzo y de quince minutos libres para fumarse un puchito quienes aún sufren esa esclavitud burguesa (y quienes sufrimos aún más por ya no tenerla), pasear un poco y bajar la comida, nos subimos nuevamente a los buses y nos llevan al campo de concentración de Buchenwald. A cinco minutos. Quizás diez. Un lugar

de detención más que de exterminio. (Aunque fueron decenas de miles los que aquí murieron). Ya la reja de la entrada nos golpea como la onda expansiva de una bomba. En la parte superior de la puerta se lee: JEDEM DAS SEINE. (A cada quien lo suyo, nos traduce Micha). Esa sola frase me crea la imagen de las filas de prisioneros que van entrando en los años del nazismo para enfrentar una nueva vida, o una nueva muerte en vida que los rebajaba al nivel más ínfimo de la escala humana.

Un señor bajito, correctamente vestido, digno y orgulloso nos va mostrando y relatando lo que ahí ocurría, cómo se vivía y sobrevivía, cómo se agonizaba y se moría. Lo hace con tal certeza y detalle, que somos capaces de ir imaginándonos los días y las noches de amargura y sometimiento, el llanto y los alaridos, las súplicas, los rezos, el abatimiento. La explotación de los polacos, gitanos, húngaros y de múltiples nacionalidades y linajes en las fábricas de armamento, los uniformes listados azul y gris, el olor que emanaba de la chimenea, el hedor de los vivos que no eran más que piel adherida a los huesos, esqueletos caminando. ¡Los niños! Los niños hacinados y hambreados por miles. Y el riesgo y fortaleza espiritual y física que significó la organización del Comité Clandestino Internacional, con el que lograron sabotear parte de la producción de las fábricas de armamento del campo de concentración. El alma de Anna Amalia, la mecenas del arte en Weimar, va quedando atrás. Muy atrás y olvidada. Es reemplazada por el alma dantesca de Ilse Koch, la esposa del comandante de Buchenwald, una hija de labriegos nacida en las cercanías de Dresden que, látigo en mano, realizaba recorridos maltratando a los prisioneros, eligiendo las cabezas que debían ser cercenadas para adornar el comedor en el que su familia se nutría, seleccionando la piel (especialmente los tatuajes) de los que debían ser desollados para crear las pantallas de sus lámparas. Ella representa, mucho más allá del nazismo, la bestia que llevamos dentro.

Frente al Mahnmal, con su imponente campanario y sus trágicas figuras metálicas de hombres, mujeres y niños asustados y dolientes adelante, nos aguardan los buses. Los chilenische Patrioten vagamos como almas en pena en los alrededores, cabizbajos, melancólicos, introspectivos. El día ha sido largo, impactante y extremadamente fuerte. [emocionalmente, pienso] Micha pega un chiflido. (Nunca lo había escuchado chiflar). Subimos ordenadamente. Calmosamente. Cada uno se va sentando en el lugar en que venía. No hay desacuerdos ni discusiones. Cuando algunas miradas se cruzan aparecen leves sonrisas de dolor en los rostros. Nadie empuja. A lo más, alguien pone cariñosamente una mano sobre la espalda o el hombro del que va delante. Mi gringa observa, también silente. Nos observa a todos. ¿Sorprendida? ¿Afectada? No sé ni quiero preguntar. No quiero

hablar.

Tengo el cerebro lleno de información y el alma repleta de dolor.

Le tomo la mano a Eva. Está sudorosa. Pero no me importa. Quiero sentirla, tener su calor y su pulso cerca mío. Quiero saber que ambos estamos vivos. Ella tiene su frente apoyada en el vidrio de la ventana y mira la nada. Yo estoy lleno de nada.

Durante el viaje de regreso no hubo ni cantos ni chistes. Hubo solo silencio y, afuera, la noche que se fue haciendo más espesa con cada kilómetro. La Chabela tenía razón. Aunque no le diré nada a Pedro. Supongo que se habrá dado cuenta.

Hasta que llegamos a la Hoffnungstrasse. Los buses se estacionan y bajamos en silencio. Cada uno carga un elefante sobre su espalda. Parecemos muertos vivientes, dolientes. Cansinos subimos a nuestros nichos y nos encerramos en los departamentos y en nosotros mismos.

Mañana será otro día.

28

Amo viajar en tren. Las penumbras de las estaciones y ese gran foco de luz al fondo, una promesa del paisaje que ha de venir. La gente esperando o saliendo apurada cargando sus maletas, bultos y niños. Los olores. Los sonidos de calderas que sueltan vapor o motores que comienzan a acelerar lentamente para arrastrar la larga y pesada serpiente de hierro. Los rostros abstraídos en las ventanas añorando lo que dejan o expectantes de lo que encontrarán. Las gentes están en cualquier parte menos donde están, porque se están yendo o no han terminado de llegar.

Me subo al vagón de segunda. Camino por el pasillo y entro a una sección de ocho asientos que están desocupados. Me siento en el extremo, junto a la ventana, y deseo que nadie más entre. Que el resto de los pasajeros pasen de largo sin verme.

Salimos de la estación. De las sombras a la luz tamizada de una tarde gris. A través de ese marco inmóvil de la ventana miro un mundo en movimiento. Y el enigma de las personas incapaces de resistir la tentación de hacer señas. (Insólito, gente que vive a orillas de la línea, que convive diariamente con decenas de trenes, pero que no puede evitar agitar sus brazos y saludar. ¡Aunque el tren sea de carga!).

Voy nervioso. Cuando hablé con Héctor por teléfono fue muy poco amable. ¿Ah? O sea, ¿que seguimos siendo amigos? [preguntó] Que yo sepa, nunca hemos dejado de serlo. [respondí] Es que el otro día no fuiste muy fraterno. [retrucó] El otro día te comportaste como un huevón, creíste que el funeral era el tuyo y no el del viejo Jesús. Andabas autorreferente y con la persecuta, a pesar de lo cual sigues siendo mi amigo. Ese día también. Las historias personales no se borran de un plumazo, Tito. Y debo confesarte que tu gesto de enviarme la revista *Araucaria* me ha roto el corazón. [contesté, siendo claro y emotivo al mismo tiempo] (Dejándole el asunto «meridianamente claro», como habría dicho el compañero Allende). Aunque lo llamé para pedirle algo, no me iba a dejar intimidar. ¡Putas! Ahora te vas a chorear tú. Me estás llamando porque necesitas hablar conmigo y me vas a seguir puteando por lo del otro día. [alegó] Está bien, está bien. ¿Cuando puedo ir? [pregunté] Yo haré los arreglos para que vengas el jueves, y no te descuenten el día. [dijo y volvió a tener el tono de mi antiguo compañero]

A la hora me llamó Micha. Coki, llamagon de Beglin, del pagtido. Te necesitan allá el jueves tempgano. Ya hablé con el Genosse de la

Pentacon para que te dé las facilidades. Esto me huele muy mal, compañego. Me huele a Kleinmachnow. Y si tú te vas de Dresden, me quedo sin amigo chileno. [me informó y previno] ¿Cómo puedes decir eso, Micha? Aquí todos te quieren, tienen buena relación contigo, son tus amigos. [protesté] No jodas, Coki. Tú sabes lo que estoy diciendo, hueón. [reaccionó] (Este alemán ya se está achilenando. Nunca le había escuchado una palabrota como esa). Además, cuando sepa de qué se trata (y si me resulta) se va a ir de culo.

Llego a Berlín y ya está cayendo el atardecer, tomo el SBahn y me bajo en la Alexanderplatz. Mandada a hacer para las manifestaciones y los desfiles la placita esta. Y con el horrible edificio del National Palast atrás, que a esta hora agarra un colorcito oro insoportable. Y el gran homenaje al Sputnik que es esta torre de televisión. Les llora un cerro San Cristóbal a estos alemanes. Se llamaría Thälmannberg, eso sí. O Leninberg. Las enfilo a la casa de Álvaro y familia. Él y su mujer trabajan haciendo cine en Babelsberg. (Insólito este Álvaro. Es chiquitito pero tiene una dignidad del porte del Kremlin. Ha mantenido su pasaporte chileno, porque el golpe lo pilló en el extranjero, y no acepta adquirir la categoría de refugiado político, asilado, exiliado o lo que sea. Ni aprende alemán. Ni una palabra. Cree que el día que aprenda a decir «ya» o «nein» cagó. Se quedaría a vivir aquí de por vida. Por esa testarudez no tiene neue Wohnung ni privilegio de ninguna naturaleza. Este vive en Berlín, pero en condiciones diferentes a las de otros chilenitos patriotas. Y no es que sean tan malas tampoco. Barrio antiguo, departamento antiguo, muebles antiguos, más espacio y menos problemas. ¡Quizás hasta sea mejor!). Subo con tranco largo los tres pisos del viejo edificio. Ni siquiera he avisado que llego porque no es necesario. Siempre hay una sonrisa, un abrazo cálido, un beso en la mejilla, la bienvenida y el cariño de Beatriz, vino tinto o vodka, buena conversa y una cama medio desvencijada donde echar la propia humanidad.

Me abre Álvaro hijo (el pendejo grande) y de atrás aparece Martín (el pendejo chico). Par de pendejos hinchapelotas que no hacen más que verme y lanzarse encima de mí como si fuera percha o árbol de parque. Tratan de botarme al suelo a toda costa. Y aquí estoy como los huevones, afirmándome para que no me tiren a tierra. Me deshago del bolso, agarro a Martín de una pata y lo cuelgo. Grita como marrano. El otro está sentado sobre mi pie y abrazado a mi pierna como un oso perezoso. Camino arrastrándolo. Los papás se fueron al otro lado, al Festival de Berlín. [dice el pendejo grande] Toda mi ilusión de poder conversar mi plan con ellos se acaba de ir a pique. Tendré que entretenerme con estos bestias y tomarme solo el vinito. Mañana a las nueve me recibe mi amigo Tito. ¿O será el compañero Héctor quien me reciba? Los cabros preparan unos tallarines con revoltijo de pollo y

huevo. Hasta queso rallado le echan encima. Nos sentamos a comer. Buenos cocineros estos mocosos. Yo me temía que iban a hacer un engrudo de boy scout. Ellos están contentos. Creen que me quedaré todo el fin de semana. Todo depende. [les explico] ¿De qué? [pregunta de inmediato Martín] De la dependidura. [le explico] Se quedan mirándome, tratando de descubrir si hablo en serio, si la dependidura existe, si los subí al columpio... Muéstrenme las palmas de las manos. [les ordeno para cambiar de tema] ¿Por qué? ¿Qué pasa? [se inquietan] Quiero ver si les ha salido el pelito de oro. [aclaro] Se miran, se estudian las palmas de las manos, se examinan entre ellos, el uno al otro. Mucho cuidado. [les advierto] Que no los vaya a pillar yo que tienen el pelito de oro. [los amenazo] De ahí en adelante se pasan la noche jodiendo para que les diga qué es.

¡Antes de irme! [les grito]

¿Por qué mierda el partido no tiene una sede distinta a la del CHAF? ¿Por qué hay que venir acá para hablar con ellos?

Capaz que la tengan pero sea yo el que no poseo los honores ni oropeles para conocerla. Compórtate, Coque. No confundas lo importante con lo accesorio. Viniste a conseguir algo y no a despotricar. Vengo a ver al compañero Héctor. [explico a la entrada] No alcanzo a sentarme para la espera cuando aparece Tito detrás de una puerta entornada. Coque, pasa. [sonríe y me da un cariñoso abrazo] Vamos bien. La oficina tiene la frialdad de las oficinas públicas. Un estante con archivadores, un escritorio de metal, varias carpetas de diferentes colores y que deben figurar en el rubro de «pendientes», un par de tazas de café usadas, lápices varios adentro de un vaso de vidrio, la corchetera y perforadora de rigor. En una mesita metálica lateral reposa la máquina de escribir y un sillín de secretaria. Para sentarse hay una silla tras el escritorio y dos delante. En un rincón, atrás, la infaltable máquina de roneo que habita todo buen local de partido.

Nos instalamos. Tito quiere saber sobre mi trabajo y mi vida. Le cuento, le hablo de la soledad, de esa soledad que va más allá del concepto de estar solo, más allá de estar en un país desconocido o en vías de conocer, más allá de la actividad, del quehacer diario. Le hablo de la soledad cuando la mirada se pierde en el futuro vacío. De la soledad de la vida sin misión. De la soledad de los que creemos que este mundo tiene que estar un poquito mejor y no un mucho peor al morirnos. ¡Jodido! [dice] Pero tiene arreglo. [advierto] Su ceño se relaja. ¿Cuál? [pregunta] Hay algunas alternativas que se podrían conversar... [dejo caer, enigmático] ¿De eso querías hablar conmigo? [interroga] De eso, y cultivar la amistad. [adelanto para suavizar el tono que presiento que viene] ¿Quieres que hablemos como militantes? ¿De camarada a camarada? [consulta] Después podemos

salir a almorzar o vernos esta tarde... [suaviza también] Sí, compañero Héctor, quiero hablar de comunista a comunista. [respondo serio] Espérame un minuto. [dice mientras se levanta y sale] Observo el entorno. Un retrato del compañero Corvalán, otro de Erich Honecker, un afiche que reza Berlin Hauptstadt der DDR. Una foto de Luis Figueroa dando un discurso a los obreros en Chile, junto a la típica foto de carné ampliada de Luis Emilio Recabarren. Un pequeño tapiz hecho por las mujeres de la Vicaría. Levanto la tapa de una carpeta gorda de papeles. Diviso una solicitud llenada con tinta verde. Si estuviera vivo creería que la escribió Neruda. [pienso-sonrío] (Me acuerdo del viejo. De sus ojos maliciosos. De su resentimiento con el vate).

Se abre la puerta y entra nada menos que el compañero Manuel. Me pongo de pie para saludarlo. Lo sigue el Tito. Compañero... [dice el recién llegado con su voz de bajo] Buenos días, compañero. [me atrevo a decir con un hilo de voz que me sale del fondo de la garganta] El mero mero, miembro del Comité Central y de la Comisión Política del partido, ha venido a reunirse conmigo. ¡Un obrero de la Pentacon! ¡No hay caso, sin duda este es el partido del proletariaaado! Le he pedido al compañero que nos acompañe, porque si vamos a hablar de comunista a comunista, como me dijiste, creo que es importante que él esté presente y atienda lo que tengas que decirnos. [explica Héctor] Este debe creer que vengo a hacer reclamos y me trajo a este peso pesado para inhibirme o dejarme callado. [pienso-elucubro-sospecho] Desde los cojones mismos, o desde el recuerdo de los ojos maliciosos del viejo que tuve hace unos instantes, saco valor y digo: La cosa es muy simple. Quiero volver a Chile. Creo que mi paso por la RDA está cumplido, siento que me he recuperado de todo lo vivido allá después del golpe, y lo que me nace en este momento es volver y trabajar políticamente en Chile en lo que los compañeros del interior necesiten o estimen conveniente.

Y yo que suponía que una declaración como ésa los iba a remecer, aprecio desconcertado que a ninguno de los dos se les mueve ni un pelo. Para eso necesito un pasaporte, un pasaje y algo de dinero en divisas que me ayude a sobrevivir los dos primeros meses. De ahí en adelante creo que me las puedo arreglar. [concluyo] Usted, compañero, ¿ha tenido relación con su familia desde que está aquí? [pregunta el compañero Manuel] Poca. Mi abuelo murió en el ínterin, padre no tengo, mi madre me escribe muy de vez en cuando y mi hermano igual. [respondo] ¿Tiene nostalgias? ¿De las carbonadas, las paltas, la ensalada chilena o la pescada frita con puré? [vuelve a preguntar con una mueca que parece sonrisa] De Chile, infinitas. [contesto rápido] ¿De su casa? [insiste] No, compañero, hace muchos años que vivo solo. Las relaciones con mi familia no eran muy

cercanas por motivos políticos. Mi abuelo pertenecía al honroso Cuerpo de Carabineros de Chile y creía que era la única actividad honorable que uno podía desarrollar en la vida. [trato de bromear] No hay reacción. Hablo con moáis. Y de volver, ¿dónde pretende instalarse? [vuelve a la carga] Si no hay alguna tarea especial que me encarguen, pienso instalarme en San Fernando, donde viven dos primos míos que son militantes del partido y que entiendo que están descolgados en este momento, pero con deseos de comenzar a trabajar de nuevo. [digo] ¿Y cómo se enteró de esa situación y esos deseos de sus primos? [interroga. Claramente interroga] Porque uno de ellos estuvo en México haciendo un curso y con él nos escribimos un par de cartas durante ese tiempo. [aclaro] Me meto la mano al bolsillo y saco las dos cartas a las que acabo de hacer referencia. Se las alargo. Pone cara de ofendido. No es necesario, compañero. ¡Cómo se le ocurre! Tenemos plena confianza en su convicción, en su lealtad y en su compromiso. Las preguntas que le hago tienen la intención de protegerlo a usted, no de investigarlo. No me malinterprete. [aclara con parsimonia] (Seguramente no necesita ver las cartas porque ya las conocía, y en ese mismo instante me arrepiento de mi desconfianza). ¿Cuánto tiempo lleva en la RDA, compañero? [pregunta con otro tono] Dos años y siete meses... Y nueve días... [agrego] ¿Y usted cuenta los días? [dice, sonriendo por primera vez] Lo aprendí estando preso más de dos años. Hay que contar los días que han pasado. Los reos comunes y que cumplen condena van restando para saber cuánto les falta para salir, pero los presos políticos y los que estamos en el exilio nunca sabemos el futuro. Conocemos el pasado nada más, así que hay que sumar. [aclaro, y siento la metida de pata] (Claro, si él también es exiliado y no cuenta los días es porque nunca estuvo preso. Y porque el exilio, quizás, le viene bien. La cagué. Me pongo nervioso). ¿Usted tiene habilidades manuales? [cambia rotundamente el tema] N-n-o. S-s-í. Las normales. [tartamudeo] No soy un artista, pero tampoco tengo las dos manos izquierdas, como dicen los nativos. [explico] ¿Y sabe algo de administración, de llevar cuentas? [sigue inquiriendo] Yo, compañero, soy egresado de Sociología. Allí se estudia mucha estadística y le pego a los números. Ahora, de administración propiamente tal no tengo conocimientos. ¿Por qué? [quiero saber] Por el momento yo hago las preguntas, ya le llegará su turno, compañero. ¿Por qué no quiso asistir a la Escuela de Cuadros? [continúa] ¡Uf! Ese es un tema complicado. Sucede, compañero, que yo estudié cinco años de Sociología y de Ciencias Políticas; asistí a varias escuelas de cuadros en Chile, estuve un verano completo en una escuela de formación política en Moscú, el 69, cuando aún estaba en la Jota; me he leído y estudiado a la mayoría de los autores marxistas. Sentí que no tenía nada que hacer trasladándome a Kleinmachnow, y

pensé que para algún otro compañero, quizás de otro partido incluso, podía ser de mayor utilidad. [explico] ¿Conoce Valparaíso? [cambia de tema abruptamente] Sí, claro. Mi primer año de universidad lo hice allá y después me cambié a Santiago. [informo] ¿Estaría dispuesto a irse a vivir al puerto? [me pregunta] Siento que me invita. ¡Por supuesto! [suelto antes de que termine la frase] Necesitamos de alguien de mucha confianza que pueda cumplir en Valparaíso una muy delicada función tras la pantalla de un taller de vulcanización. Pero debo advertirle que las cosas allá no están fáciles para los compañeros del partido. El riesgo es inevitable y usted debe tener conciencia de eso. (¿Riesgo? ¡Me siento halagado! ¿Qué hago para no saltar en una pata? ¿Qué hago para disimular mi entusiasmo? Tengo que poner cara de póquer. Mirar con un ojo torcido. Humphrey Bogaaaart... I need you!). Lo tengo claro, compañero. Y me siento honrado de que el partido deposite esa confianza en mí. No tenga usted ninguna duda de que cumpliré y pondré todo mi esfuerzo en ello. [digo y me siento un guerrero, un gladiador, Alejandro Magno avanzando sin detenerse jamás] Ahora, compañero, haga todas las preguntas que quiera. ¡Ah! Y háblame de sus primos de San Fernando porque me interesa toda la información sobre ellos.

29

Subo al quinto piso. El ascensor se detiene. Se abre. Doy un paso. Ante mí las cuatro puertas típicas de los cuatro departamentos del piso. Dos grandes y dos chicos. Los de los costados son los que podríamos llamar «familiares». Los del frente, los «matrimoniales» o las «polveras» de los que somos solteritos. La puerta que da justo frente a mí es de mi Regina. Toco el timbre. Escucho sus pasos, me abre la puerta. (Qué yegüita más linda y rica. ¡Cómo me gusta esta potranca! ¡Y vengo preparado a comérmela entera!). Pasa, Coque. [dice con voz muy neutra] Doy tres pasos y estoy en medio del living. Siéntate. [me invita y se mete a la cocina, dejando la puerta del departamento abierta] Algo raro está pasando aquí. Something is rotten in the state of Denmark!, habría dicho el viejo. Hay ventarrones chocando a velocidades supersónicas y provocando verdaderas bombas de neutrones. ¿Quieres tomar algo? [ofrece] Una cerveza. [respondo, y presiento que voy a necesitar mucho líquido para tragarme lo que me va a decir] En todo caso, parece, el eventual polvo se esfumó. A la hora que está embarazada me cago de miedo. Pero la puerta del departamento abierta me tiene totalmente desconcertado. Me entrega mi cerveza y se sienta frente a mí. Alcanzo a ver entre sus piernas el blanco de su calzoncito cubriendo esa gruta sorprendente que tanto placer me ha brindado. Lo nuestro se terminó. Y esto es definitivo. No quiero que nadie sepa siquiera que ocurrió. [me espeta sin anestesia la mujer de fuego] (O ex mujer de fuego. O mujer de fuego extinguido). Me pico. El único que sabía está muerto. [digo con rabia] Suavizo el tono y agrego: Si dices que terminó, se terminó. Pero si pretendes que nunca existió, eso no podría aceptarlo. Porque ha sido una de las cosas bellas que he vivido en esta mierda de exilio. Y nunca olvidaré tu piel, ni tus olores, ni tus gemidos, ni el sabor de tu chuchita o la sal de tu sudor... ¡Basta, Coque! [me interrumpe] No te pongas melodramático ahora. Yo también te quiero, pero ha surgido algo nuevo. Oigo que se abren las puertas del ascensor. Veo salir de esa caja verde agua un monstruo que se desenrolla, da solo dos pasos hasta llegar a la entrada del departamento, se vuelve a enrollar para atravesar el vano, se desenrolla nuevamente y aparece como una estatua del realismo socialista en medio del living. La Regina salta como un pequeño canguro y él la toma en sus brazos, la levanta y con su bocota rubicunda y exorbitante le da un beso que le abarca toda la cara. Apuro mi cerveza. Me pongo de pie y me siento un enano. El cíclope deposita a mi Regina en el piso. Este es Jürgen, mi novio. [me

dice] Estiro mi mano y él la envuelve con la suya, del tamaño de una toalla playera. Y aunque estoy esperando un apretón que me destrozará todos los huesos, siento solo una presión ligera y cálida. Regina me ha falado muito de você. Ela sente grande admiração por la sua persona. Ela diz que você e um hermano pra ella. Eu estou honrado de conocerlo. [dice en un portuñol con acento alemán] Llegó hace poco de Mozambique... [explica mi ex Regina] Encantado de conocerlo. [digo] Lo miro a él, la miro a ella y continúo: Trátela con cuidado y cariño. [bromeo] El gringo tiene sentido del humor y lanza una risa franca. Não se preocupar. Eu vou la proteger. [me aclara] La Regina le entrega un vaso de cerveza y ambos brindamos. Chin chin. Me despido con otra envoltura de mano. Beso la mejilla de mi ex Regina. ¿Así es que soy como un hermano? Puta incestuosa. [susurro]

Salgo del departamento y al mismo tiempo sale Hormazábal del suyo. Lo saludo y juntos esperamos que el ascensor llegue. Entramos. Marco el dos y él el uno. Comenzamos a bajar. El guatón aprieta el botón rojo y el carro se para. Se viene encima de mí. Alcanzo a levantar mis manos. Me aprieta con su panza contra la pared del elevador. Mira, chuchetumadre, pituquito retamboreado que andas jugando a la revolución y te crees el Che Guevara o el Elmo Catalán de América del Sur, te tengo bien cachada la movida que andas haciendo. Desde que llegaste de Berlín con el pelito corto y peinado como Pepe Pato te caché que en algo turbio andabas, jueputa. Porque ese peinado tenía que ser para una foto. De otra manera no te ibas a cortar tu precioso pelito de Angela Davis, siútico, hijito de tu papá, revolucionario del café Haití y del Bosco. ¡Maricón! Y claro, ahora ya descubrí que estás en arreglos para irte a Chile. ¿Y sabes lo que va a pasar? Que eres el balón de ensayo. Que al final a todos nos van a mandar de vuelta, todos vamos a tener que ir a hacer tu revolución reculiá, por culpa tuya. A vos te importa un carajo porque no tienes a nadie en el mundo, ¿pero qué va a pasar con mis cabros? ¿Sabes en qué están mis sobrinos en Santiago? ¡¿Sabes en qué están mis sobrinos en Santiago?! ¡¡¿Sabes en qué están mis sobrinos en Santiago?!! [grita frenético y me presiona aún más con su panza] Están en Conin, reculiao, con el doctor Monckeberg tratando de sacarlos de la desnutrición, huevón. ¡Se van a quedar tarados! Porque mi familia no tiene qué comer. Porque mi hermano no tiene trabajo. Porque en las poblaciones nadie tiene qué comer. ¿Y vos querís que yo lleve a mis hijos a esa pobla? ¿Para que terminen en Conin? Para que sepas, aquí tienen para comer todos los días, van al colegio y son iguales a todos los otros cabros, hablan alemán y van a poder estudiar en una universidad. Y porque voh te querís dar el lujito de hacerte el choro, el Che, el súper revolucionario y volver a Chile, nos van a cagar a todos. ¿Y me vas a cagar a mí? ¡¿Me vas a cagar a mí?! Así es que una

sola advertencia te voy a hacer: si llego a Chile mandado por estos culiaos del CHAF, o de mi partido, porque a alguien se le ocurrió que todos tenemos que ser como tú, guerrilleros de mala muerte, burgueses con pistolas, los Regis Debray, los gallitos que hacen la revolución de lunes a viernes y el sábado se arreglan para la discoteque o la peña. Los que se pajean con la Mercedes Sosa y la Isabel Parra. Si me mandan a Chile, retamboreado, se van a la chucha las órdenes de partido o las misiones revolucionarias, mi obsesión va a ser encontrarte y matarte. Por hijo de puta. Chascón reculiao. Créeme, huevón peinado a la gomina. Te voy a matar. [termina de amenazar mientras me desordena el pelo con furia] Yo permanezco en silencio. El guatón vuelve a apretar el botón rojo y el aparato reanuda el descenso. Llegamos al dos. Salgo sin pronunciar palabra. ¿Qué puedo decir? Entro a mi departamento, saco la botella de vodka del freezer y me sirvo un buen taco. ¡La puta que lo parió! Un líquido frío pasa y me refresca la garganta. (Pero a la Eva le gustó mi nuevo peinado. Al principio no me reconoció. Yo creo que me cachó más por la ropa que por la cara. Pero después estaba contenta. Y cuando salimos me comentó que por primera vez le parecía que no andaba con un aviso luminoso del brazo).

Me tiendo en la cama y pienso. Miento. Trato de pensar. No sé en qué. Busco algún tema. Ninguno me interesa. La panza del guatón Hormazábal todavía me estruja. ¿La conciencia? No me parece. Yo no creo que haya que dar a Chile por perdido y quedarse aquí a gozar de los beneficios que no nos pertenecen ni sabemos cómo se obtuvieron. Yo no soy de aquí. Eso lo tengo claro. Más que el guatón me duele la Regina. Está bien que se consiga un alemanote para que la despercuda y la quiera y le prometa este mundo y el otro y se le acueste encima como si fuera un cachalote que no la deja ni respirar siquiera. Pero después de todo lo que hemos vivido juntos, de los cariñitos y los polvitos que nos hemos prodigado el uno al otro, creo que yo merecía una despedida más íntima. ¿Más amorosa? Un polvito suave, rico, tiernecito. Pudo ser... [imagino]

Dos timbres y la llave que gira. La gringa adoptó la treta de los timbrazos como homenaje al viejo. Viene en tenida de caminata. Me huele a Grossen Garten. Preparo un par de botellas de agua y ¡se las echó el Buin! En el tranvía me anuncia que quiere hablar muy serio conmigo. ¡Recórcholis! Me estoy comenzando a cansar de que la gente me hable cosas en serio, porque normalmente lo que quieren decirme es que no haga lo que quiero, sino lo que ellos quieren.

Me gusta esta gringa. Tiene su personalidad, es vivaracha y tira como los dioses. Como las diosas, debería decir. Mi Afrodita. Mi vulva placentera. Yo me la aprieto, me la acerco, me la refriego contra mí en el asiento del Strassenbahn. No se echa ningún perfume ni usa de-

sodorante, por eso tiene olor a mujer. ¡La cosa más rica que hay en el mundo! Pero, gringuita, por favor, no me hables. Hoy día no. [pienso] (Y me muero de miedo de que los presagios de la Regina se hayan cumplido, que me salga con un domingo siete, que me diga que está embarazada, y que quiere conservarlo y en ocho meses dar a luz un chilenito autóctono con una corona de pelos negros. Porque, como diría el Cárcamo, ¡va a ser hombre! Ahora ando yo con la persecuta. Con la Regina pensé lo mismo y terminó siendo una pateadura. Pero la gringa no quiere patearme. Porque ella me quiere en serio. Creo. No me vayas a salir con el domingo siete, gringuita. ¡Menos, ahora! Ahora en que mi futuro ya está trazado, tiene fecha y hora de desembarque. Nooo, Eva. Por favor, no. El problema es que a estas gringas nada les gusta más que pasear en sus cochecitos a unas criaturas oscuras que de-sentonen con el albo de las sábanas, de los gorritos y de los acolchados).

Es primavera. Cada árbol tiene un verde diferente de hojas nuevas. Cada arbusto tiene flores distintas. Cada punto cardinal, cada sendero del parque, cada mirada es un paisaje diverso. Caminamos sin hablarnos, conectados solo por nuestras manos que se entrelazan sin querer abandonarse, tratando de hacer eternos los instantes que ambos sabemos se acabarán muy pronto. Pero Eva nunca ha protestado ni criticado mi decisión. Una sola vez me dijo que desde un principio ella tuvo la sensación de que lo nuestro no era für immer. Pero que después había tenido sueños adolescentes. Que no le hiciera caso. Nos internamos por un camino que no conozco. Llegamos a una pequeña hondonada del parque en la que destaca al centro un antiguo invernadero de metal y vidrio. Más de cerca descubro que está convertido hoy en restaurante. Una música tradicional alemana nos comienza a inundar. Son las cuatro de la tarde y a través de los ventanales vemos a gente ya mayor que le saca lustre a una pista de baile. Cuando termina un tema vuelven a sus mesas, toman un vaso de ponche y esperan. Son alrededor de treinta mujeres y cuatro hombres. Dos de ellos son cojos (pero cojos cojos) y los otros dos muy pequeños y delgados (técnicamente viejos chicos). Al recomenzar la música, las mujeres esperan. Los cuatro hombres eligen a sus nuevas parejas y las sacan a bailar. El resto de las mujeres se observan, hacen signos de complicidad y se juntan unas con otras en el centro de la pista. ¿Bailan mujeres con mujeres? [le comento a Eva] Es una antigua costumbre. Acuérdate que nosotros hemos vivido en guerra. Los hombres siempre han escaseado por aquí porque no vuelven de las batallas. [me explica] Por eso me buscaste a mí, porque no encontraste ningún alemán. [la toreo] Estúpido. A pesar de lo tonto que eres te quiero. ¡Imagínate cuánto te querré! [me dice] Entramos al Gaststätte-invernadero. Nos sentamos a una mesa y pedimos una jarra

de ponche. De pronto, y sin saber cómo ni de dónde, aparecen Kerstin, Eveline, Elizabeth, Hannelore y la querida Gudrun, cada una con vasos que van llenando con el ponche que nos acaban de traer. Entre ellas intercambian sonrisas y guiños. Se sientan a nuestra mesa y nos miran con cara de querer recibir noticias. ¿Por qué están aquí? [pregunto] Venimos a bailar todos los sábados. [dice una] A tratar de conquistar a alguno de los hombres. [dice otra] No son muchos. [digo] Pero entre nosotras cinco podremos agarrar alguno... tenemos para ofrecer lo que quieran. [dice la gorda Gudrun] Yo creo que deberían ofrecerle la variedad de las cinco. [insinúo] Se miran entre ellas. Es lo que estamos haciendo. [dice Elizabeth] Todos reímos. Hannelore impone silencio y ataca: Pero ahora tenemos que considerar otras alternativas también. Me mira a los ojos y agrega: ¿Bailamos? Y aquí voy yo, de la mano de la Hannelore, al medio de la pista. Eva y las otras mujeres nos hacen ronda hasta que se aburren y comienzan a bailar entre ellas.

Mi compañera de baile me relata que la noche del bombardeo, la noche del 13 de febrero del 45, a su marido, que era guardia, lo hicieron venir al parque a cuidar a muchos prisioneros que fueron trasladados desde distintos puntos de Alemania al Grossen Garten. Los hicieron encender fogatas y a los pocos minutos comenzó el bombardeo. Que él murió junto a los prisioneros, por alguna traición que ella nunca logró descubrir... [dice] Es la razón por la que viene aquí todos los sábados, porque bailar la alegra y él siempre quiso que ella fuera feliz. Pero de sus ojos pequeños caen grandes goterones que nada es capaz de detener. Apoya su cabeza sobre mi pecho y solloza durante el resto de la canción. Y de la siguiente. Dankeschön. [dice en medio de una reverencia infantil] Da por terminada la sesión con una sonrisa que muestra una preciosa placa de dientes albos. (Beneficio de la Seguridad Social del socialismo real, sin duda).

La tarde está cayendo. Afuera, los árboles comienzan a parecer inmensos fantasmas que acechan. Seguimos en el restaurante-invernadero y ya se han consumido cinco jarros de ponche. Mi curiosidad es mayor que cualquier consideración. Les pido que me cuenten sobre la noche del bombardeo a Dresden. Eva me patea, me pellizca, me mira con reproche. Yo le hago un gesto de que qué puedo hacer yo si me nace ser curioso y saber. Me atrevo a decir que se alegran de poder contarme. Kerstin relata que ella vivía en las afueras, que estaba en la ciudad cuando el bombardeo y que se escondió debajo de un puente del Elba, se sentó sobre los adoquines, metió la cabeza entre sus rodillas y cerró los ojos. Que su experiencia es acústica. Que escuchaba gritos y carreras y ruidos de vehículos, estruendo de aviones que volaban a baja altura, que pasaban y volvían a pasar en medio de grandes explosiones que ocurrían por todas partes, lejos, cerca y a su lado. Que transcurrieron muchas horas de

silencio antes de que tuviera fuerzas para ponerse de pie, abrir los ojos, descubrir un nuevo día. Y caminar hasta su casa durante más de hora y media. Atravesó una ciudad fantasma, donde todos los edificios estaban destruidos, la gente deambulaba como si hubiera escapado de un manicomio. Las personas que cruzaba en su camino no estaban ni tristes ni desesperadas: estaban desoladas. Reinaba la confusión y la desorientación total. Ella seguía caminando. Hasta que llegó a su casa. Intacta pero abandonada. No había nadie en el interior. Se fue atrás, a la bodega, donde guardaban la leña y el carbón. Allí se encontró con que había caído una bomba y solo quedaba un cúmulo en llamas, que pensó era su padre. Pasó un par de horas frente a él llorando esa muerte que se consumaba y consumía ante sus ojos. Hasta que desde atrás suyo escuchó una voz que le decía: Te he buscado por todo Dresden y sucede que estabas aquí en la casa. ¡No puedo creerlo! El cúmulo en llamas era el tronco que usaban como cuña para picar la leña. Se abrazó a su padre y siguió llorando por días. Por los ruidos que la habían invadido mientras veía estrellas y cometas que se destrozaban en colisiones en ese cosmos imaginario de sus ojos apretados, por los cuerpos destrozados que había visto a su regreso, por la mirada confundida y desolada con quienes se cruzó en su retorno a casa, por la ciudad destruida, por la guerra, por la violencia, por la inseguridad, por la impotencia, por el futuro. Por la desazón.

Los jarros de ponche siguen llegando. Van dos más. La gorda Gudrun me cuenta que ella era una mujer casada, que en ese tiempo después que lo alistaron nunca supo más nada de su marido, pero trataba de vivir la vida con sus dos hijas. Que esa noche era noche de carnaval y las había disfrazado de hadas. Que salieron a pasear a orillas del Elba, que estaba helado. Que había un circo de visita en la ciudad. Que cuando tronaron las primeras bombas, ella y toda su familia bajaron las escaleras de los murallones de contención del río y se apegaron al parapeto, dando la espalda a la dirección de los aviones que avanzaban sobre la ciudad dejando caer sus cargas de muerte y destrucción. Aterrada ella y aterradas sus hijas. Miraban sin comprender exactamente lo que sucedía. En medio del bombardeo aparecieron unos caballos blancos, bellos como en los cuentos de hadas, galardonados, con penachos de colores, con capas de terciopelo azul, con cintas que se agitaban, galopando y resbalando sobre el hielo, cayendo y levantándose, huyendo sin destino. Huyendo sin saber si lo que les esperaba era mejor o peor que lo que estaban abandonando. Gudrun vio a tres que pasaron raudos, y cuando venía el cuarto, una bomba cayó al medio del río destrozando el hielo y hundiendo para siempre al caballo, que murió ahogado, o de frío. Que nunca supo cómo murió su marido. Que su última destinación había sido el frente ruso. Que durante años esperó que retornara. Que quizá

se perdió. Que tal vez se encuentra en algún otro lugar sin saber quién es. Que siempre ha temido que su muerte fuese igual a la de ese caballo. Sus ojos se humedecen. Parece que su memoria invade su presente y se nubla.

Pero esos son tiempos pasados. Ahora somos todas felices DDR-Bürger y solo tenemos derecho a la alegría. [declara Elizabeth, imponiéndose y muerta de la risa] Me toma de la mano y me lleva al medio de la pista de baile.

Verzeihung. [me dice] A todas les gusta contar la historia de sus vidas esa noche. Pero a mí no. Al menos no con tanta gente alrededor. Era obrera, como lo he sido siempre. Pero esa noche cambió mi vida. Murió toda mi familia, toda la gente que conocía, y estuve más de un año ocultándome o vagando por las calles, hasta que comenzó mi deambular por los campamentos de los vencedores, y después, preñada, por los campos de prisioneros de guerra de los vencidos. No quiero recordar. [recalca] Y se lanza en un baile desenfrenado, involucra a los otros que están en la pista, hace rondas. Pero nada oculta el gesto de dolor en su rostro ni la humedad de sus manos.

30

Siento sus pechos contra mi espalda. Sus rodillas en mis corvas. Sus brazos me rodean con fuerza. Respira con cierta agitación. Me temo que esté llorando. No quiero ni saberlo. Te quiero, es cierto. Te quiero con casi toda mi alma. Pero no quiero ni tristezas ni despedidas ni lágrimas ni añoranzas ni buenos deseos. Quiero irme. Necesito volver. Es todo. [pienso en silencio]

Quiero que sepas que yo también me iré. [dice] Tú siempre estarás conmigo porque eres la mujer más bella, más inteligente y más sensual que he conocido. [digo] Silencio. Y también porque creo que he llegado a quererte un poquito. [agrego para relajar el ambiente, que está de cortarlo con cuchillo] Tú no entiendes. Te estoy hablando en serio. Yo me iré también. [repite grave] Doy un salto. ¿Tú estás loca? ¿Vas a huir? ¿Como Ludwig? ¡No puedes hacerlo! ¡No puedes arriesgar tu vida! ¡Yo te necesito viva! [declaro] Y yo te necesito a mi lado. [responde tajante] Me doy vueltas y la miro a los ojos. Tú no entiendes. Si huyes de la RDA no podré verte nunca más. Todos los compañeros considerarían que eres un peligro para la organización. No comprenderían. En estos tiempos nadie se arriesga por amor, todos intentarían ver alguna razón oculta. Trata de entenderme. [imploro] Eres tú el que no entiende nada. [me rebate] Voy a salir legalmente de la RDA y trabajaré en una empresa alemana de transporte marítimo. Salgo en dos días para Hamburg, donde me harán una capacitación de dos meses. Y después me enviarán como asistente a su oficina en Valparaíso. [explica] Y yo no puedo estar más confundido (o enredado o perdido o embrollado o lo que sea). ¿Tú, una DDR-Bürger, obrera de la Pentacon, vas a viajar a Hamburg, que está en la BRD, para que te adiestren en los vericuetos del comercio marítimo y después te vas tan campante con tu pasaporte de la DDR a Chile, para instalarte a trabajar y vivir en Valparaíso? [pregunto pasmado] ¿Quién te dijo que yo voy a ser una DDR-Bürger? [me inquiere con malicia] Se gira, de su bolso saca un pasaporte de la BRD y me lo extiende. Lo abro. Allí está Eva, en una foto de hace cuatro o cinco años. Con el nombre de Klara-Marie Fürst, de profesión Buchhalterin, nacida en Bremen, y patatín patatán. ¡Recórcholis! Reviso las hojas. Tiene timbres de todo el mundo. La mayoría de países con grandes puertos. Desde Hong Kong hasta Argentina. Y hace menos de una semana entró a la RDA con una visa por diez días. Estoy perplejo. Miro el pasaporte, la miro a ella. Al menos yo me quedaré en Hamburg un tiempo más junto a mi querido Elba. [dice con una sonrisa irónica que le marca la comisura de los

labios] ¿De dónde sacaste esto? [interrogo] Lo siento, no puedo darte información clasificada. [responde] ¿Por qué no? [insisto] Por lo mismo que tú no puedes darme información de tu viaje. Te he dicho lo que me es permitido. Nada más. [dice] Yo miro como un estúpido. (Me doy cuenta de que tengo la boca abierta y la cierro). Sigo mirando a intervalos el pasaporte y a Eva. ¿O debo decirle Klara o Klara-Marie? Las teorías pasan volando por mi cabeza, meten flaps, dejan caer unas bombas de neutrones y salen arrancando. (¿Esta mina es de la Stasi? ¿Del BND? ¿De la CIA? ¿De la DINA? ¿De la KGB? ¿Una alemana de Valdivia que metieron colada aquí para investigarnos e informar? ¿Tenía razón el Mandujano? Por eso aprendió tan rápido el español: ¡porque ya lo sabía! ¿Investigarnos a nosotros? ¿Los condenados de la tierra? ¿Los últimos mohicanos? ¿Los jodidos entre los jodidos? Un chiste. La DINA ni nadie anda preocupado de un grupito de expatriados extraviados en los entramados de la selva socialista. Estoy peor que el huevón de Lenin Mandujano. Con la persecuta a flor de piel... O desde un principio me ha ocultado la verdad. Por eso el teléfono, la chapa de apolítica, de una Verbrecher que nunca perteneció a la FDJ, de una mosquita muerta. Estaba creándose un currículo de obrera, una huérfana sin vínculos, una desamparada en el medio del socialismo real, haciendo su práctica con las viejas de la Pentacon, aprendiendo a pasar desapercibida, a redactar informes, a entregar información. ¿O la metieron ahí porque sabían que algún chilenito se iba a empotar con ella? De ahí las conversaciones con Micha. Su amistad con Micha. ¡Sus clases de conversación en español eran de adiestramiento! Por ahí tiene que ir la cosa. Hace rato que es agente, hace tiempo que aprendió a hablar español, por eso tiene todo west en su garage-garçonnière, por eso el teléfono y las medallas. ¿Será la hija de quien decía ser su profesora de español? Esta gringa vivaracha me engañó durante más de dos años. Y ahora se me adelantó, me adivinó el pensamiento... ¿Cómo supo que yo quería volver? ¿Cuándo supo si jamás lo comenté con nadie?). Eva se vuelve a echar sobre la cama y me da la espalda. Paso por encima suyo y me pongo nariz con nariz. ¿Y eso es todo lo que me vas a decir? [consulto] No, no, no. Hay algo más. Cuando esté en Valparaíso quizás se me reviente un neumático de mi BMW y tenga que acudir a un taller de volcunazición... [tartamudea] Vul-ca-ni-za-ción. [la corrijo] Allí podría conocer a un chileno autóctono [sigue ella como si nada] que me repare la rueda, pero, al mismo tiempo, me rompa el corazón. Voy a pasar a ser una de esas gringas que tú me cuentas, que se eligen al más feo de los nativos y creen que se están acostando con Leonardo Favio. [dice sin borrar su sonrisa irónica] ¿Qué tiene que ver Leonardo Favio en todo este cuento? ¿Te gusta ese argentino? [pregunto] Me mira. (Algo de celos me da ese che canchero, guapo y galán de

telenovela que se acuesta con todas las mujeres porque les canta cosas bonitas. Quiero aprender de memoria con mi boca tu cuerpo...). No, pero es muy buen mozo y no es chilenito aborigen como tú. [responde con una risa franca] ¿Y por qué supones que el mecánico del taller va a tener algún interés en ti? [la toreo] Porque yo le puedo dar el mejor polvito de toda su vida y él sabrá leerlo en mis ojos. [contesta coqueta y sonriente]

¿De dónde sacó tanta información esta Eva? ¿Cómo sabe que me voy a hacer cargo de una vulcanización? ¿Que me voy a Valparaíso? ¿Estaré hablando en sueños? Eso sería un suicidio. Porque yo me duermo hasta en las micros. Ya me veo subiendo hacia Playa Ancha, dormido, contándole a mi vecino de asiento que manejo un buzón del partido, una casa de seguridad. Por si se le ofrece algún mandado, podría agregarle.

Si todo esto es tan reservado, tan secreto, ¿por qué me lo cuentas? [quiero saber] Porque me voy en cuarenta y ocho horas y es necesario que lo sepas, porque verdaderamente cuando te contacte en Valparaíso no puedes sorprenderte. Tienes que actuar con naturalidad. [me advierte] Parece ser más fogueada que yo en los avatares de la clandestinidad. (Y no sé si alegrarme o enfurecerme. Me siento parte de una máquina, una pieza pequeña, un simple engranaje. Un títere al que unos gigantes le están moviendo los hilos. Los únicos que pueden haber informado a los alemanes son Héctor o el compañero Manuel. O sea que ya existía algo en marcha y mi petición les vino de perilla, de ahí que mi pasaporte chileno falso, todos los trámites y la planificación de mi viaje haya ocurrido tan rápido. ¿Les falló el otro candidato o yo les resulté mejor? El PSUA está metido hasta los tuétanos. Y mi Eva o Klara, o comoquiera que se llame, me lleva la delantera por varios kilómetros. ¡Pero mi intención era trabajar en Chile con los compañeros del partido! ¡Qué ingenuo eres, Coque! ¡Qué primitivo! ¡Qué cándido! Si quieres jugar con fuego tienes que estar dispuesto a quemarte las manos. O a estallar por los aires. No es hora de llorar. Es hora de sujetarse los cojones).

Y si lo que yo estoy haciendo es huir de ti, ¿por qué supones que podría querer verte en Chile? [vuelvo a la carga] Porque yo sé que no es de mí de quien estás huyendo, Coki... [dice, imitando a los alemanes, y lo deja volando en el aire] O sea, que sí estoy huyendo. ¿Y se podría saber de quién? [indago] Ya lo sabrás, mi amor. [responde] Salta por encima de mí y se acurruca detrás, rodeando mi pecho con sus brazos y apretando sus tetitas contra mi espalda.

Al oído me dice: Ich liebe dich.

Pasan los minutos y las horas. No puedo dormir. Me levanto y me voy al living. De paso agarro una botella de ron y un vaso. Me siento en el sofá a beber. (¡Cómo te echo de menos, viejo! Te habría ido a

pedir asilo en este mismo instante). Ya ni siquiera sé si quiero volver a Chile. En estas circunstancias todo cambia. Pero no puedo dejar de hacerlo. Estoy entrampado. Tengo una tormenta tropical dentro de mi cabeza.

Son las siete de la mañana. Me voy al baño, me lavo la cara y los dientes. El espejo me devuelve una imagen que todavía no asumo bien. Muy rasurado y de pelo corto, aunque ahora estoy despeinado y ojeroso. Este no soy yo. No todavía. Me voy a la cama. (¿Cuánto de verdad y cuánto de deber habrá en su amor?).

Eva está despierta. Me siento a su lado. Mantengo una distancia. Lo necesito. Debo informarte algo muy serio. [digo] Me observa esperando a que continúe. Yo no sé qué están planeando ustedes. Ni siquiera sé quiénes son ustedes. ¿La Stasi? ¿La KGB? [comienzo] Aber... [trata de interrumpirme pero no se lo permito] Lo que sea... No quiero saberlo. No me interesa. Pero no me metan a mí en ese cuento, en lo que estén tramando allá. Yo me vuelvo para trabajar con mi partido y no con una organización de inteligencia extranjera. No sirvo para eso. Eva me mira con atención. No dice nada. (Así como me cuesta encontrarme en la imagen que me devuelve el espejo, tampoco reconozco esta nueva Klara-Marie más dura, más fría, menos tierna y menos juguetona). Tú tienes un compromiso con tu país, posiblemente, y quizás sea correcto lo que estás haciendo. Pero yo tengo un compromiso con el mío. Y eso es distinto. Yo quiero trabajar con el pueblo y por el pueblo. Y ningún interés de trabajar para un gobierno. Ni este ni otro. Sigue mirándome sin pronunciar palabra. Ambos permanecemos en un silencio incómodo. Un silencio que dura varios minutos durante los cuales no dejamos de mirarnos a los ojos. Yo volveré a Chile, Eva, pero no serán los de aquí los que decidan qué haré. Serán los compañeros del interior. Y si nos encontramos será para conversar la vida, para respirar juntos por un rato, para recordar viejos tiempos. Pero no para trabajar juntos. Y me gustaría que lo supieras desde ahora, no quiero sorpresas ni artimañas. Es cierto que ambos caminamos a orillas del mismo río y en el sentido de las aguas, pero lo hacemos por riberas diferentes. [aclaro] Eva sonríe. (¿Por qué sonríe? ¿No hay una señal de superioridad en esa sonrisa? ¿O una señal de inferioridad en mi manera de percibirla? ¿Persecuta?) No nos adelantemos. [dice] No supongas cosas que quizás ni siquiera ocurrirán. [remata] Y, nuevamente, me sostiene la mirada. Y los minutos pasan. Quisiera estar abrazado con mi Regina, mi potranquita chilena; quisiera haberla conocido antes, o después; quisiera ya no estar aquí, no haber tenido que estar; quisiera que no se me olvidara nada de lo vivido... Que el viejo estuviera vivo.

Ella extiende una mano y me acaricia la espalda. Estoy cansado. Me dejo caer sobre la cama. Se acerca y me besa. Una y otra vez.

Lentamente comenzamos a acariciarnos, a olernos, a sentirnos. Como si flotáramos. La toco entera con un ardor contenido, con prudencia, con miedo, con rabia, con amor, con ansias, con cautela.

Hacemos un amor lento, cariñoso.

Es un adiós manso.

Juan Forch

(Santiago de Chile, 1948) egresó del Instituto Nacional, estudió Periodismo en la Universidad de Chile y cine experimental en el DEFA Trickfilm Studio en Dresden, Alemania. En 1978 regresó a Santiago, donde se dedicó al video arte (*Romualdo*, *Marinita*, *La Difunta Correa*, *Todo es de color*, *El video es redondo*, *Altazor* y *Torre Eiffel*), a la producción de cine publicitario y a la comunicación política. Ha publicado el libro de reportajes *Viaje por la juventud* (1972); el volumen de poemas *Obecedario* (1984); el libro de cuentos *Bar Paraíso, los caminos del amor* (2000); La novela *El Campeón* (Alfaguara, 2002. Premio José Nuez Martín, 2003); *Animitas, templos de Chile* (2003), *73 epigramas upelientos* (2005) y *El abrazo del oso* (Alfaguara, 2006).

ALFAGUARA

© 2012, **Juan Forch**
© De esta edición:
2012, **Aguilar Chilena de Ediciones S.A.**
Dr. Aníbal Ariztía, 1444
Providencia, Santiago de Chile
Tel. (56 2) 384 30 00
Fax (56 2) 384 30 60
www.alfaguara.com

ISBN ebook: 978-956-347-376-6
Diseño de cubierta: Ricardo Alarcón Klaussen sobre una imagen de Shutterstock.
Conversión ebook: Ricardo Alarcón Klaussen

Todos los derechos reservados.
Esta publicación no puede ser reproducida ni en todo ni en parte, ni registrada en, o transmitida por, un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso previo por escrito de la Editorial.

PRISA EDICIONES

Alfaguara es un sello editorial del Grupo Santillana

www.alfaguara.com

Argentina
www.alfaguara.com/ar
Av. Leandro N. Alem, 720
C 1001 AAP Buenos Aires
Tel. (54 11) 41 19 50 00
Fax (54 11) 41 19 50 21

Bolivia
www.alfaguara.com/bo
Calacoto, calle 13 Nº 8078
La Paz
Tel. (591 2) 279 22 78
Fax (591 2) 277 10 56

Brasil
www.objetiva.com.br
Editora Objetiva
Rua Cosme Velho 103 - Rio de Janeiro
Tel. (5521) 21997824
Fax (5521) 21997825

Chile
www.alfaguara.com/cl
Dr. Aníbal Ariztía, 1444
Providencia - Santiago de Chile
Tel. (56 2) 384 30 00
Fax (56 2) 384 30 60

Colombia
www.alfaguara.com/co
Carrera 11A Nº 98-50 Of. 501
Bogotá
(57) (1) 7057777

Costa Rica
www.alfaguara.com/cas
La Uruca
Del Edificio de Aviación Civil 200 metros Oeste
San José de Costa Rica
Tel. (506) 22 20 42 42 y 25 20 05 05

Fax (506) 22 20 13 20

Ecuador
www.alfaguara.com/ec
Avda. Eloy Alfaro, N 33-347 y Avda. 6 de Diciembre
Quito
Tel. (593 2) 244 66 56
Fax (593 2) 244 87 91

El Salvador
www.alfaguara.com/can
Siemens, 51
Zona Industrial Santa Elena
Antiguo Cuscatlán - La Libertad
Tel. (503) 2 505 89 y 2 289 89 20
Fax (503) 2 278 60 66

España
www.alfaguara.com/es
Avenida de los Artesanos, 6
28760 Tres Cantos (Madrid)
Tel. (34 91) 744 90 60
Fax (34 91) 744 92 24

Estados Unidos
www.alfaguara.com/us
2023 N.W. 84th Avenue
Miami, FL 33122
Tel. (1 305) 591 95 22 y 591 22 32
Fax (1 305) 591 91 45

Guatemala
www.alfaguara.com/can
7ª Avda. 11-11
Zona Nº 9
Guatemala CA
Tel. (502) 24 29 43 00
Fax (502) 24 29 43 03

Honduras
www.alfaguara.com/can
Colonia Tepeyac Contigua a Banco Cuscatlán
Frente Iglesia Adventista del Séptimo Día
Casa 1626
Boulevard Juan Pablo Segundo

Tegucigalpa, M. D. C.
Tel. (504) 239 98 84

México
www.alfaguara.com/mx
Avda. Mixcoac 274, Colonia Acacias
Delegación Benito Juárez
03240 México D.F.
Tel. (52 5) 554 20 75 30
Fax (52 5) 556 01 10 67

Panamá
www.alfaguara.com/cas
Vía Transísmica, Urb. Industrial Orillac
Calle segunda, local 9
Ciudad de Panamá
Tel. (507) 261 29 95

Paraguay
www.alfaguara.com/py
Avda. Venezuela, 276
entre Mariscal López y España
Asunción
Tel./fax (595 21) 213 294 y 214 983

Perú
www.alfaguara.com/pe
Avda. Primavera 2160
Santiago de Surco
Lima 33
Tel. (51 1) 313 40 00
Fax (51 1) 313 40 01

Portugal
www.objectiva.pt
Editora Objectiva
Estrada da Outurela, 118
2794-084 Carnaxide
Tel. (+351) 214246903/4
Fax (+351) 214246907

Puerto Rico
www.alfaguara.com/mx
Avda. Roosevelt, 1506
Guaynabo 00968

Tel. (1 787) 781 98 00
Fax (1 787) 783 12 62

República Dominicana
www.alfaguara.com/do
Juan Sánchez Ramírez, 9
Gazcue
Santo Domingo R.D.
Tel. (1809) 682 13 82
Fax (1809) 689 10 22

Uruguay
www.alfaguara.com/uy
Juan Manuel Blanes 1132
11200 Montevideo
Tel. (598 2) 410 73 42
Fax (598 2) 410 86 83

Venezuela
www.alfaguara.com/ve
Avda. Rómulo Gallegos
Edificio Zulia, 1º
Boleita Norte
Caracas
Tel. (58 212) 235 30 33
Fax (58 212) 239 10 51